

A romantic couple embracing in front of a city skyline at night. The woman has blonde hair and is wearing a dark top and a green cardigan. The man is wearing a striped shirt. The city lights and a bridge are visible in the background.

DI QUE ERES MÍA

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

AMY BRENT

DI QUE ERES MÍA

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

AMY BRENT



1º Edición Septiembre 2020

©Amy Brent

DI QQUE ERES MÍA

Título original: Say You're Mine

©2020 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado esta novela también te gustará](#)

Prólogo

Wesley

Conduje hasta el apartamento de Vanessa y me detuve en el aparcamiento. Sabía que estaba enfadada porque no asistí a su graduación en la universidad y tenía todo el derecho del mundo a hacerlo; además, se suponía que íbamos a celebrarlo, aunque conseguí convencerla de que la compensaría por mi ausencia. Agarré las flores del asiento de al lado y busqué el regalo en la parte de atrás. Solo esperaba que me creyera cuando le contara los motivos por los que no había podido acompañarla. Habíamos quedado en que, después de la graduación, nos veríamos por la noche.

Nos conocimos cuando ella estaba en segundo curso y yo en el último, lo que nos mantenía más alejados de lo que nos gustaría. Mi meta era formar parte del negocio de la refinería de petróleo, ser el ingeniero jefe y formar una familia con ella, pero eso requería mucho trabajo, incluso por las noches. Llevaba tres semanas fuera cuando, el día que iba a regresar, recibí una llamada urgente; de modo que tuve que posponer el viaje, ya que se trataba de una emergencia en una de las plataformas.

A Vanessa no le hizo mucha gracia y no podía culparla. Era un momento muy importante para ella, que sí estuvo en la mía para felicitarme y besarme. Hicimos el amor toda la noche y se suponía que yo debía hacer lo mismo el día de su graduación, pero no lo hice.

Subí los escalones de su apartamento y llamé a la puerta. Coloqué las rosas en mi mano y colgué al hombro la bolsa de regalos. Cuando Vanessa abrió la puerta, observé rabia y dolor en sus ojos.

—¿Qué quieres, Wes?

—Quiero salir contigo esta noche.

—No va a poder ser. Tengo planes.

—¿Saldrás con alguien?

—No. Tomaré helado mientras veo una película.

—¿El cuaderno?

—¿Importa? —Inquirió, alzando una ceja.

—Siempre has sido una seguidora de Ryan Gosling, por eso he pensado que elegirías ese título para pasar el rato.

—Sal de aquí, Wes. Déjame en paz.

—Nunca. —Metí el pie en la puerta, justo cuando ella trataba de cerrarla de golpe, y la detuve a unos centímetros de mi cara.

Cuando se asomó por la ranura, le entregué las flores y sus ojos fueron de las rosas a mi rostro.

—¿Realmente esperas que las flores compensen las cosas?

—Tengo un don. —Levanté la bolsa para que la viera.

—Un regalo y rosas por perderte mi graduación y la noche que se suponía que íbamos a pasar juntos. ¡Qué interesante!

—Todo lo que quiero es que salgamos por ahí, no te estoy pidiendo que me perdones ni que te diviertas. Ven al menos a cenar conmigo, he reservado en tu restaurante favorito.

—¿El que tiene marisco vivo en el agua? —Frunció el ceño.

—Ese mismo.

—No he tenido tiempo de cambiarme. —Se miró a sí misma.

—Vas bien con lo que llevas puesto.

—No llevo sujetador, Wes.

—Eso nunca me ha molestado —dije, sonriendo.

Soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Bien. Pero no esperes que esté contenta, voy a seguir enfadada.

—No he pedido tanto.

Por fin permitió que entrara en el apartamento y se dirigió a su habitación para vestirse. Al escuchar cómo tiraba algunas cosas al suelo, supe que todavía seguía molesta conmigo.

Coloqué la bolsa de los regalos en la encimera y guardé el que había escogido para cuando estuviéramos en el momento más apasionado de la noche. Puse las rosas en un jarrón de plástico con agua y lo deposité en la isla de la cocina, en el mismo instante que ella salía de su dormitorio. Eché un vistazo a las flores y fui hacia ella. Se había recogido la larga melena negra en una trenza y le brillaban los ojos, lo que indicaba que todavía seguía enojada. Por la forma brusca de hablarme, también estaba frustrada con la situación.

Llevaba un bonito vestido de verano, en tonos blanco y amarillo, que se amoldaba a sus sensuales curvas. La observé mientras se ponía unas sandalias de color turquesa y tuve que admitir que me dejó sin aliento, como el primer día que la vi. Vanessa siempre estaba preciosa, incluso con la ropa más sencilla.

La conocí en el campus. Iba cargada de libros y se le cayeron al suelo unos lápices. Me apresuré a ayudarla y al agacharnos, nuestros ojos se encontraron. Nuestras manos se rozaron y, nada más mirarla, supe que era la elegida. No sabía cómo conseguiría que me amara, pero lo haría.

—¿Ya estás lista? —pregunté, abandonando mis recuerdos y regresando al presente.

—¿Dónde está el regalo que llevabas?

—Te lo daré después.

—¿Crees que habrá un después?

—No sé si será conmigo, pero es para después —repliqué.

Se encogió de hombros mientras salía de la cocina y nos dirigimos a mi coche, un viejo y destartado Volkswagen que compré con el dinero que había ahorrado en los trabajos de verano del instituto. Abrí la puerta, pero se negó a que le ayudara a entrar. Conduje hasta el restaurante y cuando saqué su silla, se negó a que la ayudara a sentarse.

Vanessa siempre había sido un hueso duro de roer. La mayoría de las veces, solo tenía que esperar a que se produjeran sus cambios emocionales, porque no había nada que pudiera hacer para suavizar la situación. Aunque sabía que ella apreciaba que yo estuviera allí, simplemente esperando a que se le pasara el enfado.

Solía decir que esa era la cualidad que más le gustaba de mí.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —Hice la pregunta de forma casual.

Pedimos nuestra comida antes de que Vanesa respirara profundamente.

—Sí, lo recuerdo.

—No dejaban de caer cosas de tu bolsa y yo me apresuré a ayudarte.

—Y estabas ansioso por mirar mi camisa.

—Siempre llevas escotes muy pronunciados y no es culpa mía que seas tan guapa.

—Solo buscabas sexo —espetó en tono cortante.

—No. Lo que buscaba era que te enamoraras de mí. Ya lo supe en ese mismo instante, Vanessa —aclaré con firmeza.

—¿Qué supiste?

—Que te amaría el resto de mi vida.

—Si me quisieras, habrías estado en mi graduación.

—Lamento que el trabajo se interpusiera en el camino —justifiqué—. Lamento que hubiera una explosión y tuviera que acudir al lugar.

—¿Y ahora qué? —Me miró con dureza. Sus ojos color ámbar llenos de preocupación—. ¿Qué dijiste que pasó, Wes?

—No pasó nada. No quiero hablar de ello.

—No, vamos a hablar de ello. ¿Dijiste que hubo una explosión? ¿Estás herido?

—Obviamente no, Mírame.

—Eso no tiene gracia. ¿Me estás tomando el pelo? ¿Esta es tu forma de hacer que deje de estar enfadada contigo?

Agitaba su mano en el aire y la apreté para llevarla después a los labios.

—Recuerdo lo que llevabas puesto ese día.

—Ah, ¿sí? —Entornó los ojos.

—Sí. Llevabas una falda gris, con tonos negros y rosas, que revoloteaba alrededor de tus tobillos. También un top blanco que caía de tu hombro, mostrando el tirante de un sujetador amarillo como el sol abrasador de aquel día. Cargabas en los brazos varios libros, uno de cálculo y una obra de Shakespeare y, debido al peso que llevabas, los lápices cayeron al suelo sin que pudieras evitarlo.

—La primera pregunta que salió de tu boca fue: «¿Por qué no usas bolígrafos?».

—¿Y tú dijiste?

Vanessa se sonrojó.

—Porque siempre quiero borrar mis errores.

—¿Y qué te dije después de eso?

—Que los errores valían la pena, porque a veces son los mayores errores los que cambian la perspectiva de alguien.

—Exactamente. Un golpe equivocado puede convertir un pájaro en árbol. Un golpe equivocado puede convertir el sol en viento. Un error equivocado puede convertirse en la ocasión de tu vida.

Besé el dorso de su mano una última vez y se sonrojó de nuevo.

—Me encanta cuando haces eso —dije en voz baja.

—¿Hacer qué?

—Ruborizarte para mí.

—Sigue hablando así y no me detendré.

—Bien. Porque hemos recorrido un largo camino, Vanessa. Hemos estado juntos dos años y hemos pasado por mucho en ese tiempo.

—La muerte de tu perro. —Comenzó a enumerar.

—La muerte de tu madre.

—Ese fuego en mi dormitorio —recordó ella.

—Ser atrapados por tu padre en tu dormitorio.

—Oh, estaba tan enfadado contigo que pensé que iba a matarte.

—Por eso voy al gimnasio, podría dejar atrás al padre más enfadado. —Sonreí.

—Supongo que hemos recorrido un largo camino —aceptó con melancolía.

—Quiero enseñarte algo cuando terminemos de comer. ¿Me dejarás?

—Depende. ¿Puedo abrir mi regalo, después?

—Puedes. Lo prometo.

—Entonces, sí. Puedes mostrármelo cuando terminemos de comer.

No tardó mucho en terminar su comida. Vanessa no sabía rechazar un buen regalo ni una sorpresa y yo la amaba aún más por eso. Me encantaba comprarle cosas y sorprenderla.

Cenamos antes de que pagara la cuenta, luego tomé su mano y la llevé directamente del restaurante a la playa.

Hasta los pétalos de rosa en forma de corazón que se alineaban en la arena bajo la luna.

—¿Qué es todo esto, Wes?

—¿Qué quieres decir?

—Hay pétalos de rosa en el... Wes. Creo que nos hemos topado con la propuesta de alguien. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué te hace pensar eso?

Clavé una rodilla en la arena cuando ella se dio la vuelta y nunca olvidaré las lágrimas que asomaron a sus ojos. No quería perderme ni un instante. No quería olvidar ni un momento. Metí la mano en el bolsillo mientras ella echaba la cabeza hacia atrás entre risas.

—¿Vanessa? —La llamé con voz temblorosa.

—¿Dónde están las cámaras? —Ella miró alrededor.

—¿Qué cámaras?

—Wes, no puedes hablar en serio. Estoy enfadada contigo. No puedes declararte en este momento.

—¿Por qué no?

—Porque dijiste que no querías casarte ahora mismo. Dijiste que ni siquiera sabías si entraba en tus planes de futuro. ¿Por qué te declaras ahora, cuando apenas hace un mes que lo hablamos?

Ella tenía razón. Tuvimos esa conversación hace un mes. ¿Y después? Me fui a trabajar. La dejé sola mientras terminaba sus estudios y eso me superó. Me mataba estar lejos de ella y no podía soportarlo. Entonces fue cuando supe que quería pasar el resto de mi vida acurrucado a su lado.

De modo que dejé que mis sentimientos hablaran por mí. Saqué el anillo del bolsillo del pantalón y una lágrima resbaló por su mejilla. Me miró con fijeza, con la sorpresa todavía pintada en el rostro. Alcancé su mano izquierda y al llevarla a mis labios para besarla, percibí un leve temblor. Entonces, respiré profundamente.

—Sé que tuvimos esa conversación. Y sé que nos separamos sin saber qué sería de nosotros. Pero cada noche que he pasado lejos de ti, me acostaba deseando que estuvieras a mi lado. Soñaba con nosotros, Vanessa. Con los niños que aún no hemos tenido y la casa que aún no hemos comprado. Soñaba con nuestra vida en California, que criáramos a nuestros hijos en la ciudad que siempre hemos deseado vivir. Cada mañana, me despertaba buscándote a mi lado, tratando de encontrarte, pero no estabas allí. Y eso me mató, Vanessa. Me masacró.

—Oh, Wes —susurró.

—Eres la única mujer para mí. Y no me importa cuánto tiempo estemos comprometidos, ni si nos casamos mañana o en diez años. Lo que sé es que no puedo vivir ni un segundo más de mi vida sin ti.

No quiero estar separado de ti. No quiero saber qué nos depara el futuro si no estás en él. Vanessa Blakely, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí. Dios mío. Sí, Wes. Me casaré contigo.

Me incorporé y deslicé el anillo en su dedo; después la abracé y sentí su llanto en el cuello. La besé en la frente y ella temblaba entre mis brazos, mientras murmuraba «sí», una y otra vez.

El océano rozó la arena y arrastró parte de los pétalos de rosa que había dispuesto un par de horas antes. Vanessa levantó la cabeza y la besé en los labios. Fue un beso suave y salado que selló la promesa que acabábamos de hacernos.

—Te quiero mucho, Wes —confesó en un murmullo.

—Nunca dejaré de amarte, Vanessa.

—Quiero hacerte una pregunta.

—¿Cuál? —La miré sorprendido.

—¿Qué hay en ese regalo que dejaste en mi apartamento?

—Puede que sea un bonito camisón que vi en el escaparate de una tienda de lencería. Y puede que no sea eso. —Sonreí.

—Pero dijiste que no te necesitaba para el presente.

—Oh, esas palabras son música para mis oídos.

Me dio un suave empujón en el pecho, antes de que la sujetara por la barbilla. Nos miramos intensamente, la luz de la luna se reflejaba en su mirada y deslicé los ojos por su cara. Rocé su boca con el pulgar y ella frunció los labios para besar la punta de mi dedo.

—Te amo, Vanessa.

Levantó la mano y la puso sobre la mía.

—Yo también te quiero, Wes. No importa lo que pase.

Capítulo 1

Vanessa

Me quedé tumbada, mirando al techo, mientras despertaba lentamente. Eché un vistazo al móvil y maldije al ver que solo eran las cuatro de la mañana. Al dejar el teléfono en el suelo, me froté los ojos y traté de recordar qué era lo que me había despertado. Solo sabía que me había dado la vuelta para buscar a Wes y, en su lugar, encontré un montón de almohadas que había puesto cuando llegó por la noche; un muro en nuestra maldita cama matrimonial para separarnos.

Me concentré en lo que ocurría y suspiré al levantar la mano izquierda y ver el enorme anillo de diamantes en mi dedo.

Al otro lado, lo vi moverse bajo la tenue luz que entraba por la ventana del cuarto de baño. Llegó tarde del trabajo y nos peleamos por haberse perdido la cena con los niños y conmigo, como tantas otras veces. Su truco ya era viejo y no funcionaba. Primero prometía llevarnos a cenar fuera, después telefoneaba para explicar que había surgido un problema en el trabajo y que no llegaría a tiempo; luego, decía que lo sentía y venía a casa con un regalo. Más adelante, se limitó a enviar mensajes de texto con disculpas que yo leía cuando ya estaba en el restaurante.

Las dos últimas veces que lo hizo, ni siquiera se molestó en telefonar ni en mandar un mensaje. Allí estaba yo, sentada con nuestros dos hijos y preguntándome cuándo demonios iba a llegar; hasta que pagaba la cuenta de la que iba ser una cena familiar y me iba con los niños, aparentando que todo iba bien con el hombre del que me había enamorado y nos había plantado.

Ni en un millón de años pensé que todo se desmoronaría después de aquella noche.

Al mirar el anillo, recordé su propuesta de matrimonio, el noviazgo, la brisa del océano y los pétalos de rosa en la arena. También el restaurante y la lencería que arrancó de mi cuerpo aquella noche. Después de cuatro años de matrimonio y seis de estar juntos, nunca imaginé que terminaríamos así. Nunca creía que compraríamos nuestra casa perfecta, que tendríamos nuestros dos hijos perfectos y que luego veríamos cómo se esfumaba mi vida perfecta.

Suspiré cuando el teléfono se encendió con otro mensaje de texto. Otra llamada perdida. Otro día para empezar. La alarma iba a sonar en un par de horas y no tenía sentido desperdiciarlas, tumbada junto a una barricada de almohadas.

No creía que la pelea hubiera sido tan mala. Podría haber sido peor, si hubiera ido con los niños a su oficina y le hubiera dicho en voz alta que era un inútil y un pésimo marido. Ya no sabía las veces que me había dejado plantada, ni las llamadas que nunca devolvía. Incluso, había olvidado la última vez que hicimos el amor.

La intimidad entre nosotros era nula, apenas un medio para conseguir un fin que ambos buscábamos y, a veces, le dejaba hacerlo sin tener en cuenta lo que yo quería. Sus «te quiero» sonaban falsos y los míos también. El amor que un día vi reflejado en sus ojos había desaparecido, ya no estaba allí aquella luz en su mirada. Le interesaba más lo que había en la televisión que hablar conmigo.

Tal vez debí ser yo quien pusiera primera aquella pared de almohadas.

Me levanté de la cama con intención de comenzar el día y el teléfono volvió a encenderse. Al

mirarlo, vi varios mensajes de texto de Luke, mi compañero de trabajo, un hombre amable con el que hice amistad dos años atrás, cuando comencé a trabajar a tiempo parcial en la agencia de viajes. En aquel tiempo, Wes y yo tuvimos a nuestra primogénita, Madeline, y me volví loca de aburrimiento, aunque esa no era la palabra adecuada, más bien me sentía encerrada. Tenía la sensación de que no contribuía en nuestro matrimonio, a pesar de que Wes me dijo que sí, que yo valía mucho, pero yo insistí en encontrar un trabajo para conseguir ingresos y ayudar a la familia.

Al final cedió, dijo que, si era lo que yo quería, no se interpondría en mi camino; pero ese fue el día en que empezaron nuestros problemas.

Y no han parado desde entonces.

Evan nació muy seguido a Madeline. Un gemelo irlandés, como se decía de los hermanos que se llevaban menos de doce meses, y tener dos hijos menores de dos años aumentó mi deseo de traer un sueldo a casa. Entonces no me di cuenta, pero mi necesidad de ayudar económicamente a mi familia, fue creando una brecha más grande entre Wes y yo. Las peleas se intensificaron y fueron más frecuentes, hasta que un día me pregunté cómo sería dormir en la habitación de invitados.

Todo se complicó muy deprisa, solo porque busqué un trabajo a tiempo parcial fuera de casa. Algo que me hiciera sentir útil, de lo que pudiera estar orgullosa, fuera de la crianza de los niños y del marido del que tenía que ocuparme.

Leí los mensajes de Luke y sonreí. Siempre me arrancaba una sonrisa y cada vez que salía del trabajo me enviaba un mensaje para decirme que había llegado a casa o donde fuera. Yo hacía lo mismo con él, por si tenía algún problema en el camino, ya que mi marido no me devolvía las llamadas ni los mensajes y no podía confiar en él. Wes nunca se preocupaba de si llegaba bien al trabajo o a casa; sin embargo, Luke sí lo hacía. Se preocupaba más que mi propio maldito marido.

No pude evitar entretenerme revisando las docenas de fotografías que Luke acababa de enviarme. Eran de su día libre y había hecho una excursión a las montañas de California. Preciosos paisajes del atardecer y cielos estrellados fueron apareciendo en la pantalla del móvil, así como imágenes del amanecer, con él sentado junto al fuego que hizo con sus propias manos, mientras el sol asomaba en tonos cálidos por la ventana de mi habitación.

Sonreí y le envié un mensaje para hacerle saber que estaba a punto de meterme en la ducha. Como no quería que pensara que lo había abandonado, dejé el teléfono en modo: leer mensaje.

Igual que solía hacer mi marido con los míos.

Me llevé el teléfono al baño y empecé a prepararme. Luke no paraba de mandarme mensajes e intenté reírme en voz baja. Solíamos cruzar chistes que solo nosotros entendíamos y que él siempre introducía en la conversación. Tuve que cubrirme la boca porque sus bromas no cesaban, parecía que su mano estuviera en llamas hasta que los mensajes ya solo los formaba una sola palabra. Sin poderlo evitar, me senté en el baño para disfrutar de lo divertido que resultaba.

Nuestro jefe solía enviar algunos mensajes de ese estilo, con una sola palabra, a veces una sola frase, y él lo imitaba de maravilla. De todas las cosas que disfrutaba de Luke, esas eran las mejores. Sus imitaciones de otras personas eran perfectas.

Y sus consejos siempre eran acertados.

«Tengo que ducharme, Luke. Deja de mandarme mensajes».

«Prefiero esas vistas al amanecer. «Me pregunto, ¿por qué?»».

No pude evitar reírme otra vez al saber a qué vistas se refería.

«Eres un desastre. ¿Lo sabes?».

«Aparentemente, el desastre eres tú, si tienes que tomar una ducha».

«A ti tampoco te vendría mal tomar una, Luke. Seguro que estás cubierto de inmundicia».

«Prefiero pensar en otras cosas que me mantendrían sucio».

Al leer sus últimas palabras, sentí que me sonrojaba.

Luke sabía que nunca cruzaría esa línea roja con él, que se trataba de un simple coqueteo y, aunque necesitaba sentirme culpable por ello, no lo hice. Cuando terminábamos este tipo de conversaciones, siempre las borraba y tampoco guardaba las fotos que me enviaba, lo que no impedía que disfrutara de la atención que me brindaba. Me hacía reír como solía hacerlo Wes en el pasado y echaba de menos la cercanía, el vértigo y la tontería que implicaba todo aquello.

Fui madre, quise mi propia vida y fui rechazada por ello.

Después de que Luke terminara de mandarme mensajes, los borré y comprobé que no quedara rastro de sus fotos. Dejé el teléfono en el borde del mostrador del baño y me levanté del asiento del inodoro, sin dejar de escuchar los suaves ronquidos de Wes que llegaban desde el dormitorio.

Antes encontraba aquel sonido adorable, incluso reconfortante, pero en ese momento me ponía de los nervios.

Era raro que me despertara antes que los niños y quería aprovecharlo al máximo. Giré el grifo del agua caliente al máximo y no tuve en cuenta que Wes se levantaría para tomar una ducha. Llevaba tres años aseándome con agua tibia, sin tardar más de diez minutos, para que él se duchara dos veces al día, durante treinta minutos con una temperatura ideal.

Wes tendría que esperar su turno por una vez.

Suspiré al sentir el golpeteo del agua contra mi piel y por un rato dejé de escuchar sus patéticos ronquidos. Debía ir a que lo viera un médico, llevaba meses aconsejándole que pidiera cita, pero no me hacía caso. Nunca me escuchaba cuando se trataba de mí.

Me quité el anillo de bodas del dedo para lavarme el pelo y lo puse en la repisa, cuando me asaltó un pensamiento al ver mi mano vacía.

«Tal vez las cosas deberían ser así».

Me sorprendí al comprobar que no lloraba con ese pensamiento y comencé a imaginar cómo podría ser mi vida. Era una agente de viajes a tiempo parcial, aunque mi jefe me ampliaría a jornada completa sin problema. Tenía muchos beneficios para viajar con mi trabajo y siempre quise ver mundo, lo que sería una estupenda oportunidad. Iría a ver Roma, algo que Wes me había prometido y nunca había podido ser; podría conocer Australia e ir a ver una ópera en la Casa de la Ópera de Sydney; también viajaría a Viena para escuchar la Orquesta Sinfónica y podría darme el gusto de todas las cosas que sabía que merecía después de haber dedicado mi vida a tener hijos, cuidar de mi marido, comprar una casa y que mi mundo se cayera a pedazos.

Comencé a enjabonarme el cuerpo bajo el chorro de agua caliente. Acondicioné mi pelo tranquilamente por primera vez en meses y, mientras lo hacía, la realidad de mi matrimonio comenzó a arañar mi mente. Wes y yo apenas nos habíamos dicho dos palabras en meses y las pocas que cruzamos, generaron discusiones. Cada vez que él quería tener sexo, me repugnaba la idea. Me hacía temblar, y no en el buen sentido. Fingí todos mis orgasmos durante el año pasado solo para quitármelo de encima y tragaba pastillas anticonceptivas a puñados para impedir que tuviéramos más hijos.

El matrimonio no debía ser eso, no tenía que sentirme como en una prisión.

Se suponía que debía estar triste por lo que me estaba pasando, que debería llorar mientras

llegaba a conclusiones tan nefastas, mientras me lavaba el pelo y me limpiaba lentamente para enfrentarme a otro día. Necesitaba pasión si quería arreglar mi matrimonio, pero al mirar mi solitario anillo de bodas, me quedé unos minutos más bajo el agua caliente, no porque quisiera seguir duchándome sino porque no deseaba ponérmelo.

Deslizarlo en mi dedo fue lo que me hizo llorar. No debía ser así, pero lo fue.

Joder.

Capítulo 2

Wesley

No quería despertar de mi sueño, ya que era demasiado bueno. La mejor experiencia de mi vida fue proponerle matrimonio a Vanessa; en realidad, la segunda después de nuestra noche de bodas. Me dejó sin aliento la forma en que su enfado se evaporó después de mi propuesta y la pasión con la que nos amamos fue extraordinaria.

Abrí los ojos de par en par cuando comenzó a sonar la alarma. Siempre ocurría igual, me despertaba un par de minutos antes de que se activara. La apagué, para que no despertara a los niños, y presté atención por si los escuchaba llamar a gritos a Vanessa, aunque todo cuanto se oía era el ruido de la ducha. Eché un vistazo a las paredes grises del dormitorio que llamábamos de matrimonio y pensé que era todo lo contrario.

Dejé caer el brazo sobre la pared de almohadas que había apilado entre nosotros y supe que había sido una acción inmadura por mi parte. La pelea que tuvimos rompió algo en mí y al ver sus ojos ardiendo de furia, mientras me decía que era un marido horrible, me incitó a tomar aquella decisión. Una parte de mí murió con aquellas acusaciones, después de lo duro que había trabajado para nuestra familia y todo lo que sacrifiqué para mantenerlos. ¿Y para qué? Para que el amor de mi vida, la que era mi mujer desde hacía cuatro años, me mirara y me dijera que no era lo suficientemente bueno, que todo mi esfuerzo había sido en vano.

Me di la vuelta sobre la pared de almohadas y las tiré de la cama con rabia.

No era la primera vez que alzaba un muro entre nosotros. De hecho, la idea había sido de ella, de la mujer que se comprometió el día de nuestra boda a amarme sobre todas las cosas.

La noche anterior pensé que todo iría bien y regresé temprano del trabajo. Preparé la cena para ella y los niños como si fuera una sorpresa, nos sentamos a contar cómo nos había ido el día y compartimos sonrisas. Luego, Vanessa y yo acostamos a los niños e hicimos el amor bajo la luz de la luna.

Por lo menos, eso pensé.

Era la primera vez que me despertaba con la barricada de cojines que separaban nuestros cuerpos en la inmensa cama. Parecía que cuanto más nos distanciábamos, más grande se hacía el colchón. Cuando íbamos a la universidad, dormíamos acurrucados, uno en brazos del otro, en una litera. Nos casamos y compramos una cama de matrimonio. Después de nuestra primera gran pelea, volví a casa con una de cuatro postes con un colchón inmenso y hace unos meses, llevé otro, el más grande del mercado con un somier diferente. Un mar de colchón entre nosotros y ambos nos acurrucamos en extremos opuestos.

Ni siquiera podía recordar lo que se sentía al tener a mi esposa acurrucada contra mi pecho.

Las paredes grises de nuestro dormitorio se burlaban de mí y de lo aburrido que se había vuelto nuestro matrimonio. Monótono, esa era la definición exacta.

Miré al baño y escuché la ducha, por lo que supe que Vanessa ya se había levantado.

No solía hacerlo. Normalmente, era yo el que se sentaba a su lado de la cama, le alisaba el pelo sobre la cara y la arrastraba fuera, cuando sonaba la alarma. A veces, incluso llamaba a los niños y

les decía que fueran a cubrir su cara de besos para despertarla, pero siempre lo hacía de mal humor, a pesar de las caricias de nuestros hijos.

Fui hasta el cuarto de baño y giré el pomo de la puerta, dispuesto para aprovechar el momento, ya que los niños aún no estaban despiertos. Era algo que hacíamos muchos días, robar cada instante que pudiéramos para estar juntos. Pero cuando comprendí que estaba echado el cerrojo, se me cayó el alma a los pies. Respiré profundamente y apoyé la frente contra la pesada madera, todavía recordando los buenos tiempos.

Nunca cerraba la puerta del baño. De hecho, solía dejarla abierta para que me deslizara detrás de ella en la ducha. Acariciaba su cuerpo mojado con la punta de los dedos y me permitía enjabonarla, acondicionar su pelo y guiar sus labios hacia mi polla. Ella me dejaba poseerla, una y otra vez, contra la pared de la ducha y terminaba de despertarme con el sonido de su voz gritando mi nombre, jadeando en mi oído y rogando que le diera más de mí. Más de mi polla. Más besos alrededor de sus pezones.

Cerré los ojos con la sensación de que esos recuerdos eran muy lejanos.

Presioné mi oído contra la puerta para escuchar y estar tan cerca de ella como pudiera, pero no pude oír nada, solo sus pesados suspiros y el agua cayendo. Normalmente, tarareaba y llenaba el baño con su canto desafinado, y yo la adoraba. Me paraba en la puerta, antes de entrar, y escuchaba la canción, pero ya no lo hacía. No lo había hecho durante meses.

Intenté recordar la última vez que la escuché cantar y no pude hacerlo.

La ducha se apagó y volví a sentarme en el borde de la cama para fingir que me acababa de despertar. Lo último que deseaba era molestarla o darle una razón para seguir enfadada conmigo.

Antes queríamos estar juntos a todas horas; pero, últimamente, cada vez que invadía su espacio personal, se quejaba. Me había apartado a un lado y atendía a los niños, a su trabajo y a ella misma, cuando estaba con la nariz metida en el teléfono.

Pero no se ocupaba de mí.

Me pasé la mano por el pelo y me aclaré la garganta en el mismo instante que se abrió la puerta del baño. Me giré para verla, pero ella ni siquiera me miró. Estaba demasiado ocupada envolviéndose una toalla en el pelo y cerrándose bien la bata como para fijarse en que yo estaba despierto.

—Buenos días —saludé.

Dio un respingo, como si el hecho de que yo estuviera despierto la hubiera asustado.

—Buenos días —espetó con brusquedad.

Luego, se dirigió hacia su armario y comenzó a revisar su ropa.

Deslicé la mirada por su cuerpo y me di cuenta de que estaba seca por todas partes menos por el cuello. Hubo un tiempo en el que me dejaba pasar la suave toalla por cada centímetro de su piel, siguiendo después el rastro con besos.

A pesar de su fría conducta, percibí su belleza y reconocí que estaba tan guapa como cuando la conocí. Como el día que le propuse matrimonio. Sus piernas torneadas seguían siendo perfectas. Tenía algunas estrías en el vientre, según recordaba, pero solo para que yo las rastreara con la lengua. Sus pechos estaban un poco caídos, como evidencia de haber dado de mamar a nuestros hijos, y todo su cuerpo maravilloso hizo que mi polla palpitara de deseo. Ansiaba estar dentro de ella, del cuerpo que podría albergar otro bebé. El mío nunca sabría lo que era tener una vida en su interior, ni sabría lo que se sentía al alimentar a un niño que había crecido en su interior. Nunca

entendería la magia de sentir cómo su cuerpo había cambiado sin arrepentirse, para darme las dos personitas más importantes de mi mundo.

Me gustaría dejar el trabajo y pasar todo el día explorando sus profundidades. Enterrándome entre sus muslos y memorizando las estrías que nuestros hijos le habían hecho, aunque sabía que eso la molestaría.

—¿Qué? —preguntó al darse cuenta de que la miraba.

—Nada —dije mientras ella se quitaba la toalla del pelo.

—Voy a ir a despertar a los niños —anunció para escapar de mi escrutinio.

—¿No quieres volver a la cama por un rato?

—Ya me he duchado, Wes. Tal vez en otra ocasión. —Se marchó a toda prisa hacia el pasillo.

Me quedé solo en la habitación, con la sensación de que la necesitaba más cerca que nunca.

Si supiera cuándo comenzaron a ir mal las cosas... Cuando el amor y la pasión se transformaron en una mera tolerancia.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en las manos mientras recordaba nuestra primera pelea. Fue cuatro meses después de casarnos, cuando comenzamos a decidir cómo decorar el maldito baño de invitados.

Me levanté y me dirigí al baño con el estúpido deseo que nuestras actuales discusiones fueran tan simples como las de antes. El vapor llenó mis fosas nasales y el calor relajó mis músculos. Abrí el agua caliente y esperé que se calentara, pero solo se puso tibia. No pude evitar soltar una carcajada. Claro que sí. Por supuesto, no me había dejado agua caliente y todavía quedaba un largo día por delante.

La frustración tensó mis músculos.

Me metí en la ducha y me lavé con rapidez, antes de que el agua terminara por salir fría. Me froté el pelo y, cuando iba a enjuagarlo, tuve que salir del chorro de agua helada. Rápidamente cerré el grifo y busqué una toalla. Al mirar mi polla la vi encogida y pensé que, si hubiera podido succionarse a sí misma, lo habría hecho.

—El agua es puro hielo —murmuré.

Decidí que lo mejor era vestirme y desayunar como si no pasara nada porque, si mencionara algo que pudiera encender la mecha, el fuego se descontrolaría. No tenía energía para pelear aquella mañana ni la fuerza de voluntad para defenderme. No había café en el mundo que pudiera sacarme de la neblina en la que me había hundido; todo lo que deseaba era volver a la cama, cerrar los ojos y soñar con el último día que me miró con amor.

El día que tuvimos a nuestro hijo.

Capítulo 3

Vanessa

—¿Tostadas?

—Sí, Madeline, muy bien.

—¿Cahuete? —intervino Evan.

—Tostadas y crema de cacahuete, claro —dije con suavidad.

—¡Huevos! ¡Huevos! ¡Huevos!

—Sí, Evan. Te traeré unos huevos. —Suspiré.

—¿Huevos para mí? —Quiso saber Madeline.

—¿También quieres huevos? —La miré, sonriendo.

—¡Huevos y cacahuets y tostadas!

—Y yo también —gritó Evan.

Sacudí la cabeza y traté de concentrarme en la sartén. Revolví algunos huevos mientras se hacían las tostadas y mi mente todavía flotaba en una neblina brumosa. El olor del café impregnaba la habitación, aunque faltaba un minuto para que estuviera listo. Madeline y Evan esperaban su desayuno en sus sillas altas, balanceando los pies y golpeando las bandejas con las manos. Cuando tenían hambre, mis hijos siempre exigían la comida con lágrimas en los ojos. Eran capaces de comerse un caballo entero, si querían. Cada vez que me daba la vuelta, pedían un bocadillo o cualquier otro tipo de alimento.

—¡Huevos!

—¡Tostadas!

—¿Y para untar? —preguntó Evan.

—¿Una rebanada con mantequilla? —Madeline preguntó.

—No. Solo huevos y tostadas —aseveré.

—Yo quiero una rebanada —insistió Madeline.

—No, Madi.

—¿Untar? —repitió Evan.

—No. Huevos y tostadas. —Mi voz sonó más suave.

—¿Con crema de cacahuets? —Madi comenzó a llorar y respiré con fuerza.

Tenía que mantener la calma, ellos solo estaban hambrientos, como tantas otras veces. ¿Por qué demonios tenía que hacer tanto café para Wes? Si hubiera salido a una hora decente, y hubiera dormido más, no tardaría en hacer el maldito café y el desayuno de mis hijos ya estaría listo.

Lo primero que haría al salir de compras, sería conseguir otra cafetera.

—Huevo. ¡Ahora! —exigió Madeline.

—Ahora, ahora, ahora, ahora, ahora, ahora —repetía Evan, sin cesar.

—Está bien, chicos. Voy a traer vuestro desayuno.

—¡Ahora! —gritó Madeline.

—En un segundo. —Apreté los dientes para no gritar yo también.

—¿Ahora? —preguntó Evan.

Suspiré y sacudí la cabeza mientras ponía los huevos en los platos en el mismo instante que las tostadas salían de la tostadora.

Soplé las rebanadas sin tener en cuenta que quemaban, alcancé la crema de cacahuete, tomé una buena porción y unté las tostadas con rapidez. Coloqué los platos ante mis niños llorones, gritones y exigentes para que se callaran y serví dos vasos de leche.

—¿Cacao? —preguntó Madeline.

—¡Choco! ¡Choco! ¡Choco! —canturreó Evan.

—Nada de leche con chocolate hasta que aprendáis a comportaros.

Ellos siguieron pidiendo a gritos que querían leche con chocolate y sin dejar de llorar. Limpié sus lágrimas y acaricié sus cabezas para consolarlos, pero resultó inútil.

—¿A qué se debe todo este alboroto? —Inquirió Wes que entraba por la puerta.

—¡Papá! —Se alegró Madeline.

—¿Cacao? —Evan vislumbró una oportunidad.

—¿Queréis leche con chocolate en lugar de la normal? —Se interesó Wes.

—No para el desayuno —advertí, inflexible.

Miré a mi marido por encima del hombro y lo vi levantar las manos. Mis dos niños intrigantes lo miraron fijamente y después sus ojos se fijaron en mí.

Odiaba estos momentos en los que Wes me convertía en la mala de la película con nuestros hijos. Esa era yo, la que castigaba, la que se negaba a darles dulces a cada momento. Él, sin embargo, era el que los sacaba de paseo, el divertido que los llevaba al parque o ponía películas. El que les daba los malditos regalos que yo les negaba si no se comían el maldito brócoli.

—No —repetí, acalorada.

—Lo siento, niños. Ya habéis oído a mamá —anunció Wes.

Les revolvió el pelo con la mano y yo sentí cómo se tensaban mis hombros.

Era un pequeño gesto que nos enfrentaba y yo ya no tenía energía para pelear. No deseaba explicarle por qué no cedía a sus rabietas y si quería mostrarse testarudo, que lo hiciera en su oficina.

—¿Quieres que haga más café? —preguntó Wes. Hice un gesto con la cabeza que indicaba que acababa de apagar la cafetera y asintió—. Gracias.

Simplemente me encogí de hombros, como si me diera igual su gratitud, ya que todas las mañanas hacía café.

Llenó su enorme vaso y echó suficiente crema y azúcar, como para sufrir un coma diabético nada más beberlo.

Miré la cafetera de doce tazas y comprobé que apenas si quedaba café para cuatro. Si me lo proponía, podía sacar dos buenas tazas.

—Gracias —murmuré.

—¿Por qué? —Me miró sin comprender.

—Por nada, cariño.

—Entonces, ¿cuál es el plan para hoy? ¿Tienes trabajo?

—No trabajo este domingo, no. A menos que me llamen.

—¿Ya te han llamado?

—No, no lo han hecho.

—¿Pasa algo más hoy? —Me miró, extrañado.

—¿No te acuerdas?

Le oí dar un fuerte suspiro.

—¿No puedes recordármelo?

—¿No puedes simplemente recordar? —resoplé antes de continuar—: Mi padre viene a recoger a los niños. Quiere pasar el día con ellos y llevarlos al parque. Lo más seguro es que los sature de dulces y los envíe con un alto nivel de azúcar. Ya sabes cómo funciona. —Chasqueé la lengua.

—Entonces, estaremos solos.

—Sí, pero tengo trabajo pendiente.

—Creí que habías dicho que no tenías que ir a trabajar.

—Y no tengo que ir, pero siempre hay cosas que hacer aquí, como imprimir vales de viaje para algunos de mis clientes, reorganizar algunos de sus itinerarios de viaje... Ese tipo de cosas no requieren que vaya a la oficina.

—¿Puedo ayudarte? Ya sabes, ya que hoy no iré al trabajo —sugirió.

—¿En serio? ¿Lo harías?

—Vanessa...

Respiré profundamente.

—No. No hay nada en lo que puedas ayudarme. Que mi padre se lleve a los niños todo el día, es suficiente ayuda.

—Podrías habérmelo dicho, si necesitabas que te echara una mano.

—No es el motivo de esta conversación, Wes.

—Entonces, ¿cuál es el motivo? Porque siento que estamos hablando de temas diferentes.

—¿Riñes? —preguntó Madeline.

Miré a Wes antes de suavizar mi mirada a mi hija.

—Nadie está peleando, cariño.

—¿Piensa que estamos peleando? —Wes enarcó una ceja.

—¿Quieres dejar de hablar? —Fue una orden más que una pregunta.

—¿Qué? ¿Ahora ni siquiera puedo hablar con mi mujer?

—Pelea —intervino Madeline.

—No, cariño. Nadie está peleando, ¿de acuerdo? —insistí.

—Al menos, ahora no... —murmuró Wes.

—¿Cómo dices? —inquirí con fuerza.

—Yeeee —gritó Evan.

Mi hijo se tapó las orejas con las manos y eso me rompió el corazón.

Así de mal se habían puesto las cosas entre mi marido y yo. Cada vez que se tensaba la situación, mis hijos lo percibían. Nuestros hijos lo sabían.

Dejé mi desayuno intacto y traté de consolar a mis hijos. Al darle la espalda a mi marido, conseguí poner una barrera entre la tensión que aumentaba en la habitación. Limpié de lágrimas los ojos de Madeline y Evan y pensé cuanto habían aprendido con tan poca edad. Evan no tenía ni dos años y Madeline apenas había cumplido dos años y medio. Acababa de dejar de amamantar a Evan y ya sabía cómo sonaban sus gritos.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas ante la cruel realidad: mis hijos ya no eran bebés.

—Todo está bien. ¿Adivináis quién va a venir hoy? Traté de hacerles pensar en algo más alegre.

—¿Abuelo? —preguntó Madi.

—¡Abu! —exclamó Evan.

—Así es. El abuelo va a venir, lo que significa que todos tenemos que asearnos y prepararnos.

—Puedo hacerlo yo. —Se ofreció Wes.

—No hace falta.

—Vanessa, yo lo haré. —La severidad de su voz me pilló desprevenida.

Observé cómo dejaba su vaso de café, se interpuso entre los niños y yo, los tomó en sus brazos y se los llevó para lavarlos y vestirlos.

Me quedé allí un segundo, procesando todo lo ocurrido, antes de empezar mi rutina diaria. Limpié los platos de los niños, puse el lavavajillas y preparé el desayuno de Wes y lo dejé sobre la mesa. Después, me serví una taza de café y cuando iba a beber un sorbo, llamaron a la puerta.

«Solo una mañana. Es todo lo que quiero», pensé al tiempo que caminaba hacia el vestíbulo.

—¡Vanessa! Creo que es tu padre —gritó Wes.

—¡No jodas! —murmuré.

—¿Puedes abrir? Estoy un poco liado con los niños.

«Bienvenido a mi maldita vida», pensé mientras recordaba lo que me había dicho. ¿Quería saber qué hacer hoy por mí? Para empezar, podría dejarme una mañana para mí sola. Una mañana para desayunar de verdad en lugar de imaginarlo. Una mañana para disfrutar de una taza de café sin que un niño se me suba a la pierna, o un marido que intente quitarme la ropa, o alguien que llame a la maldita puerta. ¿Quería saber qué podía hacer hoy? ¿Qué podría hacer para ayudar? ¿Por qué no empezó por arreglar el biombo del porche trasero que él y Madeline rompieron hace dos semanas? ¿O por arreglar el grifo que goteaba en el baño de invitados? O conseguir una nueva cuna para Evan, como dijo que haría semanas atrás.

Podría empezar con cualquiera de esas cosas. ¿Por qué demonios tenía que decirle lo que había que hacer? Él también debía saberlo, yo no era su madre.

—Hola, princesa.

—Hola, papi. —Me quedé allí, lista para llorar en su hombro, para decirle que todo había terminado con Wes y la vida que habíamos construido juntos.

Siempre busqué consuelo en los brazos de mi padre. Quería llorar en su cuello y contarle los planes que deseaba para mi vida. Planes que nunca se llevarían a cabo, mientras Wes estuviera en mi mundo. Mientras estuviera atrapado por las cuatro paredes de mi hogar eterno.

—¿Cómo está mi princesa?

—¡Abuelo!

—¡Abu!

—Hola, Michael.

Todos me apartaron rápidamente de mi padre y él les prestó atención. Lo vi hablar con mi marido en la puerta mientras los niños lo rodeaban. No quería sentirme celosa de mis hijos, ni de Wes y la forma en la que le hablaban como si yo no existiera. ¡Él era mi padre y yo lo necesitaba! Al parecer, no iba a tener su atención.

Volví a la cocina y terminé mis deberes matutinos mientras Wes enviaba a los niños con mi padre. La puerta delantera se cerró justo cuando cerré el lavavajillas. Limpié la encimera, el horno, las sillas altas y las guardé antes de coger mi taza de café. Por fin, un momento de paz, para disfrutar del líquido caliente que me podría en marcha para enfrentar el día.

—¿Estás bien, Vee?

Al escuchar su voz, cerré los ojos mientras sentía que la ira se acumulaba en mis entrañas.

Wes no sabía lo peligroso que podía ser interrumpirme en ese instante. Todavía no había desayunado, no había abrazado a mi padre y no llevaba ropa decente.

—Estoy bien —dije bruscamente.

—Sé que no es verdad.

Bien. Si quería que fuera ahora, sería ahora.

Capítulo 4

Wesley

—¿Qué quieres? —Ella me miró a los ojos y me sorprendió que su voz sonara tan agresiva—. No te hagas el sorprendido ahora. No he desayunado, ni siquiera he tomado mi café y parece ser que quieres hacer esto ahora. Así que, hagámoslo.

—¿Por qué no has desayunado? —pregunté extrañado.

—¡Porque he estado demasiado ocupada alimentándote a ti y a tus hijos, Wes!

—Entonces come algo. ¿Por qué te quedas ahí bebiendo café si tienes hambre?

—¡Porque yo también necesito cafeína!

—Vanessa, ¿qué pasa? Sé que algo va mal, así que no me digas que no es verdad.

—Estoy bien, Wes. ¿Podrías por favor dejarme en paz?

—No. No lo haré. No hasta que sepa qué es lo que te molesta. Cuando hice mis votos, prometí estar a tu lado en lo bueno y lo malo. Ahora, dime, ¿qué es lo que pasa para que podamos arreglarlo?

—Estoy segura de que esos votos no dicen nada sobre arrastrarse sobre el culo hasta morir.

—¿Por qué no te guardas ese lenguaje vulgar y me dices qué te pasa? Por favor, Vee.

—No me llames así.

—Que no te llame, ¿cómo? ¿Vee? Te he llamado así durante años.

—Bueno, ya no me gusta.

—Eso es absurdo. Así te llamo siempre, Vee.

—Cállate.

—Vee.

—Ya basta, Wesley.

—Vanessa Leigh Harding, háblame. Habla con tu marido. Quiero escuchar lo que te pasa, quiero saber cómo arreglarlo —insistí.

—Ahora mismo no quiero hablar contigo. No puedo.

—¿Cuándo dejamos de comunicarnos?

Vanessa pasó a mi lado, pero yo la alcancé y la cogí del brazo.

—Suéltame.

—No. No hasta que hables conmigo. Llevamos meses peleando, no podemos hablar sin discutir y quiero saber qué está pasando. Quiero hablar contigo. Comunicarme contigo. Así que vamos a sentarnos y tendremos una conversación como marido y mujer, sobre qué demonios pasa, para poder solucionarlo.

—¿Quieres saber lo que hay que arreglar, Wesley? —Se zafó de mi agarre y se apartó de mi lado—. ¿Quieres saber qué demonios es lo que necesito?

—Sí. Me gustaría mucho saberlo, Vanessa. Porque te has convertido en un monstruo.

—Yo. Yo soy el monstruo. Bien. Empecemos por la parte de atrás de la casa. Para empezar, hay que arreglar la malla de la puerta trasera.

—¿Qué? —La miré sin comprender.

—¿O es que no lo recuerdas? ¿No recuerdas que me dijiste que lo arreglarías inmediatamente

después de que Madeline la pateara con esa maldita pelota? La misma maldita pelota que tiré dos veces.

—¿Qué... pelota?

—Exactamente. Ni siquiera sabes qué pelota, Wesley. La de color rosa. La tiré dos veces a la basura y la sacaste, creyendo que había sido Madeline. Si lo hubieras pensado, te habrías dado cuenta de que Madi no llega ni a la parte superior del gran cubo de basura de afuera. ¿Cómo crees que llegó allí?

—Bien. Bien. La mosquitera de la puerta. ¿Qué más? —Traté de seguir con la conversación inicial.

—El grifo del baño de invitados sigue goteando. Me vuelve completamente loca.

—Todo lo que tienes que hacer es meterte debajo del fregadero y apretar...

—¡Lo he intentado, Wes! Dos veces. Porque tú no lo haces. No has sido capaz de perder un minuto y te importa una mierda lo que pasa en la casa. Yo he tenido que decorarla, llenarla de niños y, ahora, parece ser que depende de mí arreglarla. Tú, sin embargo, te quedas en tu oficina durante doce o trece horas al día, para vernos solo en la cena y dejándome con dos niños que no paran de preguntar dónde diablos está su padre.

—¿Por qué no me has dicho esto antes?

—¿Por qué tengo que hacerlo, Wes? Eres el hombre de esta casa. Lo pregonas cada maldita vez que tenemos una discusión. Te golpeas el pecho con los puños como el maldito gorila que eres y luego te matas trabajando en una oficina; además, roncas toda la noche. ¿Sabes lo que puedes hacer? Conseguir la nueva cuna de Evan para que tu hijo no se caiga por el maldito fondo, como dijiste que harías hace semanas. También, lavar un montón de ropa, barrer el maldito piso.... Coge una toalla de papel y limpia tú mismo, ¡por el amor de Dios!

Me quedé allí, con los ojos muy abiertos mientras veía gritar a mi mujer. Al amor de mi vida, desde hacía siete años; la chica con la que soñaba antes de conocerla, con su pelo negro y grandes ojos que ahora tenían una mirada enloquecida. Había una mezcla de dolor y angustia en su rostro. Ira, agotamiento y un enorme vacío.

¿Cómo no me había dado cuenta?

—¿Qué más necesitas? —pregunté con calma.

Traté de suavizar la voz para que ella se tranquilizara. Vi cómo aflojaba los puños, pero siguió de pie, como si fuera a abalanzarse en cualquier momento para seguir reprochándome por mi maldita existencia. Y sus ojos, llenos de tanto fuego.

No había visto esa clase de pasión en su mirada desde hacía más de un año.

—Me gustaría que prestaras más atención —contestó.

Tuve la impresión de que la fuerte madre de mis hijos se convertía en una niña pequeña. Temerosa. Asustada.

Y eso me dolió.

—¿Qué más? —La animé a seguir desahogándose.

—Quiero tener una mañana en la que no haya niños arañándome, donde no tenga que aguantar tus comentarios sobre la última vez que te subiste a mí como lo hacen los niños. Quiero una mañana para desayunar sin que los niños me quiten la mitad. O una mañana para disfrutar de mi café antes de que se enfríe. Joder, odio el café frío, Wes. Pero lo he estado tomando durante los últimos dos años sin tener en cuenta mi persona, porque eso es lo que se requiere de mí.

—No, no lo es, Vee.

—Sí, lo es. Dices eso, pero no entiendes lo que es ser madre. Correr detrás de dos niños, cocinar para ellos y limpiar todo lo que ensucian. Luego hacer lo mismo para un marido, mantener un trabajo y decirme que valgo para algo.

—Entonces deja el trabajo, Vee. No tienes que hacerlo, yo gano suficiente dinero para los dos. Eso fue un error. Uno muy grande.

—¿Qué acabas de decir? —Enarcó una ceja al mirarme.

—No te lo tomes así. El asunto es otro. —Procuré reconducir la conversación.

—Entonces dime, Wesley. ¿Qué querías decir?

—Maldita sea, Vee. Cálmate un segundo, ¿quieres? Háblame como una maldita adulta normal.

—¡Soy una maldita adulta normal, Wes! ¡Soy una maldita adulta normal, con dos malditos niños normales y un maldito trabajo normal a tiempo parcial y un maldito marido normal que no hace nada al respecto! Ni siquiera pude abrazar a mi padre esta mañana y llorar en su hombro como solía hacerlo, porque tú y los niños os metisteis en medio. Me empujasteis a un lado como si no importara lo que yo quisiera. Porque nunca te ha importado, Wes. No lo ha hecho durante meses, porque no has estado en casa. No has estado en casa lo suficiente como para que te importe una mierda o me hayas dado lo que necesito. Y eso es cosa tuya, Wes. —Se señaló a sí misma y comenzó a temblar—. Yo soy cosa tuya.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—Pues no es suficiente. Hay un montón de cosas por hacer en esta casa y soy la única que las hace. Soy la que arregla el aire acondicionado, la que arregla el internet y la que arregló la maldita televisión hace dos meses... Y soy la que necesita una maldita taza de café caliente por la mañana.

—¡Entonces, prepárate una maldita taza de café, Vee!

—¡Lo haría si no te bebieras, de una vez, el ochenta por ciento de la cafetera cada mañana, Wes!

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres... quieres que reduzca mis horas de trabajo? ¿Uhm? ¿Quieres renunciar a nuestras Navidades con los niños para que pueda estar más en casa? Porque el dinero no sale de la nada, mis bonos en el trabajo y cómo me rompo el culo pagan esas Navidades.

—¡Todo eso no importa, si no estás aquí para disfrutarlas! —gritó.

—Hazte unos huevos y cálmate, Vee.

—¿Sabes qué? Estoy cansada de esto y estoy cansada de ti. Durante los dos últimos años, mi vida ha sido un infierno. Joder, lo es desde que nació Evan. Lo único que quieres es correrte, tener sexo sin perder el tiempo en juegos ni ninguna de las mierdas románticas que solíamos hacer cuando salíamos, porque ya me cazaste, ¿verdad? Ya conseguiste que la chica se casara contigo, que se abriera de piernas cuando te apetecía y luego tuviera tus niños. Cumplió tus órdenes y ahora crees que tienes derecho a todo, ¡solo porque lleva tu anillo en el dedo!

Me puso la mano ante los ojos, para mostrármelo, mientras mi ira aumentaba.

—Me conoces mejor que eso —dije con los dientes apretados.

—No, Wes. No te conozco.

Se sonrojó y yo suspiré con fuerza. En ese momento estábamos más unidos de lo que habíamos estado en las últimas semanas. Sentí su aliento pulsando contra mis labios y el calor de su cuerpo golpeando contra mí. La miré a los ojos y pude ver los primeros signos de emoción en días. Temblaba como una hoja y se puso de puntillas para mirarme cara a cara.

La habitación chisporroteaba con un calor abrasador que no había vuelto a surgir desde que nos

enteramos de que estábamos embarazados de Evan.

—¿No crees que me conoces mejor que eso? —repetí la pregunta.

—Sé que no.

—Bueno, entonces déjame recordarte algunas cosas.

Enmarqué su cara con las manos, mantuve su cabeza firme y estrellé mis labios contra los suyos.

Capítulo 5

Vanessa

La intensidad de su beso fue desmedida. Hacía meses que no sentía ese escalofrío en mi columna vertebral y no estaba de humor para follar. Abrió mis labios con la lengua y dominó mi cuerpo como no lo había hecho desde nuestra noche de bodas. Me mordisqueó el labio inferior, debilitando mis rodillas y arqueándome contra él mientras deslizaba las manos hasta mi cintura. ¡Oh, sentí cómo me estrechaba entre sus brazos! Su amplio pecho contra el mío al tiempo que su lengua lamía mi paladar.

Pero cuando gruñó en mi garganta, me arrancó del trance.

Lo aparté con un jadeo y me retiré el pelo de la cara. Sus ojos tenían una mirada salvaje antes de darse la vuelta para apoyarse en la encimera.

Pensé que me iba a sujetar de nuevo y me separé de su lado. Estaba enfadada, furiosa, y lo último que quería era hacer el amor con él.

—¡Vee! ¿A dónde diablos vas?

—Tengo trabajo que hacer —repose sin aliento. Entré en la habitación que era mi oficina y lo escuché detrás de mí—. Wes, deja de distraerme. Tengo...

Escuché el portazo antes de que sus manos estuvieran sobre mí otra vez.

Ni siquiera me dio tiempo suficiente para reaccionar, se acercó en dos zancadas y apresó mis labios de nuevo.

Mi debilidad me delató porque al sentir sus manos sobre mí, abrí la boca para aceptar la suya. Agarré su camisa en dos puñados y traté de empujarle, quería seguir discutiendo, alejarme de él como hacíamos últimamente. Eso, al menos, era mejor que las paredes de almohadas o las cenas perdidas; mejor que los momentos silenciosos en la cama, juntos pero en extremos opuestos. Tenía miedo de su pasión por mí, de que existiera para él, y también de que todavía existiera para mí.

Llevaba meses diciéndome que había desaparecido. Me miraba en el espejo y me convencía de que todo había terminado. Pero cuando me besó y mordisqueó la zona más sensible de mi cuello, mi cuerpo cobró vida como en nuestra noche de bodas. Mi corazón comenzó a golpear contra mi pecho, al sentir que deslizaba mi bata sobre los hombros hasta que cayó al suelo.

—Oh, Wes —gemí su nombre.

—Mi preciosa mujer —susurró.

Me dio un cachete en el culo y me puso al borde de mi escritorio. Me abrió las piernas y presionó en mi centro con la polla encerrada en los calzoncillos. Me agaché y la pasé a través de la tela. La tomé en la mano y sentí la fuerza de mi marido, pulsando contra mi palma, mientras se quitaba la camisa.

Una fuerza que no había disfrutado en meses.

Me arrancó del lado del escritorio y me dio la vuelta. Me sujetó por las caderas y me inclinó sobre la madera hasta que sentí su polla contra mi culo. Deslicé los brazos hacia fuera y los papeles y todos los objetos cayeron al suelo, pero me dio igual. Me importaba una mierda el desorden, era la primera vez en mucho tiempo que mi marido me deseaba.

Estaba tan excitada que cuando deslizó la punta de su erección por la pendiente de mi culo, casi

me corrí en ese instante. Lo deseaba de verdad, no me importaba el precio. Buscó mi ardiente hendidura, mis jugos lo empaparon y lubricaron su polla para el asalto que se avecinaba, empujó con ímpetu y me penetró profundamente.

—¡Oh, Wes!

—¿Eso es todo? Grita mi nombre, Vee. Grítalo.

Salió lentamente y me penetró de nuevo con fuerza.

—Oh... oh, Wes. Sí.

—Otra vez.

—Wes —dije más fuerte.

—Otra vez.

—Wesley.

—Dilo otra vez.

—Sí, Wes. ¡Mierda! ¡Más fuerte! ¡Por favor!

Entraba y salía con un ritmo invariable, como siempre hacía. Su polla abriéndose camino entre mis paredes, estirándome. Mis tetas rebotaban contra el escritorio y me agarré a los lados para afianzarme. Wes me agarró por las caderas con fuerza y supe que sus dedos quedarían marcados en mi piel. El chasquido de nuestros sexos húmedos golpeando resultaba excitante. Me arrastró hasta la alfombra sin dejar de moverse y me apreté contra él. Mi trasero se sacudió con la fuerza de sus abdominales.

—Tan hermosa. Tan perfecta. Toda mía, Vee. Mía. Solo mía.

Al oírlo me temblaron las piernas y él me dio otro cachete un poco más fuerte, sosteniéndome para que no me cayera de debajo de él. Me dolía el clítoris de lo excitada que estaba y cuando sus caderas se movieron con más rapidez, arañé la alfombra y mi cuerpo explotó.

—¡Wes! ¡Joder! —grité con los ojos cerrados.

—Santo cielo, Vee. Ya voy. Ya voy. Toma mi polla, preciosa, dime cuánto la deseas.

—Oh. Sí. Oh. Mierda.

Se derramó en mí. Su semen me llenó mientras no dejaba de bombear en mi interior, hasta que me fallaron las piernas y me derrumbé. Wes cayó sobre mi cuerpo, presionó sus labios contra mi nuca y los deslizó por la curva de mi espalda.

—Me encanta cuando te excitas conmigo, Vee. —Acarició mis muslos con las manos.

Al apoyar la cabeza sobre su pecho, escuché su corazón acelerado.

—Creo que hemos destruido tu oficina —observó, riéndose.

Sonreí y besé su amplio tórax.

—Si te digo la verdad, ahora mismo no me importa.

—Lo siento, Vee. —Asentí con la cabeza sin separarme de él y agregé—: Quiero que sepas que he escuchado todo lo que me has dicho, ¿vale?

Asentí de nuevo y dibujé figuras con las yemas de los dedos, a lo largo de su piel. Me concedí unos segundos para pensar en sus palabras, en si realmente me había escuchado, porque muchas veces decía eso mismo y no cambiaba nada.

Solo el tiempo lo haría, pero deseaba que ese momento con él no terminara nunca.

Capítulo 6

Wesley

A la mañana siguiente, me desperté con un dolor agradable en las piernas y en los brazos. También en mi polla. Sonreí y me di la vuelta en la cama, listo para tomar a mi esposa entre los brazos, pero cuando toqué el lado desnudo de la cama, presté atención a los sonidos familiares que se escuchaban alrededor: el agua de la ducha y los niños removiéndose en sus camas. Abrí los ojos y observé los suaves matices de sol ascendiendo en el cielo, lo que indicaba que los niños no tardarían en levantarse.

Parpadeé y caí en la cuenta de que alrededor solo había cama, ni rastro de la pared de almohadas, y sonreí al pensarlo. Hacía tiempo que uno de nosotros no había construido una de esas cosas y esperaba que fuera algo que ya quedaba en el pasado. Me preparé para levantarme si lloraba alguno de los niños, pero en cuanto escuché que sus gruñidos se calmaban, salí de la cama.

Tal vez una ducha con mi esposa sería un buen comienzo de semana.

Agarré el pomo de la puerta y traté de entrar, pero no pude y comprendí que volvía a estar cerrada con llave. Apoyé la cabeza en la madera que nos separaba y maldije en un susurro. Intenté escuchar el zumbido del agua en la ducha, pero me resultó imposible y pensé que, aunque el día anterior se dejó llevar y compartimos un momento, no habíamos progresado. La forma en que compartimos nuestros cuerpos, la entrega que experimentamos antes de limpiar su oficina, el rato que dediqué a ayudarla en el trabajo, el almuerzo que hice para los dos y el masaje en los pies que le di, antes de que nos acomodáramos para ver una película que acabamos por no ver, No sirvieron para nada.

Miré hacia la cama y me dije que, al menos, no estaban las almohadas y eso era un avance, así que tenía que tomarlo con calma.

Solté el pomo de la puerta y fui a sentarme al borde de la cama, esperando que Vanessa terminara de ducharse. Pensé en nuestro encuentro del día anterior y sonreí al recordarlo, ya que había sido lo más caliente que habíamos tenido en casi un año. Y el sexo que mantuvimos por la tarde con las fresas y la nata le dio un toque original.

Me pregunté si ella también estaría riéndose, mientras pensaba en lo mismo, y miré otra vez la puerta del baño.

La mañana anterior ella había estado tan enfadada que sabía que necesitaría algo más que buen sexo para arreglar lo que se había deteriorado entre nosotros. Triste y abatido, me pregunté cuánto tiempo llevaría tan enfadada. Cuánto tiempo llevaba guardando todo lo que me dijo y cuándo pensó que no podíamos hablar sobre ello.

Me temblaban las manos y las deslicé por los muslos para tranquilizarme.

Al oír que se apagaba el agua de la ducha, tomé aire y esperé a que ella saliera del baño. Llevaba una toalla en la cabeza para secar el pelo y el cuerpo cubierto por un albornoz.

Iba seguida por una nube de vapor y me levanté para llamar su atención. Se giró, al verme por el rabillo del ojo, y deseé que no me rechazara con tanta frialdad como el día anterior.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, Vee.

Tiró la toalla en el cesto y se dirigió a la puerta con frialdad, tan hermética que yo no supe qué hacer. Incluso me pregunté si la pared de almohadas había desaparecido, solo porque había estado demasiado cansada para ponerla. La verdad era que ella se quedó despierta, leyendo durante un buen rato, y yo esperé todo lo que pude hasta que me quedé dormido, mirando a la maldita pared.

Pero cuando llegó a la puerta, se dio la vuelta y me guiñó un ojo, lo que me dio una chispa de esperanza de que, tal vez, fuéramos por el buen camino.

Vi cómo caminaba hacia el pasillo y sonreí. No paró en ninguna de las habitaciones de los niños y creí tener una oportunidad. Corrí al baño y me metí en la ducha, sin importar la temperatura del agua. Daba igual, caliente, fría, tibia... no importaba. Solo tenía unos minutos antes de que se despertaran los niños. Ya había amanecido, era la hora exacta en la que se levantaban, y Vanessa los había acostumbrado a que se metieran en nuestra cama hasta que sonara el despertador; primero con Madi, luego con la niña y embarazada y después con los dos. Siempre antes de terminar de amanecer y no lo había pensado dos veces. Tal vez ese era el problema. Nunca había pensado en todo lo que ella tenía que hacer, desde que despuntaba el sol, porque yo estaba demasiado ocupado en pensar en mis cosas.

Me duché con rapidez, me cepillé los dientes y me puse unos pantalones de pijama de franela. Nada más.

Las voces de Vee y de los niños llegaban con claridad desde la cocina y la escuché batallando con Evan. Me pasé la mano por el pelo, me miré en el espejo y decidí ir hasta allí.

—Me parece que hay un pequeño por aquí que no está contento. —Procuré que mi voz sonara casual.

—¿Puedes traer a Madeline? —pidió Vanessa—. Creo que Evan tiene fiebre.

—¿Seguro que no quieres que me lleve a Evan?

—Tengo hambre. Huevos, tostadas y cacahuets —exigió Madeline.

—Por favor, tráela, Wes —suplicó Vee.

—Por supuesto. Lo que necesites.

—Está bien, pequeño. —Ella acunó a nuestro hijo que lloraba—. Mamá está aquí, chiquitín.

La vi sacar paracetamol y un termómetro mientras Madeline levantaba una tormenta en su silla. Mi mujer estaba angustiada por los gruñidos de Evan y el pataleo impaciente de Madeline.

Podría detener a uno de los dos y lo hice:

—Madeline. Ya basta —pedí más severo de lo normal.

Mi hija me miró con lágrimas en los ojos y me senté frente a ella.

—¡Hambre! —protestó alzando la cara.

—Ya sé que tienes hambre, pero el desayuno no estará antes porque des patadas en el suelo como si acabaras de sufrir un ataque. Sé una niña grande y dime qué quieres comer.

—Huevos y tostadas y cacahuets y leche con cacao.

—Puedes tomar leche normal —le recordé.

—¡Papá!

—No. —Fui rotundo.

Ella sacó el labio inferior y cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía dos años y medio, pero dejó de dar patadas y actuó, tal y como le había pedido, como si fuera mayor. Miré a mi esposa por el rabillo del ojo y la vi poniéndole el termómetro a Evan. Parecía cansada de cargar con todas las

preocupaciones sobre sus hombros y, antes de sacar los huevos, o de hacer una tostada, o cualquier otra cosa, tomé una taza del armario y le serví una taza de café, tal y como a ella le gustaba. Puse un poco de leche, azúcar y removí antes de llamarla.

—¿Cariño?

—¿Sí? —Vee respondió sin aliento.

—Cuando estés lista, aquí está tu café.

Ella agitó la cabeza, sonrió al ver la taza y, por un momento, las cosas parecían ir bien. No vislumbré ningún atisbo de enfado o malicia en sus ojos, tampoco miradas acaloradas ni tensión en sus hombros. Asintió para agradecerme, tomó su bebida y respiré profundamente mientras sorbía su café.

—Mami está aquí, cariño —repitió para que Evan se tranquilizara.

—¿Comida? —preguntó Madeline.

—Papi ya está preparando tu desayuno, princesa. ¿Puedes tener paciencia?

—¿Podrías hacerme un huevo también? —Intervino Vanessa.

—¿Qué tal si te hago dos huevos, con unas tostadas con queso?

—Eso suena fantástico. Gracias.

¿Quién iba decir que un poco de trabajo en equipo podría hacer que una mañana resultara mejor? Aunque, eso era algo que ya debería haber sabido desde el principio.

Capítulo 7

Vanessa

—Buenos días, bichito Vee.

—Buenos días, Luke —dije, sonriendo.

—¿Qué tal el fin de semana?

—No tan emocionante como el tuyo. ¿Cómo fue la acampada?

—Solitario. Me hubiera venido bien un poco de compañía.

—Eso es lo que pasa cuando haces excursiones de última hora. No hay tiempo para planear.

—Te traje un café —Se paró delante de mí.

—Eres mi salvavidas, gracias. La taza de esta mañana no ha sido suficiente.

—He imaginado que con la trifulca con los dos niños... El jefe me ha dicho que a Evan le ocurre algo. ¿Está bien?

—Le está saliendo un diente, así que me tiene de guardia. Dijeron en la guardería que procurarían que pasara toda la mañana, pero si se encontraba peor o no se le pasaba el dolor con paracetamol, y seguía llorando o le daba fiebre, me avisarían para que vaya a buscarlo.

Luke se sentó en la silla frente a mi escritorio.

—¿Wes no puede ir a buscarlo?

—Tiene un día muy ocupado. Sus lunes son siempre traicioneros.

—Uhm.

Le miré por encima de mis papeles.

—No me vengas con ese «uhm».

—No he dicho nada.

—No con palabras, pero lo has hecho con tu tono de voz...

—¿Cómo van las cosas entre vosotros? Sé que la última vez que hablamos, estabas muy enfadada con él por dejarte plantada en aquella cena.

—Entré en su oficina y le dije exactamente lo que pensaba —expliqué.

—¿Cómo se lo tomó?

Me sentí culpable. Nunca debía haber aireado mis problemas personales en el trabajo. Wes se había esforzado mucho para convertirse en el ingeniero jefe de operaciones de la compañía petrolera en la que empezó a trabajar en la universidad. Al irrumpir como lo hice, a la carrera y furiosa con él, no tuve en cuenta todo lo que ponía en peligro. Miré a Luke, que esperaba una respuesta, con su aspecto siempre paciente y dispuesto a hablar si lo necesitaba, y mi culpa aumentó hasta cortarme la respiración. Pensé en los mensajes de texto que habíamos compartido el fin de semana, en las veces que me reí de sus palabras y recordé sus preciosas fotos.

Y me alegré de haberlas borrado.

—¿Estás bien, bichito Vee? —Luke me miró con interés.

—Sí, sí, sí. Un fin de semana interesante —dije.

—¿Interesante bueno o malo?

—No estoy segura.

—Bueno, ¿qué pasó? —insistió con impaciencia.

—Nada de lo que quiera hablar todavía. Lo siento, Luke.

—No hay necesidad de lamentarlo. Solo quería asegurarme. ¿De acuerdo?

Cerré los ojos y suspiré, reconociendo lo amable y dulce que era Luke.

Cuando empecé a trabajar en la agencia de viajes, un par de años atrás, me recibió con los brazos abiertos. Era un hombre guapo, de un metro ochenta de altura. Pelo largo y rubio que siempre peinaba hacia atrás y tenía unos cálidos ojos marrones. Su mandíbula siempre lucía bien afeitada y le confería un aire juvenil a su estilo profesional.

—Eres muy amable. Gracias, Luke.

—Cualquier cosa por ti, Vanessa. Ya lo sabes.

Sabía que nunca cruzaría la línea roja con él. No lo había hecho hasta ahora y no me entretenía en pensarlo, pero no sabía si ya había cruzado alguna al coquetear de vez en cuando. Lo involucrado que estaba en mis problemas y en los mensajes furtivos que nos enviábamos fuera del trabajo con conversaciones privadas. Había disfrutado de su atención y me había hecho sentir deseada, pero estaba casada y no creía que fuera algo que tuviera que buscar en otro hombre.

Necesitaba buscarlo con mi marido.

—Bueno, te dejo con tu trabajo. ¿Almorzamos juntos en mi oficina? —me preguntó.

—Estaré allí.

—Estupendo. Nos vemos entonces. Oh, y por cierto...

—¿Uhm?

—Esa falda te queda muy bien.

Me sonrojé al escucharlo y la culpa me golpeó inmediatamente en la cara.

Cuando cerró la puerta de la oficina, reparé en lo ocurrido. Habíamos quedado para almorzar en su oficina y me había ruborizado por sus cumplidos. Si yo lo viera desde un punto subjetivo ¿qué pensaría?

Sacudí el pensamiento de mi cabeza y volví al trabajo. Tenía mucho que hacer antes de que los niños salieran de la guardería a las tres.

A media mañana había pensado en llamar a la oficina de Luke por teléfono y decirle que no podía ir a almorzar con él después de todo. Pero cuando llegó el mediodía, estaba mareada de hambre, a pesar del desayuno que Wes me había hecho por la mañana y me dolía el estómago.

—Toc, toc —dijo Luke, asomando la cabeza por la puerta.

—Hola. Creí que iría yo a tu oficina.

—He pensado que podemos salir. No me apetece pedir pizza.

—¿Quieres ir a ese café de la carretera?

—¿Al que siempre vamos? Por supuesto. No había pensado en otro. ¿Estás lista?

—Sí. Déjame firmar esto y nos vemos fuera. —Señalé unos papeles.

—Perfecto, nos vemos entonces.

Cuadré el último de los planes de viaje cambiados para uno de mis clientes, apagué el ordenador y agarré mi bolso. No me costó mucho decidir el lugar para almorzar, ya que el pequeño café no era elegante, pero estaba cerca y la relación calidad precio era aceptable. Luke y yo lo frecuentábamos a menudo con nuestro jefe y otras veces con la secretaria de la recepción. Era casi una tradición y nos conocían a todos por nuestros nombres.

Pero había pasado un tiempo desde que solo Luke y yo íbamos solos.

—Entonces, aparte de la erupción del diente de Evan, ¿cómo están los niños? —Se interesó Luke.

—Están bien, gracias. Madeline está en esa etapa en la que se enoja por todo. Me va a volver loca.

—Lo ha heredado de su madre, ya sabes.

—Yo no me enfado tanto, simplemente sé lo que quiero.

—Ese es un rasgo muy atractivo en las mujeres.

Le llamé la atención.

—Entonces necesito quitárselo a mi hija.

Luke soltó una suave carcajada.

—O tal vez, necesita esa fuerza de voluntad que tú tienes para aumentar su autoestima. Algo que su madre debería recordar.

—¿Qué quieres decir?

—Vee, sé que Wes y tú tenéis problemas y sabes que quiero que seas feliz. Pero cuando te pregunté por el fin de semana, he visto en ti una mirada que no he podido quitarme de la cabeza en todo el día.

—Luke, realmente no ha ido mal. Solo ha habido un poco de confusión, eso es todo.

—¿Cómo es eso? Háblame, Vanessa. Estoy aquí para ti, lo sabes.

—Sí, pero ahora mismo no quiero hablar de ello.

—Sabes que siempre estoy de tu lado. Y no puedo evitar sentir que ha ocurrido algo que te ha confundido más que nunca.

—Luke, te lo dije. Todo está bien.

—Entonces habla conmigo. Háblame de lo que pasó. Acerca de lo que te hizo detenerte y tener esa mirada que vi esta mañana.

—Este fin de semana fue simplemente un poco... confuso —cedí por fin.

Luke me cogió la mano.

—Cuéntamelo, bichito.

Miré sus largos dedos sujetándome y, por primera vez, una oleada de culpabilidad se apoderó de mis entrañas, subió hasta mi garganta y amenazó con ahogarme.

Resbalé mi mano de la suya y tomé aire. Necesitaba seguir concentrada en arreglar mi matrimonio. Necesitaba concentrarme en Wes. Esa mañana había sido la primera vez que había sentido, en mucho tiempo, que me había escuchado. La primera vez que me mostraba que lo que le dije había sido procesado. Lo había visto, por primera vez, como mi compañero, mi marido. No como un hombre con el que estaba atrapada.

Y sostener la mano de otro hombre que quería consolarme me hacía sentir mal.

—Si no quieres hablar de ello ahora, está bien. Lo que quiero que sepas es que estoy aquí para ti —repitió Luke.

—Y realmente lo aprecio. Ya lo sabes.

—Lo sé. Lo veo en tus hermosos ojos cada vez que me miras.

—¿Qué?

—Cuando me miras, tienes esa mirada de agradecimiento. No eres buena ocultando tus emociones, ¿sabes? —Sonrió.

—Entonces tal vez debería trabajar en eso —dije con timidez.

—Me gusta.

—¿Uhm?

—Me gusta que no puedas esconderlas. Muchas mujeres deberían ser así, incluida tu preciosa hija.

Todo el almuerzo fue así. Luke se pasó el tiempo intercalando halagos que me hacían sonrojar, con frases hechas que todo el mundo conocía, y eso solo hizo que la culpa aumentara. Wes y yo habíamos dado un paso en la dirección correcta después de un domingo muy tórrido, pero mi enfoque estaba en otra parte. Mi enfoque estaba en Luke. El hombre que tenía delante. Un hombre con el que era fácil hablar y que escuchaba mis problemas. Un hombre que estaba de mi lado en lugar de hacer de abogado del diablo al discutir, como siempre hacía Wes.

Demonios, me enfadaba mucho que Wes hiciera eso.

Había algo en Luke que hizo que quisiera abrirme a él. Tenía amabilidad y una lealtad que no siempre había encontrado en mi marido. Y lo que empezó como un deseo de no contarle nada sobre mi fin de semana, terminó haciendo que me inclinara hacia atrás en mi silla.

—No sé si debo hablar contigo de esto. —Me mordí el labio, indecisa.

Sentí que el pie de Luke resbaló contra el mío debajo de la mesa.

—Sabes que estoy aquí para ti, bichito Vee.

—Es solo que...—Deslicé mi mano por mi cara y suspiré.

No sabía si debía contarle lo del sexo. Me resultaba un poco raro hablar con Luke sobre aquello. No sabía por qué... pero me sentía mal. Así que decidí dejar esa parte fuera y contarle solo el resto.

—Wes y yo tuvimos otra pelea el domingo y la desencadené yo —confesé.

—Sabía que había pasado algo. Conozco esa mirada en tus ojos.

—Acabé gritándole. Quiero decir, me planté delante de él y le dije todo lo que pensaba.

—Llevas mucho tiempo acumulando demasiadas cosas dentro, Vanessa. Necesitabas sacarlo.

—Lo he sacado todo, Luke. Quiero decir, mi padre vino a buscar a los niños por la mañana y yo no había tomado café todavía, no pude abrazarlo ni hablar con él y perdí los estribos.

Respiré hondo y traté de calmarme. Estaba muy nerviosa y pensar en la discusión me hizo enfadar de nuevo.

—¿Por qué fue la pelea? —preguntó Luke.

—Por todo. Le dije que creía que ya no nos comunicábamos bien. Le dije que había prometido arreglar las cosas de la casa que había dejado de lado durante semanas, como la puerta mosquitera del porche trasero o el asunto de la cuna de Evan.

—¿No ha arreglado la cuna de Evan todavía? Es la cuna de su hijo.

—Parece una locura, ¿verdad?

—¿Por qué un padre no arreglaría la cuna de su hijo? —preguntó de forma ambigua.

—Porque siempre está en el trabajo. Es todo lo que hace, día tras día. Le dije que yo también trabajo y soy la que arregla todas las cosas, mientras respondo a sus hijos que me preguntan por qué su padre no ha venido a cenar o por qué no está allí para arroparlos.

—Lo siento mucho, Vanessa.

—Y salió todo de una vez. Quiero decir, el tipo de cosas que nunca le había dicho y esta mañana, de repente, me despierto y él es completamente útil.

—Bueno, eso es bueno, ¿no?

—Pero, ¿a qué precio? Esta mañana me dolía la cabeza de tanto gritarle. Sí, vimos una película y comimos juntos el domingo, pero... ¿qué es eso en la inmensidad de los problemas?

—Tienes razón.

—Estoy más confundida que nunca. No quiero tener que gritarle para que me escuche. Tampoco me gusta tener que escribirle una lista de cosas pendientes ni de las promesas que me ha hecho.

—Tú vales más que eso, Vee. Mereces estar con alguien que quiera salir y presumir de ti los fines de semana; alguien con quien quieras acurrucarte por la noche y no a quien quieras alejar con una barricada.

—¿En serio? ¿Lo crees? —Lo miré expectante.

—Claro. Vanessa, tú eres amable y cariñosa. Una madre totalmente entregada y trabajadora que te despiertas con un hombre que ni siquiera se acuerda de arreglar la cuna de su hijo. ¿Qué clase de comparación es esa?

—No es buena.

—Te mereces un marido que esté deseando dejar el trabajo para acudir a esas cenas porque sabe que todo el mundo sabe que está involucrado con esa familia. Tus preciosos hijos y tú os merecéis a alguien que derribe la pared de almohadas y te abrace hasta que te duermas. Hasta que su amor por ti se desangre, sin importar lo enfadada que estés.

—Suena como un sueño —susurré.

—Entonces tal vez... es hora de considerar salir de la pesadilla para perseguirlo.

Y por mucho que odié admitirlo, Luke tenía razón.

Capítulo 8

Wesley

Me senté en la oficina y miré fijamente los papeles. No podía entenderlo. Las cosas fueron bien entre Vanessa y yo el lunes por la mañana, pero al llegar a casa descubrí que había acostado a los niños temprano y había vuelto a poner la maldita pared de la almohada entre nosotros. ¿Qué mierda había pasado? ¿Qué había cambiado entre el desayuno de esa mañana y la hora en que entré por la puerta? No habíamos hablado en todo el día. Me mandó un mensaje para que fuera a recoger a Evan a la guardería, porque seguía enfermo por lo de sus dientes, pero tuve que decirle que no podía. Ella sabía que estaba en medio de un proyecto de plataforma petrolífera y que había elecciones. No se entendería que alterara todas las citas pendientes si, cierta persona elegida para el cargo, abandonaba su puesto para ir a la guardería. Lo haría, por supuesto, si mi hijo estuviera gravemente enfermo o algo así, pero no era el caso.

Pasé toda la noche intentando colarme por la pared de la almohada. Y cuanto más lo hacía, más se alejaba. No podía saber si estaba despierta o dormida. Todo lo que sabía era que cuando terminé, estaba fuera del alcance de mis brazos y se tambaleaba en el borde de la maldita cama. La mujer hubiera preferido rodar y dormir en el suelo que dejar que la tuviera junto a mí.

Me mantuvo despierto toda la noche.

Al día siguiente, en el trabajo, me quedé dormido en mi escritorio un par de veces. Cambié el almuerzo por una siesta y mi descanso de quince minutos a mitad de la tarde no fue más que otra excusa para tomar otra siesta energética. Me devané los sesos pensando en lo que podría haber pasado. Tal vez tuvo un mal día en el trabajo. O tal vez fue que no pude recoger a Evan de la guardería aunque eso nunca le había molestado antes. Demonios, nunca me lo había pedido antes y, de repente, un «no puedo porque estoy ocupado en la oficina», ¿significaba que empezábamos de nuevo?

Estaba seguro de que habíamos prosperado, pero tal vez el domingo no fue más que una tirita sobre una herida infectada y supurante.

Miré el reloj de la pared y vi que eran las cinco y media. No sabía si le había prometido a Vee que estaría en casa para la cena; de modo que cogí el teléfono y busqué entre los mensajes. Me reí al darme cuenta de que ojeaba los mensajes. Aparte del texto «¿Puedes traer a Evan de la guardería?», que aparentemente disparó todo al infierno, no me había enviado un mensaje en más de dos semanas.

Y no habíamos hablado desde el lunes por la mañana.

Mi teléfono sonó en mi mano y sonreí. Siempre disminuía mi carga cuando Clay llamaba. Era mi mejor amigo. La única persona que había conocido tanto tiempo en mi vida, aparte de Vanessa. Era mi compañero de cuarto en la universidad y la única razón por la que conocí a mi esposa. Estaba coqueteando con ella en una fiesta y la noté incómoda, así que fui a enviarle una señal a mi compañero para hacerle saber que ella no estaba realmente interesada y que debía dejarla. Intervine para ayudar a entablar una conversación con Vee y el resto fue historia.

Es curioso como sucedió todo.

—¿Qué pasa, hombre? —pregunté al oír su voz.

—¡Wes! Ya era hora de que cogieras el teléfono. Déjame adivinar, sigues encadenado a tu escritorio.

—Desde las ocho de la mañana.

—Va, mierda. Entonces, ¿qué dices si salimos a tomar una copa? Conociéndote, tampoco habrás almorzado.

No iba a decirle que me quedé dormido.

—No. No lo he hecho.

—Joder, eres tan predecible. ¿Cómo te soporta Vanessa?

«No lo hace».

—Claro. Podemos tomar algo. Llamaré a Vee, para asegurarme de que no tengo ningún compromiso previo —dije.

—Por supuesto, por supuesto. Revisa con la bola y la cadena.

—Clay... —advertí con voz severa.

—Es solo una expresión. Maldición, relájate un poco. La verdad es que parece que necesitas salir un rato —observó.

—Déjame llamarla y te digo algo.

—Seguro. Estaré en espera, hermano.

Lo pensé mejor y escribí a Vanessa un mensaje de texto, ya que no tenía ganas de llamarla ni de que me regañara por querer ir a tomar una copa con un amigo. A pesar de que sabía que mi amigo no haría nada más que deleitarme con sus últimas conquistas de una noche, sería mejor que entrar en una casa donde la tensión podría cortarse con un cuchillo.

Escribí que había quedado con Clay para cenar y beber y lo envié. Probablemente se enfadaría al leerlo, aunque la última vez no lo hizo.

Cerré la oficina y me fui hacia mi coche. En ese momento sonó el teléfono y vi que Vanessa me había enviado un mensaje. Desbloqué la pantalla y apareció ante mí.

«*Diviértete*».

Pero sabía que esa palabra estaba cargada de más malicia que todos los psicópatas del mundo.

Llamé a Clay y quedamos en reunirnos, luego me puse en camino. Un par de copas me vendrían bien para olvidarme de todo, además, necesitaba alguien con quien hablar. No le había mencionado a nadie las dificultades que Vanessa y yo estábamos experimentando. Me imaginé que podríamos resolverlas por nuestra cuenta. Pensé que el tiempo y el espacio ayudarían a resolverlo todo, pero solo parecía crear más nudos, más problemas para desentrañar. Me sentí hundido, estaba ahogándome con el peso de unos problemas que ni siquiera sabía que existían hasta unos meses atrás.

—Te veo fatal —me saludó.

—Encantado de verte, también —ironicé.

Se levantó y me dio una palmada en la espalda, luego me senté y encontré mi bebida favorita esperándome. Un extra de Whisky con limón, poco agitado. Joder, a veces Clay me hacía sentir mejor que mi propia esposa.

—Iba a comerte la oreja, hablándote de una chica que acabo de conocer hace unos fines de semana, pero parece que tienes algo en mente.

—¿Podemos pedir algo de cenar primero? —procuré retrasar el momento de las confidencias.

—Ya he pedido, como siempre. Patatas fritas y salsa de chorizo con queso blanco y un filete

medio hecho con patatas extra.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Si no te han pillado, amigo —dijo, sonriendo.

—Las cosas se han puesto tan mal, Clay —confesé.

—¿Entre Vanessa y tú?

—Sí. Entre nosotros.

—¿Qué ha pasado? Lo último que supe es que tuvisteis una pequeña discusión.

—Bueno, esa pequeña disputa se convirtió en una bola de fuego que me golpeó el fin de semana pasado.

—¿Qué diablos pasó, hombre?

—No paraba de decir que ya no nos comunicamos. Me dijo todo lo que había pendiente de arreglar en la casa, que quería desayunar tranquila alguna mañana y que su café estuviera caliente... tantas cosas.

—Uhm. Bueno, eso suena a un montón de mierda retenida.

—Y ella gritó todo el tiempo. Quiero decir, gritó a pleno pulmón.

—¿Dónde estaban los niños?

—Su padre vino a buscarlos el domingo por la mañana.

—Bien. Bien. Entonces, ¿en qué punto estáis ahora?

—Pensé que estábamos bien. Tuvimos el sexo más increíble después de esa pelea.

—Oh, mierda. Ahora hablas claro. ¿Qué tipo de sexo exactamente?

—Clay —le advertí con una mirada.

—No me refiero a los detalles sucios. Sé que es tu esposa, pero dime cómo fue.

—Fue brutal y delicado a la vez. Lo más apasionante de nuestra vida íntima después de muchos meses. Luego preparé el almuerzo y pusimos una película que ni siquiera vimos.

—Así da gusto —asintió.

—Al despertarme el lunes, las cosas seguían bien. Ella estaba peleando con los niños en la cocina y fui a ayudarla. Alimenté a Madi y la vestí, mientras Vee cuidaba a Evan que le están saliendo algunos dientes y no para de llorar.

—Pobrecillo. ¿Cómo está?

—Hubo que recogerlo ayer temprano de la guardería. Vee me pidió que lo hiciera yo, pero no pude porque estaba en una reunión. Cuando llegué a casa por la noche, los niños ya estaban dormidos y ella se había acostado al otro lado de la cama, con una maldita pared de almohadas entre nosotros.

—¿Cómo? —Me miró sorprendido.

—Ya sabes, cuando coges todas las almohadas y divides la cama en dos espacios... No estaba allí el domingo por la noche después de nuestra gran sesión de sexo, pero anoche había vuelto a aparecer. Y ya no he hablado con ella en todo el día de hoy.

—Entonces, ¿ella no sabe que estás aquí?

—Sí. Le dije que iba a venir.

—Espera. Espera, espera. ¿Se lo has dicho? —Inquirió con incredulidad.

—Sí. Que venía aquí.

—¿No le preguntaste?

—Me dijo que me divirtiera.

—¿Cómo diablos has estado casado durante cuatro años y no entiendes eso? No le dices nada a

una mujer. Le preguntas si está bien que salgas.

—¿No eres el tipo que siempre dice que un hombre de verdad no le pide nada a las mujeres? —lo miré extrañado.

—Por el amor de Dios, ella es tu esposa. ¿Y si había hecho planes para la cena? ¿Y si ya te ha cocinado una mierda? ¿Y luego apareces y le dices que no vas a ir a casa porque te quedas conmigo? No me extraña que no le caiga bien a tu mujer.

—No le gustas por otras razones, Clay.

—Se va a enojar cuando llegues a casa.

—Llevamos así ya... ¿Cinco meses? ¿Seis meses?

—¿Cómo diablos no me has dicho nada, Wes?

—Porque pensé... que con el tiempo se pasaría. Imaginé que lo resolveríamos de alguna manera, como cualquier otro bache en nuestro matrimonio. ¿Pero esto? No se arregla y no sé qué hacer —reconocí, apesadumbrado.

—Bueno, puedo decirte lo que *no debes* hacer.

—Déjalo. Ya estoy aquí, demasiado tarde.

—No sé qué decirte, amigo. Sé que quieres a tu mujer y que ella te quiere a ti, pero también sabes que no entiendo mucho de la vida de casado. No sé por qué una persona desearía sentar la cabeza con otra para el resto de su vida, ni comprendo el deseo de tener hijos. Me gusta jugar con ellos y, en cuanto molestan, pasarlos a sus padres. Sin embargo, disfruto teniendo sexo con las mujeres, eso hace las cosas más fáciles. Pero toda esta mierda que estás experimentando ahora mismo, es la razón exacta por la que no quiero casarme.

—Pues yo me casé exactamente por no llevar tu vida de soltero. No sé cómo puedes soportarlo. Siempre por las calles, en busca de alguna mujer que quiera pasar la noche contigo e invitándola a copas. Me agoto solo de pensarlo.

—¿Alguna vez has pensado en dejar la vida de casado?

—¿No has oído lo que acabo de decir?

—Solo escúchame un segundo. Amigo, te veo mal y, por lo que parece, llevas mal bastante tiempo. Y por lo que me cuentas ella también está mal. Piensa lo que está provocando en tus hijos esa atmósfera tan negativa. —Su declaración me hizo reflexionar y él continuó—: Crecí en un hogar roto, en el que mi madre y mi padre siempre se peleaban. Siempre. Pero nunca quisieron separarse por una mierda de votos que hicieron después de tener una noche increíble de sexo, o lo que fuera que hicieran cuando estaban enamorados. Los escuché discutir y quejarse, noche tras noche y no pude esperar a tener dieciocho años para salir de allí. ¿Quieres eso para Evan y Madi?

—No puedo dejar a Vee, Clay. La quiero, todavía la amo, a pesar de todo.

—Pero, ¿todavía te quiere ella? —Odiaba cuando no podía dar respuestas a sus preguntas—. No te estoy diciendo que te divorcies. Lo que quiero decir es que consideres los otros peones en juego. ¿Y si esa explosión suya hubiera ocurrido delante de los niños? ¿Entonces qué?

—Tiene más autocontrol que eso —la defendí.

—Ahora, seguro. Pero, ¿qué pasa si ocurre de nuevo dentro de unos meses? Pensaste que esto se resolvería solo, pero estás aquí, seis meses o los que sean después. ¿Qué pasará dentro de seis meses?

—Puedo arreglarlo. Sé que puedo.

—Se necesitan dos para hacer que algo funcione, Wes. Tú lo sabes y yo lo sé. Solo porque no

quiera casarme no significa que no lo entienda. Sé cómo es un matrimonio cuando se desmorona, cuando una persona quiere que funcione y la otra no. Mi padre hizo trizas a mi madre con esa mierda. Si vas a arreglarlo, entonces vete a casa y arréglalo, pero si vas a sentarte aquí a beber conmigo, después de soltarle a la mujer que dices amar que no vas a volver a casa, entonces tendrás que convencerte a ti mismo en el espejo de que todavía la amas.

Sus palabras me hicieron recapacitar y mi mente se quedó en blanco. Una mujer se sentó a su lado y yo seguí pensando en todo lo que me había dicho. Jamás pensé que Clay pudiera hablarme así, ni que yo escucharía cómo despotricaba sobre mi matrimonio para que luego siguiera hablándome de todos los coños que estaba disfrutando. No había pensado en la conclusión a la que había llegado mi amigo, más bien, siempre había creído que el tiempo arreglaría el problema entre Vee y yo.

Tenía razón. No necesitaba estar allí sentado con él. Pedí la cuenta y lancé unos billetes sobre la barra, antes de levantarme de mi asiento.

—¡Wes! —me llamó al ver que tenía intención de marcharme.

—¿Sí, Clay?

—Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

Asentí a mi amigo antes de que se girara hacia la mujer que estaba a su lado y sonriera de aquella manera diabólica que tan bien conocía. Salí del bar a empujones y me dirigí a mi coche. Enseguida me dirigí hacia mi casa, necesitaba volver con mi familia, darle un beso de buenas noches a mis hijos, leerles un libro, tomar a mi esposa en mis brazos y empezar a arreglar la mierda que sabía que podíamos arreglar.

Un paso a la vez.

Capítulo 9

Vanessa

Odiaba que Wesley saliera con Clay. ¿Y quién demonios se creía que era al decirme que iba a salir? ¿Y si yo tuviera la cena en la mesa? ¿Y si los niños me estaban volviendo loca? Si yo no había podido salir a tomarme unas copas con mi mejor amigo, a mitad de semana, ¿por qué diablos él sí podía hacerlo? Me giré en la cama y miré el reloj. Me había enviado un mensaje a las cinco y media de la maldita tarde y ya era casi medianoche. Y por supuesto, como la buena esposa que era, estaba esperándolo despierta; escuchando cómo entraba por la puerta; preguntándome cuándo coño iba a venir el gilipollas, para explicarme por qué había salido, sabiendo que su hijo no se encontraba bien.

Odiaba que Wesley saliera con su amigo.

No confiaba en él desde la primera noche que lo conocí, cuando intentaba coquetear conmigo en una fiesta. Tampoco me gustaba desde que se hacía el contradicho con Wes y conmigo cuando salíamos a algún sitio e insistía para que lo acompañáramos a los clubes. Y no me gustó el día de nuestra boda, cuando escuché la conversación que tuvieron los dos.

Dejé el libro en el suelo y me deslicé bajo las mantas. Apagué la luz y seguí preguntándome, cuándo iba a llegar a casa, pero no pude mantener los ojos abiertos ni un segundo más. Se cerraron y pensé en aquella conversación sobre los mensajes de texto que Clay envió a Wes durante todo el día de nuestra boda. Yo había ido a buscar a Wes porque estaba muy nerviosa y quería estar con el hombre que amaba, pero todo el mundo intentaba que no nos viéramos antes de la ceremonia. Después de mirar por todas partes, lo que encontré fue su teléfono y sin poder evitarlo eché un vistazo a los últimos mensajes.

Clay le decía cosas como «no deberías conformarte» y «¿cómo sabes que es la elegida? O «¿y qué hago si necesito un colega? Por supuesto, Wes me defendió en sus mensajes y demostró que me amaba al contestarle que él solo quería pasar el resto de su vida conmigo. No dudó ni una vez en su argumento y eso que Clay lo intentó hasta la saciedad. Me puso enferma ver a aquel imbécil siendo el padrino de Wes en nuestro día especial después de enviarle tanta mierda escrita.

Me molestó tanto la conversación que no tuve corazón para decirle a Wes que la había leído.

Acababa de suspirar cuando escuché el sonido de la puerta principal al cerrarse. Apreté los ojos y pensé que, si fingía estar dormida, tal vez entrara, se acostara y se callara. Incluso si estaba borracho podía desmayarse, pero esperaba que no me pusiera las manos encima. A Wes le encantaba tener sexo cuando estaba borracho. Horas y horas de polla y de whisky. La idea de que me reclamara, después de haber tenido a Evan en brazos casi toda la noche, sonaba agotadora. Y terrible. Y nada *sexy*.

Escuché sus pasos por las escaleras y no parecía los de un borracho. No se agarraba a la pared ni tropezaba con sus pies. Cuando entró en la habitación, comprobé que su respiración era uniforme. No jadeaba como otras veces cuando bebía demasiado. Se acercó a mi lado de la cama, se sentó y no pude detectar ni un gramo de alcohol saliendo de su piel.

—Sé que estás despierta, Vee.

Me mordí la parte interior de la mejilla y suspiré.

—Entonces métete en la cama para que podamos dormir.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño sin comprender.

—Por decirte que... iba a ver a Clay sin más.

—¿Adónde fuisteis?

—Al bar que solemos frecuentar. Stamey's. —Asentí lentamente antes de girarme hacia él, mientras agregaba—. Ya lo haces otra vez.

—¿Qué significa eso? Estoy tratando de dormir y tú no haces más que molestarte.

—Me refiero a cómo actúas últimamente. Todo lo que haces es callarte en lugar de hablar conmigo.

—Si querías hablar, deberías haber venido a casa para que pudiéramos hacerlo —repliqué.

—Y tampoco me hablarás cuando lo haga, Vee.

—Nada te impidió intentarlo antes.

Lo escuché gemir.

—Pensé que las cosas iban en una buena dirección, cariño. ¿Qué ha pasado? —preguntó con suavidad.

—¿Cómo que qué ha pasado?

—Estábamos bien el lunes por la mañana. Al llegar la noche ya te encontré fría y cerrada conmigo. Igual que esta mañana, que ha sido como eran todas, desde los últimos seis o siete meses.

—¿Y crees que un poco de sexo y una taza de café van a arreglar eso?

—También hice el desayuno.

Me senté en la cama y crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Lo dices en serio?

—Era una broma, Vee. —Trató de hacerme sonreír.

—Una broma de muy mal gusto —apostillé—. Nuestro matrimonio no es una broma para mí, Wes. Y si crees que no me doy cuenta de los problemas que hay entre nosotros, entonces te esperan más sorpresas. Pero yo no te mando un mensaje diciendo que saldré con Lydia y luego te abandono con una hija gruñona de dos años y medio y un hijo de un año y medio al que le están saliendo los dientes.

—Lo siento. No había pensado en eso.

—No, Wes. No lo has pensado. No lo haces mucho, a menos que esté relacionado con el trabajo. ¿Quieres empezar a arreglar las cosas? Intenta llegar a casa a una hora decente para arreglarlo —indicé con firmeza.

Me volví a meter bajo las mantas y me tapé hasta el cuello.

Wes suspiró con fuerza cuando se levantó de la cama y se dirigió hacia su lado. Yo me acerqué al borde del mío, tan lejos de él como pude, no quería que me tocara. Ni siquiera quería sentir su calor contra mi piel. Mis lágrimas estaban lo suficientemente calientes y serían mi compañía esa noche.

—¿Vas a darte la vuelta? —preguntó Wes.

—¿De qué te quejas ahora?

—De nada —murmuró.

—Duérmete, Wes.

—Por mí está bien.

Me acosté mientras lágrimas silenciosas corrían por mis mejillas. Tuve la sensación de que una

gran grieta se había abierto entre nosotros, y yo había perfeccionado el arte de llorar a su lado. Él ni siquiera sabía lo que me pasaba, o eso esperaba, porque si lo sabía y me permitía llorar, no se lo perdonaría en la vida.

Después de un buen rato, agotada por el enfado y el llanto, me di cuenta de que era casi la una de la mañana y mi alarma sonaría en cinco horas. Me esperaba otro día agotador en la oficina antes de que recogiera a los niños y él era prácticamente un maldito padre soltero.

«Tal vez, lo mejor sería hacerlo oficial».

—Buenas noches, Vee.

—Buenas noches, Wes.

Sentí que se deslizaba bajo las mantas y me alegré de que no intentara acercarse ni tocarme. Pero, la parte esperanzada de mí, que se habría entregado a él de todos modos, me dolió.

No sabía cómo sentirme. Necesitaba a Lydia. Necesitaba su consejo. Tenía mucha suerte de seguir soltera, centrarse en su carrera y gozar de la libertad de llevar a la cama a quien quisiera antes de echarlo para descansar. Yo había perdido el control de mi vida, mis sueños se habían desmoronado y mi futuro estaba por los suelos, me veía incapaz de parar el choque que se avecinaba.

Llegué a la conclusión de que no tenía sentido dormir. Si Wes quería hablar, podíamos tomar una taza de café mientras los niños dormían y conversar sobre lo nuestro.

—¿Wes? —lo llamé, esperando una respuesta antes de girarme hacia él—. ¿Wes? —susurré de nuevo.

Extendí la mano y la deslicé a lo largo de su musculoso brazo. Recorrí con la punta de los dedos su piel caliente y pensé que su cuerpo había cambiado desde que lo conocí. Ambos habíamos engordado desde que tuvimos a los niños, pero él seguía siendo el hombre más atractivo del mundo para mí. Fuerte y musculoso, como el día que lo vi, cuando se acercó a mí y evitó que rechazara de forma vergonzosa a su mejor amigo.

Respondió el sonido de sus ronquidos y dejé escapar una lágrima que rodó por mi cara. Deslicé la mano de su brazo y el ruido creció y creció hasta llenar toda la habitación, como si se burlara de mí con sus ronquidos.

«Un poco demasiado tarde, Vanessa. Un poco demasiado tarde», me dije.

Me acomodé sobre mi almohada y dejé que mi corazón se rompiera mientras me acurrucaba. Di rienda suelta a mis lágrimas, a sabiendas de que mi llanto no sería suficiente para despertar al gigante de mi marido que dormía como una roca. Lo hizo durante los primeros meses de vida de los niños y seguía haciéndolo ahora. Nunca los escuchó llorar. Por lo tanto, nunca me oyó llorar a mí. Así que me tapé hasta la barbilla con las mantas y sollocé más fuerte, porque no sabía cuántas noches más podría soportarlo.

Capítulo 10

Wesley

Me desperté con el sonido de la ducha, me di la vuelta y mi mano cayó en el punto caliente de la cama donde había dormido Vee. Me pareció que estaba un poco más cerca de lo normal y abrí los ojos. Al mirar mi posición, comprobé que estaba en la esquina de la cama, apoyé la cabeza en el otro lado de mi almohada y percibí el aroma de mi mujer. De Vanessa. Su loción de lavanda y su acondicionador de miel y vainilla.

¿Se había acurrucado contra mí?

Parpadeé para despejarme y me senté. Con la cama aún caliente, eso significaba que acababa de entrar en la ducha. Miré la puerta cerrada, preguntándome si habría echado la llave, últimamente lo hacía, y decidí levantarme para comprobarlo.

Ella se había acercado a mí durante la noche por una razón, ¿verdad?

Para mi sorpresa, estaba abierto. Empujé la puerta y sentí que el vapor me rodeaba. Entré en el baño y cerré con llave, pero no dije nada, no quería molestarla ni estropear el momento iniciando una conversación sin sentido.

Quería recordarle a mi mujer la pasión que aún compartíamos; de modo que, me quité los calzoncillos y abrí la puerta de la ducha. Si ella sabía que yo estaba allí, no dijo una palabra. No se giró cuando entré y volví a cerrar. El vapor comenzó a acumularse alrededor de nosotros y observé el cuerpo de mi mujer. Recorrí con la mirada sus hombros mientras se pasaba las manos por el pelo. Sus voluptuosos pechos se balancearon y los vi de refilón mientras seguía dándome la espalda. Parecía burlarse de mi escrutinio. Su precioso trasero parecía listo para tomarlo y conservaba su delgada cintura, era como si los años y los embarazos no hubieran alterado su esbelta silueta. A pesar del estrés, las discusiones y comer demás por los nervios, su escultural cuerpo seguía siendo el mismo, como si hubiera sido permanentemente moldeado en mis manos.

Vislumbré algunas estrías en sus muslos y eso me encantó. Cada cambio en su cuerpo me recordaba la vida que habíamos construido juntos. La vida por la que estaba decidido a luchar, sin importar lo que costara. Ya había hablado con mi jefe y había conseguido que mi horario fuera más regular, para no pasar tantos días sin ver a mi familia. Ya no trabajaría más hasta altas horas de la noche. Saldría de casa por la mañana y regresaría todas las tardes. Él no podía seguir pidiéndome que me quedara más tarde, algunas veces hasta el amanecer.

Agarré a mi mujer por las caderas y ella se estremeció, pero no me apartó. Me coloqué a su lado, bajo el chorro de agua caliente, y la besé en el cuello. Deslicé las manos por su estómago y rocé su ombligo mientras ella inclinaba la cabeza a un lado para darme mejor acceso a su cuerpo, al tiempo que presionaba su espalda contra mi pecho.

—Buenos días —murmuré en su piel.

—Buenos días —respondió ella con voz melosa.

Alzó una mano hacia mi pelo y enredó sus dedos. Enseguida me excité, sobre todo cuando presionó sus nalgas contra mi polla. No podía creer que ella me estuviera aceptándome como solía

hacer meses atrás. Mordisqueé su cuello y al escuchar su maravillosa risa, mi pene creció un poco más. Marqué su suave piel con los dientes y ella gimió de forma lastimera. Separé las mejillas de su precioso culo con mi tremenda erección, dura como una roca y la acaricié con las manos. Al llegar a sus pechos, tiré de los pezones y los masajeeé. Ella se dejó caer contra mí, la cabeza apoyada en mi hombro, y la giré para que mirara hacia la pared de la ducha.

—Déjame sentirte —le pedí.

La deseaba y parecía que ella también a mí. Besé su espalda y vi que se estremecía cuando el vapor comenzó a hacerse tan denso que nublaba nuestra visión. Me agaché y tomé la polla en la mano, sintiendo cuánto me suplicaba estar dentro de ella. Le abrí las piernas con la rodilla y vi cómo su coño palpitaba, me incliné y deslicé dos dedos entre sus resbaladizos pliegues. Estaba muy excitada y la acaricié lentamente, después llevé los dedos a mi boca y los chupé. Alcancé su barbilla y giré su cabeza hacia mí para besarla. Ella lamió su esencia de mis labios y eso me dio toda la señal que necesitaba.

Deslicé mi polla en su palpitante coño al tiempo que me tragaba sus gemidos. Solté sus labios y ella dejó caer la frente sobre su antebrazo mientras descansaba contra la pared de la ducha. La sujeté por las caderas y la sostuve hacia mí mientras acariciaba mi polla lentamente dentro y fuera de su cuerpo. Miré hacia abajo a las rayas blancas que dejó, su cuerpo pintaba el mío como solo ella podía hacerlo. Clavó las manos en la pared y tembló por mí, mientras me pedía que fuera más rápido. Quería correrse y no estaba en posición de negar lo único que mi esposa quería.

La amaba demasiado para eso.

La sujeté por el pelo y retiré su cabeza del brazo. La follé más fuerte, golpeando sus nalgas a cada embestida. Sus tetas rebotaban contra la pared de la ducha y el agua se derramaba por nuestros cuerpos. Vee gemía sin contenerse, a pesar de que iba a despertar a los niños. Tiré de su cabeza hacia atrás un poco más fuerte y sus gritos de pasión subieron de tono. Estaba tan excitada que sus jugos resbalaban por mi polla. Era tan evidente que me deseaba, que la penetré, una y otra vez, hasta que mis bolas comenzaron a golpear su clítoris.

—Oh mierda, Wes. Así me gusta, así...

—Sé que te gusta así, Vee. Ningún hombre te conoce como yo.

—No. Ningún hombre. Nadie —susurró.

La tomé como si fuera un animal ávido por poseerla. Moldeé su cuerpo al mío, saqué mi polla y le di unos cachetes en el trasero, después la inmovilicé contra la pared y me deslicé de nuevo en su interior. Su coño estaba demasiado ansioso por tragarme entero, me succionó hasta que rocé su clítoris con mi vello púbico y nuestras bocas chocaron en busca de jugosos besos. Todo el tiempo mi corazón latía por ella. Golpeaba mi pecho por ella, igualando el ritmo de nuestras caderas.

Presioné las manos contra la pared, ella temblaba contra mí, mientras su sexo me tragaba sin piedad hasta que su cuerpo explotó y gritó en mis labios.

—¡Wes! ¡Sí!

—Joder, Vee. Córrete conmigo.

Su coño me masajeeó la polla, ordeñándome con cada movimiento. Se le puso la piel de gallina y sonrosada por el orgasmo y yo seguí derramándome en ella hasta quedar mareado, como siempre. Nadie hacía que me corriera como ella, ninguna mujer me hacía sentir lo que Vee. Me senté en el suelo de la ducha con ella abrazada después de deslizar mi polla entre sus muslos. La sostuve cerca de mí, rodeándola con las piernas. Besé cada centímetro de su piel que pude alcanzar hasta que dejó

de temblar en mis brazos.

El agua empezó a correr tibia y oí a los niños que se movían, pero todavía seguí besándola en el cuello, en los hombros; acaricié con los labios su mejilla y la punta de su nariz. Vee levantó la cabeza, sus ojos medio nublados por el placer, y sonrió antes de que la ayudara a ponerse de pie.

Ninguno dijo una palabra mientras terminamos de ducharnos.

Al salir, nos secamos sin dejar de cruzar tímidas sonrisas. Joder, no había visto a esa Vanessa desde la primera vez que tuvimos sexo. Había sido duro, crudo y apasionado, pero lo más impactante fue su sonrisa inocente, como si no supiera que la tenía, y eso me tiró del corazón. Lo intuí la primera vez que la hice mía; entonces tuve un presentimiento, supe que era la mujer que quería, y que nunca más sería capaz de follar con ella, sino que haríamos el amor, con todo lo que ese sentimiento implicaba. Solo sería capaz de hacer el amor con ella.

Me recorrió con la mirada y el más pequeño indicio de tristeza se evaporó por sus rasgos. Sabía que estaba pensando en la pelea de la noche anterior. Agarró su albornoz y comenzó a secarse el pelo, sin dejar de sonreír al reflejo del espejo, pero cada vez su sonrisa era más forzada y sus ojos se veían más fríos.

Envolví una toalla alrededor de mi cintura y me apoyé en el mostrador del baño, como solía hacer cuando éramos recién casados.

Acostumbraba a estar en todas partes con ella, incluso cuando no me quería allí. ¿Cuándo dejé de hacerlo?

Me miró y me regaló otra tímida sonrisa, luego volvió a colgar su toalla. Se pasó rápidamente un cepillo por el pelo antes de salir del baño y yo la seguí pegado a sus talones. No quería que la tensión volviera a crecer entre nosotros, sobre todo, después de lo que acabábamos de compartir. Habían pasado casi dos años desde que disfrutábamos de ese tipo de sexo en la ducha, y quería saborear el momento.

Demonios, quería hacerlo de nuevo. Cada maldita mañana por el resto de nuestras vidas.

Se detuvo antes de salir del dormitorio, con la mano en el pomo de la puerta, miró nuestra cama y vi cómo se tensaban sus hombros. Eso me puso nervioso, suspiró y supe que aquel momento mágico ya no existía, se había perdido. Abrió la puerta de un tirón y se dirigió al dormitorio de nuestros niños que lloriqueaban, regresando el mismo ambiente de días antes.

Una normalidad que ya no podía soportar.

Capítulo 11

Vanessa

—¡Lydia!

—Oh Dios mío, Vanessa.

Corrí hacia mi mejor amiga y la abracé con fuerza. Las últimas tres semanas había estado de viaje en Praga con su hermana y tenía mucho que contarle. La conocía desde el instituto, fuimos a la misma universidad, compartimos dormitorio y alquilamos nuestro primer piso juntas, antes de que ella se mudara para tener su propio lugar. Era mi mejor amiga, mi sistema de apoyo. Mi padre decía que era prácticamente su segunda hija y era verdad. Lydia se pasaba todo el tiempo en la escuela secundaria y venía a casa los fines de semana para pasarlos con nosotros.

—Santo cielo, te he echado tanto de menos —susurré.

—Yo también te he echado de menos. Es un incordio viajar con mi hermana —dijo Lydia.

—Vamos. Tienes que contarme todo sobre tu viaje.

—Espera, espera, espera.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué piensas de mis nuevos pendientes?

Lydia movió la cabeza para qué observara los enormes aros que colgaban de sus orejas. Siempre llevaba joyas llamativas, aquel era su sello personal. Sobre todo, pendientes llamativos. Cuanto más grandes, mejor. No importaba que usara vestidos sencillos, ni que su melena rubia cayera por su cara en delicados mechones o que su mirada turquesa detuviera a los hombres con los que se cruzaba; lo que más llamaba la atención de ella eran sus pendientes.

—Parecen hechos para ti —reconocí.

—Mi hermana dijo lo mismo, aunque no lo dijo tan cariñosamente como tú, probablemente porque es una perra.

—¡Lydia!

—¿Qué? Conoces a mi hermana y sabes que es verdad. —No pude negarlo y eso la hizo reír—. Vamos. Entremos. Me muero por una hamburguesa decente.

—¿No las había en Praga?

—No con la clase de grasa que disfruto.

—Para ser una enfermera, no lo pareces por la forma en la que hablas.

—Haz lo que digo, no lo que hago. Ahora vamos. No es bueno que me hagas hablar mientras tengo hambre.

—Desde luego —murmuré.

Enseguida hicimos el pedido y me incliné hacia atrás en mi asiento.

Ambas permanecemos en silencio mientras la camarera nos traía las bebidas y ella rompió el hielo con historias de su viaje. Me habló de las turbulencias del itinerario y de cómo su hermana la abandonó, así que fue al concierto ella sola. Me habló de un tipo con el que tuvo una cita y de cómo casi lo convenció para que volvieran juntos a Estados Unidos. Incluso me habló de un restaurante tan bueno que regresaría a Praga solo para comer allí antes de morir.

—Parece que ha sido un gran viaje —comenté.

—Bueno, esos fueron los puntos más destacados. Ahora cuéntame tú, porque imaginaba que no lo harías hasta que lo hiciese yo.

—¿Qué quieres decir?

Ella frunció los labios.

—¿En serio, Vanessa?

—¿Qué?

—Te conozco desde hace cuánto tiempo... Sé cuando estás en apuros y lo llevas escrito en la cara.

—Pero quiero saber más de tu viaje.

—Y te acabo de hablar de él.

—Quiero saberlo todo.

—Ya lo haré, pero ahora quiero que me pongas al día de lo que me he perdido durante estas tres semanas.

Respiré profundamente.

—Bueno, Wes y yo seguimos peleando.

—¿Sinceramente? Eso no es nada nuevo. ¿Qué es lo que te tiene enredada esta vez?

—Gracias por tus palabras, ya me siento mejor —ironicé.

—Me conoces. No te lo voy a endulzar.

—¿Y si me lo dejas pasar? Puedes engrasar tus opiniones —sugerí, haciendo referencia a las hamburguesas que acababa de dejar la camarera ante nosotras.

Ella soltó varias carcajadas.

—¡Qué graciosa! Ahora, ¿vas a hablar conmigo? ¿O tengo que sacártelo?

—Me desahugué sobre Wes hace unos días —confesé.

—¿Cómo se desencadenó?

—Fue hace una semana. Mi padre vino a buscar a los niños y él no dejaba de insistir en que algo andaba mal entre nosotros.

—Pero Wes y tú ya lleváis casados unos años y a estas alturas ya debe saber lo que anda mal.

—Eso es lo que pensé. Además, Yo no había desayunado, ni siquiera una taza de café...

—Oh, estaba pidiendo que lo mataran.

—Exacto. Así que exploté y le dije todo lo que pensaba. Mejor dicho, se lo grité a la cara.

—Espera un segundo. ¿Le gritaste? Tú nunca gritas.

—Sí. Grité. Mucho. Le grité que no hablábamos y que nunca estaba en casa. Le dije que no acudía a las cenas familiares, ni me ayudaba con los niños. ¿Y sabes lo que pasó después de eso?

—¿Qué?

—Tuvimos el mejor sexo que hemos tenido en meses.

Lydia frunció el ceño.

—¿Cómo terminasteis así?

—Pues en el calor del momento, me agarró y me besó. Y me encantó. Me asustó lo mucho que me encantó. Así que lo aparté y le dije que tenía que ir a trabajar, pero me siguió a mi oficina, Lydia.

—Oh, mierda.

—Sí. Fue algo instintivo. Cerró la puerta con llave, despejó mi escritorio... mejor dicho, tiró todo al suelo al barrer la mesa con la mano.

—Vaya. Ahora mismo me gustaría estar casada.

—Eso no es todo. Ha sido así durante días. Estamos teniendo sexo ardiente, damos un pequeño paso adelante, luego peleamos de nuevo y todo se hace pedazos.

—El tema no parece sencillo.

—No lo es y no sé qué hacer. —Suspiré.

—Sí, lo es... y sí, lo sabes. Necesitáis aprender a comunicaros de nuevo. No podéis utilizar el sexo como una tirita. Lleváis mal casi un año y deberíais hacer terapia matrimonial.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Necesitas asesoramiento matrimonial, un mediador imparcial que os ayude a comunicaros de nuevo.

—La comunicación no es el problema, Lydia.

—Vanessa, si has llegado a gritarle, necesitas ayuda para comunicarte. Si cada vez que intentáis hablar, termináis peleándoos, necesitas ayuda para comunicarte.

—¿Cuándo se complicó tanto todo esto?

—La vida siempre es complicada, Vanessa. Wes y tú siempre habéis tenido una relación complicada. Demonios, la noche que te propuso matrimonio, estabas enfadada con él.

—Joder, estaba enfadada con él porque se perdió mi graduación.

—Su trabajo siempre ha sido un problema, hasta que a lo largo de los años habéis dejado de comunicaros. Él tuvo una temporada en la que trabajaba tres días y tres noches seguidas para tener un fin de semana libre y fue difícil. Os comunicabais, aunque me llamabas todas las noches llorando, pero eso os unió más a los dos. No os separó —dijo con firmeza—. Mira, chica. Haría cualquier cosa por tener una relación comprometida como la vuestra. Ojalá y encontrara un hombre que pueda seguir mi ritmo. Sí yo tuviera una casa perfecta, dos hijos perfectos y un marido musculoso y desnudo a mi lado por las noches... haría todo lo posible para salvar mi matrimonio.

—¿Musculoso? —pregunté, riéndome.

—¿Has visto a ese hombre, últimamente? Cada vez que lo veo, parece un poco más grande.

—Wes nunca ha tenido problemas para estar en forma, eso es seguro.

—Musculoso es poco, yo diría que ese hombre nació de un volcán.

—Estás loca —la acusé, riéndome.

—Pero sabes que tengo razón.

Respiré profundamente.

—No es tan fácil como suena. Las cosas se han ido acumulando durante mucho tiempo y necesitaremos más que unas cuantas sesiones de asesoramiento matrimonial para superarlo.

—¿Y? lleváis casados cuatro años y tenéis una familia. ¿No sientes que debes resolver esto por tus hijos? Da la impresión de que te hayas rendido y hay un hombre que te quiere, que no ama a nadie más que a ti y yo mataría por eso, Vanessa.

—La hierba siempre es más verde cuando se mira desde fuera.

—Bueno, confía en mí. Estar soltera y tener treinta y tantos años no es fácil, te lo aseguro. ¿Quieres intentarlo con dos niños y un trabajo? No te detendré. Pero echarás de menos tenerlo al lado en la cama.

—De todas formas, no está mucho allí —murmuré.

—Has perdido un poco de perspectiva, creo.

Levanté mi mirada para encontrarme con la de ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Estás tan concentrada en los pequeños e intrincados detalles que has perdido de vista el panorama general. Parece que te has rendido por el estúpido asunto de no poder hablar. ¿Ha pasado algo más? ¿Está pasando algo más?

Luke apareció en mi mente en ese momento. Su encantadora sonrisa. La forma en que me miraba cada vez que le hablaba de mis problemas. Lo bien que me prestaba atención y lo maravilloso que era tener su atención. Era fácil hablar con Luke, estar cerca de él y siempre me hablaba de forma cariñosa.

—¿Qué pasa realmente entre tú y Wes? —preguntó Lydia.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Ya no encajamos como antes.

—Estar en una relación es un trabajo duro que no se detiene cuando llega el matrimonio. El matrimonio no es el objetivo final, Vanessa. Es simplemente una parada en el camino. Y solo puedo imaginar lo tensa que se vuelve una relación cuando se añaden niños a la foto. Pero si el único problema es que no encajáis, deberíais sentaros y miraros bien en el espejo.

—¿Y eso por qué?

—Porque te estás mintiendo a ti misma.

—¿Cómo lo sabes?

—Te conozco. Y también Wes. Probablemente esté tan confundido como tú en todo esto. Veo algo más profundo, algo que sangra mucho más de lo que estás dispuesta a admitir. ¿Falta de comunicación? Eso es normal. Es un síntoma de algo más fuerte. Lo veo en mis pacientes en el hospital todo el tiempo, cuando no quieren que llame a sus familiares y les informe de cosas porque no tienen una buena relación. Cuando en realidad, llevan años sin hablar ni abordar sus diferencias.

—Esto es diferente.

—No. No lo es. Las confesiones en el lecho de muerte son reales. He visto demasiadas desde que soy enfermera. Te aseguro que cuando al final se admite la verdad, todos se relajan. Las lágrimas de la gente pasan de la tristeza al alivio y la persona que muere se desliza con un latido constante y un alma relajada. ¿Pero sabes lo que me dicen siempre los que se quedan atrás?

—¿Qué?

—«Ojalá hubiera sucedido antes», dice la familia que queda. Siempre desean haber admitido sus problemas antes de que haya sido demasiado tarde.

Sentí que las lágrimas me picaban en la parte posterior de los ojos. Lydia se acercó y me tomó de la mano. Las hamburguesas estaban frente a nosotras pero ninguna comenzó a comerlas.

—No sé qué hacer —confesé a mi mejor amiga desde hacía más de diez años.

—Consigue asesoramiento. Individual y marital, si es necesario. Si trabajas duro, podrás volver a estar como antes de que llegaran las hipotecas y los niños. Ya lo verás —me animó Lydia.

Yo me pregunté si llevaría razón.

Me soltó la mano y las dos empezamos a comer, pero no tenía mucho apetito. Amaba a Wes, lo quería mucho. En lo más hondo de mi alma, sabía que todavía lo amaba. Lo que me hacían sentir sus besos y la forma en la que mi cuerpo cedía ante él, cómo mantuve la puerta abierta esperando que se colara en el baño conmigo... todo apuntaba al hecho de que todavía lo amaba. En algún lugar de mi interior estaba esa universitaria que un día quedó sorprendida, al darse cuenta de que un hombre tan guapo como Wes quisiera una mujer como yo.

Otra parte de mí, se sentía perdida. Como si me faltara una brújula o una linterna, sin saber si alguna vez sería capaz de encontrar el camino de regreso.

Capítulo 12

Wesley

La semana llegó y se fue como si nada. Los dos teníamos horarios tan opuestos que rara vez hablábamos. Habían pasado unos días desde nuestro momento en la ducha. Desde que me dejó entrar en su mundo matutino privado y hacer con él lo que quisiera. Cada vez que el trabajo se me hacía pesado, cerraba los ojos y pensaba en ese instante. En lo apasionado que había sido, como al principio de nuestra relación. Sabía que esa pasión seguía en nuestro interior, que podíamos arreglarlo. Nuestras vidas se habían vuelto tan llenas de mierda que no podíamos apartarla del camino lo suficiente para encontrarnos a nosotros mismos.

Podía sentirla colgando de las puntas de mis dedos porque demasiadas cosas nos separaban.

Estuve trabajando desde el amanecer y ya era casi de noche. Traté de terminar otro de aquellos turnos ininterrumpidos de mierda que tenía desde hacía demasiados años, en el horario de guardia de la compañía petrolera. ¿Tres días de guardia y tres noches seguidas con solo un día libre para descansar? ¡Recibí seis malditas cifras al año! Era el ingeniero jefe de todas las plataformas petrolíferas de nuestro sector y me preguntaba por qué diablos seguía haciendo todo eso. Si iba a trabajar tres días y tres noches seguidas, entonces necesitaba los otros cuatro días libres. Ya había pagado mis deudas y me lo merecía.

¿Por qué demonios seguía en ese horario, entonces?

Vanessa también estaba trabajando más horas. Ella tenía un contrato a jornada parcial, veinte horas a la semana, como máximo. Pero últimamente, parecía que trabajaba hasta conseguir la jornada completa, pasaba más tiempo fuera y su jefe le enviaba trabajo a casa que la mantenía ocupada hasta que lo terminaba.

Tenía la sensación de que eso acrecentaba la tensión entre nosotros. No habíamos tomado un respiro para sentarnos y hablar de lo que pasaba, de los encuentros sexuales y las discusiones sobre tonterías.

Cerré los ojos y me pregunté cuándo se había vuelto todo tan terrible. Todo este asunto me estaba rumiando por dentro, me recosté en la silla, apoyé la pierna en el escritorio y pensé en los días en que pasábamos los fines de semana enteros en la cama. Llegaba el viernes por la noche, la tomaba en mis brazos y le hacía el amor toda la noche; luego la despertaba deslizándome dentro de ella hasta que nos derrumbábamos para recuperar el aliento. Recordé los tiempos en que ella era mi desayuno, mi almuerzo y mi cena. También cuando me enviaba fotos, vestida con lencería *sexy*, los días que tenía el turno largo. Y evoqué aquellas noches que hablábamos sin cesar, acostados, abrazados y sudorosos después de hacer el amor.

¿A dónde se habían ido esos días?

Abrí los ojos al sentir que el corazón se apretaba en mi pecho. Quería volver a conectar con mi esposa de aquella manera, que las cosas volvieran a ser así. Quería arreglar lo que se había roto en nuestro matrimonio. Sí, el sexo apasionado seguía ahí, en su oficina, durante la película que no vimos y en la ducha, días atrás. Pero eso no significaba que las cosas estuvieran bien ni que fuéramos en el camino correcto para solucionar lo que se había roto lentamente con el tiempo. Miré los papeles de

mi escritorio, pero no pude concentrarme. Mi mente estaba demasiado ocupada tratando de averiguar cuándo empezaron a ir tan mal las cosas.

Nuestro primer año de matrimonio no fue el mejor, aunque la gente decía que el primer año nunca lo era. Peleamos mucho, especialmente con el horario de trabajo que yo tenía, pero encontramos maneras de sortearlo, como fotos provocativas y hablar por Skype. Los días libres la conquistaba, llevándola a restaurantes y jugando con ella bajo la mesa. Esos eran los días en que todavía nos hacíamos ojitos el uno al otro, cuando conseguía que se riera y se sonrojara con solo guiñarle el ojo.

Luego, en nuestro segundo año de matrimonio se quedó embarazada de Madeline.

Fue un embarazo bastante bueno, pero adaptarse a ser padres por primera vez, resultó difícil. El trabajo me impedía ayudarla como debiera con la alimentación nocturna y el cambio de pañales. Lo intenté todo lo que pude, pero después de que tuviera un accidente de coche cuando iba al trabajo, Vanessa me prohibió que la ayudara por la noche. Estaba convencida de que mi accidente se debió a que estaba demasiado cansado, a pesar de que me golpearon por detrás. Y ver cómo ella luchaba por mantenerse despierta todo el día y atender a Madeline por la noche, provocó nuestra primera pelea de verdad.

La primera pelea en la que nos gritamos el uno al otro.

Hizo llorar a Madeline, y, desde entonces, discutíamos a puerta cerrada. Peleábamos y luego nos reconciliábamos. Discutir y luego hacer las paces. Lo hicimos sobre el horario de sueño de Madi y también sobre el nuestro. Incluso hicimos citas en las que le preparaba la cena en casa y se la llevaba a la cama. Todavía teníamos aquella pasión ardiente del principio así es que enseguida nos quedamos embarazados de Evan. Solo se llevaban los dos niños un año y todos los llamaban gemelos irlandeses.

Pero Evan era diferente.

Todo ese embarazo fue diferente. Vee no podía retener la comida y perdió tanto peso durante el embarazo que el doctor se preocupó y la hospitalizó un par de veces. Nunca había estado tan asustado en mi vida. Una vida crecía dentro de mi esposa mientras ella se consumía delante de mis ojos. Y aún así, discutimos. Ella quería cuidar de Madi y yo le decía que no podía. Trabajé en casa tanto como pude y ella lloraba todas las noches porque pensaba que era una mala madre. Recé mucho para que el embarazo de Evan terminara pronto y para que, cuando regresáramos a nuestras vidas, pudiéramos criar a nuestros hijos y ella no estuviera tan enferma todo el tiempo.

Pero cuando Evan llegó, también lo hizo la depresión postparto.

Ahí fue donde entró en juego la sugerencia de que consiguiera un trabajo. El psiquiatra al que visitó por sus problemas, dijo que era imperativo para ella tener una vida fuera de nuestra casa y de nuestros hijos. Yo no estuve de acuerdo con la decisión, me preocupaba mucho por ella todos los días y quería tenerla cerca, vigilada para asegurarme de que no iba a hacer nada estúpido. O extravagante. Me quedaba despierto por la noche, viéndola dormir, asegurándome de que no necesitaba nada. Me levantaba al menor sonido de los niños si se despertaban para que no la molestaran mientras descansaba.

Una discusión llevó a otra y nunca nos recuperamos después de tener a Madi. Seguimos encontrándonos con los mismos obstáculos con los que nos enfrentamos al principio.

Tal vez habíamos pasado demasiado tiempo siendo padres y nos olvidamos de ser nosotros.

Mi teléfono vibró y me sacó del trance. Clay me había enviado múltiples mensajes de texto, invitándome a salir con él por la noche a algún club o bar, algo de lo que nunca había oído hablar

antes. Eso me hizo sentir culpable, por querer ir con él en lugar de ir a casa con mi esposa e hijos. Los amaba, la amaba a ella, pero la tensión me estaba enfermado. Acostarme a su lado y no poder abrazarla o tocarla me rompía el corazón. Y no sabía cuánto más podría soportarlo. Teníamos que sentarnos y comunicarnos, pero sabía que no iba a ser aquella noche.

Estaba perdido.

Ni siquiera tuve tiempo de responder a los mensajes de Clay antes de que el nombre de Vanessa apareciera en mi teléfono. Al ver que me llamaba a las tres de la tarde, fruncí el ceño. ¿Tenía que recoger a los niños? Mierda, ¿estaba bien?

—Hola, cariño. ¿Estás bien? —contesté con rapidez.

—Oh sí. Estoy entrando con los niños. Escucha, ¿hay alguna manera de que puedas salir temprano para venir a casa?

Sonreí.

—¿Ya me echas de menos?

—Tengo que trabajar hasta tarde. Luke y yo estamos intentando conseguir precios más bajos y mejores ofertas de paquetes de vacaciones a Australia, pero requiere algunas horas de dedicación por nuestra parte. Esperaba que pudieras venir a cuidar a los niños.

Me avergoncé al escuchar el nombre de aquel hombre. No me gustaba Luke. Nunca me gustó. Una vez le eché la mano y no me gustó la forma en que me miró ni cómo trató de desafiar mi firmeza con la suya. Sabía que sentía algo por mi mujer, solo lo había visto una vez, pero me bastó para saberlo. Cómo giraba alrededor de ella y cómo le sonreía. Se le iluminaban los ojos al mirarla y la observaba demasiado de cerca cuando se levantaba y se alejaba de él. Él deseaba a mi esposa y no podía tenerla.

No me gustaba pensar que fuera a estar cerca de ella a altas horas de la noche, aunque no había elección. Era su trabajo y si le decía que no podía quedarme con los niños, provocaría otra pelea, que era lo que pretendía evitar en primer lugar.

—Sí. Puedo hacerlo. ¿A qué hora me necesitas en casa? ¿Y a qué hora crees que llegarás? —pregunté de forma casual.

—Tan pronto como puedas llegar aquí sería genial. Espero estar en casa sobre las once, pero sinceramente no estoy segura. Nuestro jefe nos avisó de la caída de los precios, así que los tres vamos a estar mirando una pantalla hasta que podamos hacer los tratos.

Al menos no estaría sola con él.

—Estaré en casa en una hora.

—Muchas gracias, Wes. Me da tiempo para ducharme. ¿Qué quieres que haga con respecto a la cena?

—No te preocupes por eso. Suenas exhausta. Descansa y estaré en casa pronto.

—Eres mi salvavidas. Gracias.

Sonreí, antes de colgar el teléfono. Le envié a mi jefe un correo electrónico que sabía que le iba a molestar, pero no me importó. Fui a recoger mis papeles para llevar a casa y poder trabajar allí, pero las caras de mis hijos me vinieron a la mente. ¿Cuándo fue la última vez que estuve a solas con ellos? El hecho de no poder responder a la pregunta me llenó de culpa. Otra cosa que necesitaba arreglar. Dejé los papeles en mi escritorio, dejé mi maletín y pedí pizza para cuando llegara a casa.

La pizza y una noche con los niños sonaba fantástico.

—¡Papá!

—Hola, Madi. ¿Cómo está mi princesa?

—¡Bien!

—¡Papi! —dijo Evan.

—Ven aquí, niño grande. Ven aquí.

Tomé a mis hijos en mis brazos y los cubrí de besos.

—¿Wes? ¿Eres tú? —llamó Vee desde arriba.

—Yo y el hombre de la pizza. Lo veo llegando a la puerta. —Alcé la voz.

—¿Pueta? —preguntó Evan.

—¿Queso? —Preguntó Madi.

—Sí, chicos. Tengo pizza de queso solo para nosotros tres. ¿Cómo suena eso? —Les pregunté.

—¡Bien! —celebró Madi.

—¡Bien! —la imitó Evan.

—Odio perdermelo —protestó Vee.

Me di la vuelta con mis hijos en brazos y la vi salir del pasillo. Llevaba el pelo recogido y su camisa era demasiado ajustada para mi gusto, mostraba demasiado para una noche en la oficina. Con Luke. Los pantalones se ceñían a su cintura y a sus piernas, que para mí eran sus mejores atributos y me dije que, al menos, las llevaba cubiertas.

—Traigo el pedido de pizza —interrumpió el hombre.

—Yo me encargo de eso. Ve a preparar a los niños —dijo Vee.

Me puse delante de ella, haciendo rebotar a los niños en mis brazos antes de inclinarme para estar a la altura de sus ojos.

—Tienes que ir a trabajar —le recordé.

—Pero es solo...

—No. Yo me ocupo de los niños y de la pizza. Sal de aquí y ve a trabajar. Cuanto antes salgas, antes podrás volver a casa.

—No es así como funciona. Pero, trataré de estar en casa tan pronto como pueda.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? Mantente a salvo.

—Solo iré a cuatro kilómetros de casa. Estaré bien —replicó ella, riéndose.

Me dio una palmadita en el pecho antes de coger sus cosas. Yo indiqué al repartidor que dejara la pizza encima de la mesa de la cocina y se marchó.

Puse a mis hijos en sus sillas altas y comencé a servir unas bebidas. Poco después de cenar, jugué un rato con ellos hasta que Evan se puso a reír y tuve una fiesta de cosquillas con Madi que hizo que me gritara que parara. Acepté una fiesta de té que Madi llevaba tiempo pidiéndome y luego fuimos al dormitorio de Evan para jugar con los trenes.

Había echado de menos aquellas pequeñas cosas con mis hijos y eso me hizo sentir culpable.

¿Cuándo demonios se han desviado tanto las cosas?

Capítulo 13

Vanessa

—Son las cuatro de la tarde en Australia ahora mismo —dijo Luke.

—No me importa la hora que sea, deberíamos estar en la cama. ¿Por qué el jefe se ha marchado a las diez? —pregunté algo molesta.

—Porque él es el jefe y nosotros somos los pringados.

—Son solo las once en punto. Podría haber tomado otra taza de café con nosotros.

—Bueno, ha preferido irse a casa. Las oficinas en Australia cierran pronto. ¿No sería genial trabajar para una agencia de viajes en Australia? Todavía no puedo creer que sus oficinas cierren a las cuatro y media de la tarde.

—Solo cierran al público. Y solo cuando intentamos orquestar cosas como esta —agregué.

—Eso significa que el representante podía haber cerrado dos horas antes y ahorrarnos tiempo y energía.

—Sí, pero entonces no nos pagarían este tiempo extra. El jefe siempre reconoce estas horas fuera del turno.

—Al menos, tengo buena compañía. —Luke sonrió al decirlo.

Lo miré y un calor me subió por la nuca. Una parte de mí sintió la necesidad de llamar y enviarle un mensaje a Wesley para decirle que mi jefe se había ido, pero no estaba segura de por qué. Sentía que le había mentado, aunque mi jefe había estado con nosotros durante las últimas cinco horas, esperando a ver qué hacía la maldita oficina australiana. Estábamos haciendo tratos a diestra y siniestra, billetes de avión de última hora que ellos ponían en la lista y reservando excursiones a mitad de precio. Habíamos estado cerrando tratos hasta tarde, ahorrando a nuestros clientes miles de dólares en el proceso. Lo único que nos faltaba por reservar era el hotel.

Y a las oficinas australianas les estaba llevando una eternidad subir la información y entregárnosla.

—La buena noticia es que el teléfono debería sonar pronto —dije para aligerar la espera.

—Y hasta entonces, puedo aprender más sobre la encantadora mujer con la que trabajo. —Su voz sonó enigmática.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Hablas mucho de Wes y de los niños, pero nunca de tus padres. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No hay mucho que contar. Crecí en las afueras de Los Ángeles. Mi madre ya no está viva, pero mi padre sí.

—Lo siento mucho, bichito Vee. ¿Qué le pasó?

—Cáncer. Se lo diagnosticaron antes de que yo me fuera a la universidad y luchó durante tres años hasta que finalmente, le venció.

—Lo siento mucho. Tuve un tío que murió de esa enfermedad. Lo cuidé durante los últimos meses de su vida.

—¿Lo hiciste?

—Sí. Mi padre no estaba cerca. Para él eran más importantes las drogas y el alcohol que mi madre y yo. Fue duro, pero su hermano intervino y nos ayudó cuando pudo. Él fue la única figura paterna que conocí, así que cuando enfermó no tuve que pensar en ayudarlo.

—Lo siento, Luke.

—Está bien. Quiero decir, no está bien. Si alguna vez averiguo dónde está mi padre, le diré lo que pienso de él.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre entraba y salía mucho. La última vez que vino, yo tenía unos diecisiete años. Había tocado fondo y mi madre volvió a acogerlo. Como siempre.

—Ella debió haberlo amado de verdad.

—No debería haberlo hecho. Yo estaba dispuesto a cuidar de ella el resto de su vida. Mi madre no necesitaba un hombre como él en su mundo. Necesitaba uno mejor. Uno que la cuidara y la mantuviera, que no vendiera los regalos que ella le hacía para comprar más alcohol.

—Eso suena terrible.

—Ella se merecía algo mejor que él.

Luke volvió su mirada hacia mí y yo capté la intensidad de su mirada. Y algo me dijo que no estaba simplemente hablando de su madre con esa afirmación.

—Yo no he estado expuesta a nada de eso en mi infancia —dije.

—Alégrate de no haberlo hecho. Fue una fría y dura dosis de realidad que ningún niño debería tener que soportar.

—Aunque tuve un aborto espontáneo.

—¿Qué?

Enseguida me di cuenta de que no debía haber dicho nada de eso. No sabía porque lo había hecho, nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Wesley. Mierda, si Wesley supiera que Madeline no era técnicamente mi primera hija, no estaba segura de lo que haría.

¿Cómo reaccionaría?

—Sí. Quiero decir, no fue a finales del embarazo o algo así. Solo estaba de cuatro meses.

—Eso me parece bastante embarazada. ¿Qué pasó?

Se giró hacia mí, lejos del y lejos de las pantallas. Apartó mi mano del teclado y la colocó en mi regazo, luego giró mi silla para que lo mirara. La acción me dejó sin aliento. El calor de su tacto aún persistía en mi piel. El fuego en sus ojos y la intención que tenía de que yo hablara.

¿Alguna vez Wes quiso que hablara tanto?

—¿Qué sucedió? —preguntó con suavidad.

—Fue solo... una estúpida aventura en el instituto. Ya sabes, el primer chico con el que salí y todo eso. Me gustaba, le gustaba yo. De hecho, nunca habíamos... hecho nada.

«Vanessa. Cállate. Wes ni siquiera sabe esto. Cállate».

—Te dejó embarazada —aseveró él.

—Fue un trabajo de dos personas. Nos quedamos embarazados.

—¿Alguna vez se lo dijiste?

Mis labios se separaron, pero mi voz no salió. Así que cerré la boca y sacudí la cabeza.

—No.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No lo sé —repuse sin aliento—. Estaba tan... asustada. No sabía qué pensar o esperar. Quiero

decir, no me gustaba lo suficiente como para tener un hijo con él.

—¿Sabe lo de tu aborto?

—No. —Miré hacia abajo a mi regazo.

—Oh, Vanessa. Ven aquí. —Luke me rodeó con sus brazos y yo me apreté contra él.

Estaba mal, sabía que no debía hacerlo, pero maldita sea, me sentía tan bien al decírselo a alguien; sobre todo, al decírselo a alguien que no me juzgaría. No sabía cómo reaccionaría Wesley ante algo así. Nunca sentí la necesidad de contárselo a mi marido. Él no hablaba mucho de su infancia, así que yo no hablaba mucho de la mía. Pero contarle a alguien aquello me había liberado. Fue como un soplo de aire fresco.

—¿Quieres saber algo que nunca le he dicho a nadie? —preguntó Luke.

Me reí.

—Claro.

—Ya sabes, para nivelar el campo de juego.

—Lo tendré en cuenta.

—Nunca he estado realmente enamorado.

Me retiré de su abrazo.

—¿En serio?

Luke asintió.

—De verdad, de verdad. Salí con alguna chica en la universidad, pero nunca me sentí realmente atraído, así que dejé de buscar cuando me gradué.

—Pero, ¿por qué? Luke, eres un tipo muy agradable. Eres guapo e inteligente. Tienes mucho que ofrecer a una mujer.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Ahí fuera, ahora mismo, hay una mujer que está sola en la cama. Esperando a que vayas a hacerle compañía. Cena sola, se despierta sola y se queda en casa los fines de semana porque no tiene nada que hacer contigo.

—¿Y si tiene hijos?

—Bueno, claro. Las madres solteras también necesitan amor. ¿Y esos niños sin padre? Los padrastros son la siguiente mejor opción. Pero si es madre no saldrá mucho, lo que significa que tienes que buscarla.

—¿Y si ya la he encontrado?

Fruncí el ceño cuando Luke inclinó la cabeza. El aire crepitaba entre nosotros, aunque estaba enrarecido. Me senté en mi silla y reflexioné sobre sus palabras, pero el sonido del teléfono me sacó del trance. Prácticamente me abalancé sobre él. Salté de mi asiento y puse distancia entre nosotros. Me limpié las palmas de las manos sudorosas en los pantalones mientras apoyaba el teléfono en mi hombro y forzaba mis ojos a no mirar a Luke.

Para no confirmar que los suyos estaban fijos en mí.

—Viajes California, habla Vanessa —contesté.

—He oído que está buscando un alojamiento de primera clase en Sydney, cerca de la Casa de la Ópera.

—¡Sí! Lo estamos buscándolo. Un segundo y le daré los detalles.

Me di cuenta de la cantidad de gente y de habitaciones que necesitábamos para el viaje. Había varios precios para distintos lugares y comprobé los hoteles con los requisitos para el paquete

familiar. Luke y yo habíamos estado ayudando a una familia a coordinar un viaje a Australia para el cincuenta aniversario de boda de sus padres y resultó entrañable. Me alegró mucho ayudarles. El establecimiento confirmaría el viaje y se aseguraría de que disfrutaran de la mejor celebración del planeta.

—Escoge el hotel de cuatro estrellas a cuatro manzanas de la Casa de la Ópera. —Luke se inclinó sobre mí mientras yo ladeaba la cabeza para mirarlo.

—Pero el hotel de cinco estrellas está más cerca —repliqué.

—Sí, pero el de cuatro estrellas ofrece las mismas comodidades y el mismo tipo de servicio de habitación por un treinta por ciento menos. Y la diferencia entre los dos, según los mapas, es una manzana y media.

—¿En serio? ¿Tan poco?

—Eso es lo que estoy viendo. Toma el hotel de cuatro estrellas e instálalos en las mejores habitaciones. Eso compensará la falta de una estrella.

Reservé las habitaciones a la familia y anoté el número de confirmación, luego escribí una nota para llamarlos por la mañana para confirmar. La fianza se mantendría en depósito en nuestra cuenta hasta que confirmaran el pago y los saldos se cambiarían según fuera necesario. Colgué el teléfono y respiré hondo, luego levanté la mano para chocar los cinco con Luke.

Pero cuando nuestras manos se tocaron, rodeó mis dedos con los suyos.

—Supongo que esto significa que ya podemos irnos a casa —dijo él.

Rápidamente separé mi mano de la suya y la sacudí.

—Sí. Supongo que sí. Y ni un segundo después. No soy tan joven como antes y todo esto de «quedarse despierto hasta la medianoche» ya no me sienta bien.

—Vamos. Te acompañaré a tu coche, bichito.

Todo el tiempo que caminamos a través del estacionamiento, lo sentí acercarse. Rozaba su mano con la mía, como si fuera de forma distraída, y su brazo tocaba mi hombro de vez en cuando.

Mi corazón se agitó apresurado en mi pecho y supe que me había puesto colorada como una colegiala porque me ardían las mejillas. Wesley solía hacerme sentir así; de hecho, tenía la misma sensación en la boca del estómago. Me sudaban las palmas de las manos y me sentía mareada.

—Gracias por acompañarme a mi coche, Luke.

—Vanessa.

La forma en que dijo mi nombre me hizo mirarlo. Al toparme con sus cálidos ojos marrones me temblaron las rodillas. Luke se acercó y me puso un mechón de pelo detrás de la oreja. Su pulgar resbaló por mi cara, pero el tipo de electricidad que envió por mi cuerpo no fue agradable. Mi corazón gritó alarmado y el estómago me comprimía el diafragma. Vi su cara acercarse a la mía mientras las lágrimas acudían a mis ojos.

«¿Y si ya la he encontrado?»

«¿Y si tiene hijos?»

No. Eso estaba mal. Eso era ir demasiado lejos.

—Realmente debería irme —susurré para romper el silencio.

Me alejé de Luke, di un paso hacia mi coche y abrí la puerta.

Él abrió los ojos como si estuviera sorprendido y dejó de fruncir los labios. Asintió con la cabeza en silencio y mantuvo la puerta de mi coche abierta mientras yo me deslizaba en el interior.

Me temblaba la mano cuando intenté meter la llave en el contacto. Seguí luchando y luchando,

frustrándome cada vez más conmigo misma, hasta que él introdujo medio cuerpo delante de mí, extendió el brazo y arrancó las llaves de mi mano con la suya. Enseguida dio el contacto y el coche rugió a la vida. Después me miró con sus ojos color chocolate, antes de retroceder.

—Conduce con cuidado, bichito Vee. Avísame cuando llegues bien a casa.

Entonces, cerró mi puerta y se fue.

Salí del estacionamiento a la velocidad del rayo. Nunca en mi vida había estado tan agradecida de llegar a todos los semáforos en verde. La culpa comenzó a formarse en mis entrañas y se filtró por mis venas. No lo besé, pero podría haberlo hecho. No cruzamos esa línea, pero habíamos cruzado suficientes líneas para que él insinuara que yo era la mujer indicada para él.

—¡Estúpida, estúpida, Vanessa! ¡Eres una idiota! —dije en voz alta.

Golpeé el volante mientras llegaba a la entrada de mi casa, la que había comprado un año atrás con mi marido. Con Wesley, el hombre que estaba arriba durmiendo, mientras yo coqueteaba con mi maldito compañero de trabajo.

Saqué el teléfono y envié un mensaje a Luke. Lo último que necesitaba era que me llamara y me enviara un mensaje porque pensara que no había llegado bien a casa. Después lo apagué y abrí la puerta, ansiosa por entrar.

Fui directamente a la habitación de mis hijos y besé sus dulces mejillas.

Las pruebas de la noche de Wes con los niños estaban por todas partes. Peluches con tazas de té en la mesa de café, pizza que aún no había sido puesta en el refrigerador y una película que aún se veía en la televisión de la sala de estar; en la habitación de Madi había un juego desparramado por la alfombra peluda y el tren de Evan estaba fuera. El baño del cuarto de invitados seguía lleno de agua, ahora fría y todavía azul por las pastillas de tinte espumoso que tanto le gustaban a Evan. Había tanto desorden, tanto amor paternal de un hombre al que casi había engañado aquella noche.

Un hombre al que técnicamente había estado engañando durante meses.

Entré lentamente en mi dormitorio y disfruté del sonido de los ronquidos de Wes. La luz de su mesilla de noche estaba encendida y tenía un brazo colgando de un lado.

Sin darme cuenta comencé a llorar mientras me desnudaba. Tiré la ropa en el cesto, con la sensación de que estaba sucia, me puse el camisón y saqué de mi bolso el teléfono. Lo volví a encender y bajé el volumen tanto como pude, borrando el par de mensajes de texto que habían llegado de Luke. Ni siquiera quise leerlos, no quería pensar en ellos. Solo deseaba dormir esa noche y actuar como si no hubiera pasado.

Me metí en la cama junto a mi marido y enchufé el teléfono. No estaba segura de si escucharía la vibración de mi alarma por la mañana, pero no importaba. Si no la escuchaba, simplemente me levantaría con la alarma de Wes a las siete de la mañana. No tenía que ir a trabajar temprano, así que cerré los ojos y respiré profundamente, tratando de calmar mi corazón acelerado. Pero por mucho que lo intentaba, no podía dormir.

La culpa que se había instalado en mi pecho era demasiado grande.

Capítulo 14

Wesley

El sonido de las vibraciones me despertó y abrí los ojos. Levanté una mano y la puse sobre el teléfono, pero no se movió contra la palma. Fruncí el ceño, me di la vuelta y sentí algo cálido a mi lado. Un cuerpo.

¿Vanessa no se había levantado todavía?

Me moví y me apoyé mientras la vibración continuaba. Era la alarma de su teléfono, pero su volumen no estaba subido. La vi dormir profundamente, con el pelo suelto sobre la almohada. Eran las seis de la mañana y no me explicaba por qué había silenciado la alarma.

Di por hecho que llegó tarde y decidió levantarse con la mía y, desde luego, nos vendría bien a los dos despertarnos juntos para variar.

Me incorporé por encima de su cuerpo para apagar la incómoda vibración y, en lugar de su alarma, encontré una sucesión de mensajes de texto de él.

Luke.

Miré a mi esposa y pensé que no había razón para que yo revisara su teléfono. Yo no era de esa clase de hombre, pero esos mensajes eran de anoche y algo hizo que mi estómago me suplicara que los revisara. Aquel tipo había inundado su teléfono con mensajes de texto. Algunos eran de la una y las dos de la madrugada. ¡Incluso un par los había escrito a las cinco de la maldita mañana! ¿Qué demonios hacía enviando mensajes a una mujer casada a esas horas?

Apagué la alarma y ella se alejó hasta el borde de la cama, se acurrucó y la tapé con las sábanas. Aún así, el corazón comenzó a golpearme en el pecho con violencia cuando, al estar lejos de la luz, acerqué su teléfono a mi cara para poder ver.

Me acomodé en la almohada y medité el paso que estaba a punto de dar. Un paso del que sabía que nunca volvería, pero la curiosidad me estaba matando.

Presioné el primer mensaje de texto y fue suficiente para atravesarme el alma. Agradecía que le hubiera comunicado que llegó a casa a salvo y consideré que esa no era responsabilidad suya, sino era mía. Ya sabía que había llegado bien a casa porque sentí que se deslizaba en la cama a mi lado, porque yo era su maldito marido. Presioné otro y otro... En todos deseaba que Vee se recuperara y decía que esperaba que estuviera bien.

Luego, presioné el último que envió. El de las cinco de la mañana.

«Lamento mucho lo que pasó en el aparcamiento. Sé que estaba cruzando una línea... pero lo hice con las mejores intenciones».

Mi mundo se detuvo por completo y aflojé la mano al darme cuenta de que estaba exprimiendo la vida de su móvil. ¿A qué línea se refería? ¿Qué coño había pasado en el aparcamiento? Por un segundo, pensé en mandarle yo mismo un mensaje a aquel energúmeno. Pensé en despertar a Vee y exigirle que me diera el número de teléfono de aquel hombre, para hablar con él cara a cara. ¿Qué demonios había pasado? ¿Qué habían hecho?

Mierda, ¿mi mujer me había engañado?

Me acerqué y tiré su teléfono sobre su mesilla de noche. Ni siquiera me importó si ella sabía que

yo lo había revisado y estuve tentado de despertarla para discutir en ese mismo momento. Pero en vez de eso, salí de la cama para alejarme de ella.

Podía quejarse de que nunca estaba en casa y de que siempre salía con Clay, pero ni una sola vez soñé con cruzar una línea con alguien. Era evidente que el respeto no era mutuo.

Abrí la puerta de mi armario y empecé a sacar la ropa. Me puse unos pantalones de chándal, una camiseta y las deportivas. Necesitaba tiempo para procesar todo, dar un paseo y airearme. Quería averiguar cómo demonios iba a abordar el tema y cómo justificaría que había revisado su teléfono.

Caminé por el pasillo y me detuve en las habitaciones de mis hijos. Al asomarme, escuché sus respiraciones pausadas y me pregunté si estaba ante el final de mi familia. Si sería así como iban a terminar las cosas entre su madre y yo.

Entré en el salón y cogí las llaves. Metí mi cartera en el bolsillo y miré alrededor antes de dirigirme al garaje. Un paseo en coche era exactamente lo que necesitaba para despejar la cabeza, no podía hablar con ella si seguía enfadado porque no estaba seguro de lo que le diría. No quería comenzar a gritarle, no me iba a rebajar a ese nivel y si iba a comunicarle que lo nuestro estaba roto, debía hacerlo bien, aunque no quisiera.

Entré en la cocina y le dejé una nota diciéndole que iba a dar una vuelta. La dejé en la puerta del frigorífico y me marché, ya que no quería que se despertara y bombardeara mi teléfono con llamadas. No podría soportar ver su nombre en la pantalla y me sentí más frustrado que nunca, tanto que me faltaba el aire y me temblaban las manos al dejar la nota bajo el imán. Volví a leerla para comprobar que no era demasiado hostil o carente de emoción y me marché.

Al salir del garaje, bajé la capota, el único capricho que había tenido cuando compré el coche, y salí a toda prisa por la carretera. Respiré profundamente e intenté sofocar la ira que me ahogaba. Pasé por mi cafetería preferida y tomé un café que me ayudó a despertarme antes de empezar a escuchar mis canciones favoritas. Hice todo lo que pude para calmarme, pero en lo único que pensaba era en mi esposa, besando a otro hombre a media noche, en un maldito estacionamiento.

Mierda. Si Vanessa hubiera hecho algo así, no estaba seguro de que pudiéramos volver a estar como antes.

Capítulo 15

Vanessa

¿Un paseo? ¿Se fue a dar un maldito paseo? ¿Dejándome con los niños, así como así? Arranqué la nota de la nevera y la leí una y otra vez. Solo una línea y su firma. ¡Una firma! Como si estuviera rubricando algún tipo de documento oficial.

«Vanessa, he salido a dar una vuelta. Te veré cuando vuelva. Wes».

¿Te veré cuando vuelva? ¿Qué coño significaba eso? Rompí el papel y lo tiré a la basura antes de regresar al dormitorio. Había dormido con el sonido de móvil en vibración y me despertó la molesta alarma de Wesley que siempre ponía aunque fuera sábado. ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué demonios sonaba su alarma a las siete de la mañana? Agarré mi móvil y lo llamé varias veces. Afortunadamente, los niños todavía estaban durmiendo. Era una de esas raras mañanas en las que ambos aguantaban en la cama una hora más, lo que me permitió procesar lo que pasaba.

No tenía ni idea de dónde demonios estaba mi marido. No sabía si le pasaba algo o si lo habían llamado del trabajo y por eso no contestaba. Intenté con el teléfono de su oficina, pero no recibí nada excepto su buzón de voz. Así que no estaba allí, al menos que estuviera filtrando mi llamada.

Ese pensamiento me enfureció.

Así era él. Me había dejado con los niños, sin tener en cuenta mi horario. No podía pensar con claridad. Me desperté con una cama vacía y una nota en la que decía que se iba a dar un paseo. Y para empeorar las cosas, su descapotable había desaparecido. No es que lo necesitara, lo compró sin comentarlo conmigo, un adefesio de color rojo cereza que apenas conducía... Pero esa era otra historia.

En este momento, mi marido se había ido y me había abandonado.

Cuando me senté a tomar mi taza de café en paz, vi los mensajes de Luke en la bandeja de entrada. Me resultó curioso, porque no tenía ninguna notificación de ellos. Por otra parte, no había actualizado el teléfono en años y debía de estar a punto de acabar en el cubo de basura. Leí los mensajes una y otra vez y traté de pensar qué responderle, pero no quería hacerlo. No quería responderle. Simplemente quería actuar como si lo de anoche no hubiera pasado porque cuando pensaba en ello, me ponía enferma. Casi había cruzado una línea de la que no podía volver y eso habría diezmado mi matrimonio.

Eso me llevó a reflexionar sobre la enigmática nota de Wes y me pregunté, cuánto quedaba de nuestra relación.

El teléfono vibró en mi mano y al ver que era mi padre suspiré de alivio. Si llamaba podía significar una de dos cosas. O Wes estaba con él o quería ver a los niños. Las dos opciones sonaban maravillosas y contesté con una sonrisa al escuchar su voz. Siempre me reconfortaba hablar con mi padre, pero últimamente, no le había contado mucho sobre mi matrimonio.

Sin embargo, eso impedía que deseara hacerlo.

—Hola, princesa. ¿Cómo estás esta mañana? —preguntó en tono animoso.

—Estoy bien, papá. Tomando un café.

—¿Los niños siguen durmiendo?

—Aunque no te lo creas, sí —dije, riéndome.

—Bueno, eso hay que celebrarlo. Pude conseguir entradas para la feria de ciencias para niños en la ciudad. Tienen una exhibición en el acuario y espectáculos todo el día. ¿Qué te parece si los recojo y me los llevo?

—Papá, eso suena fantástico. ¿A qué hora?

—Los espectáculos no empiezan hasta las once, pero hay mucho que hacer antes de eso. Pensé que después podrían dormir la siesta en casa y los llevaría a tiempo para la cena.

—¿Significa eso que traerás la cena a casa?

—¿No es así siempre, princesa?

Sonreí mientras las lágrimas se precipitaban en mis ojos.

—Oh, pusiste el listón muy alto, ¿verdad?

—¿A qué te refieres, cariño?

—Nada... nada. Ese plan es estupendo. Los despertaré en un rato y los prepararé.

—Deja que duerman y me avisas cuando empiecen a moverse.

—Lo haré, papá.

—¿Pasa algo malo, Vanessa?

Hice una pausa para beber café.

—¿Por qué lo preguntas?

Mi padre suspiró.

—Sabes que no me gusta meterme en tu matrimonio, pero he notado que, últimamente, estás un poco... deprimida.

Cerré los ojos para evitar que escaparan las lágrimas.

—Estamos bien. Solo muy cansados.

—¿Los chicos te hacen correr como loca?

Sacudí la cabeza.

—Más de lo que podrías imaginar.

—Bueno, ¿y si me los quedo durante la noche?

—No tienes que hacer eso, papá.

—No. Está decidido. A Wes y a ti os vendrá bien estar solos un rato. Prepara la maleta de los niños y que se queden conmigo esta noche.

—¿Estás seguro, papá?

—Estoy seguro, princesa. Estaré allí en una hora, ¿vale?

Me limpié los ojos con la mano.

—De acuerdo. —Colgué el teléfono y terminé mi taza de café.

Con ánimo renovado, comencé a hacer la maleta de los niños y pensé que era buena idea que durmieran en casa de mi padre. Especialmente porque todavía no sabía nada de mi marido que se había ido sin dar una explicación.

Terminé justo cuando se despertaron y poco después llegó mi padre. Insistió en llevarlos a desayunar fuera y eso aceleró su marcha. Le ayudé a subir a los niños en su camioneta y los vi marcharse mientras intentaba contactar de nuevo con Wes por teléfono. Al ver que no contestaba después de varios intentos, abandoné la idea de seguir llamándolo. En su lugar, le envié a Lydia un mensaje de texto, preguntándole si quería venir a almorzar y tomar un poco de vino.

Acababa de ducharme cuando llegó mi mejor amiga. Era cerca de las doce y media y apareció

con dos botellas de vino y un menú de comida china para llevar.

—Supongo que tu padre tiene a los niños hoy —dijo nada más entrar.

La abracé con fuerza.

—También los tendrá por la noche.

—Oh, es un buen descanso. ¿Wes y tú estáis intentando arreglarlo.

—Lo haría si estuviera aquí.

—¿Qué significa eso?

Llevé a Lydia al interior de la casa.

—Primero vamos a pedir la comida. Necesito alcohol para esta conversación.

Pedimos por teléfono el almuerzo y abrí la primera botella de vino. Serví un vaso a cada una y nos acomodamos en el sofá. Suspiré, me incliné hacia atrás, cerré los ojos y apuré la bebida de un trago.

—¿Qué diablos está pasando? —Me miró Lydia, preocupada.

—Me desperté y Wes se había ido.

—Espera un segundo. ¿Se ha ido para siempre?

—No. No se ha ido «hago las maletas y me voy». Sino «me voy a dar una vuelta y volveré cuando vuelva».

—¿Lo has llamado?

—Sí. Y no lo coge. Solo sale el buzón de voz.

—¿Estás segura de que no fue a la oficina?

—También lo he llamado allí, pero no está. Me dejó una nota en la nevera que decía que volvería cuando volviera.

Lydia negó con la cabeza.

—¿Realmente usó esas palabras?

—Sacaré la nota de la basura si quieres verla.

Suspiró y alcanzó la botella de vino que dejé en la mesa de café.

—Necesitas otra —sugirió.

—Las necesito todas —aseveré con un gesto.

—Así que te despertaste y él se había ido.

—Sí. No tengo ni idea de cuándo se levantó o a qué hora se fue. Y tampoco sé cuándo volverá. Si soy sincera, ha sido un milagro que llamara mi padre para llevarse a los niños, porque no estoy de humor para responder a sus preguntas sobre dónde está su padre ahora mismo.

—¿Qué hará con ellos?

—Llevarlos a la feria de ciencias del centro.

—Oh, me enteré de la exhibición del acuario y de todos los espectáculos. A Evan le encantará, ya que está tan obsesionado con las rayas.

—Espero que se diviertan. Quiero decir, siempre lo hacen con mi padre, pero quiero que disfruten con él.

—No me gusta la forma en que hablas —observó.

—Lydia, no sé si podré soportar mucho más esto. Quiero decir, nunca se levanta y se va así. Lo único que puedo decir de Wes es que cuando sale del trabajo, está aquí.

—Bueno, entonces esta es la primera vez.

—Pero una primera vez se convierte rápidamente en una segunda vez. Y una segunda se convierte

en una tercera. Y así es como empiezan los hábitos. Así es como empezaron todos sus hábitos en los que ha caído, con un solo ejemplo que no creí que fuera importante.

—Habla con él cuando llegue a casa.

—Esa es la cuestión, Lydia. No sé cuándo va a estar en casa. No sé si va a volver a casa. No contesta mis llamadas. ¿Le importa tan poco que su mujer se preocupe por él? —Sollocé al hacer la pregunta.

—Por eso sigo insistiendo en que deberíais acudir a un consejero matrimonial. Para resolver este tipo de asuntos cuando sucedan.

—¡No debería pasar, Lydia!

—Pero está sucediendo, Vanessa. Y si quieres salvar tu matrimonio, no puedes seguir arrastrando los pies. Preocúpate de buscar un buen psicólogo, ten una estrategia para cuando regrese Wes, porque volverá; entonces, deberíais sentaros y mantener una conversación civilizada, como adultos.

—Al parecer, todo recae sobre mis hombros, ¿verdad? Como cuidar a los niños, finalizar la compra de esta casa y arreglar las cosas que se rompen. Todo es mi obligación porque el pobre Wes es el que trabaja a tiempo completo.

—Uno de vosotros tendrá que dar el primer paso, Vanessa. No importa quién sea. Pero cuanto más tiempo lo pospongas, peor será cuando intentes arreglarlo. ¿Has intentado siquiera comunicarte más con él? Y no me refiero a tener sexo ardiente y actuar como si las cosas estuvieran bien.

—Vaya, gracias por la indirecta —espeté, ofendida.

—Soy tu mejor amiga, Vanessa. Sé cómo funcionas. Pero si no te has sentado con él, ni has intentado trabajar en tus habilidades de comunicación, me pregunto si realmente tratas de salvar tu matrimonio.

—¿Qué diablos significa eso? —La miré con el ceño fruncido.

—Sabes que nunca te he mentado. Nunca te he escondido nada ni te he engañado y si te hablo así es porque te quiero mucho.

—Así, ¿cómo?

—No estoy segura de que quieras arreglar tu matrimonio.

—¡Por supuesto que quiero arreglarlo! Se trata de mi marido, de mi mundo, mi vida. ¡Mi corazón! El padre de mis hijos, Lydia.

—Pero todo lo que has hecho hasta ahora es quejarte y quejarte. No veo que hagas nada para arreglarlo.

—¿Por qué siempre tengo que ser yo quien arregle esta mierda? ¿Por qué no puede ser él?

—Porque alguien tiene que dar el primer paso, esto no es unilateral. Se necesitan dos para hacer y romper un matrimonio, pero solo se necesita uno para dar un paso adelante y decidir que algo tiene que cambiar antes de que el cambio ocurra por sí solo. Por lo que veo, Wes ha dado ese paso con su cuerpo y ahora necesita hacerlo con las palabras.

—Así que crees que ni siquiera quiero intentar salvar mi matrimonio —protesté.

—Creo que no lo estás intentando.

Me bebí el resto de mi segundo vaso de vino y el alcohol calentó mi estómago.

—Bueno, creo que ya sé por qué no estás casada.

—¿Perdón? —Lydia abrió mucho los ojos.

—Sí. Si crees que solo hay que sentarse y hablar de arreglar las cosas en una relación como esta, entonces es probable que por eso no hayas encontrado a nadie.

—¿Qué? ¿Porque lo hice sonar demasiado simple?

—No, porque no entiendes realmente el funcionamiento interno de cómo sucede algo así.

—Es una relación como cualquier otra. —Movi6 las manos para dar énfasis a sus palabras—.

¡Siéntate con el hombre que amas y háblale como a un ser humano normal, Vanessa!

—¿Y dónde vamos a hablar, Lydia? ¡Mira a tu alrededor! —Salté, extendí mis brazos y giré la cabeza, mientras la ira se acumulaba en mis entrañas—. Este es el primer sábado que tiene libre, en tres meses, y mira donde está. ¡Porque seguro que no está en casa con su mujer para hablar! ¡Y seguro que no coge el teléfono para que le pida que venga a casa para que podamos hablar! No está en ningún sitio, Lydia. Entonces, ¿cómo diablos se supone que voy a seguir tu consejo si no puedo encontrar al maldito hombre con el que tengo que seguir tu consejo?

Lydia dejó la copa de vino y se levantó del sofá. La vi coger su bolso y dirigirse a la puerta principal. La seguí con la mirada, rogándole que no se fuera. No necesitaba que mi mejor amiga me dejara., sobre todo después de que Wes me hubiera abandonado aquella mañana.

—Cuando hables con él, trata de no gritarle —dijo Lydia al abrir la puerta.

—¡Estupendo! —me burlé—. ¿Así que tú también te vas? Tal vez, Wes y tú tenéis más en común de lo que crees.

—Tus problemas no resueltos te han amargado y te han hecho rencorosa, Vanessa. Admítelo. Solo porque tengas asuntos que arreglar, no significa que puedas gritarle a alguien como a mí. ¿Alguna vez le has gritado así a Wes? —La discusión de la cocina apareció en mi mente y gruesas lágrimas se agolparon en mis ojos. Lydia continuó con un consejo—: Creo que deberías empezar por aprender a tener de nuevo una conversación civilizada con alguien. Tal vez así, puedas arreglar tu matrimonio.

No supe cuánto tiempo estuve allí parada, ni cuándo se marchó mi amiga. Solo salí del trance al escuchar el timbre de la puerta. Era el repartidor con la comida china, le pagué y le di una propina; luego puse la bolsa en la mesa de café. Miré la botella de vino sin abrir y después eché un vistazo al pasillo y al resto de mi casa, donde reinaba un silencio sepulcral.

Sin marido. Sin hijos. Sin la mejor amiga.

A la mierda.

Aparté la comida y abrí la botella de vino que quedaba intacta. La llevé a mis labios y comencé a beber mientras caminaba hacia mi dormitorio. Me tumbé en la cama y dejé la botella como pude en la mesilla de noche.

Luego, lloré hasta volverme a dormir.

Capítulo 16

Wesley

Llegué a una casa oscura a las seis en punto y fruncí el ceño. Miré alrededor de la habitación, pero lo único que percibí fue el olor rancio de la comida china refrigerada. Ni rastro de los niños por ninguna parte. ¿Dónde estaba mi familia?

—¿Vanessa? —Llamé mientras encendía las luces.

Revisé la cocina y no vi rastro de platos sucios, ni tazas. No había señales de vida en ningún lugar.

Volví a llamar a mi mujer y caminé por el pasillo, asomando la cabeza en las habitaciones de mis hijos, pero ninguno de ellos estaba en su habitación. Las mantas y almohadas de sus cunas estaban desordenadas y sus juguetes no habían sido recogidos. El pánico me inundó las tripas. ¿Vanessa se había llevado a los niños? ¿Me había dejado por él?

Había estado conduciendo todo el día, incapaz de deshacerme de mi ira. Fui a la casa de Clay y me desahogué con lo que estaba pasando. Antes de comer, tomamos unas cervezas y me quedé dormido en su casa, con la esperanza de despertarme lo suficientemente fresco para volver y hablar.

Pero mi rabia seguía ahí. El disgusto por lo que había hecho mi mujer no se iba.

—¡Vanessa! —Grité.

—¿Qué? No hagas ruido —se quejó ella.

Fui hacia nuestro dormitorio y el olor a vino me llenó las fosas nasales. Mucho vino.

Vi la botella vacía junto a la cama y arrugué la nariz. Joder, ella había estado bebiendo todo el día y no estaba de humor.

—¿Has disfrutado de tu viaje? —escupió las palabras.

—No empieces, Vanessa. ¿Dónde están los niños?

—Con mi padre. Se los ha llevado para pasar la noche.

—¿Cuándo volverán?

—En algún momento de mañana. ¿Por qué te importa? Me dejaste en casa todo el maldito día con ellos.

—Y parece que se los diste a tu padre para poder emborracharte.

Supe que la acusación sonó demasiado hostil en cuanto la dije.

Vanessa salió corriendo de la cama y se puso de pie. Le temblaban las piernas y entornó los ojos, como si se preparara para una pelea que no estaba dispuesto a empezar porque, si lo hacía, no sería capaz de contener la lengua.

—Me dejaste sola al amanecer, con los niños y sin saber dónde estabas, ¿y tienes la osadía de acusarme de ser mala madre?

—Lo siento, Vee. No ha sido mi intención. Ha sido de mal gusto.

—Tienes razón, ha sido de mal gusto. ¿Dónde diablos estabas? Y será mejor que me lo digas ahora, o que Dios me ayude porque los niños y yo nos vamos.

Sus palabras me sorprendieron.

—¿Qué? ¿Vas a ir a correr a los brazos de Luke?

—¿Qué? —preguntó sin aliento.

—Sí. No importa a dónde fui. Lo único que debes saber era que necesitaba tiempo para aclarar mi mente antes de venir a casa y hablar contigo.

—¿Y eso te ha llevado todo el día? Wes, este es el primer sábado que hemos tenido libre los dos, desde hace meses. ¿Y te has levantado de la cama para pensar, en lugar de pasarlo con tu familia?

—Lo único que importa ahora son los mensajes de texto que tu compañero de trabajo te ha estado enviando.

—¿De qué estás hablando? —inquirió, sorprendida.

Suspiré y moví la cabeza con censura.

—Vi los mensajes, Vee. Los que te envió anoche. Me despertó tu teléfono, no paraba de vibrar contra la mesilla de noche.

Se quedó pálida y se sentó en la cama sin decir nada, con la admisión en su rostro. Negó con la cabeza, me miró y se deslizó por el borde de la cama, tratando de acercarse sin tener que caminar. No sabía cuánto vino había bebido, pero debió ser bastante y con el estómago vacío, a juzgar por el olor rancio de la comida china que había por toda la casa.

—Wes, eso no es lo que crees que es. No pasó nada —justificó por fin.

—Entonces explícame qué fue lo que pasó. ¿Por qué tu compañero de trabajo sintió la necesidad de disculparse por una línea que aparentemente traspasó? —Me acerqué a ella.

—Anoche trató de darme un beso. Eso es todo. Pero me retiré, Wes. No nos besamos. No pasó nada en absoluto.

—¿Y dónde estuvo tu jefe durante todo esto? ¿Eh? —La vi descender los ojos mientras la culpa nublabla sus rasgos. ¡Joder! Otra mentira más—. Tu jefe no estaba allí anoche. —dije rotundamente.

—Se fue temprano. Alrededor de las diez. Estaba allí, Wes, te juro que estaba. Solo que no toda la noche. Cuando solo quedaba reservar el hotel, se marchó y nos dejó a Luke y a mí para terminar los trámites.

—Qué conveniente.

—Te lo prometo, Wes, eso es lo que pasó. Nunca te engañaría.

—No. Solo harías creer a un compañero de trabajo que estás disponible antes de detenerlo en esa línea.

—¿Qué diablos significa eso? —Me miró a los ojos por fin.

—Soy un hombre, Vanessa. No beso a las mujeres sin una razón. Diablos, Clay es el mayor mujeriego que conozco y no besa a las mujeres sin una razón o una señal de algún tipo. Luke no se inclinó y te besó, sin ninguna señal de que tú también lo deseabas, Vee. No es así como funciona.

—No nos besamos —susurró.

—Pero hiciste muchas otras cosas por defecto, Vee. Y esas son igual de malas.

El silencio cayó sobre la habitación y esperé a que ella hablara. Que me dijera algo que hiciera que todo fuera mejor. Pero cuando comenzó a llorar, solo confirmó mis peores temores.

—¿Qué hiciste, Vee? —pregunté sin aliento.

—Lo siento, Wes —sollozó.

—¿Qué hiciste para que Luke pensara que estaba bien que te besara? —Se encogió de hombros e insistí—. Lo sabes, Vee. ¿Qué hiciste?

—No lo sé, de verdad.

—¿Sabe que estás casada?

—Claro que lo sabe. A veces hablo de ti y de los niños cuando me pregunta cómo me fue el fin de semana.

—¿Sabe que estás felizmente casada?

Me miró mientras las lágrimas caían por sus mejillas y el dolor que vi en sus ojos me golpeó como una bofetada en la cara. A pesar de que estaba furioso y sabía que tenía todo el derecho a estar enfadado con ella, la profundidad de su angustia me sorprendió incluso a mí. Vanessa, la mujer que dio a luz a mis hijos, a la que prometí amar y proteger por encima de todo, estaba luchando en una oscuridad interior que no supe que existía hasta ese momento.

—¿Estás felizmente casada? —Hice la pregunta de otra manera.

—No. —Sacudió la cabeza.

—Así que, durante los últimos meses..., no has sido feliz.

Volvió a negar con la cabeza mientras las lágrimas le caían por el cuello.

—¿Tú has sido feliz? —me preguntó.

Y la respuesta rotunda que sonó en mi cabeza me obligó a contener mis propias lágrimas.

—No. No lo he sido —confesé.

Ella se secó los ojos y quise abrazarla.

Deseé besar sus lágrimas como solía hacer en las primeras etapas de nuestro matrimonio. Quería mecarme con ella en mis brazos y decirle que todo iría bien, que encontraríamos una forma de salir de nuestro lío, y que había una luz al final de aquel túnel infernal en el que nos encontrábamos. Pero no me atreví a moverme. La vi meterse bajo las mantas y cubrirse hasta la barbilla, como si tratara de poner tantas barreras entre nosotros como pudiera.

Eso significaba que habría otra pared de almohada esa noche.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —preguntó.

Sacudí la cabeza, incapaz de encontrar las palabras adecuadas, aunque debería haber tenido una respuesta. Ese era mi trabajo, tener todas las respuestas. Saber cómo arreglar las cosas y mantenernos siempre en tierra firme. Pero esa vez no. Esa vez yo caminaba en tanta oscuridad como ella.

Y Luke había robado mi maldita linterna.

—Bueno, yo tampoco lo sé —dijo Vee, al ver que no respondía—. Necesito dormir un poco antes de que los niños vuelvan mañana.

—Sí, me parece buena idea.

—¿Vienes a la cama? —Me invitó.

Miré a mi lado de la cama y registré la distancia entre nosotros. Era solo un metro, pero para mí... parecía un kilómetro o más. Casi tres continentes. Me pregunté si me despertaría junto a otra pared de almohada y también si podía albergar la esperanza de que dejara la puerta del baño abierta, para que pudiéramos reavivar nuestra pasión antes de que regresaran los niños.

Miré la botella de vino vacía antes de encontrarme con su mirada.

—Creo que sería mejor que ambos descansáramos bien esta noche —dije por fin.

—¿Qué quieres decir?

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Voy a instalarme en la habitación de invitados.

—¿Qué?

—No puedo... —Miré las almohadas y ella abrió los ojos por la sorpresa.

Sabía que estaba tomando una decisión y que, con aquella acción, acababa de clavar el último clavo en nuestro ataúd. Pero, eso era demasiado. Saber que había un hombre ahí fuera al que mi mujer había dado suficientes señales para que pensara que estaba bien besarla era... demasiado para mí.

—Te veré por la mañana, Vanessa —me despedí.

Di media vuelta y salí del dormitorio.

Capítulo 17

Vanessa

Mis ojos se abrieron de golpe a las seis de la mañana y suspiré. Siempre a las seis. Desde que me quedé embarazada de Madeline, no conseguía dormir más de esa hora. Bueno, excepto la mañana anterior, aparentemente. Me di la vuelta y miré la cama vacía a mi lado, sin deshacer y con olor a sábanas recién lavadas. El olor de mi marido no estaba en ninguna parte y eso me partía el corazón. Las lágrimas acudieron a mis ojos antes de que parpadeara.

Lo echaba de menos y, a pesar de todo, quería que estuviera allí.

Alargué la mano y la puse sobre su almohada. Necesitábamos hablar y yo tenía que darle algunas explicaciones, así como responder a todas sus preguntas. Y él necesitaba responder a las mías. Al menos, a pesar de las circunstancias que rodearon la noche anterior, fuimos capaces de decir que algo iba muy mal.

Salí de la cama y me puse la bata. Sabía que mi padre prepararía el desayuno de los niños y los llevaría al parque antes de traerlos a casa, así que Wes y yo tendríamos un buen rato para hablar.

Cuando se levantara.

Caminé por el pasillo hacia la cocina, atraída por el olor del café recién hecho. Me asomé por la puerta y vi a Wesley apoyado en la encimera, con una taza en las manos. Ya se había levantado y estaba alerta, tomando su primer café. Llegué silenciosamente a la esquina, alcancé un vaso y me serví también.

—¿Está lo suficientemente fuerte? —preguntó haciendo un gesto hacia la cafetera.

—Está bien. Sí. —Lo miré por encima de mi hombro.

—¿Lo dices por decirlo?

—No. Está bueno, Wes. Gracias por prepararlo.

—¿Podemos sentarnos y hablar como adultos, Vee? Aunque solo sea una vez.

Una pequeña sonrisa cruzó por mis labios.

—Nada me gustaría más.

Los dos nos sentamos en los taburetes que había debajo de la isla de la cocina, pero ninguno dijo una palabra. Simplemente miramos nuestras tazas de café, viendo las burbujas de crema estallar. Nunca habíamos vivido una situación tan incómoda, al contrario, nuestra relación siempre había sido despreocupada. Por primera vez, me encontré en aguas inexploradas con él y no sabía qué hacer.

—¿Debería empezar? ¿O quieres hacerlo tú? —Rompió el hielo.

—Para ser sincera, no sé por dónde empezar.

—Entonces empezaré yo, por donde creo que debo hacerlo.

—Suena bien. —Estuve de acuerdo.

—Vee, ¿qué crees que deberíamos hacer?

Lo miré fijamente.

—¿Quieres empezar por ahí? ¿Preguntándome qué es lo que debemos hacer?

—Quiero saber tu opinión, sí. Eres la otra parte de este matrimonio y quiero saber cuál crees que es la solución.

—No lo sé, Wes. Si lo supiera, no estaríamos aquí sentados, debatiendo sobre ello.

—No te alteres. Es demasiado pronto y no tengo energía para pelear contigo.

—No estoy peleando, pero me siento frustrada. No sé cómo arreglar esto y no sé por dónde empezar. ¿Sabes por dónde empezar?

—No tengo la menor idea, Vee. Porque no puedo imaginarme dónde comenzó a estropearse todo.

—Entonces, ambos estamos de acuerdo, al menos en eso —acepté.

—Sé que todavía te amo.

Mi corazón se detuvo ante esas palabras.

—¿Qué?

—Que te amo, Vee. Eso lo sé, aunque es lo único que tengo cierto en este momento.

—¿Me quieres? — Giré la cabeza lentamente para enfrentarlo.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Wes frunció el ceño—. Por supuesto que te quiero, Vanessa.

Eres mi esposa. Mi mundo. Mi futuro. La madre de mis hijos. Siempre te he amado y siempre lo haré.

—Pero tú...has dormido en otra habitación —susurré.

—Porque no podía soportar otra pared de almohadas, Vee. No podía soportar más la distancia entre nosotros. Darme la vuelta y no sentirte cerca me duele. Lo has hecho durante mucho tiempo y te quiero demasiado para acostumbrarme a esa distancia.

—¿Incluso después de... todo esto? —Lo miré, extrañada.

—¿Realmente tienes la impresión de que no te amo, Vee?

Asentí con la cabeza y admití, por primera vez, lo que tanto me atemorizaba. Llevaba semanas aferrándome a la idea de que mi marido ya no me quería y eso me petrificaba. Por eso intentaba buscar una salida, pero oírle decir que me amaba, me llenó de una dicha que me robó el aliento.

Como cuando me dijo que me quería el día de nuestra boda.

—Estaba tan asustada cuando me desperté ayer y te habías ido, pensé que... que te habías ido...

Ni siquiera pude decirlo sin balbucear. El hecho de sacarlo fuera, me impedía respirar con normalidad. Wes dejó su taza de café y me quitó la mía y me besó en los nudillos.

Su calor. Su seguridad. Todo estaba todavía allí.

—Nunca os dejaría a los niños y a ti sin decir ni una palabra. Nunca, Vee. Tienes que saberlo.

Pero no lo sabía. Así de mal estaban las cosas.

—Yo también te quiero, Wes. Te quiero muchísimo, pero no sé qué hacer. Tengo tanto miedo de que te vayas, que no sé qué haría si te fueras. Te quiero, pero ahora mismo no tengo ni idea de cómo acabará todo esto —susurré.

Antes de que pudiera procesar lo que pasó, sentí sus labios en los míos. Se estrelló contra mí, llenándome de un deseo que me sacudió a la vida. Me abrazó y se puso en pie, llevándome con él hasta sentarme en el borde de la isla de la cocina. Su beso fue voraz. Hambriento. Me abrió la bata con las manos y deslizó los labios por mi cara mientras desnudaba mis hombros. Fue directo hacia mi cuello y descendió a mis pechos que se fruncieron nada más sentir su aliento caliente. Tocó un pezón con la lengua y lo mordisqueó, arrancándome un chillido placentero.

—Tú eres mía —gruñó. Las tazas de café cayeron al suelo cuando él se agachó para sacar su polla de los calzoncillos—. Eres mía, ¿me oyes, Vanessa?

—Lo sé. Lo sé, Wes. —Respiré con fuerza.

Apresó el otro pecho con los labios mientras me abría las piernas. Puse las manos en su cabeza y lo conduje hacia abajo, mientras observaba cómo su lengua se deslizaba por mis pezones arrugados.

Temblé por él. Mis piernas se cerraron alrededor de él mientras me marcaba los senos. Chupó y mordió la carne de mis tetas, dejando huellas que me asignaban a él. Me sujetó por la cintura y me llevó hasta la orilla de la encimera.

—Oh, Wes —gemí cuando se apretó contra mí y me penetró de un golpe certero.

—Dime a quién perteneces —exigió con los ojos fijos en los míos.

Atrapó mi labio inferior y temblé de excitación. Tiró hacia él y grité, demostrándole que toda yo era suya. Me agarró por las caderas y estableció un ritmo implacable, forzando a mis pechos a saltar contra mi cuerpo.

—Dilo —exigió con voz más dura.

—Te pertenezco.

—Dilo otra vez.

—Soy tuya, Wes. Toda tuya.

—Di que eres mía —gruñó otra vez.

Su pulgar presionó entre los pliegues hinchados de mi coño, rodeando mi clítoris a un ritmo ensordecedor.

—Siempre he sido tuya —jadeé.

Mi cabeza cayó hacia atrás mientras me aferraba a él y recibía sus embestidas. Su pulgar presionó mi clítoris y su verga golpeó mis paredes, forzando mi clímax a llegar a la cabeza. El fuego se elevó a través de la médula de mis huesos y mis tetas rebotaban haciéndolo excitar mucho más. Gruñó como un animal. Golpeó en mí como un cavernícola. Sus músculos se flexionaron bajo mis manos y lo rodeé con fuerza con las piernas para empujarlo profundamente dentro de mi cuerpo.

—¡Oh, mierda, Wes!

—Eso es, grita mi nombre, Vee. Solo el mío. Por el resto de tu vida.

—Es lo que quiero hacer. —Mi voz sonaba entrecortada. Nuestras miradas conectaron durante unos segundos y vi una feroz posesión revoloteando detrás de sus ojos—. Solo quiero gritar tu nombre por el resto de mi vida.

Caí de espaldas sobre la encimera, incapaz de sostenerme por más tiempo. Sus manos siguieron sujetándome por las caderas sin abandonar aquel ritmo frenético en el que su polla me llenaba una y otra vez, sin piedad. Lo rodeé con mis piernas y grité, mientras me masajeaba las tetas y se cernía sobre mi cuerpo, clavándome su mirada verde y oscura. Una sombra oscura cruzó su rostro y mi clítoris palpitó por él. Me arqueé en sus brazos para facilitarle todavía más sus empujes.

—Wes. ¡Maldita sea! Sí, Wes. ¡Justo ahí!

—No hay nadie que pueda follarte como yo, Vee. Recuérdalo.

—Nadie, Wes. Absolutamente nadie —susurré.

Me golpeó por última vez y sus manos cayeron sobre el mostrador. Mi coño ordeñaba su polla mientras mi cuerpo se tensaba de expectación hasta que Wes se derramó en mí; pude sentir sus hilos de semen marcándome por dentro, igual que su boca por fuera. Agarré sus muñecas, clavándole las uñas en la piel. El orgasmo me había dejado sin aliento y pugnaba por respirar. La pasión me dejó sin palabras, mi visión se oscureció y me dolían las pantorrillas.

Wes desplomó la cabeza sobre mi pecho y lo acaricié. Su cuerpo fuerte y musculoso me cubrió con cuidado para no aplastarme. Tardé un rato en recuperar el aliento y poder dejar de temblar. Su polla permaneció envainada dentro de mi cuerpo, pulsando para otra ronda, aunque sus bolas se habían vaciado completamente.

Yo debería saberlo. Sentí deslizarse su esencia por mis nalgas.

De repente, Wes empezó a reír. El estruendo de su alegre sonido sacudió mi caja torácica y me hizo cosquillas hasta que yo también empecé a reírme. Le pasé los dedos por el pelo mientras se escurría de entre mis piernas, su risa se convirtió en mi risa. Me besó el pecho y presionó sus labios risueños contra los míos, luego me abrazó y me ayudó a ponerme de pie. Apoyé la cabeza en su hombro y seguí riéndome con él. Me sentía llena de una alegría que no tenía ni idea de que todavía podía experimentar a su lado.

La habitación parecía girar, era como si se inclinara, con la fuerza del placer que ambos sentíamos al seguir abrazados. Wes seguía acunándome contra él y me besaba la cabeza mientras llenábamos la cocina con una suave risa.

—Así es como bautizamos esta isla cuando la construí, ¿recuerdas? —dijo Wes.

—Ha pasado mucho tiempo desde que... me tomaste así.

—¿Te ha gustado?

—¿Alguna vez no me ha gustado?

Su mano me sujetó por el pelo y retiró mi cara de su hombro para mirarme.

Miró mi rostro con dulzura, nunca me cansaría de mirarlo a los ojos, de sumergirme en el verde brillante de su hermosa mirada. Entonces sonrió y volvió a besarme, su lengua internándose en mi boca para explorarla detenidamente.

—¿Qué te parece si ahora bautizamos el sofá? —preguntó.

Me reí en sus labios.

—¿Vas a inclinarme hacia adelante esta vez?

Me tiró de la cabeza a un lado y me mordisqueó el cuello, disparando tiros de electricidad hasta los dedos de los pies.

—Te tomaré como me plazca, Vee. Ya lo sabes.

—Entonces, por supuesto, vamos —susurré.

Capítulo 18

Wesley

—¿Por qué no salimos todos a cenar? —pregunté a todos.

—¿Ahora? Mi padre acaba de dejar a los niños —dijo Vanessa.

—¿Comida? —Los ojos de Madeline se iluminaron.

—¡Qué rico! —exclamó Evan.

—¿Por qué no? No hemos cenado y los niños tienen hambre. ¿Por qué no hacer una cena familiar fuera? —sugerí.

—¿Y dónde quieres ir? —Vee se dio por vencida.

—¿Queso? —sugirió Madeline.

—¿Patatas? —Esta vez fue Evan.

—¿Qué pensáis de los espaguetis? O tal vez un poco de pan de ajo —enumeré varias opciones.

—¡Espaguetis! ¡Espaguetis! —canturreaba Madeline.

—¿Helado? —preguntó Evan.

—¿Helado de espaguetis? —propuso Madeline.

—¿Ves lo que has hecho? ¡Acaba de comenzar un motín! —Sonrió Vee.

—Y solo hay una manera de arreglar un motín —aseguré.

—¿Establecer el orden, mediante la presentación de demandas? —preguntó burlona.

—No. Dándoles lo que quieren —aseguré en tono divertido.

El día resultó maravilloso y Vanessa y yo pudimos disfrutar el uno del otro. Hablamos lo suficiente para comprender que necesitábamos ayuda y estuvimos de acuerdo en buscarla. Solo faltaba una cena familiar para mejorar el día y estaba decidido a tratarlos como ellos se merecían.

Subimos amontonados en el coche y conduje hasta nuestro restaurante italiano favorito. Era acogedor para los niños, tenía un gran menú y la comida era fresca y de calidad.

Me sentía bien y podía decir que Vee también. Y esos buenos sentimientos se contagiaron a nuestros hijos que sonreían más que en las últimas semanas.

Eso me hizo sentir culpable.

—Sabes que una vez que se coman ese helado, serás responsable de que les suba el azúcar. ¿Verdad? —bromeó Vanessa.

—Haré lo que sea si eso hace que hables conmigo.

—¿Sobre qué? —Alzó una ceja.

Alcancé la mano de mi esposa y entrelacé nuestros dedos.

—Ahora que sabemos que vamos en la misma dirección en nuestro matrimonio, quiero hacerte una pregunta.

—Ah. Ese tipo de charla. ¿Es prudente hacerlo delante de los niños?

Miré a Evan devorando sus espaguetis y a Madeline mojando su pan de ajo en el helado. Ninguno de los dos parecía preocupado por el mundo y eso calentó mi corazón. Si jugaba bien mis cartas, nunca conocerían ese lado de sus padres. Nunca sabrían lo rotos que habíamos estado Vanessa y yo en determinado momento.

Eran mi familia y estaba decidido a mantenerla junta.

—Creo que no están preocupados por lo que hablamos —observé.

—Bien. Entonces, deberías saber algo antes de que empecemos a hablar.

—¿El qué? —Busqué sus ojos y tomé su mano en la mía.

—He estado buscando consejeros matrimoniales en la zona.

—Así que lo has hecho —dije en voz baja.

—No he querido hacerlo a tus espaldas, pero no sabía si aceptarías, a menos que lo redujera a un terapeuta y un tiempo. Ya sabes, tenerlo todo previsto.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esto, Vee?

—Unos días... —Se encogió de hombros.

Llevé su mano a mis labios para besarla.

—Todavía seguimos en la misma dirección después de todos estos años.

—¿Qué quieres decir, Wes?

—Llevo varios meses pensando en ir a terapia matrimonial, pero creí que, si te lo mencionaba en el momento equivocado, no aceptarías.

—¿En serio?

—De verdad, de verdad.

—¿Significa esto que acabamos de acordar un asesoramiento matrimonial? —Me miró, sonriente.

—Creo que estamos de acuerdo en que los dos habíamos pensado en ello.

—Bueno, ¿qué te parece pedir una cita?

—Creo que sería una buena idea. Hemos perdido el camino y guardamos rencor, pero seguimos aquí, luchando contra viento y marea para encontrarnos de nuevo.

—Estoy de acuerdo contigo, de todo corazón.

—¿Por qué no me das los terapeutas que has decidido y programo la cita? —ofrecí.

—¿Harías eso?

Se me rompió el corazón al escucharla hacer esa pregunta. La incredulidad que mostraba al escucharme, como si no creyera que fuera a perder un minuto de mi tiempo para pedir una estúpida cita.

Había sido un idiota.

—Te aseguro que lo haré —prometí.

—Entonces, te conseguiré los nombres de los terapeutas cuando lleguemos a casa.

—¿Wesley? ¿Eres tú?

Giré la cabeza al oír mi nombre y vi a Michaela en la mesa de al lado. Se levantó y se acercó, con una enorme sonrisa en su rostro.

—¿Quién es esa? —preguntó Vanessa.

—Ella es Michaela Ringwald. Fue contratada en nuestro departamento de recursos humanos hace unas semanas —expliqué.

—Parece que viene a saludar.

—¡Wesley! Pensé que eras tú. Lo siento, solo quería saludar —comentó Michaela cuando llegó.

—Gracias. Así tendré la oportunidad de presentarte a mi familia. Michaela, esta es mi esposa, Vanessa —la presenté.

—Encantada de conocerte —saludó Michaela.

—Y estos son los dos chicos de los que hablo todo el tiempo. Madeline y Evan.

—Oh, son los dos niños de la foto de tu oficina. Las fotos que tienes de ellos no les hacen justicia. Son guapísimos. —Michaela alborotó el pelo de Evan.

—Te lo agradezco —repuso Vee.

Estuvimos charlando durante unos minutos mientras Vee alejó su mano de la mía y los niños comenzaron a parlotear, pero me fijé en lo incómoda que se había puesto y me preocupé. Acabábamos de hacer un progreso increíble en nuestra relación. ¿Realmente iba a deshacer todo eso si le presentaba a una compañera de trabajo?

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Vanessa. ¿Wesley? Te veré mañana, creo. El seminario es mañana por la mañana, ¿verdad? —preguntó Michaela.

—El martes por la mañana —aclaré.

—Menos mal que he preguntado. Habría aparecido dispuesta para que me dieran un sermón y me habría decepcionado mucho —bromeó.

—Te veré entonces, Michaela —me despedí.

—¡Adiós, chicos!

Traté de alcanzar la mano de Vanessa durante el postre, pero ella la retiró. No quería hacer una escena delante de los niños, pero me estaba enfadando con ella. ¿Por qué tenía que estar enojada? Traté de no pensar en ello porque no era justo. Ella dijo que no había besado a Luke, y yo la creí. No tenía ninguna razón para no hacerlo. Atendí a los niños mientras Vee se comía su postre sin pensar. Durante todo el viaje de vuelta a casa, se mantuvo ausente y me alegré de que al llegar los niños se fueran a dormir. Así, podríamos seguir hablando y discutir lo que fuera que le había pasado por la cabeza durante la cena.

Nada más acostar a Madeline, ella regresó de hacer lo mismo con Evan y se escabulló hacia el dormitorio. Cuando fui a entrar, me di cuenta de que había echado la llave y volvía a estar relegado al maldito cuarto de invitados.

Maldita sea.

Capítulo 19

Vanessa

Dejé los platos en la mesa y entregué las tazas llenas de leche a mis hijos que estaban sentados en sus sillas altas y me froté la cara. Toda la noche estuve sin dormir, dando vueltas y pensando en la cena. En Michaela, su cálida sonrisa, su simpatía y su burbujeante personalidad. Llevaba levantada desde las cuatro de la mañana, y había tomado cuatro tazas de café, cuando los niños empezaron a lloriquear en sus cunas. Ya tenía los cereales preparados al ir a buscarlos y, por una vez, el desayuno funcionó sin problemas. Ambos estaban descansados y, al tener su comida lista, no tuvieron ocasión de comenzar con las rabietas matutinas debido a su hambre.

Dejé preparada la vieja cafetera para que Wes la pusiera en el microondas, si quería que estuviera caliente, y me paré junto a la ventana de la cocina mientras los niños comían. Tomé mi quinta taza de café con idea de prepararme para ir a trabajar, pero estaba nerviosa por ver a Luke. Iba a estar cara a cara con él, después de que nuestro casi beso saliera mal y no habíamos hablado desde entonces. Ni siquiera estaba segura de querer hacerlo, tampoco lo necesitaba. Estaba casada y eso significaba que debería haber estado fuera del alcance de cualquier hombre con una moral decente. Por otra parte, había coqueteado abiertamente con él, lo acompañé a almorzar y le permití pagar algunas de mis comidas. Aceptaba el café que me traía algunas mañanas y comía en su oficina a puerta cerrada si no quería salir.

Wes tenía razón. Le había dado señales que podían hacerle creer que estaba disponible.

Madeline pidió más huevos y Evan quería más leche, de modo que alejé los pensamientos sobre Luke para atender a los niños.

Dejé la taza de café cuando escuché abrirse la puerta de la habitación de invitados y después el sonido de la ducha. Puse más huevos en un plato y rellené la jarra de la cafetera dejando el piloto automático encendido, mientras los recuerdos de la cena de anoche volvían rápidamente.

Michaela.

La nueva chica de recursos humanos.

¿Qué le había pasado a Wilma? Disfruté mucho con ella. Era una mujer mayor y más sabia. Amigable con todos los que conocía. Cada vez que uno de los niños se enfermaba o cumplía años, ella aparecía en nuestro porche con sopa o un pastel o algunos dulces caseros que ella misma hacía. Era la personificación de lo dulce. Me recordaba a mi madre de muchas maneras. Pero esa chica nueva parecía falsa. Alegre. Burbujeante. Y no me gustaba.

Wes mantenía una estrecha relación laboral con recursos humanos, lo que significaba que pasaba mucho tiempo con esa chica. Algunas veces, había invitado a Wilma y a su marido a cenar en casa. Solo esperaba que Wes no pensara que sería lo mismo con Michaela porque ella tenía otra cosa en mente. Lo supe al ver cómo lo miraba y el comentario que hizo sobre las fotos de su oficina; ese era el tipo de juego que utilizaban las mujeres como ella. Yo también había jugado una vez.

¿Adónde fue Wilma? ¿Estaba bien? Consideraba a Wilma como una amiga de la familia. ¿Por qué no me dijo Wes que había sido reemplazada en el trabajo?

Oh, es cierto. Por Michaela.

Por un lado, Wes no tenía fundamento para sostener la discusión, pero por otro debería decirle, «jódete». Si tuvo el coraje de pedirme cuentas por lo de Luke, y luego se dio la vuelta para hacer exactamente la misma mierda con Michaela, tal vez el asesoramiento matrimonial no era para nosotros en absoluto. Podía soportar muchos defectos de Wes, pero nunca la venganza y no me quedaría casada con un hombre que sintiera que tenía derecho a nivelar el campo de juego de esa manera.

—Buenos días —dijo Wes.

Nuestros hijos lo recibieron con sus chillidos matutinos y yo mantuve la vista clavada en la ventana. Le oí alabar a sus hijos, y besarlos en la cabeza, y me obligué a no mirarlos. La sangre me hervía en las venas y, si lo miraba, no sabía si podría mantener mi tono de voz bajo delante de los niños. No iba a discutir con él delante de ellos.

Esa era una línea que no cruzaría.

Agarré mi taza de café tan fuerte que me empezaron a dolerme los dedos. Apreté la mandíbula y bebí café para tratar de relajarme y tragar el líquido caliente. No quería ir a trabajar y tampoco que él fuera. Me pregunté si podríamos llamar a nuestros respectivos trabajos y pasar el día con los niños. Tal vez así, volveríamos a estar como antes de saber que existía Michaela de Recursos Humanos.

Daba la impresión de que Wes la hubiera estado escondiendo y eso no me gustaba.

—Vee, ¿podemos hablar? —interrumpió mis pensamientos.

Lo miré muy despacio antes de reparar en las tronas de mis hijos que estaban vacías y limpias.

—¿Dónde están los niños? —pregunté.

—Los mandé a sus habitaciones para que jugaran un rato.

—Limpiaste sus sillas.

—Como estabas mirando por la ventana, supuse que necesitabas tiempo para pensar.

—No puedes usar ese tono conmigo —reproché.

Wes frunció el ceño.

—Entonces yo tenía razón. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? —Suspiré, dándome por vencida.

—Tienes que conseguir que Luke desaparezca. Tu teléfono no ha dejado de sonar desde que entré en la cocina.

—¿Ha sonado?

—Sí. Lo ha hecho. Mientras estabas ahí, cavilando y bebiendo café, tu teléfono ha sonado tanto que casi se ha caído de la encimera. Tuve que dar un salto para cogerlo en el aire.

—Siento que hayas tenido que esforzarte tanto —dije con ironía.

—No sé por qué estás enfadada, pero esto es serio. No he leído los mensajes, pero tienes unos diez que ha enviado en la última hora. Eres una mujer casada y él trató de besarte. No debería estar enviándote mensajes.

—No he hablado con él desde esa noche, pero lo haré más tarde.

—Con tu jefe presente.

—¿Qué?

—No quiero que estés a solas con él. No sé de lo que es capaz de hacerte mientras habláis.

—Lo dices como si Luke fuera a hacerme daño y es un hombre que no se atreve ni a matar una

mosca. Siempre abre las ventanas de su oficina durante el almuerzo y...

Cerré la boca y vi oscurecerse el rostro de Wes. Mierda. Después de cuatro tazas y media de café, no estaba lo suficientemente despierta para no meter la pata.

—¿Qué has dicho?

—Solo digo que Luke no me haría daño.

—¿Has dicho que abre las ventanas de su oficina durante el almuerzo?

—Mira, no puedes aleccionarme sobre lo que digo o dejo de decir, porque al menos lo he dicho.

¿Cuándo ibas a hablarme de la tonta que has contratado en recursos humanos?

—¿Estás hablando de Michaela? —Me miró con incredulidad.

—¡Sí! Sí, hablo de ella. Con su «Hola, Wesley» y su «Oh, las fotos de tu oficina». ¿Cuándo ibas a decirme que te habías deshecho de Wilma?

—¡No me he deshecho de Wilma! Acabo de contratar a alguien que puede trabajar a jornada completa, junto a la mujer que ahora trabaja a tiempo parcial, Vee.

—Bueno... podrías habérmelo... dicho —balbuceé.

—Nadie ha reemplazado a Wilma. Y no, no tengo obligación de decírtelo, porque a quien contrate para la empresa no es asunto tuyo. Es una chica nueva y acabo de terminar de instruirla.

—¿Y cómo esperas que sepa eso? ¡Nunca me hablas de trabajo!

—¡Porque siempre me dices que me calle!

—¿Y con qué frecuencia va a tu oficina? —Hice la pregunta sin pensar.

—¿En serio? —El tono irónico de Wes fue muy evidente.

—Sí. En serio. ¿Con qué frecuencia está la señorita a tiempo completo en tu oficina?

—¿Quieres hacerlo así? Bien. Lo haremos en plan mezquino, solo para ti. Ella viene cada vez que le pido que esté allí. Ella trabaja para la compañía y por lo tanto trabaja para mí. No tiene más interés que aprender su trabajo y hacerlo bien.

—Siempre que preguntes por ella. Qué interesante.

—No te estaba ocultando nada, Vee. Nadie ha sido reemplazado. Pero, Wilma se retirará pronto y necesitaré a alguien que la sustituya cuando se vaya.

—¿Retirarse? ¿Por qué? ¿Cuándo se retirará? ¿Contratarás a alguien más a tiempo parcial una vez que lo haga?

Wes respiró hondo.

—No sienta bien, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—Pensar que alguien más está detrás de tu pareja. No sienta bien, ¿verdad?

Aparté los ojos de él y volví a mirar por la ventana.

—Ahora sabes lo que me pasa con Luke —dijo Wes.

—Lo que te pasa —murmuré.

—Michaela es intrascendente, pero ella sustituirá a Wilma a finales de año y no, no contrataré a nadie más.

—Qué conveniente.

—Si quieres, podemos traerla para...

—No te atrevas a terminar esa frase —interrumpí con voz vibrante.

Vi a Wes suspirar en el reflejo de la ventana, estaba a punto de perder la paciencia.

—Si no hablo contigo de estas cosas, es porque no escuchas, Vee. No te importa. Te entra por un

oído y te sale por el otro. No quiero hablar de cómo me ha ido el día con alguien que no me escucha.

—Te escucho —aseveré.

—No lo haces. Tienes esa mirada vidriosa en tus ojos cada vez que empiezo a hablar de mi trabajo. Preguntas, pero no escuchas. Lo haces porque piensas que es tu obligación y que con interesarte ya es suficiente. Pero no lo es, Vee. No preguntes si de verdad no quieres saber nada.

Sus palabras me dolieron tanto que supe que tenía que dejar la discusión.

Me di la vuelta y pasé junto a él para dejar la taza de café medio llena en el fregadero. Salí de la cocina y fui a reunirme con los niños, pero no escuché a Wes venir a por mí. Es lo que solía hacer cuando nuestras conversaciones quedaban a medias, pero esa vez no lo hizo.

Llamé a los niños y agarré sus mochilas para centrarme en el nuevo día que tenía por delante. Cuando pasé por la cocina, vi a Wes mirando por la misma ventana.

—Que tengas un buen día en el trabajo, Wes.

Su cuerpo se giró lentamente hacia mí y vi su mirada vacía. Vidriosa.

—Tú también —dijo sin pensar.

Quise preguntarle si todavía quería pedir la cita para el consejero matrimonial o si prefería que lo hiciera yo. Incluso me preguntaba si recordaría que se comprometió a hacerlo. Pero fuera lo que fuera, no tuve tiempo de quedarme a averiguarlo. Si lo recordaba, entonces bien. Si no lo hacía, me demostraría en qué punto quedaba el asunto.

Me las arreglé para alcanzar mi bolso sin soltar a los niños ni las mochilas y me dirigí hacia la puerta principal.

Una vez en el coche, conduje hasta la guardería y sentí que algo había cambiado. En el fondo de mi mente y en la boca del estómago, algo había cambiado. No sabía definirlo, pero me sentía diferente.

Y no me gustaba ese tipo de diferencia.

Capítulo 20

Wesley

—Toc, toc —saludó Clay desde la puerta.

Fruncí el ceño ante el sonido de su voz y levanté la cabeza de los papeles.

Llevaba una bolsa de comida en la mano, dos bebidas y una bolsa de patatas fritas, lo que me hizo pensar si era ya hora de almorzar.

Él sonrió al ver mi rostro perplejo.

—Antes de que hagas la pregunta, son casi las dos. Me dejaste plantado en la tienda de bocadillos —dijo caminando hacia mí.

—Mierda. Lo siento mucho, pero he tenido una mañana infernal y me he metido de lleno en el trabajo. —Traté de justificarme.

—Me lo imaginaba. He visto la tensión en tu cara desde que he entrado en tu despacho.

—No es para tanto.

—¿No? Pues no deberías tener arrugas en la frente a los treinta y cuatro años, Wes.

Dejé mi trabajo a un lado cuando Clay depositó la comida en mi mesa.

Sacó mi sándwich con pepinillos y abrió la enorme bolsa de patatas fritas. Después, fue sacando numerosos artículos de las bolsas y me entregó una lata de refresco. Bebí un largo trago y suspiré.

—¿Qué ha pasado esta mañana para ser tan mala? —Se interesó Clay.

—En el fin de semana —aclaré.

—¿Qué demonios está pasando ahora?

—¿Quieres el chiste o la historia?

—Nunca es bueno cuando preguntas eso. El final y luego todo desde el principio.

—El compañero de trabajo de Vee trató de besarla el viernes por la noche —dije de un tirón.

Él se atragantó con su bebida.

—¿Cómo dices?

—Sí. Ese bastardo de Luke... —No terminé la frase.

—¿Qué te dije?

Levanté mi mano para impedir que siguiera hablando.

—No necesito tu maldita ayuda de «te lo dije». ¿De acuerdo? Ya te he dicho que ha sido un fin de semana infernal.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Vee tuvo que trabajar hasta tarde.

—¿Y estás seguro de que eso es lo que tenía que hacer?

Lo fulminé con la mirada.

—Sí. Confío en ella cuando tiene que trabajar y esa noche lo hizo, me dijo que tenía que quedarse en la agencia hasta tarde. No es la primera vez que pasa, es solo la primera vez que ese gilipollas ha intentado arrimarse.

—¿Su jefe no estaba allí?

—Según ella, se fue alrededor de las diez, cuando consiguieron concluir las reservas para unos clientes y faltaba confirmar el hotel, o algo así. No estoy seguro de cómo funciona su trabajo.

—Y el tipo trató de besarla.

—Al parecer, en el aparcamiento.

—Pero no se besaron.

—No.

—Y tú la crees cuando dice eso.

Miré a Clay.

—Sí. Creo a mi mujer cuando dice que no lo besó.

—Piensas que como es tu esposa, automáticamente dice la verdad —me advirtió—. Ya sabes cómo funcionan los hombres. Si él pensaba que tenía derecho a besarla, entonces ella le hacía señales indicándoselo.

—Sé cómo funciona el tema. Ya hemos tenido esa conversación en casa.

—¿Y ella se mantuvo en eso de «mi jefe estaba allí y luego no estaba» y «trató de besarme, pero no sucedió»?

—Sí.

—Tú sabrás. Yo, desde luego, estoy muy contento de seguir soltero para no tener que lidiar con mierdas de estas. Te lo digo, la monogamia arruina la raza masculina.

—A veces, odio hablar contigo de esto.

—Lo siento. Me ahorraré las críticas.

—Por lo que a mí respecta, puedes tirarlas por la ventana.

—Maldición. Bueno, supongo que habrán pasado más cosas este fin de semana.

—Sí. Para empezar, el viernes por la noche y anoche, dormimos separados.

—¿Cómo que separados? —preguntó.

—Como te digo. A pesar de que ambos admitimos que necesitábamos ayuda para arreglar las cosas y pasamos todo el domingo haciendo el amor por tod...

—Ya es suficiente. Sáltate eso y ve al final —interrumpió, tapándose los oídos.

—Pues, a pesar de todo eso, todavía había mierda que se interponía entre nosotros. Una tontería absurda con la que ella ha explotado esta mañana y ha hecho que la mañana sea horrible.

—¿Qué ha pasado?

—Contraté a una chica nueva en el Departamento de Recursos Humanos para reemplazar a Wilma cuando se retire.

—¿Wilma se retira? No lo sabía.

—Porque no lo ha anunciado todavía. Le dije que lo mantendría en secreto y haríamos una gran fiesta cuando estuviera lista. Así que contraté a una chica a jornada completa para que ocupe su lugar a finales de año. Se llama Michaela.

—Oh, mierda. Ese es el nombre de una joven —observó, enarcando una ceja.

—Sí. Y no pensé que eso fuera un problema. Hasta que anoche fuimos a cenar con los niños a nuestro restaurante favorito y ella estaba allí —expliqué.

—Oh, mierda.

—Ves, dices eso, pero yo no lo pensé. Quiero decir, ella se acercó y le presenté a mi familia. Fue agradable con Vee e intentó iniciar una breve conversación, pero mi mujer se cerró completamente.

—Ella cree que ocultaste a Michaela a propósito.

—¿Sabes? Para ser un tipo que no quiere casarse, sabes muy bien cómo funciona la mente de una mujer.

—Porque entiendo su paranoia. Confía en mí, los hombres que entendemos eso, no nos casamos. Solo los despistados como tú entran en su guerra, armados solo con un casco. Crees que todo va a salir bien y por eso te casaste. Por eso nunca me casaré.

Me reí entre dientes mientras desenvolvía mi sándwich.

—Lo que acabas de decir tiene sentido y eso es malo —confesé, moviendo la cabeza.

—Lo sé. Por cierto..., con lo que te acusó es una mierda. Ella no puede demostrar que es sincera en todo este asunto de Luke y te acusa a ti de lo mismo. Tu mujer sabía lo que pasaba con ese hombre y piensa que a ti te ocurre igual.

—Sí. Supongo que tienes razón. —Suspiré.

—¿Quieres que te cuente mi fin de semana?

—No. —Fui rotundo.

—Puede que te quite esas cosas de la cabeza.

—No.

—¿Estás seguro? Porque me pegué a un par de gemelas que merecían la pena. Me muero por compartir contigo muchas historias.

—No quiero oír cómo te tiraste a unas gemelas y las dejaste tiradas, para que se durmieran solas.

—Eso no es exactamente lo que pasó —corrigió Clay.

—¿Nunca te cansas de todo eso?

Clay dio un mordisco a su sándwich.

—¿Cansarme de qué?

—¿De las eternas amigas de una noche? ¿Del sexo sin sentido? ¿De gastar tu dinero en una mujer que no se va a despertar contigo por la mañana? —Di varios motivos.

—¿En qué más voy a gastar mi dinero?

—¿En una mujer que se dedica a ti? ¿En una mujer que te mantiene caliente por la noche? ¿En una mujer que te ama y siempre está a tu lado sin importar lo que pase?

—¿Como tu mujer? —Su tono sonó burlón.

No pude evitar estremecerme al escuchar sus palabras porque tenía razón. Había descrito a la mujer que era antes Vanessa, pero de la que ya no quedaba ni rastro. No se dedicaba a mí, al menos del todo, ni me mantenía caliente por la noche. Sin embargo, la pared de almohadas me caldeaba el cuerpo. Además, ella no estaba de mi lado, me criticaba y trataba de ponerme en mi sitio a cada minuto que pasaba. No sabía si era porque la culpa por lo de Luke, se la estaba comiendo viva o por algo diferente.

De repente ya no tenía hambre.

—Háblame de tu fin de semana —le pedí.

—No. —Clay me miró a los ojos y no agregó nada más.

—¿Antes querías compartir tu fin de semana conmigo y ahora dices que no?

—Porque ahora tu mentalidad es diferente. No aceptarías mi fin de semana como un hombre casado que está harto de mis historias, sino que disfrutarías como un hombre casado que se pregunta si todavía podría llevar esa vida.

—No tengo envidia de tu vida.

—Entonces, ¿no lo echas de menos?

Sacudí la cabeza.

—Claro que no, quiero a Vanessa. Quiero a mis hijos y la vida que hemos construido juntos.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Ahora vas a hacer de abogado del diablo?

—Si hace que pienses, sí.

—¿Wesley? —se escuchó una voz femenina.

—¿Sí, Michaela? —Miré hacia la puerta.

Clay levantó las cejas y se giró para ver a la intrusa.

Michaela entró en el despacho, rodeó la mesa y dejó una carpeta de archivos junto a mi comida.

¡Mierda! Había olvidado por completo que le había pedido que me trajera unos documentos y vi a mi amigo echarle un vistazo. Lo censuré con la mirada, dándole a entender que aquel era mi lugar de trabajo y no su patio de recreo de soltero. Pero él me hizo un gesto y su cara se transformó, lo que hizo que me fijara en Michaela.

Y cuando mis ojos se encontraron con los de ella, percibí un deslumbrante brillo en los suyos.

—Gracias por los archivos, Michaela —dije.

—Oh, de nada. He adelantado tiempo y los he organizado por apellido y por fecha de presentación. Ya sabes, para que sea más fácil seleccionarlos.

—Gracias, pero no era necesario, aunque aprecio el esfuerzo. Especialmente hoy.

—¿Todo va bien? —Se interesó.

—Todo está bien. Eso es todo, Michaela.

—Puedo traerte un café o algo así, si estás retrasado... o si necesitas un estimulante.

Eché un vistazo a Clay y él se mordió el labio inferior. Sacudió la cabeza y se dio la vuelta para ocupar las manos con su sándwich. Me fijé en los formularios que había pedido a Michaela, recordé que estaba preparando un seminario de acoso sexual y quería usar números reales dentro de la compañía. Le pedí a ella que sacara todos los archivos de las personas que tenían quejas de acoso sexual en su contra para compararlos con los promedios nacionales en el lugar de trabajo. Pero en ese momento, mientras miraba las carpetas, solo pensaba en los ojos de Michaela. En su voz. En la inclinación de su tono y la forma en que se había quedado muy cerca de mí. Y en que estaba demasiado ansiosa por traerme un café, que era mucho más de lo que yo le había pedido.

Mierda, Michaela estaba coqueteando conmigo. No me había dado cuenta hasta ahora, ni siquiera sé cuándo fue la primera vez que ocurrió.

—¿Wesley? —preguntó.

—Señor Harding, en realidad —espeté.

—¿Qué?

—Puede dirigirse a mí como «señor Harding».

—Oh —dijo suavemente.

—No necesito café, pero gracias por la oferta. Aprecio que haya buscado estos archivos. Cuando esté listo el informe para la reunión, se lo enviaré por correo electrónico así como las estadísticas.

—Podría echarle una mano y venir aquí para obtener la información directamente.

—No será necesario. Se los enviaré por correo electrónico, así que manténgase alerta, por favor.

—Sí, Wes... quiero decir, señor Harding.

Me volví hacia Clay y vi cómo sus ojos se abrían de par en par cuando Michaela se fue. Me pregunté si habría sido así todo el tiempo y no me había dado cuenta. Días enseñándole sus funciones

y estando sobre su hombro para asegurarme de que hacía las cosas bien. ¿Le había enviado algún tipo de señal? ¿Siempre había coqueteado conmigo de esa manera?

El cierre de la puerta de mi oficina me sacó de mi trance y Clay se desmoronó de la risa.

—Mierda, está buena —observó en voz baja.

—Serás la primera persona a la que le envíe el maldito panfleto —murmuré.

—Oh, está loca por ti, Wes. Vanessa debería estar preocupada.

—No, no debería estarlo.

—¿Ha estado así contigo todo el tiempo? Porque si lo ha hecho y no has visto nada, entonces has estado fuera de juego más tiempo que yo. ¿No se supone que todavía deberías estar enamorando a Vee? Creía que tenías más experiencia en esto que yo.

Incluso en el estado de broma de Clay, tenía razón. Había olvidado lo que era un coqueteo y todo había sido por dejar de hacerlo con Vee. Dejé de ser romántico con ella, de invitarla a hacer cosas nuevas... Nuestro matrimonio se había convertido en un punto muerto y en algún momento, ambos dejamos de trabajar para que funcionara.

—Oye, si te da su número, envíamelo. Me encantaría consolar su pequeño corazón roto —siguió burlándose.

—Te van a despedir de esta empresa si sigues jodiendo así —le advertí.

—Sabes que nunca salgo con compañeras de trabajo. Demasiada burocracia y riesgo si las cosas van mal. Pero en serio, te has dado cuenta, ¿no?

Asentí con la cabeza mientras volvía a mirar la puerta de la oficina.

—Me he dado cuenta.

—Entonces, ¿entiendes ahora lo que Vanessa vio la otra noche?

—Ella lo vio antes que yo —reconocí al recordar lo tensa que se puso al conocer a Michaela.

—Sí. Bienvenido al mundo de las mujeres, Wes.

Clay comía mientras yo seguía pensando, hasta que tuve una gran idea.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él, al ver que levantaba el teléfono.

—¿Quieres correr una pequeña aventura?

—Sabes que siempre estoy dispuesto para jugar, pero todavía falta medio día de trabajo, pequeño rebelde.

Envié un mensaje de texto a Vanessa y respiré profundamente. No sabía si ya habría almorzado y quería preguntarle. Eran más de las dos y no había ninguna posibilidad de que estuviera en su hora de almuerzo, pero no perdía nada por intentarlo.

—¿Qué es lo que se te cruza por la cabeza? —Quiso saber mi amigo.

—Hace mucho que no almuerzo con mi mujer. Puede que hoy salga en su hora libre más tarde y podríamos ir a hacerle compañía.

—¿Y para qué me necesitas a mí? —Nada más mirarlo, Clay comprendió mi plan y asintió—. Yo me encargo de Luke para que tú te encargues de Vee.

Y el mensaje de texto que me envió Vanessa resultó más que prometedor.

Capítulo 21

Vanessa

Mi lunes resultó el lunes del infierno. Dejar a los niños en la guardería fue como sacarles los dientes. Algunos días no había problema y otros se aferraban a mí como si fuera su salvadora. Y para colmo, estaba nerviosa por todo el café que había bebido. Me resultó muy difícil escribir y una pesadilla la conexión a internet. La única forma en que pensaba que podría gastar mi energía era hablando con Luke sobre los límites que no se debían cruzar, pero no lo encontré en ningún sitio. No estaba previsto que viniera hasta después del almuerzo, lo que significaba que me senté en mi oficina toda la mañana preocupándome por lo que le iba a decir.

Cuando llegó la hora del almuerzo no dejé de trabajar. Me dediqué a los nuevos clientes, a los asiduos y a los antiguos. A todo tipo de clientes y trabajé a la velocidad del rayo. También hice la lista de la ropa que tenía que llevar a la tintorería para tratar de entretenerme y las horas pasaron lentamente hasta que eliminé la cafeína y sentí que me relajaba.

Entonces, llamaron a mi puerta.

—¿Bichito Vee?

Me enfurecí con el apodo.

—Entra, Luke.

Eran casi las dos de la tarde y allí estaba, parado en la puerta. Me recosté en mi silla y miré el reloj, suspirando mientras mi estómago refunfuñaba. Yo lo oí y Luke también. Demonios, todo el barrio pudo haberlo escuchado.

Entró en mi oficina y fue a cerrar la puerta, pero yo me adelanté y me puse de pie.

—Deja abierto —pedí con brusquedad.

Luke me miró antes de girar la puerta a su posición original.

—Lo siento.

—No pasa nada. Es solo que... deberíamos mantenerla abierta. A veces hace un poco de calor.

—Claro. Por supuesto.

La situación era incómoda y tanta tensión me agotaba. De repente, mi nivel de cafeína había bajado y me desinflé con fuerza. Regresé a mi silla y Luke se sentó al otro lado de la mesa, frente a mí, con las piernas cruzadas. Lentamente, recorrió con la mirada el despacho y supe que trataba de no mirarme a los ojos.

—¿Tienes hambre? —pregunté para iniciar una conversación.

—Podría comer. ¿Por qué?

—Yo solo... no he hecho todavía mi descanso para almorzar y tenemos que hablar; de modo que, para que la conversación resulte productiva, deberíamos comer. Aunque ya sabes que yo pagaré mi cuenta.

Luke asintió.

—Por supuesto. Dividiremos la cuenta. ¿En nuestro lugar habitual?

Me pregunté si había sido buena idea.

—Claro. Dame unos minutos. Quiero decir, puedes venir ahora, ¿verdad? No has estado en toda

la mañana.

—Llevo trabajando desde muy temprano en casa, quería adelantar algunas gestiones —explicó.

—Oh. Bien. Entonces, dame unos minutos.

—Tómame todo el tiempo que necesites, Bichito Vee.

—Uhm... ¿Vanessa? —Nuestras miradas se encontraron y vi cómo la luz se apagaba en sus ojos

—. Llámame «Vanessa» es lo mejor —aseveré.

—Sí. Por supuesto. Vanessa.

Sonaba raro viniendo de él. Demasiado formal para las cosas que habían sucedido entre nosotros dos. Maldita sea, la conversación iba a ser muy incómoda.

Estaba recogiendo mis cosas a la hora del almuerzo cuando sonó mi móvil. El nombre de Wes apareció en la pantalla iluminada e inmediatamente me puse en alerta. Nunca solía enviarme mensajes a lo largo del día, a menos que algo fuera mal.

Me levanté con el teléfono en la mano y, sin pensar, me escabullí detrás de la mesa.

—¿Todo bien? —preguntó Luke.

—Sí. Dame un segundo.

«¿Por casualidad, hoy almorzarás tarde?», preguntaba mi marido en un mensaje de texto.

Era una pregunta extraña y le contesté con otro mensaje, diciéndole que estaba haciendo un descanso y, por capricho, le dije a dónde me dirigía. No me di cuenta de lo que hacía, hasta que Luke abrió la puerta de mi despacho y luego la de la calle, esperó hasta que estuvimos en el exterior y tomando las llaves de mi mano se encargó de cerrar.

—Podría haberlo hecho yo —repliqué, incómoda por tanta caballerosidad.

—No quería que te molestaras, Vanessa.

—Está bien. —No quise darle más importancia al hecho de que siguiera actuando como el protector que siempre había sido.

Entramos en el pequeño café que siempre frecuentábamos y nos sentamos en la misma mesa, en la parte de atrás. Cuando llegó el camarero pedimos la misma comida, solo que ese día especificué que nos trajera las cuentas separadas. Nada de ir por la mitad, dos facturas separadas e identificables.

El comienzo del almuerzo fue incómodo y bastante silencioso, por lo que pensé que debía ser yo la que rompiera el silencio.

Pero Luke se me adelantó.

—Vanessa, lo siento mucho. —Mis ojos se elevaron hasta los suyos mientras tomaba un bocado de mi sopa—. Lo que sucedió el viernes por la noche fue totalmente inaceptable. Sé que crucé una línea que no debía traspasar, sin importar el tipo de relación que pensé que se estaba gestando entre nosotros.

—¿Qué creías que se estaba gestando?

Su rostro se volvió sombrío. Casi como si se sintiera culpable por algo.

—¿Honestamente? Pensé que tal vez nos convertiríamos en algo cuando dejaras a tu marido.

—¿Qué te hizo pensar que iba a dejar a mi marido?

—¿Quieres decir, aparte de todas las mañanas que te pillé llorando por él? ¿O todas las veces que me dijiste que ya no te sentías querida ni apreciada como esposa?

—¿Pero nunca dije nada sobre dejarlo?

—No tenías que hacerlo. Textualmente, no usaste esas palabras, pero en ocasiones mencionaste que, si fueras soltera, podrías usar las ventajas que te ofrecía tu trabajo.

—¿Lo dije?

—Lo dijiste.

—Pero eso no significaba que fuera a dejar a mi marido —insistí.

—Lo sé. Leí entre líneas, como se suele decir, y lo siento. Pensé que con nuestros mensajes de texto, las llamadas telefónicas y conociéndonos tanto... No sé, creí que estábamos creando algo que, tal vez, te podría ayudar a tener fuerza para salir de la atmósfera desagradable en la que estás.

—Las cosas no están mal entre Wes y yo. Solo están...estancadas. Los matrimonios pasan por ese tipo de problemas.

—No lo sé por experiencia, pero imagino que pasar el resto de tu vida con alguien, es algo que tiene que venir con algunos altibajos.

—Lamento, si alguna vez te he dado la impresión de que iba a dejar a mi marido por ti, pero eso no va a pasar, Luke. Y eso significa que tienes que respetar los límites que Wes y yo tenemos.

—Lo sé. Bueno, ahora lo sé —rectificó.

—Lo cierto es que, si una mujer te lanza ese tipo de señales, Luke, incluso si es infeliz en su matrimonio y coquetea contigo, hasta si entra en la habitación desnuda y suplica por ti, si está casada, no cruces esa línea.

—Incluso si va desnuda, ¿eh?

Me reí y sacudí la cabeza.

—Vamos, esto es serio.

—Tú eres la que lo hace serio —dijo, sonriendo.

—Ahí lo tienes, ahí mismo —observé.

—¿El qué? —Se encogió de hombros.

—La forma en que has dicho eso, en cómo me has mirado. Eso es coquetear.

—Hago eso todo el tiempo —justificó.

—Pero eso es coquetear, Luke.

—Tal vez, solo soy un coqueto natural —reconoció con timidez.

—Ella tiene razón, ya sabes. Eso es coquetear.

Arqueé las cejas y me di la vuelta al escuchar la voz de Wes a mi espalda. A su lado estaba Clay que se movió para sentarse al lado de Luke, levantó una silla y se acomodó muy cerca de mi compañero de trabajo, con la barbilla en la mano.

Luke pareció confuso al mirarme cuando Wes me agarró de la mano para levantarme de la silla. Rodeó mis hombros con un brazo y su calor me envolvió. Me besó en los labios en medio de la pequeña cafetería y en su beso encontré la furia que últimamente experimentaba con él, aunque también estaba desprovisto de pasión y supe que me besaba así porque Luke estaba allí mirando. Y eso no me gustó.

—Clay Baxter. Encantado de conocerte.

—Clay, para... —dije mientras me alejaba de Wes.

—Estás muy guapa hoy, Vee —me piropeó mi marido.

—¿Qué estás haciendo aquí, Clay? —Me enfrenté a él.

—¡Qué divertido! Estaba a punto de preguntarle a Luke lo mismo —indicó él.

—Oye. Tú. Mírame —exigí alzando la voz. Chasqueé los dedos a Clay y le obligué a mirarme—. Luke está aquí porque lo invité a hablar de cosas que no te conciernen.

—Solo estoy aquí por la comida gratis que me han prometido. ¿Verdad, Wes? —Miró a mi

marido.

—Así es —aseveró él.

—¿Qué comida gratis? —No comprendía nada.

—Imaginé que yo podría almorzar contigo y él con tu compañero de trabajo. Yo invito. Siéntate aquí. —Wes señaló mi silla y yo entorné los ojos.

Tomé asiento y él acercó otra silla y se sentó increíblemente cerca de mí. Tan cerca que su codo no dejaba de golpear mi caja torácica.

«¿Qué demonios le pasaba?».

—Luke, cuánto tiempo sin verte. Desde la fiesta de Navidad del año pasado, ¿verdad? —Wes inició una conversación cualquiera.

—Creo que fue la última vez, sí —asintió Luke.

—Me alegro de verte de nuevo, amigo. ¿Qué te trae a almorzar con mi mujer?

—Wes. Detente ahora mismo —exigí en tono cortante.

—¿Por qué? Solo le he hecho una pregunta, eso es todo —Wes se encogió de hombros.

—Tal vez quieras responder a esa pregunta, Luke —sugirió Clay.

—Luke, lo siento mucho. —Miré a mi compañero y negué con la cabeza.

—No hay problema. Está bien, de verdad —Luke le quitó importancia.

—Bueno, me alegro de que tengamos tu aprobación —dijo Wes.

—No parece muy entusiasmado. —Su amigo frunció los labios.

—Su esposa y yo estábamos hablando de algunas cosas. Discutiendo algunos asuntos de trabajo —explicó Luke.

—Oh, ¿en serio? ¿Ha mencionado lo inapropiado que fue que intentaras besarla? —Wes fue al grano.

—¡Wesley Harding! —Exclamé.

Me levanté al mismo tiempo que Luke se quedaba boquiabierto.

No podía creerlo. ¿Realmente, Wes no pensó que tendría esa conversación con Luke por voluntad propia? ¿Por eso me preguntó qué iba a hacer en el almuerzo? No era para saber cómo estaba o sorprenderme con un almuerzo, sino para sorprender a mi compañero de trabajo.

—Ha hecho una pregunta sencilla intervino Clay.

—Tú, cállate. —Señalé a Clay con un dedo.

—Vanessa, no pasa nada. Creo que...

—Tú, cállate, también —ordené mientras miraba a Luke.

Entonces, sonreí y miré a mi marido.

—¿Ya has concertado la cita? —le pregunté con suavidad. Wes me miró antes de mirar a Luke—. No lo mires. No tiene importancia. Lo que quiero saber, es si ya has concertado la cita —repetí.

Mi marido palideció.

—¿Qué cita? Me he perdido. —Clay nos miraba sin comprender.

—¿Quieres responder la pregunta, Wes? ¿O te sientes un poco acorralado? —Volví a interrogarlo y mi cuerpo ardió de rabia al ver que no respondía—.

—Realmente eres una joya, Wesley Harding —reproché con un movimiento de cabeza antes de levantarme.

—Vanessa, voy a pedir la cita. No lo he hecho... ¡Vanessa! ¡Espera!

Si no decía en serio lo de pagar la cuenta del almuerzo, entonces estaba a punto de tirarse un

farol. No iba a quedarme para ver cómo hacía el ridículo ni iba a discutir con mi compañero de trabajo en medio de un café al lado de mi trabajo. Si Wes pensaba que yo no podía manejar la situación, era culpa suya; por lo que a mí concernía, ya la había resuelto.

Wes me miró de aquella manera vacía que tan bien conocía, de esa forma que solo podía indicar que había olvidado que me dijo que pediría la cita.

Típico del maldito Wes.

Capítulo 22

Wesley

—¿Vanessa? —Entré en la casa que estaba a oscuras y volví a llamar a mi mujer—. ¿Vanessa?

¿Estás aquí?

—En la cocina —gritó.

Cerré detrás de mí y me dirigí al pasillo. Me asomé a las habitaciones de Madeline y Evan y los encontré en sus cunas con los televisores encendidos. Esa era otra discusión que Vee y yo ya habíamos tenido, si poner televisores en las habitaciones de los niños o esperar a que fueran más mayores. A ella le gustaba que descansaran en sus cunas y vieran una película si les apetecía, sin embargo, yo opinaba que eso les pudriría los sesos por los oídos al mirar una pantalla sin pensar.

Ahora, tenía que reconocer que agradecía que estuvieran entretenidos, porque no sabía en qué iba quedar el asunto con mi mujer, pero teníamos que hablar.

Cerré las puertas de los dormitorios de mis hijos con suavidad y me dirigí a la cocina.

El olor de la pizza golpeó mis fosas nasales y vi a mi mujer, sentada a la mesa, cortando una porción con un tenedor y un cuchillo. Siempre lo hacía cuando se sentía abrumada. Decía que le ayudaba a sentir que tenía el control sobre algo. Permaneció allí, masticando muy despacio y sin pensar, mientras esperaba a que ocupara mi sitio frente al plato de pizza que me había servido.

—¿Podemos hablar? —pregunté con cautela.

Indicó la silla vacía con el tenedor que llevaba en la mano, pero no dijo palabra.

Sinceramente, prefería que fuera fría o distante conmigo, ya que cuando Vee guardaba silencio, no significaba nada bueno. La última vez que ella permaneció muda ante mí, fue cuando tuvimos nuestra primera gran pelea.

—Quiero decir que me hables —repliqué mientras me sentaba.

Me miró lentamente y después echó un vistazo alrededor, como si valorara todos los muros que podía haber puesto entre nosotros. Tomé mi porción de pizza y le di un mordisco, aprovechando para ordenar mis pensamientos. Respiré hondo y estudié a mi mujer; la observé mientras cortaba cada bocado, como si yo no estuviera allí, como si no estuviera pasando nada entre nosotros.

—¿Y bien? —pregunté con impaciencia.

—¿Qué? —Me miró con frialdad.

—¿Vamos a hablar?

—Tú eres el que ha preguntado, así que supongo que sabes por dónde empezar.

Llevó el tenedor a los labios con otro bocado de pizza.

—¿Qué te pasa? —Me incliné hacia delante y apoyé los codos en la mesa.

Vee se burló.

—¿Qué me pasa? Tú eres el que interrumpes mi almuerzo, actuando de la forma en que lo hiciste y me preguntas, ¿qué me pasa?

—Estás molesta conmigo porque fui y me uní a ti para el almuerzo.

—No. Me molestó que trajeras a tu séquito para intimidar a Luke.

—Bueno, lo siento si no me gusta el hecho de que haya intentado besarte.

—Y lamento que no pienses que me dirigiría a él por propia voluntad. Pero, para ponerte al corriente de lo que te perdiste antes de que aparecieras de la nada, ya había hablado con él sobre ello.

—¿Qué?

—Sí, Wes. Ya estábamos hablando de eso. Ya le había dicho que su actitud había sido inapropiada y él había comenzado a pedirme disculpas. Acababa de terminar de decirle que mi matrimonio era un límite que no podía cruzar y entonces llegaste volando en tu poderosa alfombra y empezaste a demostrarle que te pertenecía.

—¿Me perteneces?

—Ese pequeño beso que me diste, Wes, no fue para besarme sino para establecer quién eres en mi vida delante de Luke.

—¿No habrías hecho lo mismo si Michaela hubiera intentado besarme? —Vi cómo parpadeaba y supe que había entrado en un territorio desconocido, así que intenté centrarme en el asunto—. Lo que trato de decir es que tenía todo el derecho de actuar con Luke como lo hice.

—Me avergonzaste, Wesley. Entraste con una actitud de macho que nunca había visto en ti y, no solo eso, asumiste que no era lo suficientemente mujer para defender lo que creía que era correcto. Pensaste que no sabría abordar la situación con Luke.

—Bueno, considerando que mi enfado era porque habías estado coqueteando con él, perdóname si no pensé que se lo dirías.

Vee se inclinó hacia atrás en su silla.

—Sabes, cuando me enviaste un mensaje de texto y me preguntaste qué iba a hacer en el almuerzo, me sentí especial. —Fruñí el ceño al ver que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y ella continuó—: Pensé: «Vaya. Por primera vez en más de dos años, Wes y yo podríamos almorzar juntos». Pensé en decirte dónde estaba, hablar con Luke y una vez que llegaras, tú y yo conseguiríamos una mesa y disfrutaríamos de nuestra comida.

—¿Qué?

—Sí —dijo riéndose con tristeza—. Eso es lo que pensé. Te dije a dónde iba estar porque sabía que tardarías en llegar y que tendría tiempo para hablar con Luke, fuera de la agencia para que mi jefe no oyera nada que pudiera comprometer nuestro trabajo. Y entonces, tú y yo conseguiríamos una mesa separada y disfrutaríamos de nuestro almuerzo.

—Vee, lo lamento. —Sentí que la culpa se me empezaba a acumular en las tripas.

—Y luego llegas allí, pavoneándote con tu mejor amigo loco y te pones en plan machote. Te plantas delante de él y me das un beso que yo no deseaba en ese momento, aunque tú pensaste que tenías derecho a hacerlo.

—Vee...

—Déjame preguntarte algo. ¿Pediste la cita para la terapia matrimonial?

Respiré profundamente.

—No, no lo hice.

—¿Y por qué no?

—Vee, ese es un tema diferente para otro día.

—No, no lo es, porque eso me indica en qué estado se encuentra nuestro matrimonio. Me prometiste que pedirías esa cita y ni siquiera lo recordaste para salvar nuestro matrimonio porque estabas demasiado ocupado jugando al «jefazo» de mi vida.

—Vee. Para.

—No, Wes. Tal vez es hora de que seas tú el que pare.

—No pedí la maldita cita porque no me enviaste los nombres de los malditos terapeutas, Vanessa. Sacudí la cabeza mientras su cara se quedaba en blanco.

Sacó el teléfono de su bolsillo y empezó a hojearlo mientras yo me pasaba las manos por el pelo. Sabía que iba sacar a relucir aquella maldita cita, y yo lo dejaría pasar para poder tener una noche en paz, pero seguía dándole vueltas, sin dejar de repetir lo mismo una y otra vez, buscando en su móvil algo que indicara que yo no tenía razón.

¿Por qué? ¿Por qué Vee siempre hacía eso?

—Así que ahora han cambiado las tornas —anuncié—. Aunque no era mi intención hablar de la cita, me has obligado a decírtelo, Vee. —La vi mirar su teléfono mientras una lágrima corría por su mejilla—. ¿En qué estado está nuestro matrimonio, si ni siquiera te acuerdas de enviarme los nombres de los terapeutas que quieres que veamos? —pregunté.

—Lo siento. Realmente pensé que los había enviado, Wes.

—Bueno, no lo hiciste. No me enviaste los nombres de los terapeutas, Vee.

—Solo estaba preocupada por cómo iba a ir mi conversación con Luke. Con lo que iba a decirle.

—¿Estabas tan preocupada por hablar con tu coqueto compañero de trabajo, que olvidaste enviarme los nombres de las personas que podrían salvar nuestro matrimonio?

—Wes, eso no es justo.

—¿Cómo es que eso no es justo? Acabas de usar ese mismo argumento conmigo. ¿Cómo no es justo, Vee? ¿Cómo esperas que me sienta, ahora que sé cómo te habrías sentido si yo hubiera incumplido mi parte?

—Esto es demasiado. —Levantó las manos a modo de rendición.

—No. No, Vee. Por una vez, no puedes escapar.

Tiré mi servilleta encima de la pizza y me levanté de mi asiento.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Me voy a nuestra habitación. Y voy a dormir en nuestra cama. Y si no quieres estar a mi lado, me parece bien. Cuando te acuestes en la habitación de invitados, intenta recordar que tienes que enviarme los nombres de esos terapeutas, porque todavía estoy dispuesto a pedir la cita.

Antes de que pudiera decir otra palabra, salí de la cocina y me dirigí a nuestro dormitorio. No iba a dormir en la habitación de invitados otra noche. Si quería estar lejos de mí, podía irse ella.

Quería mucho a Vanessa, la amaba más allá de las palabras, pero nuestro matrimonio se estaba desmoronando ante mis propios ojos, sin importar dónde pisáramos ni lo que habláramos. Y cuando las cosas se pusieron demasiado difíciles, se levantó y se fue.

—Joder —murmuré en voz alta.

Me quité la ropa y me tumbé desnudo en la cama, bajo las sábanas.

No sabía qué más hacer. Lo nuestro se estaba rompiendo y el corazón se me hacía pedazos. Tal vez si me comportara como un capullo y cediera en todo, las cosas no se irían a la mierda. Tal vez si me mantenía en un capullo, la temporada pasaría y convertiríamos nuestro matrimonio en la hermosa mariposa que estaba destinada a ser.

Era un pensamiento infantil e inmaduro, pero también el único que me mantuvo a flote esa noche. El único que me impidió llorar mientras esperaba que las cosas se arreglaran entre Vee y yo.

Todavía albergaba esa esperanza y necesitaba ese consuelo. Necesitaba otro lugar donde sacar mi

fuerza para poder arreglar lo que se había roto.

Capítulo 23

Vanessa

Quería demostrarle a Wes que quería que nuestro matrimonio funcionara. Así que, en lugar de enviarle los nombres de los terapeutas, me acosté en el cuarto de invitados esa noche y lo reduje a uno que tenía la calificación más alta. El número de críticas era muy alto y había testimonios en todo tipo de sitios web sobre cómo había ayudado a la gente a resolver algunos de sus problemas más difíciles. Hubo alguien que incluso se extrañaba de lo imparcial que era y sobre cómo era y amonestaba a ambos lados por igual. Y eso era lo que Wes y yo necesitábamos. Alguien que no se pusiera de parte de ninguno de los dos y que nos escuchara antes de decirnos por qué teníamos razón y por qué estábamos equivocados.

Aquella mañana, antes de mi descanso para comer en el trabajo, llamé y pedí una cita.

Le envié a Wes un correo electrónico con la confirmación de la hora y deseé que al leerlo, quisiera hablar conmigo, porque no lo había hecho desde que nos vimos en la cocina la noche anterior. Y él tenía razón. ¿Qué pensaba de nuestro matrimonio, si ni siquiera podía enviarle los nombres de algunos malditos terapeutas?

—Hola, Vanessa.

Levanté la cabeza con el sonido de la voz de Lydia. La vi empujar la puerta mientras mi correo electrónico sonaba en mi ordenador. Eché un vistazo rápido al texto, antes de saludar a mi amiga y vi que Wes me había contestado. Había sido rápido, al parecer había estado revisando los correos toda la mañana y me dijo que allí estaría. Eso me dio un poco de esperanza, saqué el teléfono y me puse un recordatorio para el jueves.

En dos días, Wes y yo tendríamos nuestra primera sesión de asesoramiento matrimonial.

—¿Es un mal momento? —preguntó Lydia.

—No, no. Solo estoy apuntando una cita en mi agenda. ¿Qué pasa?

—Sé que no nos hemos hablado desde entonces. Bueno, ya sabes...

Asentí con la cabeza.

—Sí. Lo sé.

—¿Podríamos ir a almorzar? Quiero decir, si no has comido ya.

Miré mi fiamblera y después desvié la mirada hacia el suelo. Echaba de menos a mi mejor amiga y quería hablar con ella más que nada. No la había visto desde nuestra pelea en mi casa, desde la noche en que me emborraché y me dormí llorando sobre la almohada. Habían pasado tantas cosas desde entonces, que no había podido hablar con nadie y me moría por saber cómo le iban las cosas.

—Sí. Claro. Vamos a almorzar. —Estuve de acuerdo.

—Estupendo. —Se alegró.

Recogí mis cosas y cerré la oficina. Me di la vuelta para seguir a Lydia por la puerta y mis ojos rozaron la de Luke. Él estaba sentado allí, encorvado sobre algunos papeles y me miró. Sus ojos conectaron con los míos. Miró el reloj de su portátil antes de volver a mirarme y la tristeza de su

rostro me dio un puñetazo en el estómago. Traté de ignorarlo mientras salía a la calle con Lydia y me alegré de no comer con él, de tener otra opción que no solo fuera la de almorzar con Luke.

Eso era lo último que necesitaba.

Me subí al coche de Lydia y fuimos al otro lado de la ciudad, al restaurante que siempre frecuentamos. Gracias a Dios que tenía un jefe comprensivo porque le envié un mensaje de texto para decirle que mi almuerzo duraría un poco más. Mientras no lo hiciéramos muy a menudo, no le molestaba. Lydia y yo entramos en el restaurante y nos sentamos, sin decir una palabra hasta que hicimos nuestros pedidos habituales.

La tensión era tan espesa que casi me cortaba la respiración.

—Entonces, ¿cómo ha sido el trabajo en el hospital? —pregunté de forma casual para iniciar una conversación.

—La noche ha sido dura, demasiado trabajo.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Me asignaron a Urgencias y recibimos a mucha gente de un choque de quince coches en la autopista.

—Oh, Dios mío. ¿Cómo fue?

—Un camionero se durmió al volante y se chocó contra el puente. Luego la gente se estrelló contra el camión. ¿Cómo no te has enterado? Lo han dicho en todos los telediarios de anoche. La noticia del camión cisterna que iba lleno de aceite y que empezó a arder en medio de la autopista.

—Anoche estuve un poco ocupada —susurré.

—¿En el buen sentido? —Sonrió.

—Ojalá. —Negué con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? ¿Todavía no habéis arreglado las cosas Wes y tú?

—Bueno, algo hemos adelantado, porque tenemos una cita con el consejero matrimonial el jueves.

—¿En serio? Vanessa, eso es fantástico. —Se alegró.

—Sí, pero estoy tan asustada de que todo se rompa sin remedio.

—Nada es irreparable si tratas de arreglarlo.

—Sabes que mi compañero de trabajo trató de besarme, ¿verdad?

Lydia recorrió mi rostro sorprendida.

—Uhm... no. No recuerdo que me lo hayas dicho.

—Oh, vaya. —Suspiré.

—¿Cuándo intentó besarte?

—Hace unos días, Lydia... ¡Dios mío! Ha sido horrible, pero lo importante es que cuando lo intentó yo lo evité al echarme atrás. Entonces, Wes encontró los mensajes de texto en los que Luke se disculpaba por haber cruzado un límite.

—Y fue cuando se marchó de paseo.

—Sí. No me lo dijo hasta que regresó por la noche. Me dijo que mi teléfono no hacía más que vibrar con mensajes de Luke y no pudo evitar leerlos. Wes se molestó tanto que necesitó dar un paseo para aclarar su mente.

—Sí, a mí también me habría molestado —reconoció ella.

—Le dije a Wes que hablaría con él y lo hice ayer, cuando salimos del trabajo para almorzar. Se hizo tarde y le expliqué que había ciertas líneas que no debía cruzar, que mi coqueteo con él había estado mal y que lo sentía, si le había hecho pensar que éramos algo que nunca íbamos a ser.

—¿Coqueteabas con tu compañero de trabajo?

—Es... es tan complicado. Ni siquiera sabía que lo estaba haciendo hasta que intentó besarme en el aparcamiento. Quiero decir, sus flirteos eran agradables y él siempre era muy amable... Me escuchaba, no me juzgaba y nunca trataba de imponer su opinión o gritarme. En ese momento, todo eso era lo que Wes no estaba haciendo y resultaba un buen respiro. Admito que estuvo mal, así se lo dije a Wes y a Luke.

—El compañero de trabajo.

—Sí. El compañero de trabajo es Luke. Le dije que mi matrimonio era una línea que no cruzaría nunca y él lo entendió. Se disculpó, yo me disculpé y luego Wes y Clay irrumpieron en nuestro almuerzo.

—Vale, creo que me he perdido algunas cosas.

—Lo siento. Mi cerebro está muy desordenado. ¿Podemos no discutir más? Es difícil tratar de ponerte al día —dije, riéndome.

—Haré todo lo posible por no explotar la próxima vez. —Sonrió ella, también.

Apoyé la cabeza en las manos para reunir los pensamientos.

—Wes me envió un mensaje de texto para preguntarme si iba a almorzar tarde y pensé que por una vez teníamos los horarios sincronizados. Así que le dije a dónde íbamos a hablar Luke y yo, pensando que cuando llegara Wes, ya le habría dicho a Luke que nunca habría nada entre nosotros.

—Me parece justo.

—Pero, Wes llegó con Clay y se pusieron groseros. Incluso me dio un beso solo para demostrarle a Luke que yo soy su mujer.

—¿Wes hizo eso?

—Sí. No es propio de él, claro que tienes que tener en cuenta que puede hacer cualquier cosa si está con Clay, lo cual es otra razón por la que no puedo soportar a ese hombre.

—¿Qué le dijo a Luke?

—Ni siquiera fue lo que le dijo, sino lo que hizo. Se sentó tan cerca de mí que su codo estaba pegado a mi pecho. Me hacía daño y Wes ni siquiera se dio cuenta porque estaba demasiado ocupado meando en su territorio.

—¡Ay!

—Sí. Como un maldito perro. Y, por supuesto, discutimos otra vez por la noche. Lo que fue perjudicial en muchos sentidos.

—Al menos, pediste la cita de asesoramiento.

—¿Por qué coqueteé con Luke? —Cerré los ojos y suspiré.

Lydia extendió la mano y tomó la mía, mientras servían nuestra comida en la mesa.

—Porque quieres a alguien que te ame y te aprecie.

—Wes solía hacer eso todo el tiempo. Solía hacerme sentir así cada segundo de cada día.

—Las sesiones de asesoramiento os ayudarán a volver a estar así, no te rindas. Wes y tú seguís siendo los mismos, pero estáis debajo de tanta basura que no veis la cima. El consejero os ayudará a hacerlo.

—Amo tanto a Wesley.

—Lo sé.

—¿Y si no está dispuesto a luchar por nuestro matrimonio?

Lydia suspiró.

—Él va a ir a esa cita, ¿verdad?

—Me ha dicho que sí.

—Entonces todavía está dispuesto a luchar por lo vuestro, aunque tú también tienes que estar segura de que lucharás. Se necesitan dos personas para hacer que un matrimonio funcione y las mismas para romperlo. La culpa no es tuya, pero tampoco es totalmente de Wes.

—Tengo tanto miedo de que las cosas no se puedan arreglar. Estoy tan asustada que lo he alejado demasiado, con toda esa mierda de Luke, y temo no recuperarlo —confesé.

—Por eso es necesario que vayas a esas sesiones, antes de que las cosas se pongan peor, Vanessa. No quiero que te despiertes una mañana llena de arrepentimiento y sola. Wes y tú sois perfectos el uno para el otro, lo que pasa es que has perdido la perspectiva.

Di un beso en la mano a mi mejor amiga antes de que nos pusiéramos a comer y me dije que tenía razón, aunque también estaba dando las cosas por sentado. Tenía un marido increíble y dos hermosos hijos, pero ahí estaba yo, coqueteando con un compañero de trabajo porque creía que mi marido no me prestaba suficiente atención. Era una egoísta y por supuesto debía tratarlo con el consejero.

—¿A qué hora es la cita? —preguntó Lydia.

—El jueves por la tarde. Alrededor de la una.

—¿Necesitas que alguien recoja a los niños de la guardería?

—He pensado que Wes y yo podríamos recogerlos juntos después de la cita. Ya sabes, para que seamos una familia de nuevo.

—Es una idea muy buena. ¿Me llamarás después? Solo para saber que estás bien.

Sonreí suavemente a mi mejor amiga.

—Lo haré. Lo prometo.

—Bien, porque quiero todos los detalles.

—Es realmente genial hablar contigo de nuevo, Lydia.

—Yo también te he echado de menos.

—La próxima vez que peleemos, ¿podemos resolverlo el mismo día?

—Realmente lo necesitamos, porque no puedo soportar no hablar contigo durante días. Tengo tanta mierda que contarte del hospital que parece una locura.

—Oh, ¿algún chisme jugoso?

—¿Conoces a ese doctor al que le tienes cariño? —preguntó.

—¿El que disfruta fraternizando demasiado con las estudiantes residentes?

—Sí, ese mismo. ¿Lista para una historia? Porque esta vez ha metido la pata

—Oh, estoy deseando escucharla y olvidarme de todo.

—Entonces abróchate el cinturón, porque esto es un bombazo.

¡Vaya, era maravilloso estar otra vez con mi mejor amiga!

Capítulo 24

Wesley

—Estoy seguro de que llegará en cualquier momento —dije.

—Por supuesto, señor Harding. Podemos esperar todo el tiempo que quiera.

—¿Hay algo que desee saber de mí mientras tanto? Ya sabe, para ponerle en antecedentes.

—Por lo general, las sesiones se ejecutan mejor cuando ambas partes están presentes. Ayuda a reducir que si ella dijo... él dijo... —explicó el hombre.

—No iba a entrar en nuestros problemas maritales todavía —justifiqué, riéndome.

—Podría empezar contándole un poco sobre mí, si quiere.

—Claro. Sí. Me gustaría.

—Bueno, soy el doctor Philip Yates. He estado atendiendo a parejas de todo tipo durante los últimos veinte años.

—¿Parejas de todo tipo?

—Sí. El término «asesoramiento matrimonial» es algo engañoso. Ayudo a las parejas de todos los ámbitos de la vida a sentarse y hablar de sus problemas. Gente que ha estado saliendo un par de años o que lleva casada décadas.

—Veinte años, ¿eh? —Moví la cabeza, impresionado.

—Sí, señor Harding. Veinte años.

Su voz era demasiado relajante y me ponía nervioso. Lleva toda la semana pensando en la cita, era lo primero que recordaba cada mañana y lo último de lo que Vee y yo hablábamos antes de ir a la cama por la noche.

Miré el reloj y vi que eran las dos y diez. ¿Dónde diablos estaba mi esposa?

—¿Puedo intentar llamarla? —Rompí el silencio que se había creado.

—Por supuesto. Estoy seguro de que ha tropezado con algún atasco en la carretera. El tráfico se pone muy difícil a estas horas del día.

—Será solo un segundo.

Saqué el teléfono y llamé a Vee, pero me envió directamente al buzón de voz. Genial. No tenía el móvil encendido. Colgué y sacudí mi cabeza antes de mirar el reloj otra vez. Las dos y doce y comencé a preguntarme si realmente vendría a la cita que había programado o se habría olvidado.

—¿Está seguro de que no quiere hablar de nada mientras esperamos? —pregunté otra vez.

—Será mejor que nos tuteemos. ¿Por qué no me dices cuánto tiempo lleváis casados? —Inquirió el doctor Yates.

—Un poco menos de cinco años.

—¿Algún hijo?

—Sí. Un niño y una niña. Madeline tiene casi tres años y Evan casi dos. —Sonreí.

—Ah, gemelos irlandeses.

—Sí, así es como suelen llamarlos.

—¿Quién se parece a quién? —Se interesó, inclinándose hacia delante.

—Todos dicen que Madeline se parece a mí. Ya sabes, con los ojos verdes.

—¿Tu hijo se parece a tu esposa?

—Sí, a Vanessa.

—¿Uhm?

—El nombre de mi esposa es Vanessa —aclaré.

—¿Tu hijo se parece a Vanessa?

—La gente dice que sí. Tiene el pelo castaño y los ojos brillantes, como ella.

—¿Cómo os conocisteis?

—En la universidad. Yo estaba en mi último año y ella acababa de comenzar segundo.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis saliendo, antes de comprometeros?

—Dos años. Más o menos.

—¿Por qué esperasteis tanto tiempo?

—Supongo que entramos en una rutina.

—Ya veo.

Volví a mirar el reloj y ya eran más de las dos y media.

Joder, Vanessa no iba a venir a la cita y, si lo hacía, ya no tendríamos tiempo suficiente para realizar la sesión.

—No creo que venga —reconocí en voz alta.

—A veces los cónyuges pueden verse envueltos en el trabajo. Por eso siempre sugiero que las citas se hagan después del trabajo —aconsejó el doctor Yates.

—Ella no se queda hasta tan tarde, por los niños y todo eso. Ya pasa demasiado tiempo lejos de ellos, con el trabajo a tiempo parcial.

—Entonces, podrías programar esta sesión en uno de sus días libres. Ella tendrá tiempo con los niños o también podéis venir juntos, en el mismo coche.

—Me parece buena idea.

—¿Cuándo es el próximo día libre de tu esposa? Podemos reprogramarlo para entonces.

En ese momento, me di cuenta de que no lo sabía. Apenas hablábamos de trabajo entre nosotros y mucho menos de nuestros horarios.

—¿Por qué no lo hacemos para el lunes? ¿Tal vez alrededor de las cuatro? ¿O las cinco? —Tuve que decir un día para no reconocer que no tenía ni idea.

—Déjame revisar mi agenda. —Sacó su teléfono y me dijo que el lunes podía vernos a las cinco y media de la tarde.

Ella no se alegraría, pero no pude hacer otra cosa. Me disculpé con el doctor por desperdiciar una sesión y le di las gracias. Aunque imaginé que no le importaba mucho porque me cobró la hora entera, a pesar de que todavía faltaban casi treinta minutos para que finalizara la entrevista.

Al salir del consultorio, decidí desviar mi ruta y recoger a los niños. Quería pasar un tiempo con ellos y despejar la mente. Además, sabía que al llegar a casa discutiría otra vez con Vanessa.

Cuando estaba a punto de acomodar a mis hijos en sus sillas altas, escuché a Vanessa gritar mi nombre desde la puerta principal—. ¡Wes! ¿Recogiste a los niños de la guardería?

—Estamos en la cocina —dije en voz alta para que me oyese.

—Oh Dios mío, ahí están mis bebés. —Parecía a punto de llorar.

—¡Mamá! —exclamó Madeline.

—Mami —la llamó Evan.

—¿Vais a comer macarrones con queso para la cena? Oh, parecen deliciosos. ¿Puedo comer unos

pocos? —preguntó con gesto aliviado.

—Después de que hablemos, sí —intervine.

Al mirarme, la pena en sus ojos era más que evidente.

Le di la espalda y revolví los macarrones con queso en la olla. Llené los tazones de los niños y les serví leche. Saqué las verduras picadas con jamón que había metido en el horno y, después de colocar todo en la mesa para que Vee y yo cenáramos, volví a mirarla.

Ella había permanecido callada todo el tiempo.

—Wes, ¿podemos hablar? —preguntó cuando me senté a la mesa.

—Cuando los niños estén en la cama.

—¿Pelea? —preguntó Madeline.

Evan no dijo nada. Solo puso sus manos sobre sus oídos y cerró los ojos.

Eso me rompió el corazón. Mis hijos estaban tan acostumbrados a que discutiéramos que sabían cuándo iba a ocurrir y que debían cubrirse las orejas porque no era bonito. Miré a Vanessa que lloraba en silencio y, por primera vez en mi matrimonio, no me sentí culpable de sus lágrimas ni por las emociones negativas que experimentaba.

Y sabía que eso no era bueno.

Poco después, me quedé mirando mi plato mientras ella acostaba a los niños. No dije ni una palabra, solo esperaba que pudiéramos estar a solas. No sabía por dónde empezar la conversación, pero tampoco había pensado que la cita perdida me afectaría tanto como lo había hecho.

Nunca me había sentido tan vacío en mi vida.

—Oye, Wes —dijo en un susurro. Levanté la cabeza y agregé—. Los niños están en la cama.

Miré el reloj del microondas y vi que eran casi las ocho y media. Había estado mirando mi plato de comida durante una hora.

—¿Qué demonios te ha pasado? —Fue lo primero que pregunté sin aliento.

—Lo siento mucho, Wes. Intenté llamarte, pero mi teléfono murió porque olvidé enchufarlo anoche.

—Olvidaste enchufarlo —repetí despacio.

—Bueno, ya sabes. Estaba preocupada... —explicó, sonriendo.

Me sentí idiota, como si flotara a través de gelatina y todo el mundo se hubiera detenido, aunque mi cuerpo luchara para atravesar la barrera.

Estaba tan cansado.

—¿No podías haberme llamado desde el teléfono de tu oficina? —sugerí, alzando una ceja.

—No tengo memorizado tu número de teléfono, Wes.

Me reí.

—No lo tienes... Vale. Está bien, Vee.

—Es que una familia solicitó un viaje de vacaciones el último minuto y mi jefe ya se había ido.

—Lo hace mucho, ¿no?

—Intenté que Luke me ayudara para poder marcharme lo más rápido posible, Wes. De verdad que lo hice.

—No digas su nombre.

—¿Qué?

Retiré la mirada del microondas y busqué los ojos de mi mujer. Esos tan preciosos y de color ámbar en los que solía consolarme tanto. No me dijeron nada y la pequeña parte de mí que aún se

sentía viva entró en pánico. Siempre me reconfortaba la belleza de los ojos de mi esposa.

¿Por qué no lo hacía ahora?

—He hecho todo lo posible para arreglar esto —confesé con tristeza.

—Recibí el correo electrónico para la cita reprogramada y ya he pedido libre el lunes. —Vanessa trató de buscar otra salida.

—He hecho todo, Vee.

—Wes. Por favor...

—Y tu excusa para faltar a una cita, que debía compensar el primer error, es que tenías que trabajar... con él. —Me puse en pie y ella siguió mis movimientos con los ojos—. ¿Todavía te atreves a decir su nombre mientras hablamos?

—No fue así, Wes. Solo intentaba salir de allí...

—No me importa cómo pasó, Vanessa. ¿Sabes lo que deberías hacer? Renunciar a tu maldito trabajo.

—¿Qué?

—Sí. Estás trabajando con un hombre al que engañaste y que luego casi te besa. Deja tu maldito trabajo, Vee. Vuelve a casa y quédate con los niños. Quédate conmigo. Ya he cambiado mi horario por ti, ¿no lo has notado? Ahora tengo un horario más regular.

—¿De qué estás hablando?

—Ves, ni siquiera te has dado cuenta. Te quejaste de que trabajaba tres días enteros de guardia y tres de descanso, pero ahora ni te has dado cuenta de que no cumplo ese horario desde hace dos meses.

—Porque todavía sigo sola con los niños en las cenas, Wes, hasta altas horas de la noche.

—Pero estoy en casa los fines de semana, Vee. Tal y como querías.

—Sí, hasta que te vayas a dar paseos en coche todo el puto día.

—Eso fue porque me enteré de que estabas coqueteando con tu maldito compañero de trabajo, Vee.

—Eso no es justo, Wes —replicó al borde de las lágrimas.

—Sé más inteligente que eso. Sé la mujer inteligente y vibrante con la que me casé.

—Entonces sé el hombre atento, romántico y presente con el que me casé.

Los dos nos quedamos allí, enfrentándonos como de costumbre. Solo que esa vez fue diferente. Esa vez, no quise arreglarlo. No quería borrar la ira de su cara, ni besar los rastros de sus lágrimas, y me asusté. No tenía ni idea de lo que eso significaba para nuestro matrimonio, pero sabía que no era bueno. Había llegado a mi punto de ruptura. Lo sentí. Lo supe en el fondo de mis entrañas.

Ya no me importaba que la pelea se resolviera.

—Estaré en la habitación de invitados esta noche —dije por fin.

—Wes, por favor. Ven a la cama. Podemos consultarlo con la almohada y...

—No —dije demasiado brusco. La espalda de Vanessa se enderezó con el tono de mi voz—. No, Vanessa. Dormiré en la habitación de invitados.

Pasé por su lado para ir a recoger mis artículos de aseo y mi ropa para el día siguiente. No quería simplemente dormir en la habitación de invitados, quería prepararme allí por la mañana para no encontrarme con ella si no lo deseaba. No quería ver si la pared de las almohadas se levantaba o si la puerta del baño estaba abierta. No quería pegar la oreja contra la puerta para escuchar si ella cantaba.

No quería despertarme e intentar predecir su estado de ánimo.
No quería hacer nada excepto dormir.

Capítulo 25

Vanessa

Me dormí en una cama vacía y me desperté sintiéndome más vacía que en meses. Años, incluso. Me quedé allí tumbada, esperando oír a Wes entrar por la puerta del dormitorio para empezar a prepararse, pero no lo hizo. Se había llevado la ropa y sus artículos de aseo al dormitorio de invitados, lo que significaba que no lo vería esa mañana.

Me levanté y me preparé para el trabajo. Me duché, me vestí e intenté salir a la cocina para hacerle café y el desayuno, con la esperanza de tener una oportunidad para suavizar las cosas, antes de que los niños se levantaran.

Pero el olor del café inundaba toda la casa, lo que indicaba que ya llevaba tiempo hecho y estaría frío.

Wes ya se había marchado, dejándome con los niños, el desayuno y una casa vacía y me sentí muy mal por haberme perdido la cita. La única razón por la que trabajé con Luke fue para tratar de salir antes. Aquella familia estaba dispuesta a pagar mucho dinero por su viaje, lo que significaría una buena comisión para nosotros. Incluso dividiéndolo, el bono que nos dieron cubriría las navidades y, por una vez, podría invitar a Madeline, Evan y Wesley a una buena Navidad. También llevaba tiempo pensando en contratar un crucero para los dos, Wes soñaba con ir a uno en Alaska. Deseaba ver la aurora boreal y la idea de una semana atrapados en un lujoso barco sin niños y con cantidades interminables de alcohol, era muy sugerente.

Con el bono, hasta podría pagar una habitación con balcón para sentarnos por la noche.

No podía dejar de pensar en lo orgullosa que estaba de ese trabajo y las cosas que podría hacer con esa cantidad que iba a recibir de una sola vez. Lo maravilloso que sería tomar unas vacaciones decentes con mi marido. No nos habíamos ido de vacaciones juntos, solos o con los niños, desde que me quedé embarazada de Madeline. La vida se nos había escapado y había pensado que sorprenderlo con algo así estaría bien. Tal vez no un crucero, pero algo. Una semana de estancia en una cabaña en las montañas. O podría llevarnos a todos a la fiesta de Año Nuevo en Times Square. Algo que le mostrara a Wes lo mucho que lo amaba y cuánto había cambiado mi mundo para mejor con él.

Imaginé que lo entendería, después de todas las veces que nos dejó plantados a mí y a los niños por su horario de trabajo, pero no lo hizo.

Wes lo interpretó como un abandono intencionado para quedarme con Luke y eso no podía estar más lejos de la verdad. Si él creía que yo iba a dejar de trabajar, estaba equivocado. No tenía que dejar mi trabajo para probarle que quería arreglar nuestro matrimonio, aunque me sentía culpable por no haber acudido.

Debí haber perdido el dinero de la comisión. Incluso si era para conseguirle algo bonito, debería haber dejado que Luke se encargara de ello.

Solo que llegué a esa conclusión un poco tarde.

—Te he traído un poco de café —dijo Luke, entrando en mi oficina.

Levanté la vista de mi escritorio y suspiré.

—¿Ya has olvidado lo que hablamos?

—Es solo café, Bichito Vee.

—Luke, ya basta.

—Lo siento. Es una costumbre, pero sé que las cosas no van bien en tu matrimonio, conozco esa mirada y llevo toda la mañana oyendo tus suspiros por la agencia.

—Bueno, no es asunto tuyo, conocer mis suspiros o mi mirada.

—Ay, debe de haber sido una mañana complicada.

—Una noche complicada —especifiqué.

—¿Quieres hablar de ello?

—Es solo que... Espera. No. Luke.

Dejé la taza de café sobre mi mesa y empujé la silla hacia atrás. Necesitaba distancia, los dos la necesitábamos. Levanté la vista y vi a Luke sentarse frente a mi escritorio, detrás de la puerta prácticamente cerrada de mi oficina. ¿Qué demonios estaba pasando? Él y yo acabábamos de hablar de ese tipo de cosas.

—¿Qué? ¿No podemos seguir siendo amigos? —inquirió sin dejar de mirarme.

—No, Luke. No podemos.

—Bueno, trabajamos en el mismo lugar, estamos obligados a tener algún tipo de relación. Incluso si es simplemente profesional.

—Más que simplemente profesional es como se mantendrá —expliqué.

—Vamos, Vanessa. Me disculpé y ya lo hablamos. Tu marido sacó músculo delante de mí y pensé que las cosas ya estaban bien.

—No están bien. Intentaste besarme y mi matrimonio se está desmoronando. No, Luke. Las cosas no están bien.

—Entonces habla conmigo. ¿Con quién hablarás si no lo haces conmigo?

—Con mi mejor amiga, Lydia.

—Con la que te peleaste —aseveró como si se burlara.

—Bueno, ya no estamos peleadas.

—Entonces, ¿con quién vas a hablar cuando os peléis de nuevo?

—Sal de mi oficina, Luke —ordené con voz dura.

—Bichito Vee, no he querido...

—¡Deja de llamarme así y vete! —grité.

Luke hizo un gesto de dolor al escucharme y palideció. Tomó mi taza de café del escritorio y luego salió furioso de mi oficina. Mi jefe estaba con unos clientes en la recepción y, al ver a Luke salir, me miró de forma extraña. Los clientes también se fijaron en mí, como si me hubiera crecido una segunda cabeza y me sentí fatal bajo su escrutinio. Me faltaba el aire y me puse nerviosa, todo lo ocurrido giraba en mi mente como una noria, miles de pensamientos dando vueltas... y supe que lo único que me ayudaría a despejarme sería un paseo.

—¿Señor?

—¿Sí, Vanessa?

—Voy a buscar algo de beber. ¿Quiere que le compre algo? —pregunté mientras tomaba mi bolso.

Todavía me miró unos segundos antes de sacudir la cabeza.

—No gracias. Te veo aquí en quince minutos —se despidió.

Asentí con la cabeza para darle las gracias y cuando regresó a sus clientes me dirigí hacia la

puerta. Sabía que no llevaba más de una hora en el trabajo, pero en ese momento no podía quedarme. No podía estar en el mismo espacio que Luke. Cerré mi oficina con llave y caminé hacia el coche tan rápido como pude. Nada más sentarme ante el volante, di el contacto y me dirigí hacia mi cafetería favorita.

Tal vez Wes tenía razón y necesitaba dejar mi trabajo para alejarme de Luke.

Ese pensamiento me enfermó. Disfrutaba de mi trabajo y del dinero que ganaba. Me gustaba poder trabajar a tiempo parcial y, aunque tuviera que salir de casa de lunes a viernes, estaba bien con la fluidez de mi horario. Mi jefe era un hombre considerado y comprendía que era madre, nunca me obligaba a priorizar el trabajo por encima de los niños. Nunca tuve problemas con él, a la hora de recoger a mis hijos si se enfermaban, ni si tenía que llevarlos a la oficina para terminar un trabajo de última hora. Era el escenario perfecto para una madre.

Y había una buena posibilidad de que lo hubiera destruido.

—Bienvenida a Java the Hut. ¿Qué le apetece esta mañana? —Preguntó una joven.

Me acerqué a la ventanilla y hablé al micrófono.

—¿Puede traerme un café con leche, con extra de caramelo helado?

—Claro. ¿Algo más?

—¿Son de hoy los rollos de canela?

—Acabamos de sacar una ronda del horno.

—Póngame dos, por favor —pedí.

—¿Algo más?

«Un maldito botón gigante de reinicio».

—No. Eso es todo —conluí.

—El total de la cuenta es de quince con treinta y cuatro. Acérquese a la otra ventanilla y la esperamos allí con su pedido.

Al llegar, entregué a la muchacha la tarjeta y esperé que llegara mi bandeja.

Wes tenía razón. No es que tuviera que dejar mi trabajo, pero la dirección de su consejo era correcta: debía mantener las distancias con Luke. Solo habían pasado tres días de la conversación que tuve con él y las cosas ya estaban como antes. Trajo un café a mi oficina, me llamó por el apodo que me puso y se sentó en mi despacho con la puerta cerrada. Parecía que la conversación nunca hubiera existido. Eso me dejó aturdida. Creía que había entendido que no podíamos ser nada más que amigos, conocidos o compañeros de trabajo.

¿No fui lo suficientemente clara?

—Aquí tiene, señora. Su gran café con leche con extra de caramelo helado y dos rollos calientes de canela. ¿Quiere servilletas?

—Y un tenedor, por favor —pedí.

—Enseguida —dijo la mujer.

Recogí la bandeja con el pedido y lo puse en el asiento del pasajero, pero no tenía ganas de volver al trabajo. No, mientras siguiera Luke allí y actuara como lo hizo ante aquellos clientes. Miré mi bolso y sin pensarlo más, busqué el teléfono móvil. Marqué el número de la oficina de mi jefe antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me aparté de la ventanilla del coche y aparqué en el primer lugar que encontré.

—Habla Roger.

—Hola, Roger. Soy Vanessa.

—Hola. ¿Estás bien? Tuviste una especie de momento... raro, en tu oficina.

—Sí. Lo siento mucho. Es solo que... —Suspiré.

—¿Wes, otra vez?

Su comentario me hizo estremecer. No me lo esperaba.

—¿Por qué piensas eso?

—Conozco tus suspiros.

—¿Cómo que conoces mis suspiros? —No podía creer que estuviera diciendo aquello.

—Lo haces mucho cuando crees que nadie te mira. Haces un suspiro cuando se trata de tus hijos y otro suspiro diferente es de Wes, además otro cuando se trata del trabajo. Mi mujer hace lo mismo.

Mierda. Había llevado tanto equipaje personal al trabajo que sabían lo que estaba pasando solo por mis suspiros. Lo que significaba que no era simplemente Luke quien prestaba atención a ese tipo de cosas.

¿Wes y yo nos habíamos fracturado tanto?

—Sé que pedí el lunes libre y todo, pero creo que hoy no podré trabajar.

—¿Qué es lo que tienes que hacer hoy en la oficina, Vanessa? —preguntó él.

—Tengo pendiente planificar un itinerario para responder algunas preguntas que la gente ha hecho sobre nuestros servicios en Internet. Y tengo que reservar unos billetes para una pareja a Roma esta tarde.

—Todas esas gestiones podrías hacerlas desde tu portátil en casa. ¿Verdad?

Su pregunta me detuvo en seco.

—Vanessa, vete a casa. Si puedes hacer el trabajo desde allí, entonces hazlo. Hay una razón por la que tienes ese portátil y también hay una razón por la que no requiero que estés siempre en esta oficina.

Todo se vino abajo en ese momento.

Había usado el trabajo como excusa para no estar en casa, cuando todas mis gestiones podía haberlas hecho desde la oficina que instaló Wes para mí. Entonces, yo estaba empeñada en trabajar en la agencia y, de repente, entendí a mi marido un poco más. Entendí por qué se iba a trabajar tan temprano y no volvía a casa hasta tarde. No era que no me quisiera, o que no quisiera estar cerca de mí, sino que quería estar lejos de toda aquella mierda.

—Hoy voy a trabajar desde casa, jefe —decidí.

—Bien. Estoy cansado de verte aquí siempre. Nos vemos el martes, si es necesario que vengas a hacer algo en la agencia. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Vanessa —me llamó antes de colgar.

—¿Si?

—Acepta el consejo de un hombre que lleva casado quince años. No eres tú y no es él. Es cualquier otra cosa.

Asentí con la cabeza mientras una pequeña sonrisa cruzaba mi cara.

—Gracias, Roger.

—Vete a casa. Te veré el martes.

—Si es necesario —apostillé.

—Sí. Si es necesario. —Estuvo de acuerdo.

Capítulo 26

Wesley

Nada más entrar en casa, después de un largo viernes de trabajo, el olor de algo muy bueno inundó mis fosas nasales. Cerré la puerta principal, dejé mi maletín y fui directamente hacia la cocina.

—¿Vee? —llamé por el pasillo.

—¡En la cocina!

—Algo huele bien.

—Es un asado. Con zanahorias, patatas dulces y sin cebolla. Justo como a ti te gusta —explicó en la distancia.

—¿Qué van a comer los niños? —Me extrañó no verlos.

—Esta noche se han quedado con su tía Lydia.

Al entrar en la cocina casi se me cayó la mandíbula al suelo.

Allí estaba, de pie en la cocina con un enorme asado delante de ella, y llevaba un delantal. Solo... solo un delantal. Nada más. Bueno, un delantal y unos zapatos de tacón.

—¿Tienes hambre? —preguntó tímidamente.

Mis ojos se deslizaron por todo su cuerpo. Quería resistirme a ella, necesitaba ser capaz de hacerlo, pero estaba tan preciosa con aquel delantal que apenas la cubría. Los tacones empinaban levemente sus nalgas y sus deliciosos muslos. Se giró para mirarme y esperó a que los míos ascendieran. Cuando nuestras miradas se encontraron, respiró profundamente.

—Lo siento, Wesley. Nunca he querido hacerte daño, pero quería usar la comisión que ganaba con aquellos clientes para ese crucero a Alaska que siempre quisiste hacer. Ahora que lo pienso, sé que debería haber dejado que...

—No digas su nombre. —Levanté mi mano mientras mis ojos se posaban en su pecho.

Ella respiraba nerviosa y sus senos se movían detrás del delantal.

—Quiero arreglar las cosas —susurró.

—Yo también.

—Ya me tomé el lunes libre en el trabajo. Todo el día. Y no voy a trabajar este fin de semana. Estaré allí el lunes, Wesley. Te lo juro.

—Sé que lo harás —dije mientras bajaba la mano.

Caminé despacio hacia ella y me olvidé del asado, de todas las peleas y las discusiones. Tomé a mi esposa en mis brazos y la sostuve cerca de mi pecho. Ella soltó una suave carcajada mientras me abrazaba y salí de la cocina en dirección al dormitorio.

Nuestro dormitorio.

—¿No vamos a cenar? —preguntó.

—Oh, sabías lo que iba a pasar en cuanto entrara en esa cocina.

La arrojé a la cama y volvió a reírse. Sus tetas se salieron del delantal.

—¿Y ahora? Vas a tener exactamente lo que has pedido —dije con voz amenazadora.

Me zambullí en la cama y le separé las rodillas. Ni siquiera me molesté en quitarle el delantal

mientras mi lengua se deslizaba entre los pliegues de su coño. La acaricié. Deslicé mi lengua dentro de ella y me sujetó por el pelo para llevarme al lugar que más deseaba. Me envolvió con las piernas y me clavó los talones en la espalda. Sus muslos me apretaron la cara y gemí contra su vagina. Cada vez estaba más mojada y su clítoris se inflamaba a cada caricia de mi boca. Se giró en la cama, se sentó sobre mi cara y comenzó a montar mi lengua, quitándome lo que deseaba.

—Lo siento, Wes. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Apreté sus caderas y succioné su clítoris entre los labios. Ella comenzó a chillar de placer y sus gritos llenaron la habitación mientras sus jugos goteaban en mi boca. Abrí la boca para ella, cubriendo todo su coño para no perderme el sabor. Gimió y se movió entre mis manos que la sujetaban, al tiempo que ella marcaba mi espalda con los tacones.

Gruñí en su piel, tomé sus jugos y deslicé mi lengua en su interior. Ella me empujaba y sus piernas temblaban, pero no detuve mi ataque, no dejé de acosar su sexo.

—Oh, Wes. Oh, mierda. Mierda. No puedo soportarlo. Es demasiado.

—Sí puedes. Córrrete. Córrrete por mí, Vee.

Sus gritos de placer y sus jadeos llenaron los rincones de nuestra habitación. Llevaba años sin oírla gritar así. La devoré. Cuando desplomó la espalda sobre la cama y noté que le faltaba el aire, reduje la velocidad de mis golpes. Bajé su trasero hasta la cama, frote su cuerpo con las palmas de las manos hasta llegar a la cara externa de los muslos y seguí lamiéndola sin parar.

—Oh, Wes —susurró.

—Ahora me toca a mí, preciosa.

Salí de entre sus piernas y me cerní sobre ella, observando su cuerpo sonrosado para mí. Se había puesto colorada desde las mejillas hasta los pies; el tono rojo teñía su piel bañada por el sol que entraba por la ventana. Sus pechos seguían fuera del delantal y le brillaban los muslos con toda la tela amontonada en las caderas. Vee tenía las sábanas apretadas en dos puños y sonreí al pensar que ella no sabía el glorioso castigo que le esperaba.

Me desnudé del todo sin que ella me quitara la mirada de encima. Rodeé la cama como si acechara a mi presa y ella no se atrevió a moverse, consciente de lo que le esperaba.

—Quiero que te des la vuelta —exigí con voz dura.

Obedeció y levantó el trasero. Todo su cuerpo temblaba.

Me metí entre sus piernas y metí mi polla su culo. Empujé muy despacio hasta tocar su sensible clítoris con la punta y la impresión le hizo dar un salto.

Yo sonreí.

—Wes, por favor —jadeó.

Entonces, levanté mi mano y le di una palmada en la nalga.

—Oh, mierda —dijo.

—Oh sí —murmuré.

Di otro cachete en la otra nalga y su cuerpo se sacudió, lo que me excitó mucho más. La raja hizo que mi polla palpitara, su coño apretado me atrapó en su entrada y miré cómo se agachaba para mí, mientras su cuerpo rogaba que la penetrara. Otra nueva palmada dibujó un rosetón en su bonito culo y con cada azote que le daba, tragaba un centímetro.

Su cuerpo luchando entre el clamor y el deseo de más.

Le di otra palmada en las dos nalgas y después las masajeeé hasta que presioné el resto del camino hasta el final.

—Oh... ¡joder! —exclamó.

—Eso es exactamente lo que estoy a punto de hacerte, mi amor.

Descendí y besé amorosamente su piel y noté el ardor de las marcas que le había dejado. Las froté con los labios y supe que todo cuanto quería estaba allí, lo sentí en mis entrañas y en mi alma. Lo sentía cada vez que la tocaba y la miraba, al escuchar su voz. Estábamos perdidos, pero estábamos perdidos juntos y eso significaba que podíamos ser encontrados juntos.

Me erguí, tiré de las caderas hacia atrás y luego me deslicé de nuevo en su cuerpo.

La penetré completamente mientras mis caderas chocaban con su trasero. Ella se arqueó y me agarré a su cintura, la sostuve contra mí y jadeó como un animalillo. No dejé de bombear en su interior, una y otra vez, con sus piernas rodeando las mías y los dos pugnando por respirar. mientras los gruñidos salían de mi boca. Nuestros sonidos se entremezclaron y mantuve un ritmo constante, al tiempo que su coño me tragaba, como si quisiera disculparse.

—Te quiero, Wes. Te quiero. Lo siento. Te quiero. Tanto. Por favor. Te amo...

Me metí en ella por última vez antes de que nuestros cuerpos se desplomaran sobre la cama. Ella tembló bajo mi cuerpo, se retorció contra las sábanas y mis bolas se pegaron a mi cuerpo. Besé cada centímetro del hombro y cuello de Vee mientras su orgasmo empujaba mi miembro fuera. El semen se disparó sobre las sábanas, jadeé contra su piel y ella me agarró del pelo. Levantó su cabeza, capturó mis labios con los suyos y entonces sentí que todavía me amaba.

—Yo también te quiero, Vee —murmuré.

Sus labios comenzaron a temblar y una lágrima me mojó la punta de la nariz.

—No llores. Saldremos de esto juntos —susurré para consolarla.

—Juro que el dinero iba a ser usado para ese crucero que siempre has querido hacer —sollozó.

—Oh, Vee.

La abracé muy fuerte y sentí su cuerpo que temblaba por el placer. La apreté entre mis brazos y acaricié su espalda desnuda. Ella acurrucó un muslo entre mis piernas.

—Vamos a superar esto —dije con suavidad.

—Es lo que más deseo —lloriqueó.

—No va a ser fácil y causará dolor antes de que mejore. Pero te amo, Vee. —Levanté su barbilla con un dedo y miré a los ojos a la única mujer que había amado de verdad—. Te quiero y nunca te mentaría. Así que cuando te digo que vamos a superar esto, lo digo en serio. Desde el fondo de mi corazón.

—Estaré allí el lunes. Lo prometo —susurró.

La besé en la frente y dejé que apoyara la cabeza en mi pecho.

—Sé que lo harás. Y yo también lo haré. Lo prometo.

Capítulo 27

Vanessa

Cuando abrí los ojos de golpe, el olor del asado frío me golpeó la nariz. Sentí algo caliente contra mi mejilla y algo fuerte contra mi cuerpo. Suspiré, miré a mi marido mientras dormía y sonreí al encontrarme entre sus brazos, tal y como habíamos estado toda la noche.

Hacía mucho tiempo que no me despertaba abrazada a él.

Noté que me atraía hacia su pecho y me acurruqué sin abandonar un duermevela agradable, hasta que sentí que me daba la vuelta. Separé las piernas para él cuando me besó; recorrió con los labios mis mejillas y el cuello al tiempo que se deslizaba en mi interior y comenzó a balancearse lentamente.

Era algo que solíamos hacer en la ducha o en la cama, me encantaba terminar de despertarme con la sensación de tenerlo dentro.

Nos dijimos cuánto nos amábamos hasta que nos estremecimos de placer. Jadeamos nuestras súplicas silenciosas y ahogamos los nombres de cada uno.

—Buenos días —dijo con una sonrisa.

—Buenos días a ti también —respondí.

—Estoy pensando...

—¿Has tenido tiempo para pensar? No debo ser tan buena como antes.

Me tomó en sus brazos y se sentó rápidamente, balanceándome. Su polla cayó entre mis piernas y no dejamos de reírnos. Él me arrastró hasta el borde de la cama y me llevó a la cocina donde me sentó en una silla.

—Voy a tener que limpiar esta silla —advertí con timidez.

—Deja que te traiga una taza de café y planificaremos nuestro día familiar en la playa.

—Tengo que guardar el asado.

—Lo creas o no, yo también puedo hacerlo —me retó.

Me quité el delantal, limpié la silla de la cocina y luego senté mi feliz trasero en ella. Vi a mi esposo desnudo, fuerte y lleno de músculos, poner el asado en el refrigerador y hacer una cafetera. Trajo un tazón de fruta de la nevera, sacó el azúcar del armario y sirvió dos tazas. Después se sentó frente a mí.

—Así que, un día de playa, ¿eh? —pregunté.

Dejé caer una uva entre mis labios mientras él asentía.

—Podemos recoger a los niños de casa de Lydia y pasar el día en la playa. Ya sabes, llevar algo de comida, algunas toallas y una sombrilla.

—Hace tiempo que no hacemos algo así.

—Y tal vez eso es parte de nuestro problema —dedujo con gesto sombrío.

—¿Crees que la solución a nuestros problemas es un día de playa?

—No. Pero creo que hemos dejado de pasar tiempo en familia y nos hemos dedicado a vivir por separado.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Un día de playa con los niños?

—Es una idea maravillosa.

Wes y yo acabamos el tazón de fruta antes de ir a prepararnos. Me depilé las piernas y me puse un bonito traje de baño mientras él guardaba las cosas para los niños. Hice el almuerzo para todos y lo metí en la nevera portátil. Wes y yo nos ayudamos a ponernos protector solar y si hubiéramos tenido más tiempo, probablemente habríamos hecho otra cosa, pero el reloj se burlaba de nosotros.

—En otra ocasión —prometió Wes, guiñando el ojo.

—Quizás esta noche —sugerí con una sonrisa.

Me abrazó para darme otro beso y me dejó sin aliento. Sabía que todavía estaba ahí, mi Wes seguía ahí dentro. Lo noté en la forma en que me besaba y en cómo me hizo el amor. También en cómo me miraba. Aunque nos habíamos desviado del rumbo, seguíamos en el mismo camino, no habíamos tomado rutas separadas y estábamos perdidos, pero juntos. Eso era todo, simplemente, necesitábamos que alguien nos diera un mapa.

Recogimos a los niños de la casa de Lydia y los sorprendimos con el día de playa.

Wes luchó para que Madi se pusiera su traje de baño y yo prácticamente tuve que sujetar a Evan para ponerle protector solar. Pero una vez que los niños estuvieron listos, recogí las cosas para el almuerzo mientras Wes agarraba las toallas y el paraguas.

—¿Tú te encargas de Evan y yo de Madi? —preguntó.

—Es un buen plan. Pero mírala, se te escapará en un segundo —le advertí entre risas.

Nos instalamos en la playa y fue como pelear con dos cerdos engrasados. Metí a Evan en sus manguitos hinchables y lo até a una silla para asegurarme de que no se fuera a ningún lado. Me acerqué a Wes y mantuve a Madi cerca, mientras él le abrochaba sus flotadores en los brazos y la recogió para que yo atendiera a Evan. Había olvidado lo agotador que resultaba llevar a los niños a la playa y supuse que por eso lo habíamos dejado. Era casi imposible que una persona sola se encargara de los dos, pero con Wes allí, fue mucho más fácil.

—¡Papá! ¡Mira! —Madi llamó a Wes mientras pateaba las olas.

Evan se aferró a mi pierna, al entrar en una hondonada que formaba el océano, y vi a mi marido correr hacia nuestra hija. La levantó y la balanceó, las olas chocando contra su espalda.

—¡Estoy toda mojada, papá! —exclamó Madi.

—¿Puedo ir? —preguntó Evan.

Miré a mi hijo y lo vi apuntando a las olas. Miré a Wes y le vi sonreír a su hija mientras las olas chocaban contra sus caderas. Sonreí a Evan antes de recogerlo y lentamente nos dirigimos hacia el agua.

—¡Abajo, abajo, abajo! —gritaba Madi.

—Solo ten cuidado, princesa. ¿De acuerdo? —Wes alzó la voz sobre las olas.

La puso en el agua y ella vino flotando hacia mí que estaba en la orilla. Tiró de mi chal para intentar que bajara a Evan, pero él se aferraba con fuerza. Intenté sujetar a Madi con el otro brazo, pero no pude agarrarla con firmeza.

—Aquí, déjame ayudarte —sugirió Wes.

Lo miré mientras tomaba a nuestra pequeña, pero en vez de entregármela, fue y se puso al lado de Evan. Vi a Madeline alcanzar la mano de su hermano, tomándola dentro de la suya y quedando los cuatro unidos en el agua. El sol estaba muy alto, el cielo era de un azul intenso y el océano se extendía frente a nosotros. El horizonte no era más que una extensión ondulante de belleza, miré a los

ojos de Wes y sonreí.

Las cosas parecían que estaban yendo por el buen camino.

—¿Quién está listo para comer? —preguntó él.

—¿Galletas? —Evan se lamió los labios.

—He traído galletas, también, sí.

—¿Y uvas? —Quiso saber Madeline.

—¿Tirador? —dijo Evan.

—Bueno, esa es una palabra en la que tenemos que trabajar. —Sonrió Wes.

—Evan, se dice «tenedor» —indicué.

Wes no paraba de reírse y yo lo imité, subiendo a Evan en mis brazos y rompiendo la conexión que se había creado entre los cuatro, el tiempo suficiente para ir a buscar la comida.

Después, regresamos al agua. Madi persiguió a Wes por la orilla y yo me senté con Evan, que observaba a unos bichos pequeños que cavaban en la arena unos pequeños agujeros que se llenaban de burbujas. Los dos nos unimos, cada vez que Madeline se llevaba a uno de nosotros, y me mostró el maravilloso equipo que hacíamos con nuestros hijos.

Nuestro día de playa me llenó de más esperanza de la que había experimentado en mucho tiempo.

Los niños se durmieron en el coche de regreso a casa. Sostuve la mano de Wes todo el camino, con los dedos entrelazados y satisfechos.

Anocheceía cuando descargué el coche mientras él llevaba a casa a nuestros hijos y los preparaba para acostarlos.

—¿Crees que el agua salada irritará su piel? —preguntó.

—Es mejor que tengan la piel irritada por la mañana que malhumorados ahora.

—Sabía que hacíamos un gran equipo. En la misma longitud de onda y todo eso. —Wes terminó de acostar a Evan.

Me sonrojé al escucharlo, metí las toallas en la lavadora y empecé el proceso de limpieza, luego dejé la sombrilla en el garaje. Tiré el agua de la nevera portátil al fregadero y puse todos los recipientes y vasos de plástico en el lavavajillas.

—¿Vee?

—¿Sí?

—Acabo de recibir una llamada de Clay. Quiere que me reúna con él en la carretera. No estaré fuera mucho tiempo, ¿vale? —me preguntó.

—Espera, ¿qué pasa ahora? —Lo miré sin comprender.

—Clay quiere que nos encontremos para tomar una copa. —Me enseñó el teléfono—. No tardaré más de una hora o dos. Los niños están durmiendo, por cierto. Les puse los pijamas sin despertarlos.

—Oh. Quiero decir, eso es... eso es bueno.

—Te veré en un rato. ¿Me esperarás despierta?

—Uh... sí. Claro. Una hora o dos no será problema. De todas formas, tengo que darme una ducha.

—Estupendo. Volveré pronto. Te quiero.

—Te quiero... también.

Me quedé atónita hasta que cerró la puerta principal y, por alguna razón, me sentí herida.

No me lo pidió. Solo se fue. Se suponía que después de nuestro día perfecto, nos meteríamos juntos en la cama y nos abrazaríamos. Se suponía que nos ducharíamos juntos y sellaríamos el día con la promesa que le había hecho antes. Mi dolor se convirtió rápidamente en ira al darme cuenta de

que no me había preguntado. Simplemente me dijo que se iba con la mierda de su amigo y nada más.

¿Se estaba vengando?

A pesar de mis dudas no obtuve respuesta. Solo los faros del coche que se alejaban de nuestra camioneta familiar y la ira que me apretaba el pecho.

Vaya. Mi marido no tenía ni idea.

Capítulo 28

Wesley

—Ahí está. ¡Wes! ¡Aquí!

Miré hacia el lugar de donde venía la voz de Clay y sentí que mi estómago se desplomaba instantáneamente.

Una chica de ojos saltones le daba besos en la mejilla y al parecer estaba borracha, por la forma en la que se colgaba de su brazo.

Apreté los dientes y me dije que eso no era lo que me había pedido, cuando me citó para hablar. Estaba borracho y tenía aspecto de estar viviendo la noche. Me acerqué a él sin intención de sentarme. Otra cosa hubiera sido que estuviera solo y poder contarle a mi amigo que había tenido un día maravilloso en familia.

Desde luego, lo que no deseaba era ver cómo se follaba a una desconocida en la barra de un bar.

—Babs, este es el tipo del que te hablé. Trabajamos juntos en la refinería. Bueno, yo trabajo en otra sección, pero en la misma compañía —explicó Clay.

—Wes, ¿verdad? —preguntó la chica.

—Ese soy yo —aseveré con brusquedad.

—¡Pidámosle un trago a este hombre! Detrás está... —Clay contó con los dedos y Babs capturó sus labios en un beso húmedo y descuidado.

—Bueno... no lo sé. —dijo riéndose.

—Hola —dijo una mujer a mi lado.

Apoyó su mano en mi pecho y me alejé para escapar de la situación.

No tenía ningún deseo o razón para quedarme allí y, mientras mi amigo estuviera tan borracho y rodeado de tantas mujeres, era un escenario peligroso para un hombre casado como yo.

—Clay me ha contado que tienes algunos... problemas en casa —soltó la mujer.

Llevó sus manos a mi entrepierna y me tocó las bolas. Yo salté hacia atrás.

—¿Qué demonios? —pregunté con brusquedad.

—Oye. Así no se le habla una mujer. —Mi amigo soltó una carcajada.

El camarero trajo las bebidas y ellos seguían riéndose.

—Clay, será mejor que me llames por la mañana, cuando estés sobrio? —le advertí, antes de darme la vuelta para irme.

—Oh, vamos. No te vayas y tómate una cerveza. ¿Alguien me trae una cerveza para mi amigo tenso? —Alzó la voz.

—Me voy —dije, alejándome.

En ese momento comenzó a vibrar mi teléfono móvil el bolsillo y lo saqué. La mujer que me había abordado me agarró la muñeca y tiró de mí hacia el grupo. Me liberé de un tirón tan fuerte que se tambaleó y tuve que agarrarla para que no se cayera al suelo. Resultaba vergonzoso que estuvieran tan borrachos. La gente nos miraba fijamente y los camareros se preguntaban entre ellos cuándo podrían deshacerse de nosotros.

Contesté el teléfono y el sonido de las sirenas me pilló desprevenido.

—¿Hola? —pregunté.

—Lleva tu culo al hospital, ahora mismo —dijo Vanessa.

—¿Qué pasa, guapo? —La mujer se acercó a mí.

La ayudé a ponerse de pie antes sostenerla por el brazo, pero no antes de que su voz pasara por mi maldito receptor.

—¿Quién diablos es esa? —inquirió Vee.

—Nada. Nadie. Absolutamente nadie. ¿Estás en una ambulancia? —Me preocupé.

—¿Una ambulancia? —Se interesó Clay.

Le di la espalda a todo el grupo y me abrí paso a empujones, para salir del ruidoso bar.

—¿Sabes qué? No es importante. Solo ve al maldito hospital si tu familia significa algo para ti —dijo Vee, antes de colgar.

—¡Oye! ¡Wes! —Llamó mi amigo.

No lo escuché y salí del bar hacia mi coche, sin fijarme en Clay que tropezó detrás de mí.

Ya me ocuparía de su culo borracho más tarde, cuando pudiera gritarle y sacudir su maldito cerebro. En cuanto di el contacto, enfilé el coche fuera del aparcamiento y fui directamente hacia el hospital más cercano. Estaba aturdido y deseaba pegarle a mi amigo un puñetazo. Si no hubiera sido un hombre decente, habría dejado que aquella mujer se cayera al suelo sin nadie que la sujetara.

Mierda. Uno de los niños estaba herido.

Debía ser eso porque Vanessa hablaba como si no pudiera ser otra cosa. Pasé a toda velocidad varios semáforos en ámbar, para reducir el tiempo, y aparqué lo más cerca posible de la puerta de entrada del hospital.

Cuando llegué corriendo, me faltaba el aire.

—¿Dónde está mi familia? —pregunté nada más entrar.

—Señor, ¿puede calmarse y decirme a quién busca? —La enfermera me miró extrañada.

—Estoy buscando a mi familia. Vanessa. Dos niños. Han venido en ambulancia.

—¿La joven con el corte en la cabeza? —Me miró fijamente.

—¿Qué se ha hecho mi hija?

Pasé por delante de la enfermera y atravesé las puertas dobles.

Al entrar en el pasillo, escuché a mi hija llorar y llamándome a gritos. Vanessa trataba de calmarla mientras Evan sollozaba a su lado.

Seguí los sonidos de mi frenética familia. Doblé la esquina y vi a Vee sosteniendo la cabeza de la niña. Tenía la frente llena de sangre y un doctor preparaba una aguja a su lado mientras sujetaba sus brazos. Ella no dejaba de llamarme y todo mi cuerpo entró en modo protección. La idea de que alguien sujetara a mi hija me encendía por dentro y, antes de pensar en lo que estaba haciendo, saqué a Vee del camino y tomé en brazos a mi hija.

—Está bien. Papá está aquí. Necesito que te quedes quieta, princesa. ¿Está bien? Tenemos que limpiarte —le hablé con suavidad.

Dentro de todo lo malo, el corte no era tan grande, aunque era profundo. Se veía su cráneo blanco, pero el área que estaba llena de vasos sanguíneos. Limpié las lágrimas de mi hija mientras Vee hacía callar a Evan en un rincón. La oí salir de la habitación entre sollozos y no comprendí que pasaba, ya que solo había estado fuera de casa unos veinte minutos como mucho.

Una vez que anestesiaron a Madi, se tranquilizó. Mientras el doctor le daba unos puntos, yo no dejé de susurrar suavemente en su oído.

—¿Tendrá que quedarse toda la noche? —Miré al médico.

—No. Este tipo de corte es común en los niños. Especialmente cuando empiezan a querer salir de sus cunas.

—¿Salir de su cuna?

—Eso es lo que dijo su esposa cuando llegaron. Dijo que los niños estaban dormidos y de la nada escuchó un ruido sordo antes de que su hija empezara a llorar.

Me puse enfermo al recordar que yo estaba en un lúgubre bar, tratando de pasar el rato con Clay, mientras Vanessa intentaba ocuparse de todo ella sola. Era la primera lesión real de Madeline y no había estado allí para ayudarla. Para calmarla.

—¿Papá? —Madeline buscó alrededor con la mirada.

—Estoy aquí, princesa. No voy a ninguna parte.

—Voy a darle el papeleo del alta y algunos medicamentos para el dolor. Después, su familia y usted podrán irse a casa y salvar el resto de la noche, explicó el doctor.

—Gracias por todo.

—Volveré enseguida. —El doctor salió de la habitación y Vanessa entró en ese momento.

Evan resoplaba en su hombro y ella mostraba preocupación. Se acercó a Madeline, se inclinó y la besó en la parte de la cabeza que solo tenía moratones. Cuando levantó la mirada hacia mí, la preocupación huyó y fue reemplazada por un fuego como nunca antes había visto en sus ojos.

—Vee, lo siento —susurré.

—No voy a hablar de esto ahora. —Apretó los dientes.

—No pelea —dijo Evan somnoliento.

—¿Por favor? —Madi también se dio cuenta de la tensión que rodeaba a mi mujer.

Vanessa respiró hondo y controló la voz hasta obtener ese tono dulce que siempre usaba con los niños y que siempre los calmaba y hacía reír; pero las palabras que dijo no eran nada tranquilizadoras y no dieron ninguna risa.

—Después de un maravilloso día en el océano, te fuiste con la triste excusa de ir con tu mejor amigo y me dejaste a mí para que me ocupara de esto.

—Madi estaba dormida cuando yo...

—No pelea, papá —protestó Evan.

—Shh —dijo Madeline en voz baja.

—Tú estabas en un bar de copas mientras yo iba en la ambulancia con tu hija. —El reproche sonó muy calmo.

—Creía que Clay estaría solo y cuando llegué, ya había tomado tres o cuatro copas. Me envió un mensaje de texto diciendo que quería pasar el rato, eso ha sido todo. En el momento en que vi que estaba rodeado de mujeres, hice lo que pude para salir de allí.

—Y en el proceso, una se acercó lo suficiente a ti para que su vocecita sensual se escuchara por tu teléfono. ¿Verdad?

—Por favor. ¿Podemos ir a casa? Entonces hablaremos de esto. Te juro que no es lo que parece.

—Si puedes hablar desde la habitación de invitados, entonces hazlo lo mejor que puedas.

Capítulo 29

Vanessa

Al llegar a casa, eran casi las cuatro de la mañana. El doctor siguió haciendo pruebas para asegurarse de que todo estaba bien y que Madeline no tuviera una conmoción cerebral. Cuando llegaron los análisis de sangre, descubrimos que tenía una infección, no era suficiente para iniciar una fiebre, pero sí para hacerla más susceptible a las infecciones que pudiera causar la herida. Así que tuvimos que quedarnos más tiempo, le inyectaron antibióticos y una cosa llevó a otra, lo que hizo que me sintiera como una madre horrible.

También estaba falta de hierro porque no comía carne y ligeramente deshidratada porque, después de estar todo el día en la playa, no había tomado líquido antes de acostarse.

Fue una cosa tras otra y lloré todo el camino de regreso a casa.

Wes trató de consolarme, aunque yo lo que deseaba era darle un puñetazo en la mandíbula. Nos abandonó. Se fue para ir a pasar el rato con su amigo y alguna tonta que estaba colgada de él y me dejó sola para ocuparme de los niños. Otra vez. Como siempre.

Cuando metimos a los niños en la cama, estaba lista para acostarme en el suelo y dormirme y eso fue lo que hice; saqué las mantas de todas las habitaciones y las tiré en el suelo del dormitorio de mi hija.

Ella se durmió al instante, especialmente después de recibir su primera dosis de analgésicos en el hospital antes de que nos fuéramos. Me quedé allí, con la luz de mi teléfono móvil, ojeando todos los informes de Madeline que nos dio el doctor, donde parecían decir lo incompetente que se había vuelto su madre.

Leí sobre algunas fuentes de proteínas que necesitaba ingerir y memoricé la lista de vitaminas aprobadas por el médico para niños con deficiencias como la suya. Repasé las instrucciones de su medicación y los antiinflamatorios, así como la forma de limpiar sus puntos y mantenerlos cubiertos. Revisé el papeleo de las infecciones y cómo leer los síntomas que no siempre son evidentes, como la dilatación de las pupilas y la forma en que Madeline caminaba.

Leí panfleto tras panfleto sobre todos los riesgos, la deshidratación y cómo medirla, basándose en las muescas de sus sienes para indicar si estaba recibiendo suficientes líquidos o no. Listas con viñetas sobre aspectos a los que hay que estar atento cuando se cura una herida abierta y sus síntomas.

La información se desdibujó después de un rato y me quedé dormida, pero cada vez que Madeline se movía, yo me despertaba. Si hacía un ruido, giraba la cabeza para ver si estaba bien y dormité a ratos de diez minutos, pero no llegué a dormirme del todo.

—¿Mamá?

—¿Sí? Buenos días, cariño. Aquí estoy. ¿Qué pasa? —Me asomé para verla.

—¿Desayuno? —preguntó.

—Por supuesto. Por supuesto que podemos conseguir algo de comer. Vamos a ver si Evan está despierto.

Levanté mi doloroso cuerpo del suelo y recogí a mi hija en mis brazos. La venda en su cabeza era

un descarado recordatorio de lo que había pasado la noche anterior. El resto de su frente estaba magullada y el juguete sobre el que había aterrizado al intentar salir de su cuna aún estaba a mis pies, cubierto de sangre. Esa visión me revolvió el estómago. Me agaché, lo recogí y lo tiré a la papelera.

Cuando iba por el pasillo, escuché a Evan.

Madeline levantó la cabeza de mi hombro y señaló la cocina. Olía a café y tostadas, mantequilla y huevos. Crema de cacahuete y rodajas de manzana y queso fundido.

—Papi y Evan están con el desayuno.

—Eso parece. —Estuve de acuerdo.

Entré en la cocina y encontré a Wes sentado junto a Evan en su silla alta. Estaba echando queso rallado en los huevos revueltos y riéndose a carcajadas. Senté a Madeline en su trona y alcancé la taza llena de leche que ya estaba preparada.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó Wes.

Solo escuchar su voz me puso de los nervios. No podía creer que abandonara a su familia después del día que pasamos juntos para ir al bar con otra mujer y con su mejor amigo borracho.

No creí ni por un segundo que no supiera que Clay estaba borracho. Si le hubiera mandado un mensaje lo habría visto en su ortografía y si le hubiera llamado, lo habría notado en su voz. No. Wes se fue porque le apetecía y porque pensó que ya me había aplacado lo suficiente como para volver a sus viejas costumbres.

Pero no funcionó. Las cosas no funcionaban así conmigo.

—¿Has dormido algo? —me preguntó.

Puse la trona de Evan junto a la de Madeline y les entregué un plato de comida a cada uno. No estaba de humor para hablar con él, de modo que cuando di a mis hijos sus tenedores y cucharas de plástico, fui a buscar una taza de café.

Al ver que no decía nada, Wes trató de llamar mi atención.

—Ya te he traído una taza. —dijo señalando la mesa con la cabeza.

La empujó hacia mí y al mirarlo a los ojos vi que los tenía muy rojos, con pesadas ojeras que indicaban falta de sueño, pero sobre todo mostraban mucho dolor y la idea de tocar aquella maldita taza me ponía enferma.

La ignoré y saqué otra vacía, para servirme mi propio café.

—¿Al menos vas a decirme qué pasó anoche? —Fue directo al asunto.

—Madi se despertó, se subió a la cuna y se cayó sobre un juguete. —Procuré ser lo más escueta posible.

—Estaba dormida cuando me fui.

—Bueno, ella se despertó diez minutos más tarde.

Me apoyé en el mostrador de la cocina y tomé mi café, manteniendo los ojos en mis hijos. Afortunadamente, estaban demasiado ocupados comiendo para escucharnos hablar, pero sabía que se dormirían en cuanto terminaran de desayunar. Ambos parecían exhaustos, igual que su padre y yo.

Estaba dolida porque Wes se había ido con su amigo por la noche y me preguntaba si esa era su manera de vengarse de mí, por todas las cosas que le había hecho. Estaba demasiado cansada para asimilarlo todo, pero eso no impidió que mi mente se arremolinara. Sabía que Clay intentaba que Wesley rompiera conmigo, porque era el mayor mujeriego que había conocido. Si Wes se quejaba de nuestros problemas matrimoniales, como yo había hecho con Lydia, sabía que no intentaría convencerlo para que arreglara las cosas.

Le metería en la cabeza que terminara con nuestro matrimonio.

—¿Podemos hablar, por favor? —Insistió Wes.

Se acercó a mí, pero yo me alejé con rapidez. No quería discutir delante de los niños, ya habían visto, escuchado y experimentado suficiente para sus pequeñas vidas. Me senté en la mesa de la cocina y miré fijamente la pared. Puse mis piernas en la silla que había a mi lado, para que Wes no pudiera sentarse allí. No quería estar cerca de él. No después de oír la voz de esa mujer a través de su móvil, mientras yo iba en la ambulancia con su hija.

No confiaba nada en Clay; sobre todo, desde que encontré aquellos mensajes de texto el día que Wes y yo nos casamos.

Mi marido dejó un plato de comida delante de mí y me sentí demasiado cansada para apartarlo. Se me hizo la boca agua cuando Wes me acercó un tenedor y lo oí besar a Evan y a Madeline, antes de sentarse a la mesa, frente a mí, no a mi lado como solía hacer. Me miró mientras chafaba mis huevos y evité su mirada a propósito.

No quería darle la impresión de que estaba lista para hablar de lo que pasó.

Aunque me sorprendió todo lo que había hecho, aunque no hubiera dormido, procuré que eso no me impresionara. No tenía nada que decirle y él sabía lo mucho que la había cagado. Nuestro fin de semana empezó con una nota maravillosa y había terminado cayendo en espiral contra el suelo. A nuestra vida en común siempre le pasaba eso, comenzaba de maravilla y luego se detenía por decisiones estúpidas que ambos tomábamos.

Pero por alguna razón, no pude evitar el tema y, aunque culpé a mi agotamiento, sabía que era algo más profundo.

Algo más siniestro que eso.

Comí lo que pude antes de apartar mi plato, miré a mis hijos y, como supuse, se habían dormido. Terminé mi café y me levanté, pero Wes se adelantó, como si estuviera tratando de probar que podía hacerlo todo.

—Siéntate, yo me encargo de esto. —Se ofreció.

—He terminado de comer.

—Entonces ve a acostarte y descansa un poco. Lee un libro. Tómate un tiempo. Ya lidiaste anoche bastante. —Fue toda una sucesión de consejos.

Y no los iba rechazar, al menos el de dormir, pero no me iba a acostar con él.

Limpié mi plato y puse mi taza en el fregadero, mientras él sacaba a Madeline de su silla alta. Me arrastré por el pasillo y lo oí tumbarla en su cuna y cantarle la canción que siempre le cantaba desde que era pequeña.

—«Tú eres mi Madi, mi única Madi. Me haces feliz cuando el cielo está gris».

Aquella melodía me tiró del corazón y me arrancó un par de lágrimas, pero le eché la culpa a lo cansada que estaba, aunque sabía que ese no era el problema. Aquella canción traía recuerdos de mejores tiempos en nuestro matrimonio, cuando solo teníamos ojos, el uno para el otro. Tiempos en los que todavía rechazábamos a Lydia y Clay para hacer cosas, porque queríamos estar solos. Tiempos en los que los fines de semana siempre terminábamos haciendo el amor, sin culpar al otro por nuestro dolor.

Continué caminando por el pasillo mientras Wes iba a buscar a Evan y entré en el dormitorio de invitados.

Cerré la puerta y eché el cerrojo. Si Wes me necesitaba, podía llamar o arrancar las bisagras. Me

tiré en la cama y me cubrí con las sábanas hasta la barbilla. Enseguida cerré los ojos, los tenía pesados como si tuviera sacos de arena y aunque hubiera querido abrirlos, no podía. Era imposible. Oí a Wes en la habitación de al lado, acostando a nuestro hijo y cantándole la única canción que consiguió dormir a Evan cuando tuvo cólicos de lactante.

Y me dormí con lágrimas en los ojos y recuerdos de momentos mejores.

—«Girar alrededor del Evan. Gira hasta que se ría. Papá, te quiere. No importa lo que pase».

Capítulo 30

Wesley

Entré en la oficina del consejero y me sorprendí al ver que Vanessa ya estaba allí. El doctor Yates se dio la vuelta y me saludó con una sonrisa amable, luego me hizo señas para que me sentara. Ella se había quedado en un lado del sofá, prácticamente acurrucada a un lado. Entendí la indirecta, aunque no quise reconocerlo. Deseaba poner mi mano en su muslo y masajearlo durante nuestra sesión, que supiera que yo estaba allí, que iba en serio con la terapia y con nuestro matrimonio.

Vee cruzó una pierna sobre su rodilla y movió el pie mientras golpeaba el lado del sofá.

—Si te sientas, Wesley, podemos empezar —dijo Yates.

—Acabemos con esto —murmuró Vanessa.

Sus palabras me apuñalaron en el corazón.

Me senté al otro lado del sofá y respeté la pared invisible que ella había construido deliberadamente. Crucé las manos en mi regazo y respiré hondo, después dejé salir el aire despacio mientras descendía los hombros.

—Aunque no os deis cuenta, esto es una mejora con respecto a la última vez. Habéis venido los dos y eso significa que hay potencial de curación —explicó el doctor.

—Estoy aquí porque lo prometí. Eso es todo —aclaró Vee.

—Y yo porque hice la misma promesa —dije.

—Eso es bueno. El terreno común es bueno. —Sonrió el hombre.

Vee se burló y yo traté de ignorarla, para alisar ese terreno del que hablaba el médico.

—Vanessa, ¿por qué no empiezas la sesión? Parece que tienes algo que decir —dijo Yates.

—Ni siquiera sé por dónde empezar. —Se encogió de hombros.

—Empieza por donde quieras. Pero antes vamos a establecer algunas reglas básicas.

—Maravilloso. Reglas —murmuró.

—Sí, reglas. Se aplican en ambas partes, así que solo las diré una vez. Vanessa, tendrás dos minutos para hablar sin exagerar ni adular tus palabras. Y luego, Wesley tendrá la oportunidad de rebatirlo. Y sea lo que sea que decida rebatir, intentaremos arreglarlo.

—Suena como si se tratara de un debate —ironizó ella.

—Vee.... Vamos —amonesté con censura.

—Oh, no te atrevas. Me dejaste sola para enfrentar el primer gran trauma que tu hija ha experimentado, para ir a beber con tu amigo idiota y una tonta que quería que te acostaras con ella. No te atrevas a decirme nada —me advirtió.

—¿Es todo lo que quieres decir? ¿O quieres hablar un poco más? —intervino Yates.

—El sábado fue un día estupendo, Cociné su cena favorita el viernes por la tarde y ni siquiera pudimos comerla porque pasamos la noche haciendo el amor. Me desperté abrazada a él, cosa que no pasaba desde hacía años, doctor. Disfrutamos de un gran día en la playa, los niños estaban felices y tenía la sensación de que volvíamos a ser una familia de nuevo. Y entonces, asomó la cabeza a la cocina y me dijo que se iba a pasar el rato con su amigo al bar. Después, mi hija se abre la cabeza, hay sangre por todas partes, pero él está en el bar mientras yo me encuentro sola en casa. ¡Sola! ¿Qué

pasa cuando lo llamo desde la ambulancia? Adivina lo que oigo: la voz de otra mujer.

—¿Eso es cierto? —preguntó el doctor.

—No fue como lo cuenta. Acudí al bar porque mi mejor amigo de la universidad dijo que quería pasar el rato. Cuando entré, estaba rodeado de mujeres borrachas y traté de salir de allí, pero la chica que estaba con él comenzó a tirar de mi brazo; quiero decir, empezó a manosearme, por el amor de Dios...

—¡Ella qué! —exclamó Vee.

—Déjelo hablar —pidió el doctor con calma.

—Cuando Vanessa me llamó desde la ambulancia, estaba tratando de salir de allí. Esa mujer me agarró por el brazo y al tirar de ella para liberarme, lo hice tan fuerte que tropezó con sus pies y tuve que sujetarla para que no se cayera. Eso fue todo lo que mi mujer escuchó. Yo sosteniendo con el brazo a una mujer borracha que, según todos los indicios, intentaba meter su mano en mis pantalones.

—No habría pasado si te hubieras quedado con tu familia —espetó Vee bruscamente.

—Señora Harding, estas reglas están en vigor para que todas las partes puedan hablar libremente. Por favor, respételas —pidió el médico.

La oí resoplar, pero no intentó volver a intervenir.

—Ahora, Wesley. ¿Es cierto que no pediste permiso? —preguntó el doctor.

—¿Por qué debería hacerlo? He estado yendo y pasando el rato con Clay durante años —me defendí.

—Y como marido y padre, ¿no crees que tu mujer debería tener algo que decir en lo que haces con tus tardes? Especialmente si no la incluye a ella —apostilló él.

—No me pregunta cuándo puede ir a pasar el rato con su amiga, Lydia —dejé caer.

—¿Es eso cierto? —El médico miró a Vee.

—Lydia y yo nos reunimos en nuestros descansos para almorzar cuando estoy trabajando. No por la noche, después de que estemos en casa con los niños como una familia. Mi familia siempre es lo primero para mí, pero no lo es para él. Si sale con Clay, siempre lo hace después del trabajo. Me deja en casa con dos niños pequeños y hace que me sienta como si fuera una madre soltera; de hecho, así me he sentido durante casi un año.

—¿Qué? —pregunté, extrañado.

—Wesley, las reglas —me recordó el doctor.

—Entonces, ¿podemos empezar a hablar de la parte en la que se siente como una madre soltera? Porque eso me molesta mucho —decidí muy serio.

A pesar de la tensión en la sesión, fue muy bien. Y descubrí mucho sobre cómo se había sentido mi esposa durante el último año. Su soledad. Su vacío. Cómo lloraba silenciosamente hasta dormirse por la noche. Joder, nunca lo supe. Nunca supe que estaba ahí tirada, llorando sobre la almohada conmigo a su lado. Me rompió el corazón. Destrozó mi mundo. Pero finalmente, después de meses y meses de encerrarnos, finalmente estábamos liberando esas cadenas.

Y al final de la sesión, decidimos acordar otra.

—Creo que tenéis mucho potencial para hacer grandes cosas juntos. Solo hay que trabajar en la comunicación adecuada —resumió el doctor Yates.

—Creo que sí. —Estuvo de acuerdo Vee.

—Gracias por atendernos, doctor.

—La próxima sesión será el lunes a la misma hora. Si queréis, podemos hacer que sea algo

recurrente, pero no lo estableceremos hasta después de la reunión de la semana que viene.

—¿Por qué no ahora? —Quiso saber Vee.

Al oírla hacer la pregunta, mi corazón se llenó de esperanza.

—A veces, el subidón de la primera sesión de asesoramiento puede proporcionar una sensación engañosa de que las cosas se están arreglando. La segunda sesión será mucho más cruda y puede que no sea tan agradable ni proporcione las mismas emociones. Después de la segunda sesión, una pareja sabrá si la terapia es para ellos o no. Cuando lo hayamos determinado, estableceremos un programa de citas recurrentes por lo menos durante un año.

—¿Un año? —Me pareció mucho.

—Sí. Firmaremos un contrato, ya que el asesoramiento matrimonial es serio. Se necesitan más de cuatro o cinco sesiones para arreglar las cosas. Si os dedicáis a mí, yo me dedico a vosotros. Si tenéis un horario, yo tengo un horario. Un año, una vez a la semana y después volveremos a valorarlo —dijo el doctor.

Miré a mi mujer y la vi asentir con la cabeza.

—Entonces, nos vemos el próximo lunes —concretó.

—Estupendo. Nos vemos el lunes —se despidió el doctor.

Estreché la mano del doctor y luego traté de escoltar a mi esposa fuera del edificio. No me dejé poner la mano en su espalda, pero me sonrió brevemente antes de entrar en su coche. Respiré hondo y supuse que trabajaría en la oficina de casa, ya que había pedido el día libre, pero no podía estar molesto. Se había ganado un día de silencio por todo lo que había hecho para crear una familia conmigo y ayudar a que mi vida funcionara tal y como lo hacía. Mi carrera había progresado gracias a eso.

Noté que mi teléfono vibraba en el bolsillo y fruncí el ceño al mirarlo. Tenía un mensaje de Vee y, al leerlo, la esperanza me corrió por las venas y me animó.

«Estoy atrapada en un atasco y pensando en la cena. Dime qué te apetece para esta noche».

Santo cielo, tenía una mujer estupenda. Escribí mi respuesta y le dije un montón de cosas que sabía que disfrutaría en la cena. Sinceramente, no me importaba lo que teníamos, todo lo que me apetecía era sentarme con ella y los niños cuando saliera del trabajo; que nos comportáramos como la familia que éramos. Íbamos en el buen camino y estábamos comenzando a labrarnos un futuro mejor.

«Tenemos el asado, pero me encanta tu pollo con miel y albahaca. Y tu jamón con manzana con sidra. Y tu pizza casera. Así que mi voto va para esos platos».

Envié el mensaje con una sonrisa antes de ir a mi coche.

Podríamos hacer que nuestro matrimonio funcionara. Sabía que podíamos. Una cita, una semana y un día a la vez.

Capítulo 31

Vanessa

—Bien. Por fin conseguí que Madi se quedara en la cama —anunció Wes.

—¿Le cambiaste la venda y le diste el medicamento para el dolor?

—Hecho y hecho. Y también limpié la herida.

—¿Era eso lo que discutíais? —Sonreí.

—Sí. Estaba cansada y no quería, pero ya está dormida. Me quedé allí hasta que se durmió.

—Bien. He pensado que podríamos ver una película —sugerí.

—¿Una película? ¿Qué clase de película tienes en mente para un lunes por la noche? —Su tono resultó juguetón.

—Uno que nos ayuda a relajarnos de nuestra sesión de terapia.

—Fue un poco intenso —reconoció.

—Creo que «poco» no es la palabra adecuada.

—¿Te encuentras bien con todo esto? —preguntó.

Wes se sentó a mi lado cuando empezó la película. Era una comedia romántica que ya había visto varias veces. No tenía mucho sentido y sabía que terminaría adormilada y acurrucada contra mi marido antes de que terminara. Eso era lo que quería para mi noche, que nos quedáramos dormidos en el sofá, abrazados, como solíamos hacer al principio de nuestra relación. Antes de las peleas, de las facturas, las hipotecas y los niños, cuando no teníamos ninguna preocupación.

—Creo que, aunque al principio fue un poco duro, pusimos sobre la mesa muchos sentimientos que teníamos ocultos.

—Como el que dijiste de que te sientes como una madre soltera todos estos años.

—Y tú que crees que reprimes injustamente tu capacidad de tener una vida social —le recordé.

—Sin embargo, tienes razón. Siempre me reúno con Clay después del trabajo.

—Y tenías razón al decirme que apoyas a los niños y a mí de otra forma. No solo con tu presencia física.

—Me alegro de que por fin podamos ponernos de acuerdo en algo. —Sonrió.

—Así se está bien, ¿verdad? Me alegro de que no hayamos perdido ese concepto.

La película siguió sonando y sentí que los ojos se me cerraban.

Wes me metió entre sus piernas y me rodeó fuertemente con los brazos. Apoyé la cabeza en su hombro y respiré su aroma mientras frotaba la nariz contra su cuello.

Se estaba muy bien tan cerca de mi marido. Ser capaz de ser sostenida por él y no discutir después de que los niños estuvieran dormidos, pero cuando noté su polla presionando mi espalda, mi cuerpo cobró vida.

—Bueno, ¿qué tenemos ahí? —Mi voz sonó gutural.

Me puse de espaldas a él que gimió en mi oído.

—Se supone que debemos estar viendo la película, Vee.

—Y sin embargo, hay una cosa que me está pinchando en la espalda.

Me balanceé contra él de nuevo, estirando mis piernas mientras sus brazos me apretaban.

—No abras una lata de gusanos que no puedes manejar, preciosa.

—¿Quién dice que no puedo?

—Estabas a dos segundos de roncar hace un momento —me recordó medio en broma.

—Y ahora, estoy despierta.

Me apreté contra sus caderas y fue suficiente para que se lanzara. Descendió los labios hasta mi cuello y mordisqueó mi piel, haciéndome cosquillas. Incliné la cabeza hacia un lado para darle acceso y el corazón se me puso a mil. Un calor embriagador se deslizó por mis huesos y se me escapó un suspiro. Introdujo una mano bajo mi camisa y danzó con los dedos a lo largo de mi estómago, trazando los contornos de mis estrías.

—Una mujer tan hermosa —susurró.

—Nunca me cansaré de oírte decir eso —gimoteé.

Agarré su pantalón de pijama mientras él introducía la mano bajo mi pantaloncillo corto. Metió los dedos bajo las bragas hasta alcanzar los pliegues del coño. Me mordí el labio inferior para no gemir demasiado fuerte. Los niños acababan de irse a dormir y no estábamos con la puerta cerrada. Abrí las piernas para él mientras sus labios mordisqueaban mi cuello. Me tembló la mandíbula cuando separó los labios de mi sexo, dejando escapar los jugos que retenían y cubriendo sus dedos al tiempo que exploraba mis profundidades.

—Estás muy mojada por mí —tatareó en mi cuello.

—Wes, me gusta mucho —susurré.

Me acercó más a él y su polla empujó contra mí con tanta fuerza que me dolió sentirla. Metí una mano en sus pantalones y la rodeé con los dedos. Él gimió más fuerte y me puso la piel de gallina mientras clavaba los talones en el sofá.

—Oh, no voy a durar mucho, si sigues haciendo eso —jadeó mientras hablaba.

—Créeme, yo tampoco —aseveré.

Se arqueó en mi mano sin dejar de acariciar mi clítoris. Rodé contra él con facilidad por los jugos que cubrían sus dedos mientras los sacaba de mi cuerpo. Moví la cabeza y capturé sus labios, no podía dejar de suspirar y lloriqueé en su garganta para amortiguar mis gritos de placer.

—Mierda, Vee.

—Oh. Wes. Sí.

Nuestras lenguas danzaron juntas y deslizó la mano que le quedaba libre por la parte trasera de mi pantalón. Me arrastró por su cuerpo para amoldarme a él cuando separé las piernas y alcé las caderas para que llenara mi coño con sus dedos.

—¡Oh, mierda! —Lloré en su boca.

—Córrete para mí, Vee. Hazlo.

Él gruñó contra mis labios mientras mis gemidos inundaban su boca y todas las estrellas del firmamento estallaron detrás de mis ojos mientras todo mi cuerpo se estremecía.

El soltó una suave carcajada al ver que no podía respirar y liberó mis labios. Sabía que no haría ruido y que mi placer era demasiado grande. Mi orgasmo se ahogó en su boca y grité su nombre sin articular palabra. Sin dejar de frotar mi clítoris, acariciándolo mientras pulsaba contra sus dedos, acaricié más fuerte su polla, meciéndola como si la engullera en mi cuerpo.

—Mierda. Mierda —gritó Wes.

Choqué sus labios contra los míos mientras mi cuerpo volvía a los suyos y era hora de que se soltara. Mi mano temblorosa se deslizó arriba y abajo de su polla dura a punto de derramarse.

Sacó las manos de entre mis piernas, me abrazó y me dio un beso que no recordaba haber recibido otro igual en mi vida. Nuestros dientes chocaron mientras su semen lubricaba mi mano para acariciarlo más. Le temblaban las piernas, todo su cuerpo tembló por mí, y eso me produjo mucha felicidad, ya que todavía podía hacer que mi marido se deshiciera de placer.

Finalmente, se desplomó contra el sofá, jadeando en busca de aire mientras yo soltaba lentamente sus labios.

Apoyé la cabeza en su hombro y comenzamos a relajarnos en el sofá. El mueble se había quedado un poco torcido y comenzamos a reírnos. Volvimos a besarnos, disfrutando de lo mareada que me sentía. Saqué la mano de entre sus piernas y miré la brillante evidencia del éxtasis que ambos habíamos experimentado.

—Creo que necesitamos una ducha —sugirió Wes sin pensar.

Lo miré y sonreí.

—Eso tiene remedio, ya sabes.

—Dame un segundo para sentir de nuevo mis piernas.

Levanté la mano y lo besé en la cara, dejando allí mis labios. Lo incité a que bajara su boca a la mía y la capturé en el más dulce de los besos. Mi mano cayó en la camisa contra su pecho y agarré la tela mientras mi cabeza giraba. Eso era lo único que no había cambiado, la única cosa que seguía igual, los besos de mi marido nunca dejaron de hacerme volar.

Los dos rodamos del sofá, sin poder levantarnos. Caímos al suelo en un ataque de risa y procuramos callarnos, para no despertar a los niños. Alcancé el mando a distancia y apagué la televisión, luego hice una mueca por el desastre que habíamos dejado y eso nos hizo reír de nuevo, entonces Wes se acercó y puso el control remoto en uno de los estantes flotantes que había instalado cuando nos mudamos.

—Limpiaremos esto mañana. Ahora necesitamos ducharnos —me advirtió suavemente.

—¿Lo hacemos juntos?

Me miró de arriba abajo mientras me ponía de pie. Se fijó en mis tetas y en cómo se insinuaban bajo mi camiseta. Luego, miró la mancha húmeda que tenía entre las piernas y vi su polla presionando contra su pantalón. El contorno hinchado fue suficiente para hacer que mi cuerpo volviera a revivir para él y, de repente, lo deseé más de lo que podía soportar.

—Solo si me dejas limpiarte —sugirió.

—Podemos limpiarnos mutuamente hasta que se enfríe el agua.

—Suenan perfecto para terminar la noche.

—Te daría la mano, pero...

Los dos nos echamos a reír y sofocamos las risas cuando Wes se acercó a mí. Miré sus hermosos ojos verdes antes de que me tomara entre sus brazos, me apoyé en su pecho y me llevó a través de nuestro hogar.

—¿Recuerdas cuando cruzamos el umbral de nuestra habitación de hotel en nuestra noche de bodas? —preguntó.

—Sí. Lo hiciste también cuando nos mudamos a nuestro apartamento.

—Y cuando nos mudamos a esta casa —me recordó.

—Y en cualquier otro momento puedes inventar una excusa para hacerme perder el control.

—¿Eso es malo? —inquirió antes de colocarme sobre la encimera del baño.

—No. —Sacudí la cabeza—. No lo es.

—Me alegro. Porque pienso llevarte en brazos hasta que seamos viejos y los niños se hayan hecho mayores y se marchen de casa.

—¿Realmente planeas estar conmigo tanto tiempo?

Lo vi encender la ducha antes de que sus ojos encontraran los míos.

—Te hice una promesa cuando caminamos por ese pasillo, Vanessa. Para bien o para mal. Ahora mismo hemos tenido algunos problemas, pero todo saldrá bien si hacemos algo al respecto.

Sus palabras se grabaron en mi mente mientras se desnudaba.

—¿Lista para la ducha? —Hizo la pregunta mirándome.

Me saqué la camiseta por la cabeza y mis pechos oscilaron ante él.

—Te quiero, Wesley Harding.

Me ayudó a quitarme los pantalones cortos antes de abrazarme.

—Yo también te quiero, Vanessa Harding.

Y fue allí en la ducha donde pude gritar de placer todos los gemidos que había ahogado en la sala de estar.

Capítulo 32

Wesley

—Veo que estás trabajando duro, Wes.

—Y yo he oído que hoy estás libre, Clay.

—Oh, qué desagradecido. Te traigo la comida y me escupes como si fuera el mismísimo Satán.

—También podrías estar jugándomela como el sábado por la noche.

Levanté la vista de mi escritorio y me fijé en mi mejor amigo que estaba en la puerta. La conmoción en su rostro era evidente, lo que me dijo que no recordaba lo sucedido el sábado por la noche. Eso significa que no podía descargar mi enfado contra él. Genial.

—¿Disfrutaste de tu lunes libre? —Preferí cambiar de tema.

—Lo necesitaba para recuperarme del fin de semana.

—Ya imagino. Cuando me presenté el sábado ya estabas bastante borracho.

—No creí que fueras a ir —reconoció muy serio.

—No. Realmente no lo hiciste. —Fui bastante brusco.

Clay entró y cerró la puerta, pero no estaba seguro de querer que se sentara. Tenía una bolsa de comida y dos bebidas en las manos, pero no estaba seguro de querer comer con él, aunque tenía que solucionar lo que pasó el sábado. Si no lo recordaba, tenía que decirle algunas cosas al hombre que había considerado mi mejor amigo durante más de una década.

Y necesitaba escucharme.

—¿Cómo está Madeline? —Se interesó.

—La herida de la cabeza está curándose bien. No hay infección hasta ahora, aunque hay otras cosas con las que estamos lidiando.

Clay comenzó a desenvolver la comida.

—¿Cómo qué?

—Como la anemia y algún tipo de infección aleatoria que no tenía un punto de origen.

—No me sorprende que esté anémica. ¿Vanessa todavía no puede hacer que coma carne?

—Ninguno de los dos podemos.

—¿Cuántos puntos de sutura necesitó?

—¿Recuerdas que tuve que irme porque mi hija se abrió la cabeza, pero no recuerdas a la mujer que me endosaste en el bar y que me tiró los trastos porque pensó que tenía derecho a hacerlo? —Lo miré fijamente.

—La verdad, es que no pensé que te disgustaría tanto.

—¡Estoy casado, Clay!

—Tu matrimonio es un desastre, Wesley. Caray... maldita sea, ¿puedes escuchar un segundo? Cada vez que te veo, te quejas de Vanessa. Sobre algo que ha hecho o dicho o no ha hecho o no ha dicho. Estás aquí en tu oficina mucho después de las horas de trabajo y nunca rechazas una invitación para tomar una cerveza. Y sé que es porque no quieres ir a casa, Wes. No quieres volver a toda esa mierda que te está destrozando.

—Los dos nos hemos dañado mutuamente y, aunque estemos luchando, eso no te da el derecho de

actuar como si pudieras decidir sobre nuestras vidas, ni tampoco a buscarme una mujer borracha. Mientras que este anillo siga legalmente en mi dedo, estoy fuera de los límites, hombre. ¿No lo entiendes?

—Estoy cansado de verte así. —Se encogió de hombros—. Eres mi mejor amigo, joder. Y claro, te enamoraste de una universitaria y yo perdí a mi colega. Me alegré por ti, por supuesto, pero el día de tu boda te dije que no sentaras cabeza, que no te casaras. Luego, tuve que reconocer que parecía que te conformaste con tu esposa, hasta que llegó un momento en el que me di cuenta de que acerté al vaticinar que tu matrimonio fracasaría.

—No me conformé con mi esposa. Ella es lo mejor que me ha pasado en la vida, Clay. Y no tienes derecho a invitarme a salir con un montón de mujeres, como si estuviera soltero. Te lo repito, soy un hombre casado.

—¿Por qué no dejas de gritarme para que podamos hablar? Porque déjame decirte algo, si le gritas a Vanessa así, no me extraña que haya ido tras su maldito compañero de trabajo.

Me levanté y me acerqué a Clay. Se apartó de mi escritorio y echó los hombros hacia atrás y vi cómo se dilataban sus fosas nasales. Abrió mucho los ojos y cambió de postura. Estaba dispuesto a golpearlo y tirarlo al suelo de un puñetazo en medio de mi maldita oficina.

—Pensé que querías pasar el rato. Solo nosotros dos. Así es como lo expresaste en tu mensaje de texto y yo me lo tomé así —le expliqué.

—Entonces, ¿por qué no entraste en el bar, señalaste lo felizmente casado que estabas y se lo dijiste a la mujer? Ya estaba besando a su mejor amiga y hubiéramos hecho un buen trío. Solo porque ya no sea tu compinche no significa que no puedas ser el mío.

Me reí y sacudí la cabeza.

—Eres una verdadera joya, ¿lo sabes?

—¿Por qué no das un paso atrás y hablamos de ello?

Respiré hondo y puse un poco de espacio entre nosotros. Él echó los hombros hacia atrás mientras me daba la vuelta y me pasé la mano por el pelo. Lo necesitaba fuera de mi oficina. No podía soportar mirarlo.

—La mujer no dejó de hablar de ti toda la noche —murmuró.

—Esto no se trata de tu polla, Clay. Se trata de mi matrimonio.

—Lo creas o no, Wes, el mundo no gira en torno a ti y a tu maldito matrimonio.

—¡Mi mundo gira alrededor de él! —Mi grito hizo eco en las esquinas de la oficina—. ¡El mundo de mis hijos gira alrededor de él! ¡El mundo de Vanessa también!

—¿Tanto como para querer besar a su compañero de trabajo? —preguntó con ironía.

—Estás pidiendo una mandíbula rota —lo amenacé.

—Mira, no entiendo la vida de casado, ni tu mierda, más de lo que tú entiendes mi mierda. Así que te enfadaste porque saliste y una mujer te tocó las pelotas. ¡Vaya, que interesante! Igual es la mayor emoción que has vivido en meses. ¿Verdad?

—Te equivocas —dije entre dientes.

—Bien, bien por ti. Ahora, deja de intentar tapar lo que pasa entre Vanessa y tú con sexo. Busca ayuda, porque estoy cansado de verte dando tumbos y enfadado, y también de ver cómo contienes las lágrimas, ahí, encorvado sobre los papeles en esta oficina, y crees que nadie lo sabe, Wesley.

—¿Qué? —Sus palabras me conmocionaron.

—Sí. Crees que no me importa una mierda, pero me importa. Y no sé cómo luchas con tus

problemas, pero sé cómo lucho con los míos. Y sé que cuando no estoy bien, salgo y bebo; busco una chica, la llevo a bailar... Pero tú... Tal vez no debes buscar una chica porque estás casado con una mujer que no soportas, o lo que sea, pero la única razón por la que te invito a salir es porque así es como yo me las arreglo. Sin embargo, no sé cómo te las arreglas, tío, porque no afrontas tu mierda. —Me di la vuelta muy despacio para mirarlo. Clay avanzó hacia mí y continuó—: Dices que amas a tu esposa, pero yo no lo veo. Diablos, Wes. Una mujer que apenas conozco, me promete una aventura de una noche y me escapo de la oficina una hora antes. Ni siquiera recuerdo el nombre de la mujer y salgo del trabajo temprano por ella.

—Tengo una familia que mantener, Clay. No una mujer a la que follar por una noche.

—¿Así que vienes aquí antes de que se despierten y te vas cuando ya están durmiendo, porque los quieres? Tienes un sueldo, Wes, no cobras por horas. Ninguno de nosotros lo ha hecho durante años. Entonces, ¿qué coño haces entrando aquí a las siete y saliendo a las ocho? Te invito a tomar algo después del trabajo porque nunca me rechazas. Ni una sola vez, Wes. Nunca me has dicho «tengo que ir a casa para estar con mi mujer» o «tengo una cena con los niños» o «les voy a leer un cuento para dormir».

—Sí, lo he hecho.

—No, no lo has hecho. Ni una sola vez. Tal vez cuando Vanessa y tú salíais, claro. Pero desde que te casaste, nunca, Wes. —Me sentí como si me hubieran apuñalado en las tripas. Clay siguió hablando—: El matrimonio es un trabajo sacrificado, joder. Pero si yo trabajo en la oficina no quiero ir a casa y seguir trabajando. Quiero desahogarme, tomar una cerveza, follar y pasar un buen rato. Y tú no haces tu trabajo, crees que lo haces porque te quedas ahí, encorvado sobre este escritorio, pero no es así. Estás poniendo toda tu energía en la mierda equivocada, hombre.

—Sí, el matrimonio es un trabajo duro —dije sin pensar.

—Entonces, ¿vas a dejar de culparme por tus problemas maritales? Porque estoy cansado de verte sufrir. O lo arreglas o cortas y sales conmigo. Ya no soporto verte así.

Tardé un segundo en reunir las palabras antes de respirar profundamente.

—El matrimonio es un trabajo duro, Clay. Es la cosa más dura que he hecho nunca. Pero, también es la cosa más gratificante. Cuando me despierto a su lado, aunque esté al otro lado de la cama, sigo sintiéndome el hombre más afortunado del mundo. Cuando miro a mis hijos o cuando entro en mi casa, siento ese amor y las recompensas que Vee y yo hemos cosechado con el esfuerzo que hemos puesto para que funcione. Quiero a esa mujer más que a nada en este planeta. Más que a mi trabajo. Más que a mi vida. Más que a ti.

Clay asintió.

—Por eso eres un hombre que necesitaba casarse. Y esa es la razón exacta por la que soy un hombre que no necesita estar casado. Pero tienes que dejar de culpar a la gente que te rodea de toda esta mierda que pasa en tu vida, porque las únicas dos personas que caváis el hoyo en el que estáis, sois Vanessa y tú.

Me reí.

—Sabes, estaba listo para romperte la mandíbula y decirte que estamos en dos niveles diferentes.

—Lo estamos, Wes. Estamos en dos momentos completamente diferentes de nuestras vidas, pero eso no significa que no sepa lo que necesito oír. Nunca entenderé esta obsesión por el matrimonio que tiene la gente.

—Y nunca entenderé tu deseo de estar soltero el resto de tu vida.

—Pero eso no significa que no sepa lo que necesitas, Wes. He estado a tu lado desde que éramos estudiantes de primer año. Desde que teníamos dieciocho años y éramos unos completos idiotas. Nunca entenderás completamente mi vida como yo nunca entenderé completamente la tuya. Pero eso no significa que me importe una mierda.

—No puedo salir a los clubes con mujeres medio borrachas —le recordé.

—Y no tiene sentido que yo vaya a un club si no es para eso

—Entonces, parece que estamos en un punto muerto. —Me quedé allí, mirando al otro lado de mi oficina al único hombre en el que confiaría mi vida.

Lo vi asentir con la cabeza antes de que se acercara a mi escritorio, luego recogió su comida y tomó su bebida. Alzó un brazo para despedirse y, sin decir nada más, se marchó.

No sabía si todavía contaba con mi mejor amigo, pero ahora tenía más perspectiva de dónde me había equivocado en mi relación con Vanessa.

Capítulo 33

Vanessa

—Vanessa, ¿podemos hablar?

Suspiré por el sonido de la voz de Luke.

—Realmente no quiero lidiar con esto hoy. ¿Podemos hacerlo en otro momento?

—Solo será un minuto y dejaré la puerta abierta de par en par.

Levanté la mirada de lo que estaba haciendo y vi a mi compañero apoyado en la puerta de mi oficina. En cierto modo, no quería lidiar con sus tonterías. Wes y yo estábamos en el camino correcto y no quería arruinarlo una vez más por su culpa.

Esa mañana, mi marido y yo nos habíamos despertado abrazados de nuevo y eso reforzaba lo que realmente quería en mi vida. Y no iba a dejar que un mísero compañero de trabajo me arruinara eso. No quería más contratiempos. Pero cuando vi a mi jefe asomarse por encima del hombro, antes de entrar en el cuarto de atrás, fruncí el ceño. Eso despertó mi curiosidad lo suficiente como para que dejara mi bolígrafo.

Me incliné hacia atrás en mi silla y puse en espera los datos de un nuevo cliente que estaba identificando.

—¿Qué quieres? —Lo miré a la cara.

—Solo quiero disculparme por la tensión que provoqué en tu matrimonio.

—¿Y ahora qué?

Luke suspiró.

—Sabía que no estaba bien que almorzáramos juntos y flirteáramos. Yo no soy así, mi madre me educó mejor que todo eso. Al menos, lo intentó. —Crucé los brazos sobre el pecho y me senté allí hasta que Luke decidió continuar—: De todos modos, espero que Wes y tú me perdonéis. Intentar besarte fue del todo inapropiado y no volverá a suceder. Si tengo que hablar contigo, lo haré desde aquí, con la puerta abierta. O te enviaré un correo electrónico si puede esperar hasta más tarde.

—Te lo agradecería, gracias.

—He sido un egoísta. Aquella noche solo pensaba en mi deseo. Estabas tan guapa a la luz de la luna y formamos un equipo tan estupendo, trabajando juntos...

—Luke —lo interrumpí con brusquedad.

—Lo siento. Lo que intento decir es que solo pensaba en mí mismo, sin tener en cuenta cómo te afectaría. Sabía que teníamos que tener los números de los demás para el trabajo, pero empecé a abusar de ese privilegio.

—No eres totalmente responsable de lo que pasó entre nosotros, pero te agradezco y acepto tus disculpas. No puedo hablar en nombre de Wes... —Los dos compartimos una pequeña risa antes de que yo diera un pesado suspiro y agregué—: Eres un buen tipo, Luke y atractivo. Puedo decirlo sin cruzar límites porque decirte que eres guapo es como decirle a alguien que el sol brilla.

—Gracias —dijo, sonrojándose.

—No es un cumplido, Luke. Es la verdad. Eres amable y romántico. Tienes mucho que ofrecer a una mujer. La mujer adecuada para ti. Y así como yo encontré el hombre adecuado para mí en mi

marido, tú encontrarás la chica adecuada para ti, incluso tal vez se convierta en tu esposa.

—No lo creo.

—Yo también pensaba así cuando era más joven.

—Es tan difícil encontrar una mujer que sea inteligente, valiente y fuerte. Que pueda valerse por sí misma, pero que se derrita en mis brazos al final del día. Me gustan las mujeres audaces, pero las audaces de hoy en día suelen ser mujeres poderosas que no necesitan un hombre para mantenerlas como yo quiero mantener a la mía.

Entonces, de repente, me di cuenta.

—¿Cuánto confías en mí? —le pregunté.

—¿Qué? —Me miró extrañado.

—¿Cuánto confías en mí?

—Depende. ¿Vendrá tu marido a almorzar?

Me reí y sacudí la cabeza.

—¿Tienes planes para el almuerzo?

—Esto no va muy bien.

—Conmigo no. ¿Pero tienes un hueco para almorzar con alguien?

—¿En serio? ¿Ya me estás preparando una cita a ciegas? Lo siento, pero no puedo hacer eso, soy un tipo anticuado. Quiero conocer a una mujer por mí mismo, que al verla desde lejos sepa que es la que busco, antes de que me acerque y le pregunte su nombre. Ese tipo de cosas...

—¿Realmente vas a permitir que una fantasía se interponga en tu camino para ser feliz con alguien?

—Confías mucho en esa persona a la que vas a llamar —dijo.

—La conozco desde hace años. Incluso si no os lleváis bien románticamente, ella sería una buena amiga para ti.

—Y todos sabemos que necesito más amigos —bromeó con una sonrisa.

—Realmente necesitas salir más, sí.

Luke respiró profundamente.

—Bien. Bien. Sí, tengo mi hora de almuerzo libre.

—Estupendo. Todo lo que tienes que hacer es ir a la cafetería que vamos siempre. Yo me encargo a partir de ahí.

—Pero si esto explota, ¿qué obtengo? —Me miró de forma enigmática.

—Hago una bandeja de brownies de doble caramelo.

—¡Realmente lo vas a hacer! —gritó mi jefe desde su oficina.

Los dos nos desmoronamos de risa antes de que Luke sacudiera la cabeza.

—Bien. Si va bien, maravilloso. Pero si no... —Dudó.

—Brownies de doble chocolate para el viernes —ofrecí—. Solo tienes que estar en el café al mediodía. Yo me encargaré del resto.

En el momento en que Luke cerró la puerta de mi oficina, agarré mi móvil. Marqué con rapidez y esperé que diera varios tonos de llamada hasta que contestó. Levanté el puño en el aire en un gesto triunfal al escuchar su voz adormilada.

—¿Qué quieres, mujer? —preguntó Lydia.

—Tengo un almuerzo sorpresa para ti.

—No quiero ir a ninguna parte. Es mi día libre.

—Por eso deberías levantarte y ponerte algo que te haga sentirte *sexy*.

—¿*Sexy*? ¿Por qué?

—Eso te despertó, ¿no? —Me reí.

—¿Por qué necesito sentirme *sexy* para el almuerzo? ¿Qué tienes en mente?

—¿Qué opinas de las citas a ciegas?

—¿Es guapo?

—Mucho.

—¿Es alto?

—Oh sí.

—Es tu compañero de trabajo, ¿verdad? —Adivinó.

—¿Importa eso?

—Me vuelvo a la cama.

—Oh, Lydia. Vamos. Mira, Luke es un buen tipo. Es alto, rubio y muy elegante cuando lleva traje.

Recibe muchos beneficios de viaje en su trabajo y nunca he visto que los cobre, lo que significa que viajará contigo si las cosas van bien.

—Continúa. —Pareció interesada.

—Es una persona hogareña, como tú. No sale mucho porque las multitudes no son lo suyo y tiene el mismo sueño raro de conocer a alguien y de enamorarse con solo mirar a la otra persona.

—¿En serio? ¿Mi sueño?

—Oh sí. Es una locura, de verdad. A ninguno de los dos os gusta salir, pero soñáis con conocer a alguien, nunca lo entenderé. Y tiene su propio piso.

—Ya es mejor que la mayoría de los hombres con los que he salido —reconoció.

—¿Qué tienes que perder? Si no funciona románticamente, almuerzas gratis y pasas el rato con un buen tipo con buena conversación.

—Tal vez solo llegue a un rollo de una noche sin ataduras.

—Pues una ventaja, de todos modos. Vamos. Falta una hora para su descanso y seguro que se toma hora y media si te depilas las piernas.

—Sabes que solo necesito quince minutos para un repasito decente.

Me reí y sacudí la cabeza.

—Búscame a mediodía en la puerta de la cafetería, está en la esquina de la agencia.

—Nunca vas a recordar el nombre de ese lugar, ¿verdad?

—No puedo recordar los nombres de la mayoría de los lugares a los que voy. Lo llamo «cerebro de mamá».

—Bueno, asegúrate de que tu «cerebro de mamá» recuerde que está concertando una cita. Porque si llego allí y me encuentro incómoda con un tipo con traje, te voy a matar.

—Prometo que estaré allí para presentaros a los dos.

—Entonces, creo que tengo que salir de la cama.

—Y darte prisa. Son las diez y media —advertí.

Volví al trabajo y me perdí entre los nuevos clientes hasta que mi ordenador empezó a parpadear. Faltaban veinticinco minutos para el mediodía y tenía que ir cerrando los programas. Recogí mis cosas, archivé algunos papeles y cerré el bolso antes de marcharme. No me iba a quedar a almorzar en la cafetería, eso era para los dos, pero quería estar allí el tiempo suficiente para presentarlos antes de marcharme. Tenía planeado quedarme a trabajar en mi hora del almuerzo, recoger a los

niños temprano de la guardería y hacer una cena exquisita para mi familia. Echaba de menos esas cenas en las que todos nos sentábamos a tomar una cena casera mientras los niños parloteaban y Wes hablaba de su día.

Nunca entendí lo que hacía, pero extrañaba que me lo contara.

—¿Listo para ir? —Llamé suavemente en el marco de la puerta de Luke que estaba al teléfono.

Levantó el dedo y terminó de hablar, luego colgó y recogió sus cosas.

—Entonces, ¿esto está sucediendo de verdad? —preguntó saliendo de su oficina.

—Está sucediendo. Vamos. Límpiame esas palmas sudorosas y sígueme.

—¿Cómo se llama? Quiero decir, cuando lleguemos allí, ¿cómo debo llamarla?

—Pensé que querías que te presentara primero —dije tímidamente.

—No hace daño saber un poco sobre ella de antemano.

Sonreí.

—Se llama Lydia.

—Espera, ¿tu mejor amiga, Lydia?

—Es la única.

—Estupendo. Así que, si la cago, estoy doblemente enemistado con mi compañera de trabajo.

Entendido.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí mientras salía por la puerta principal.

—¡Enseguida vuelvo, Roger!

—¡Nos vemos cuando vuelvas, Vanessa! —Se despidió mi jefe.

Luke y yo recordamos las veces que habíamos ido a nuestro pequeño café durante tantos meses. Solo que ese día, era diferente. No iba a comer con él, ni me sentaría en nuestra mesa, tampoco pelearía de broma por la cuenta antes de dejar que la agarrara. No iba a jugar con él por debajo de la mesa ni a sonrojarme mientras me hacía cumplidos.

Hoy se quedaba con una mujer con la que sabía que se llevaría bien.

—Oh, ella ya está allí. Vamos, crucemos la calle —lo animé.

—Espera, espera, espera, espera. ¿La mujer del vestido amarillo?

Miré su mano alrededor de mi brazo mientras el tráfico se aceleraba. Seguí su mirada y vi a Lydia de pie, con su vestido amarillo de verano revoloteando sobre sus rodillas. La mano de Luke se deslizó lentamente de mi brazo y la dejó caer, sus ojos brillando por el *shock*. Sonreí y le permití tomarse su tiempo para asimilarlo.

—Lleva unos pendientes preciosos —observó.

—Asegúrate de decírselo. Le encantan los pendientes grandes.

—¿A qué se dedica?

—Es enfermera del hospital de la carretera. Tiene el día de hoy y el de mañana libres.

—Uhm.

El semáforo de peatones se puso en verde y acaricié su brazo para animarlo.

—Ve por ella, Luke.

—Espera. —Iba a girarme cuando él me agarró por el brazo. Lo miré y vi una sonrisa en sus ojos.

Me soltó con rapidez, se limpió las manos en los pantalones y respiró profundamente—. Gracias, Vanessa.

—Disfruta de tu almuerzo. Y que sepas que, esta noche, Lydia me contará todo con pelos y señales.

—Tomo nota —dijo, riéndose.

Corrió por el paso de peatones antes de que la luz cambiara.

Me apoyé en el poste y lo vi caminar hacia Lydia. La llamó con un toque en el hombro y cuando ella se dio la vuelta, observé sorpresa en su mirada. Echó un vistazo a su cuerpo con disimulo, se estrecharon las manos y se miraron, el uno al otro, como si el mundo se hubiera parado.

Sonreí y cuando le abrió la puerta para que pasara, supe que era mi señal para irme.

Debía regresar al trabajo para poder terminar pronto y marcharme junto al hombre que deseaba ver.

—Divertíos —dije en voz baja, desde la lejanía.

Entonces, me dio la vuelta y regresé a mi oficina.

Capítulo 34

Wesley

—¿No vas a ir a trabajar hoy? —preguntó Vanessa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Son casi las ocho y estoy a punto de salir para llevar a los niños a la guardería.

—Te lo dije, me los llevo, Vee. No hay problema.

—Entonces, hoy trabajas. —Fue más una afirmación que una pregunta.

—Entraré más tarde, pero tengo trabajo. Sí.

—¿Desde cuándo entras un poco más tarde?

—Desde que mi esposa comenzó a dejar la puerta del baño sin cerrar.

Sonreí con la taza de café en las manos y vi cómo sus mejillas se teñían de ese hermoso tono rojo.

Introdujo la última uva en la boca y agarró su taza de café para llevar.

Los niños estaban jugando en la sala y yo me senté allí con mi ropa informal de los viernes, esperando que ella saliera por la puerta y se pusiera a trabajar.

—Bueno, yo también trabajaré menos hoy. Estaré en casa sobre las dos —anunció.

—No te molestes en traer a los niños. Ven a casa y disfruta. Yo los recogeré.

—Vaya. Vas a trabajar más tarde y traerás a los niños. ¿Qué harás con ellos cuando los recojas a las tres?

—¿Quieres irte ya a trabajar, mujer? —insistí.

Vee soltó una carcajada y agarró una manzana antes de acercarse y besarme.

—Sabes a fruta. —Sonreí.

—Me tengo que ir —susurró.

—¿Seguro que no quieres quedarte? —sugerí con voz sensual.

—Te veré cuando llegue a casa, Wes.

Me incliné hacia un lado y la vi salir de la cocina. Besó a nuestros hijos, acarició sus narices con la mejilla y los abrazó. Me miró una última vez antes de sacudir la cabeza y luego tomó su bolso y salió por la puerta.

Cuando oí su coche salir de la entrada, supe que había llegado al claro.

Saqué mi teléfono y envié un mensaje de texto al padre de Vanessa, antes de ponerme a hacer las maletas. Tenía unas cuantas horas para conseguir mi plan perfecto para la noche. Para la sorpresa que tenía reservada para mi esposa.

Los niños estaban vestidos y guardé sus cosas en dos mochilas, con sus biberones, juguetes y todo tipo de cosas que podían usar con su abuelo. Los metí en el coche y conduje a través de la ciudad para dejarlos. Iban muy contentos, y corrieron a los brazos de mi suegro, ignorándome por completo.

—Gracias de nuevo por quedarte con los niños —lo saludé al llegar junto a él.

—Sé que estáis pasando una mala racha. Yo también tuve una con la madre de Vanessa a los cinco años de casados. Y otra a los once. Y otra a los catorce. Las malas rachas no se detienen, Wes. Las malas rachas no destruyen un matrimonio a menos que vosotros dos lo queráis.

Lo abracé fuerte y después besé a mis hijos para continuar con mis planes de una noche perfecta

para los dos.

El padre de Vanessa había acordado quedárselos durante toda la noche y el día siguiente, lo que significaba que podíamos empezar el fin de semana de forma muy similar a como lo hicimos el fin de semana pasado. Solo que esta vez, no lo estropearía.

Volví corriendo a la casa, me puse ropa cómoda y saqué todos los artículos de limpieza. Vanessa siempre se quejaba de que la casa nunca estaba lo suficientemente limpia y, por mucho que le ofreciera contratar a alguien que le ayudara una vez a la semana, no aceptaba mi oferta.

Así que lo limpiaría yo mismo.

Empecé con el polvo. Limpié todos los ventiladores de techo y desempolvé la parte superior de los estantes. Fui de habitación en habitación, recogiendo mantas y sábanas. Empecé con la primera carga de ropa antes de empezar a fregar los mostradores de la cocina y los baños, luego me arrodillé y terminé con los inodoros. También la ducha que había usado hacía poco y todas las estancias que usábamos regularmente, hasta que terminé pasando el aspirador y puliendo los suelos.

Estaba empapado de sudor cuando terminé, pero todo olía a limpio.

Mi siguiente tarea fue arreglar todo lo que le dije a Vanessa que haría. Corrí a la ferretería y compré una nueva pantalla para el porche. Finalmente arreglé el grifo que goteaba en el baño de invitados y cambié el asiento del inodoro del que Vee se había estado quejando durante semanas. Incluso compré un nuevo cabezal de ducha para que el chorro de agua no saliera tan fuerte.

Marqué todas esas cosas en mi lista y luego pensé en la cena.

No había cocinado ni ella tampoco, de modo que recordé que hacía tiempo que no la llevaba a una cena romántica y quería invitarla. Llamé a algunos restaurantes que ella mencionaba, de vez en cuando, y encontré un maravilloso asador de carne que normalmente había que reservar con varias semanas de antelación. Ofrecí al tipo del teléfono doscientos dólares, para que me diera la mejor mesa, sin pasar por su lista de reservas, y accedió. No sabía si el muchacho sería un pobre universitario o simplemente un tonto romántico, pero cuando le expliqué que quería darle una sorpresa a mi mujer, no puso objeción. Aunque supuse que los doscientos dólares tampoco hicieron daño.

Me duché y me puse mi mejor traje. Me afeité, me ajusté la corbata y me puse a preparar un vestido para Vanessa. Quería que se sintiera cómoda, pero preciosa. *Sexy*, pero relajada. Saqué uno espectacular, de color azul marino que nunca había visto en ella antes, y busqué un par de zapatos que hicieran juego. Dejé todo en la cama, incluyendo la lencería que quería arrancarle más tarde.

Y justo cuando retrocedí y observé el traje en la cama, oí abrirse la puerta principal.

—¿Wes? ¿Por qué está tu coche en el...? ¿Es a ropa limpia lo que huelo?

—Lo es, lo es —dije mientras salía de nuestro dormitorio.

—¡Wes! ¿Qué demonios haces con tu traje de novio?

—¿Te gusta? No puedo creer que todavía me quede bien.

—Y yo no puedo creer que lo hayas guardado.

—Todavía tienes tu vestido de novia —le recordé.

—Sí. Está metido en la parte de atrás de mi... ¿Cómo sabes que todavía tengo mi vestido de novia?

—¿Por qué no vas al dormitorio y lo averiguas?

Al ver el resto de la casa, abrió los ojos de par en par. Todo estaba brillante, ya que había trabajado durante horas. Extendí una mano y ella la aceptó. La conduje por el pasillo, empujé la

puerta del dormitorio y ella respiró con fuerza, para inhalar el aroma fresco a limón y algodón que provenía de la cama recién hecha y de las encimeras del baño que había fregado cuidadosamente.

—Hay un vestido en la cama —advirtió en tono misterioso.

—¿Por qué no vas a echarle un vistazo?

—¿Es el vestido azul de Macy's?

—Lo es. Todavía tiene las etiquetas sin quitar. No lo has usado nunca.

—Es cierto. Fue una compra impulsiva, hace más de un año, y no he tenido excusa para usarlo. Sus palabras me hicieron estremecer.

—Bueno, esta noche sí.

—¿Dónde están los niños? —preguntó mientras se daba la vuelta.

—Con tu padre toda la noche.

—¿Por qué?

—Porque te voy a llevar a una cita.

—¿Una cita? —Se le escapó una risa nerviosa.

—Ríete todo lo que quieras. Pero esta noche, voy a llevar a mi preciosa mujer a una cita muy esperada. Se va a poner ese vestido, esa ropa interior y esos zapatos. Vas a elegir algunas joyas y te vas a maquillar y arreglar el pelo. Y después... iremos a Darling.

—¿El asador?

—Sí.

—Esta noche.

—Uhm. Sí.

—El asador de Darling. ¿En el que tienes que reservar con semanas de antelación? —Estaba sorprendida.

—El mismo.

—¿Bromeas?

—Ni un maldito pedazo, Vee.

—Sabes que ese fue el restaurante en el que me propusiste matrimonio —me recordó con suavidad.

—Soy muy consciente de qué restaurante es.

—No me vas a proponer matrimonio otra vez, ¿verdad?

—¿Y si lo hiciera?

—Wes.

—No voy a proponerte matrimonio de nuevo —dije riéndome.

—Bien. Porque no creo que nos toque renovar los votos todavía.

—Déjame invitarte a cenar, Vanessa.

Ella me miró amorosamente y suspiró.

—Limpiaste toda la casa, ¿verdad? —Parecía emocionada.

—Y arreglé la puerta mosquitera.

—¿También?

—Y el grifo.

—Oh, cariño.

—Y un montón de cosas que encontré que estaban rotas, pero eso ahora no importa. No lo hice porque tú querías que lo hiciera, sino porque había que hacerlo. No eres la única persona que vive en

esta casa, así que tienes que limpiarla y arreglarla tú sola.

La vi limpiarse una lágrima mientras se giraba y miraba el conjunto de la cama.

—¿A qué hora son las reservas? —preguntó con voz ronca.

—A las siete.

—Son las dos de la tarde.

—¿Quién dijo que nuestra cita empieza a las siete? —pregunté en tono juguetón.

—¿Qué vamos a hacer durante cinco horas?

—¿Por qué no te vistes y lo averiguas? Oh, pero no te pongas los zapatos de tacón. Guárdalos y ponte unos planos que he visto por ahí.

—Ya veo que te has convertido en un hombre muy moderno. ¿Quién eres y qué has hecho con mi Wesley? —Lo miré con timidez.

—Te dejo para que te prepares. Tómate tu tiempo.

—No me tientes.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Vee.

Tuve que reconocer que me equivoqué al decirle aquello porque tardó más de dos horas, lo que redujo mis planes casi a la mitad. De todas formas, estaba radiante cuando salió. Se había recogido su hermosa melena oscura en un moño francés y unos tirabuzones enmarcaban su preciosa cara. Le brillaban los ojos y como los había maquillado en tono ahumado, se veía misteriosa. El vestido le quedaba como un guante, ciñéndose en sus caderas hasta hacerme jadear como un animal. Sus pechos asomaban por el escote y el collar de perlas que había escogido, brillaban sobre su piel bronceada.

Me costó un gran esfuerzo no tomarla en brazos, cancelar la reserva y llevarla al dormitorio.

—¿Estoy bien? —Extendió los brazos y se giró para que la viera.

—Estás... tremendamente preciosa, Vanessa. —Tuve que recordar cómo se respiraba.

Le ofrecí un brazo y comenzamos nuestro encantador viaje.

La acompañé hasta el coche después de cerrar la casa y me aseguré de que el vestido no se enganchara en la puerta al ayudarla a subir. Enseguida ocupé mi sitio, frente al volante, la miré de nuevo y sonreí.

—No te he visto tan emocionado desde la noche en que me lo propusiste. ¿Qué demonios está pasando? —Estaba muy sorprendida.

Haremos un viaje por el camino de los recuerdos. ¿Qué te parece el postre antes de la cena?

Me miró de forma extraña, pero en cuanto llegamos al muelle, se quedó sin aliento. Su mano se estrelló contra mi rodilla y me sacudió la pierna, señalando con el dedo la pequeña choza de una heladería que estaba al borde de la playa.

—¡Aquí es donde me llevaste! —Se llevó las manos a la boca.

—Exacto.

—¡Aquí fue donde nos dimos nuestro primer beso!

—Tú tenías un pequeño cono de gofre con sorbete de arco iris y yo tenía un tazón de menta con chispas de chocolate. ¿Lista para hacer nuestros pedidos? —La miré sonriendo.

—Oh, Wes.

—Confía en mí, ya dirás eso esta noche.

Le guiñé un ojo antes de que saliéramos del coche y entrelazamos las manos.

Hicimos nuestro pedido en la pequeña cabaña y lo comimos mientras paseábamos por el muelle. Pasaron unos universitarios por la carretera en monopatín y otros en bici, pero yo simplemente

disfrutaba de mi esposa, del recuerdo de nuestro primer beso.

—Me trajiste aquí después de que cenáramos en el campus. —Ella no lo había olvidado.

—Fue justo después de la puesta de sol. Todavía me pateo a mí mismo por eso.

—¿Por qué?

—Porque quería besarte mientras se ocultaba el sol detrás del océano, pero llegamos tarde.

—Bueno, técnicamente se está sumergiendo detrás del océano ahora.

Me miró detrás de su cucurucho de helado y pude ver a aquella preciosa muchacha que dejó caer sus libros y sus lápices. La vi como si volviera a ser aquel día y levanté mi mano para girar su cara hacia el sol y dejar que se reflejara en su piel. Me acerqué a sus labios y la besé con suavidad. El helado se quedó olvidado y el pasado en el camino.

Me echó el brazo al cuello e inclinó la cabeza hacia un lado mientras me besaba. Deslizó su lengua contra la mía y me llenó de su calor.

—El beso del diablo, Wesley Harding —susurró.

—Me dijiste eso después de que te besara.

—Y sigue siendo verdad.

—Vamos. Tengo una sorpresa más para ti antes de que vayamos a cenar.

—No habrás comprado lencería, ¿verdad?

Me mordí el labio inferior, imaginando el conjunto de encaje rojo que llevaba debajo del vestido.

—No. Se trata de otro lugar que tiene una importancia significativa para nuestra relación.

—Aquí es donde nos dimos nuestro primer beso. Me vas a llevar a cenar al lugar donde te declaraste. ¿Qué más hay?

—¿Quieres bailar conmigo por última vez?

—No lo has hecho. —Negó como si no pudiera creerlo.

—¿Por qué no vienes y lo averiguas?

Capítulo 35

Vanessa

La noche estaba llena de viajes por el camino de la memoria. Después del helado y nuestro beso en el muelle, Wes me llevó al otro lado de la ciudad, a la catedral donde nos casamos. Me tomó en brazos y subió los escalones mientras me besaba con una furia que no había experimentado desde nuestra noche de bodas.

Me inclinó hacia atrás y escuché los débiles vítores de nuestros amigos y familiares. Los fantasmas de una vida pasada se deslizaron lentamente hacia mi memoria. Todos pensaron que nuestro primer baile como marido y mujer ocurría en la recepción, pero eso no era del todo cierto.

Nuestro primer baile como pareja casada ocurrió en un rincón oscuro del pórtico de la catedral. Justo antes de que todos vinieran a buscarnos para llevarnos en limusina a la recepción. Tarareó en mi oído lo que se convertiría en nuestra canción de bodas, mientras nos balanceábamos de lado a lado, felizmente casados desde hacía unos segundos y perdidos en nuestras miradas.

Me arrastró a esa misma esquina y tarareó esa misma canción en mi oído, apurando los recuerdos y llenando mi corazón con más amor del que podría haber sentido en mi vida.

Me llevó al restaurante y cenamos el mejor bistec de nuestras vidas. No. La mejor cena de nuestras vidas. Hablamos de la noche en que me propuso matrimonio, de lo enojada que estaba con él, y bromeé al decirle que parecía estar en su mejor momento cuando me enojaba, lo que provocó que compartiéramos unas risas. Nos ofrecimos bocados de nuestra comida y cenamos hasta que creímos que íbamos a reventar. Tomó mi mano por encima de la mesa y jugó conmigo bajo el mantel. Me sentí como una adolescente de nuevo, como aquella universitaria enferma de amor que acababa de mirar a los ojos al chico más guapo que había visto.

—¿Lista para ir a casa? —Wes me miró muy serio.

—Más bien, lista para hundirme en una bañera de burbujas y relajarme.

—Bien, porque ese era el plan.

—¿Y ahora qué?

Wesley había pensado en todo. Desde el principio hasta el final, había estado lleno de romance y gestos amables. Desde limpiar la casa, arreglar todas las cosas que dijo que haría, hasta caminar de la mano por el camino de los recuerdos. Todo, perfecto. Todo, romántico.

Todo hecho solo para nosotros.

Me senté en el borde de la cama y me quité los tacones. Escuché como Wes preparaba un baño caliente y lo llenaba de burbujas con aroma a rosas. Regresó y me ayudó a quitarme la ropa. Me acarició al retirarla, pero sin aprovecharse, deslizó el vestido por mis hombros y me sostuvo mientras salía de la tela. Me desabrochó el sostén y lo bajó por mis brazos, observando mi cuerpo, pero sin tocarme. Se arrodilló y me bajó las bragas por las piernas, besando trozos de piel que me hicieron suspirar.

Luego tuve mi oportunidad de desnudarlo. De sentirlo. De besarlo.

Intimar con él de maneras que no creía que fueran posibles de adultos.

Sin esfuerzo, me tomó en sus brazos y me acurruqué contra su pecho desnudo mientras me llevaba

al baño. Se metió en la bañera y nos hundimos en las burbujas sin que el agua llegara a salirse. Extendí un pie y cerré el agua, luego me apoyé en el cuerpo fuerte y atlético de mi marido.

—¿Recuerdas la noche que pasamos juntos después de que dijeras que sí? —preguntó.

—Recuerdo que destrozaste lencería por valor de cuatrocientos dólares. —Me reí.

—¿Qué puedo decir? Disfruto del sonido que hace contra tu piel.

—Gracias por no arrancármelo esta noche. Es nuevo, ya sabes.

—Me he dado cuenta.

—¿Te ha gustado?

Sus labios se hundieron en mi cuello, frunciendo mis pezones y suspirando desde la parte posterior de mi garganta.

—Me ha encantado, Vee —murmuró.

—¿Sabes cuál es mi recuerdo favorito de nosotros? —Me giré para mirarlo.

Me besó el lóbulo de la oreja.

—¿Cuál?

—Nuestra primera pelea como pareja casada.

—¿Qué?

Me reí mientras echaba el cuello hacia atrás para mirarlo.

—¿Recuerdas? Se trataba de cómo íbamos a decorar la cocina.

—Sí lo recuerdo. Me tiraste un plato a la cabeza. Me pregunto por qué es tu recuerdo favorito de nosotros. Ni siquiera tuvimos sexo de reconciliación después de esa pelea.

Sacudí la cabeza.

—No todo es sobre el sexo, Wes.

—Lo es cuando se tiene una esposa tan fogosa como la mía.

—¿En serio?

—Oh sí —aseveró.

—Bueno, es mi recuerdo favorito porque en ese momento hizo que nuestro matrimonio se consolidara.

—No te sigo.

—Tú mismo me lo dijiste. Cuando tomamos nuestros votos, prometimos en las buenas y en las malas, en la enfermedad y la salud, sin importar lo que pasara. Y en ese momento, decorar la cocina del apartamento era lo más difícil que habíamos hecho como pareja. Nos peleamos. Gritamos. Yo lloré y tú te quejaste de eso. No pudimos resolverlo esa noche, creo que nos llevó una semana entera que decidiéramos qué hacer, pero cada noche durante esa pelea, seguimos durmiendo abrazados.

—Sí, lo hicimos.

—Sí. Me despertaba contra tu pecho, aunque te odiaba a muerte. Y todavía me abrazabas, aunque no podías soportar mirarme.

—Y todo por una maldita cocina.

—Ahora parece trivial, pero entonces no lo era. Significaba mucho para nosotros. Igual que esto es importante ahora para nosotros. Pero mientras podamos acostarnos y despertarnos juntos, estaremos bien, Wes. Lo superaremos, como hicimos al principio.

Sus labios capturaron los míos y dejé que mi mente se quedara en blanco.

Me sacó del agua caliente y me llevó a nuestra cama. Dejé que me acostara para que pudiera secar mi cuerpo sobre las sábanas y me aferré a él mientras se deslizaba en mi calor. Gemí al sentir

como me llenaba. Flotó sobre mí, meciéndose en mis caderas. Clavé los talones en el colchón y me encontré con él, empuje por empuje engullendo su gruesa erección en mi interior mientras hacíamos el amor.

Se volvió apasionante. Intenso. Más desesperado cuanto más nos movíamos. Me dio la vuelta mientras su mano bajaba para azotarme el culo. Levantó mis caderas en el aire, deslizando su polla en mi cuerpo y golpeé las sábanas de placer. Volví a tomarlo en mi interior y noté sus bolas golpeando mi clítoris mientras me perdía en él.

—Joder, Vee. Tan apretada para mí. Tan mojada. Mierda, te deseo tanto.

—Wes. No te detengas. Más fuerte. Por favor, te necesito más fuerte.

Me rodeó con sus brazos y me levantó. Mi espalda presionó contra su pecho y acarició mis senos con la mano, al tiempo que pellizcaba mis pezones y los lamía con un hambre desmedida. Me estremecí contra él. El sudor reemplazó las gotas de agua que caían en cascada por mis curvas y chocó sus caderas contra las mías, sacudiendo mi culo, mientras yo gritaba.

—¡No te detengas, Wes! ¡Sí!

—Córrete, Vee, pero no te atrevas a pensar que ya he terminado contigo.

Me dejé llevar y él enterró su cara en mi cuello, mordisqueando mi piel y enviando mi cuerpo a un frenesí tembloroso. Mi coño tiró de su polla más profundamente. Deslizó una mano entre mis pliegues que goteaban y acarició mi clítoris. Me apreté contra él y cabalgué sobre su dura longitud, aunque mi cuerpo ya giraba fuera de control. Mientras me abrazaba por la cintura, me acercó más a él y dejé caer la cabeza hacia delante mientras las lágrimas escapaban de mis ojos.

Lágrimas de pasión. Lágrimas de lujuria. Lágrimas de felicidad absoluta.

—Oh, Wes —gimoteé.

Sus dedos no se detuvieron. Su polla no se paró. Rodé sus caderas en mi cuerpo mientras me arrodillaba en la cama, apoyándome en él. Mis paredes se agarraron a su erección y revolotearon a lo largo de ella, mientras las puntas de sus dedos se aceleraban. No podía recuperar el aliento. No podía hablar. Me estrellé contra su mano, me abalancé sobre ella mientras me llenaba con su palpitante intrusión.

—Córrete, otra vez, Vanessa. Di mi nombre.

—¡Wesley Harding! ¡Maldita sea! —Salió todo de repente, al sentir que el mundo estallaba en mi interior.

Nos caímos en la cama, tumbados de lado. Todavía tenía sus dedos en mi clítoris y seguía masajeándolo y enviando calambres por todo mi cuerpo.

Me besó en el hombro y me di cuenta de que todavía estaba lloriqueando su nombre. La necesidad por estar cerca de él me impedía alejarme. Ese pensamiento me obligó a forzar a mi mente a callar, porque volvió a tomarme en sus brazos y respiramos juntos, gruñimos, gemimos y gritamos juntos.

Perdí la cuenta de cuántos orgasmos me provocó, pero nunca perdí la cuenta de cuánto le dije que lo amaba.

—Te quiero, Wes. Te quiero mucho.

—Tú eres mi mundo, Vee. Nada será más importante que tú.

—No puedo correrme otra vez. Estoy muy cansada.

—Solo una más. Una más y me quedaré dormido dentro de ti. Como siempre hacíamos, ¿recuerdas?

Lo recordé. Me acordé de esas noches. Las noches en las que correrse tres veces no era más que

un juego previo. Noches en las que mi voz se volvía ronca por contener los gritos con su nombre. Fines de semana en los que alquilaba un hotel específicamente para ver cuánto me hacía gritar.

—Siempre los he recordado, Wes. Siempre —susurré.

Me tomó en sus brazos y me sentó en su regazo. Mi cuerpo estaba débil. Temblando. Saltando con electricidad al más mínimo toque de sus labios contra mi piel. Él capturó mis labios, me besó las mejillas y me acarició. Me senté a horcajadas en su regazo y sentí su polla deslizarse contra mis paredes hinchadas y doloridas. Me dolía el cuerpo físicamente por el placer que recibía de él.

Como cuando éramos adolescentes.

Respiré su aire. Me estrellé contra él mientras me agarraba las caderas. Amamanté su labio inferior y besé la punta de su nariz mientras le miraba a los ojos. Esos charcos de esmeraldas que me habían capturado la primera vez que lo conocí. Fue la primera cosa que amé de él. La primera cosa que vi antes de conocerlo. Eran relajantes y feroces.

Y mientras mi cuerpo se doblaba contra el suyo para encontrar su final por última vez, los vi llenarse de amor.

—Oh, Dios mío, Wesley. ¡Sí, por favor!

—Vanessa. Ya voy. Ya voy. Ya voy...

Mi cabeza cayó hacia atrás y me abrazó muy fuerte. Los dedos de mis pies se enroscaron tan fuerte que mis pies se crisparon y mis brazos se debilitaron. Yo era su muñeca de trapo, solo un saco de huesos en sus brazos. Y cuando llevó mi cuerpo de vuelta al suyo, los dos nos derrumbamos en la cama. Apoyé la mejilla sudorosa en su pecho y me acosté sobre él, buscando aire y deseando que mi ritmo cardíaco bajara de las nubes.

Gruesos hilos de semen cubrieron mis paredes mientras su polla pulsaba dentro de mí, llenándome con la evidencia de su amor.

—Oh, Wes —susurré.

Me pasó los dedos por el pelo mientras me llevaba con él hasta las almohadas.

—Te dije que conseguiría que lo dijeras —me advirtió con un suspiro.

Me reí y sacudí la cabeza, mientras él cubría nuestros cuerpos con la sábana.

—Quedémonos aquí así, Wes.

—Me gusta la idea.

Me deslicé hacia abajo para que su polla no se saliera y no alejara su cuerpo, para que nuestras caderas no se desconectaran.

—Despertemos así, Wes —le pedí en voz baja.

—A mí también me gusta esa idea.

Capítulo 36

Wesley

—¿Vas por mi camino, preciosa? —le pregunté.

—Depende. ¿Vas a terapia como yo? —preguntó Vee.

—Podría estar loco por un día si eso significara echar un vistazo a esas piernas.

—Wes, estás tan loco. —Soltó una carcajada.

—¿Qué? Esa falda te queda bien. Vamos, vamos a llegar tarde a nuestra cita.

—Eso es lo que obtienes por mirarme las piernas.

—Perdería una cita cualquier día para mirar esas piernas. —Sonrió.

Me acerqué y abrí la puerta de Vanessa, luego la ayudé a abrocharse el cinturón. Y una vez que nos acomodamos, era hora de ir a nuestra segunda cita de terapia. Atravesé la ciudad y encontré un lugar para aparcar frente al edificio, luego entramos los dos.

—Mano a mano, eso es algo bueno. Supongo que la semana ha ido bien, ¿verdad? —El doctor Yates se sentó frente a nosotros.

—Esta vez, no nos hemos sentado en extremos opuestos del sofá —declaró Vanessa, sonriendo.

—Bueno, ya que Vanessa tubo la palabra la última vez, dejaré que Wesley hable primero —sugirió el médico.

—Haz una buena exposición, carita dulce —dijo Vee en voz baja.

—¿Hay algo que quieras discutir? —preguntó el doctor.

Pasé mi pulgar por la parte superior de la mano de mi esposa.

—Bueno, siento que las cosas entre nosotros están mejorando, pero no puedo quitarme de la cabeza el comentario de que siempre salgo con Clay.

—¿Oh? ¿Por qué? —Yates se frotó la barbilla con el pulgar.

—Tuve una charla con él en mi oficina hace unos días y se calentó un poco —expliqué.

—¿Lo hiciste? —Vee abrió mucho los ojos.

—Vanessa, déjalo hablar. ¿Recuerdas? —intervino el doctor.

—Sí. Lo siento.

—Está bien —dije mientras llevaba su mano a mis labios y la besaba. Pero cuando terminé, se separó de mí y se giró en el sofá para mirarme.

—No fue una mala conversación, pero le grité y, por un segundo, no fui yo.

—No, tú no eres así —aclaró Vanessa.

—Pero él sacó a la luz muchas cosas que yo no había tenido en consideración.

—¿Cómo qué? —preguntó el doctor.

—Bueno, para empezar, señaló lo que Vee dijo la semana pasada. Que nunca salgo con él durante el día, siempre es por la noche y después del trabajo. Dijo que también he estado trabajando como cuando no tenía un sueldo y lo hacía por horas, aunque ahora tengo un sueldo. Y su justificación fue que pensaba que no quería volver a casa.

—¿Es eso cierto? —preguntó el doctor.

—Sí. ¿Es eso cierto? —Vee también se interesó.

Escuché el enojo en su voz y supe que estaba entrando en un territorio peligroso, pero había que hablar de ello. Tenía que decirlo.

—En cierto modo, sí. Fue cierto en algunos momentos —reconocí.

Vi a Vee rechinar los dientes mientras respiraba profundamente.

—¿Hay algo más que quieras decir? —preguntó el doctor.

—Quiero decir que ya no es así. He tratado de dar pasos esta semana para tener más tiempo para mi familia y estar más presente. Pero cuando Clay «mi amigo» y yo tuvimos esa discusión en mi oficina, sacó a relucir algunos puntos que fueron verdaderos durante mucho tiempo. No quería ir a casa y enfrentarme a la inevitable lucha. Aunque mis hijos estaban allí, no quería ir a casa y arriesgarme a estropearles la noche con la posible tensión entre mi esposa y yo. No quería ir a casa, ni acostarme en la cama para darme la vuelta y sentir una pared de almohadas en lugar del cálido cuerpo de mi esposa. Me cansé de hacerlo, así que empecé a encontrar pequeñas formas de no hacerlo, supongo—, dije.

—Bien. Tus dos minutos se han acabado. Vanessa, ¿quieres replicar? —El médico la miró con atención.

—Oh, lo haré...

Me preparé para su ataque.

—Entonces, adelante. Hable con su marido. Con calma —aconsejó el doctor.

Vee respiró hondo.

—Saber que has hecho progresos extra para no volver a casa, confirma lo que me preocupaba durante semanas, que no querías estar cerca de mí ni de los niños. Preferías huir de los problemas en lugar de enfrentarte a ellos y estoy cansada de eso, Wes. Cansada de que se rompan cosas en la casa y de que tú eludas tu promesa de cuidarlas. Estoy cansada de que digas que harás algo y luego hagas lo contrario. Que dentro de la casa seas un hombre y fuera seas otro diferente. Soy tu mujer, Wes, tenemos dos hijos y no puedes dejarme con toda esa responsabilidad porque no quieres discutir.

—Lo siento, Vee. —Fui sincero.

—Déjala hablar —dijo el doctor.

—Sabes, nunca confié en Clay. Todavía no lo hago —agregó ella.

—¿Qué? —La miré sin comprender.

—Vanessa, ¿has terminado con tu replica? —El médico la señaló con la cabeza.

—¿Podemos hacer que la conversación sea fácil, sin reproches? —Vee miró al doctor.

Él se inclinó lentamente hacia atrás en su silla y le indicó con un gesto que continuara.

—¿No confías en Clay? —le pregunté, para que siguiera hablando.

—No. Nunca lo he hecho. ¿Recuerdas el día de nuestra boda?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que sí.

—Bien. Entonces recuerdas cómo traté de encontrarte antes de que camináramos hacia el altar.

—Odiabas que todos nos mantuvieran separados durante dos días enteros antes de eso.

—Sí. Quería pasar todo el tiempo contigo. Entré en la habitación, pensé que los chicos y tú estabais dentro, pero no había nadie. Sin embargo, te habías dejado el teléfono y Clay no hacía más que mandarte mensajes.

—Oh no... —murmuré.

—Oh sí. —Vee asintió con la cabeza.

—Háblalo, Vanessa. Sácalo fuera y no te detengas ahí —aconsejó el doctor.

—Vi la conversación, Wes. En la que Clay trataba de convencerte de que no te casaras conmigo. Cómo llamaba a casarse conmigo... «establecimiento», no dejaba de insistir para que no lo hicieras. No quería que cometieras el mayor error de tu vida.

—Entonces, viste cómo discutí con él sobre eso y cómo le dije que te amaba más que a la vida misma, que iba a estar contigo el resto de mi vida.

—Eso no importa, Wes. Ese hombre estuvo a tu lado, como tu padrino, y ni siquiera estaba de acuerdo con lo que hacías. Lo ves varias veces a la semana en los bares, bebiendo con él que siempre ha querido que sigas soltero. Ese hombre no me quiere cerca y sé que por eso dejaste de llevarme contigo cuando salías de copas con tus amistades.

—Dejé de llevarte porque te quedaste embarazada y no podías beber. No te quería cerca de toda esa gentuza.

—Entonces tú también deberías haber dejado de ir —exigió.

—¿Quieres que deje de salir con Clay?

—¡A los bares, Wes! ¿Por qué demonios tenéis que ir a los bares y emborracharos ligando con mujeres? ¿Por qué no puedes ir a comer, como hacemos Lydia y yo? O ir a un restaurante a almorzar o hacer un maldito viaje de fin de semana. O cualquiera de las otras numerosas actividades que los hombres podéis hacer que no involucren a mujeres borrachas con las tetas afuera.

Debí haberme sorprendido por su arrebató, pero no fue así. Me alegré de que Vee finalmente hablara de sus sentimientos y se desahogara. Llevábamos casados casi cinco años y ni una sola vez había pensado que ella hubiera visto aquella conversación.

—¿Por qué nunca me hablaste de esto? —La miré con gesto comprensivo.

—Lo intenté, Wes. Intenté sugerirte que no fueras a bares y te quedaras en casa, con tu esposa embarazada. Te di ideas de nuevos lugares que se habían abierto para que fuerais a comer. Hice una cuenta en grupos relacionados con la pesca y la navegación y todos los malditos programas de coches que existían para ver si te animabas a participar. Te encantan esas cosas, Wes y no las practicas desde hace años. No te he visto coger tu caña de pescar y alquilar un barco. Tampoco venir a casa con una nevera llena de peces, ni siquiera puedo recordar la última vez que hablaste sin parar de una carrera de coches, porque dejaste de ir a ellas para irte de bares con Clay. —Miré al doctor y lo vi sonreír. Tal vez eso era bueno—. Y aquí estoy yo, Wes, soportándolo todo. Que salgas con tu amigo, significa que yo no puedo salir con Lydia. ¿Crees que no me apetece ir al cine, a una sesión nocturna, con ella? ¡Algunos de los mejores aperitivos de la ciudad son después de las ocho! —concluyó Vee.

Me reí entre dientes y sacudí la cabeza.

—Así que, todo este tiempo, no has confiado en Clay ni una pizca porque crees que está intentando que esté soltero, pero me has dejado salir con él y no has dicho nada al respecto.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Por qué, Vee?

Miré al doctor y lo vi cruzar las piernas.

—Es una buena pregunta, Vanessa —intervino el hombre.

—Supongo que...

A pesar de que se había alejado de mí, cerré la distancia. Nuestras rodillas se tocaron mientras la miraba, su mirada insegura se ancló en la mía, y ahí estaba esa pared otra vez. Esa mirada que indicaba que no estaba segura de cómo reaccionaría. Tomé su mano en las mías, entrelacé los dedos

y traté de asegurarle que yo estaba allí, que no iba a ninguna parte. Que las cosas saldrían bien.

—Dilo, Vee. Necesitas sacarlo fuera —la animé.

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Tenía miedo de que si empezaba a dictar lo que tenías que hacer con Clay, te pondrías de su lado y te irías.

—Y eso, señor y señora Harding, es lo que llamamos un avance —acotó el doctor.

Toda la sesión continuó así. Y nos aferramos a ese tema: sus sentimientos hacia mi mejor amigo, pero lo resolvimos todo. Hablé de la primera vez que vi a Vanessa, con los brazos llenos de libros y sus lápices cayendo al suelo. Hablé de lo estúpido que había sido al no recordar su nombre después y cómo pensé que no volvería verla en aquel enorme campus. Y entonces, tuve suerte, al ver a Clay coqueteando con ella en una fiesta en la que todos habíamos terminado. Me di cuenta de lo incómoda que estaba y hablé de cómo el destino había intervenido de alguna manera. Cómo el destino había usado todas las circunstancias de mi vida de un solo golpe para ponerme frente a ella otra vez. Le dije a Vee que pensaba que el hecho de que Clay le tirara los tejos esa noche, era lo mejor que me había pasado, porque sin sus terribles tácticas y su total repugnancia, quizá no hubiera tenido las agallas para ir allí y hablar con ella de nuevo.

—Me costó verte una vez para enamorarme de ti y otra para saber tu nombre —añadí.

—Oh, Wes —susurró con dulzura.

—Tengo que decir que vuestra historia tiene un maravilloso comienzo —dijo el doctor.

—Siempre me ha gustado, sí. —Estuve de acuerdo.

—Siento no confiar en Clay —Vee desvió la mirada hacia el suelo.

—No tienes que lamentarlo. Pero creo que tengo un plan que podría funcionar para nosotros.

—¿Qué clase de plan?

—Cada dos semanas, puedes tener una noche de chicas con Lydia. Y no hablo de una noche de juerga, me refiero a alguna noche fuera, en algún lugar, si quieres. Puedes ir al cine o a tomar esos aperitivos que te han llamado la atención.

—No sé. Quiero decir, están los niños y luego estoy segura de que vas a querer hacer lo mismo con Clay... —Se quedó sin aliento.

—Vee, respira —le pedí. Respiró hondo por la nariz y se acercó a mí en el sofá—. Ahora no hablo de Clay y de mí, sino de ti. Lo que sí prometo es que iré con él a otros lugares. No más bares. No más clubes. Y si no le gusta, entonces ya no veré a mi amigo tan a menudo. De todas formas, esos sitios no son para un hombre casado, no debí ir nunca con él. Ahora mismo, solo hablamos de ti y de cómo podemos conseguir que pases más tiempo con Lydia —expliqué.

—Cada dos semanas es una buena idea. ¿Tal vez el viernes por la noche? Un viernes podría ser tu amiga y tú, Vanessa, y luego el sábado por la noche podría dedicarse a vosotros dos —sugirió el doctor.

—Eso suena compensado. —Vee lo vio bien.

—Y si Clay alguna vez quiere organizar una salida, le diré que sea el otro viernes, por las tardes o por las noches, pero eso ya se verá... Todavía necesito tener otra conversación con él aseguré con voz grave.

—¿Me avisarás cuando suceda? —Vee me miró interrogante.

Me incliné hacia adelante y besé su frente.

—Prometo que lo haré.

La sesión fue muy bien. Le aseguré a Vee que era la única mujer para mí y que, a pesar de las tonterías que Clay estaba haciendo, nunca había pensado en dejar mi matrimonio. Ni una sola vez, ni siquiera durante ese punto increíblemente bajo, se me había pasado por la cabeza.

Vi cómo la culpa le recorría la cara, pero la atraje para que me diera un beso.

La historia de Luke y todo lo que implicaba era para otra sesión y, cuando el doctor terminó y nos preguntó si queríamos programar otra, no pudimos asentir lo suficientemente rápido. Quedamos para la siguiente semana, firmamos el papeleo para todo un año y supimos que iba a funcionar.

Capítulo 37

Vanessa

Llegué a mi oficina el martes por la mañana en las nubes. La sesión de terapia que tuvimos el lunes fue fantástica y parecía que las cosas entre nosotros empezaban a cambiar. Por la noche me quedé dormida otra vez en sus brazos. Con mi pierna entre las suyas y la mejilla presionada contra su pecho. Había sido así durante unas cuantas noches seguidas. Dormimos juntos sin barreras entre nosotros y fue maravilloso.

Estaba ansiosa por tener mi primera noche de chicas con Lydia. Llevábamos planeando ir a tomar aperitivos y a ver una película de medianoche durante años, como solíamos hacer en la universidad.

La invité a almorzar en mi oficina para poder hablar de ello. Y quizás cotillear sobre su almuerzo con Luke.

—Traigo pizza. —Entró en el despacho.

—La he oído nada más llegar. Cierra la puerta, tengo bebidas.

—¿Está Luke aquí, por casualidad?

Mis cejas se levantaron cuando me levanté de la silla.

—¿Preguntas porque lo evitas? ¿O porque esperas verlo?

—Posiblemente lo último confesó ella, sonriendo.

—Oh, me lo tienes que contar todo.

Cogí un par de refrescos de la mini nevera de mi oficina y volví a sentarme.

Lydia sacó platos de papel y servilletas de su bolso sin fondo y nos acomodamos.

—Bueno, para responder a tu pregunta sobre Luke, ha estado al teléfono toda la mañana con un nuevo cliente. Muy nervioso. Creo que todavía está con él, así que estará atrapado un buen rato. —
Tomé una porción de pizza.

—Puedo pensar en peores personas con las que estar atrapada —dijo, guiñando el ojo.

—Así que, supongo que el almuerzo fue bien... Me sorprende que no me llamaras para contármelo.

—Bueno, el almuerzo se convirtió en un asunto de todo el día. Me sorprende que no te hayas dado cuenta.

—Cuéntamelo todo. —Me incliné con interés.

—Bueno. Almorzamos e hice el frívolo comentario de que deseaba que nuestro almuerzo no terminara. Llamó a su jefe, dijo que se tomaba el resto del día libre y exploramos la ciudad.

—Por eso es por lo que tuve tanto trabajo.

—Sí —reconoció, riéndose.

—Es increíble, Lydia. ¿Qué hicisteis?

—Cualquier cosa y todo lo que se te ocurra. Dimos un paseo por la manzana para hablar más. Me llevó a una vuelta en coche hasta el océano y nos sentamos en la playa. Cuando el sol empezó a ponerse esa noche, me llevó arriba y detrás del cartel de Hollywood, Vee. El cartel de Hollywood. Había unas vistas preciosas. ¿Alguna vez has estado allí?

—No he estado nunca.

—Bueno, es precioso. Wes y tú tenéis que ir a comprobarlo. Y luego, fuimos a cenar. Almuerzo y cena, todo a su cargo.

—Puedo decir por la sonrisa en tu cara que te lo pasaste bien.

—Me duelen las mejillas y eso no suele pasarme. Sonreí y me reí tanto con él que hasta tuve agujetas. Hemos seguido hablando sin parar desde entonces.

—¿Os habéis visto desde la cita, almuerzo, paseo y cena?

—Una vez. Me llevó el sábado pasado a comer tacos.

—Entonces ya estás enamorada aseguré. —Lydia sonrió y siguió comiendo pizza—. Espera un segundo, no has negado esa declaración.

—Estoy comiendo pizza —se defendió.

—¡Pero no lo has negado!

—¿Quieres bajar la voz?

—Lydia, ¿estás enamorada de Luke?

—No, tonta. Solo han pasado como cuatro o cinco días, pero estoy algo obsesionada. Espero sus llamadas telefónicas y sus mensajes de texto. Hemos quedado para este fin de semana y estoy perdiendo el sueño por eso, porque estoy muy emocionada.

—Me alegro mucho por ti. —Lo dije de corazón.

—Gracias por arreglarme una cita con él, Vanessa. No he sonreído tanto con otra persona desde... bueno... aparte de ti, nunca antes había sonreído tanto con otra persona.

Esperaba que eso fuera igual para los dos. Había observado un cambio en Luke. Parecía más contento por las mañanas y se encerraba en su oficina durante el almuerzo para poder salir temprano. Su sonrisa era más amplia y sus ojos brillaban un poco más. Los dos tenían cosas en común y esperaba que se convirtiera en algo más.

Se lo merecían.

—¿Interrumpo algo?

Levanté la cabeza con el sonido de la voz de Wesley.

—¿Wes? ¿Qué haces aquí? —Me levanté de la silla.

—Vengo a ver si mi esposa quiere ir a almorzar, aunque veo que ya está comiendo.

—No, no, no. No dejéis que me interponga en vuestro almuerzo. Wes, siéntate. Tú también puedes comer pizza —invitó Lydia.

—Oh, está bien. Traeré algo más del bar de la esquina y, si no te importa, podemos juntarlo, ¿verdad, Vee? —propuso mi marido.

—¿Lydia? ¿Eres tú? —Luke asomó la cabeza por el umbral de la puerta.

Lo vi sonreír y, en ese momento, Wes se dio la vuelta y miró tras él. Luke se hizo a un lado, Wes se puso tenso, como si fuera a atacar, pero yo sabía que no tenía que preocuparme por nada. No con Luke. Y, sobre todo, con lo que estaba surgiendo entre Lydia y él.

—Hola, Luke —saludó mi amiga con una espléndida sonrisa.

Contemplé a Wes lo suficiente como para ver que arqueaba las cejas.

—No sabía que ibas a venir —dijo Luke.

—He venido a almorzar con Vanessa, aunque no hemos tomado mucha pizza —explicó ella.

—Solo ha dado un mordisco o dos. Y yo apenas he empezado con el mío —dije.

—Entonces, ¿aún no has almorzado? —Luke pareció alegrarse.

—No, no lo he hecho.

Los ojos de Luke se aventuraron hacia mí.

—¿Vanessa?

—¿Sí, Luke?

—¿Sería grosero por mi parte robar tu cita para almorzar?

—No me importa en absoluto. Divertíos —los despedí, sonriendo.

—Wes, cómete mi parte de la pizza. No dejes que se desperdicie —sugirió Lydia, mientras recogía sus cosas.

—No tienes que decírselo dos veces cuando se trata de la pizza —aseguré.

—Wes, me alegro de verte de nuevo —espetó Luke.

Y para mi sorpresa, Wes extendió su mano para estrechar la suya.

—Yo también —manifestó mi marido.

Abracé a Lydia, susurré en su oído que teníamos una noche de chicas pendiente, y ella chocó los cinco con la palma de su mano contra la mía. Luego, se colgó del brazo de Luke y Wes me abrazó por los hombros mientras los veíamos salir de la oficina.

—¿Qué te parece si comemos la pizza en la playa?

—Creo que debemos tener cuidado de no meter arena en nuestra comida.

—Vamos, pasé por allí antes de venir aquí y casi no hay nadie.

—Me parece una idea divertida. —Estuve de acuerdo.

Recogimos las bebidas y la pizza y nos dirigimos al coche de Wes. Al llegar a la playa, sacó dos sillas y una toalla del maletero de su coche. Yo dispuse la comida mientras él colocaba todos los extras, luego nos instalamos cerca de la orilla y empujamos nuestros pies descalzos en la arena mojada. Comimos hasta hartarnos de pizza y lo hicimos en silencio, como hacía mucho tiempo que no comíamos.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —propuse.

—Proporciona paz, almorzar aquí afuera. No sé por qué nunca lo hemos hecho.

—Puede ser nuestra cosa nueva.

—Me gusta la idea de una cosa nueva.

—Sé que hemos viajado mucho por el camino de los recuerdos, pero no creo que sea saludable vivir en ellos todo el tiempo. Nos hemos convertido en personas diferentes de las que éramos en la universidad, aunque no creo que eso sea malo. Revivir el pasado es agradable, pero tener otras cosas nuevas de las que disfrutar ahora, también es agradable.

—Entonces, ¿me permites un último recuerdo? —preguntó.

Volví mi mirada hacia Wes.

—Claro. ¿Qué pasa?

—Mira a tu alrededor.

Fruncí el ceño y miré la playa prácticamente vacía. Excepto por unas pocas parejas que paseaban con las manos entrelazadas, no había nadie. Las olas del océano besaban la orilla sin interrupción y las gaviotas graznaban en la distancia.

Noté que la caja de pizza se deslizaba de mi regazo y miré a Wes, pero cuando lo encontré ya no estaba en su silla, sino arrodillado delante de mí.

—¿Wes?

—¿Sabes dónde estamos?

Eché una última mirada alrededor antes de verlo. El restaurante de marisco vivo. ¡Oh, Dios mío!

Estábamos en la playa donde Wes me propuso matrimonio.

—¿Wes? —susurré.

—Este lugar guarda tantos recuerdos para nosotros. A pocos kilómetros de distancia, tuvimos nuestro primer encuentro y nuestro primer beso. Nuestra primera cita y nuestras raíces están aquí. Nuestra familia está aquí. Y en algún momento del camino, dejamos de entenderlo.

—Wes, ¿qué estás haciendo? —Lo escuché reírse mientras metía la mano en su bolsillo. Sacó una cajita de color roja y, al abrirla, contemplé un precioso anillo de boda de diamantes—. Oh, Dios mío —susurré.

—Tienes razón, Vanessa. Somos personas completamente diferentes a las que éramos en la universidad. Y así como quería casarme con la persona que eras entonces, quiero casarme con la persona que eres ahora. Te amo con cada fibra de mi ser y este anillo no es simplemente una propuesta. Es una promesa. Prometo trabajar duro el año que viene para que no volvamos a donde estábamos, sino a un lugar mejor. Prometo dedicarme a ti. Mi tiempo será para ti. Mi vida para ti y par a los niños. Prometo no desviarme nunca ni romper más promesas. Nunca dejaré que el trabajo o los amigos o las tensiones o discusiones se interpongan en el camino de volver a casa por la noche y rodearte con mis brazos. Este es mi voto solemne para ti, Vanessa Harding. Y dicho esto, ¿te casarás conmigo? ¿Renovarás tus votos conmigo, Vee?

No tenía palabras. Solo acciones. Me lancé a él y rodeé su cuello con los brazos. Lo besé apasionadamente y nuestras lenguas chocaron. Las gaviotas volaban sobre nosotros y el océano nos bañaba por detrás, mojándonos las rodillas mientras nos arrodillábamos en la arena.

—Sí, Wes. Renovaré mis votos contigo —susurré contra sus labios.

Capítulo 38

Wesley

—¿Querías verme? —preguntó Clay.

—Sí, ¿puedes entrar y sentarte?

—Claro. He traído comida, como me pediste.

—¿Cuánto te debo?

—¿Alguna vez me has debido algo?

Se sentó al otro lado de mi mesa de oficina. Dejó la comida y comenzó a repartir las cosas. La tensión entre nosotros era muy fuerte y yo quería abordarla, pero antes tenía que hablar de otro asunto.

—Recibí un correo electrónico muy interesante, esta mañana.

—¿Oh? ¿Sobre qué? —preguntó Clay.

—Sobre Michaela. La nueva chica de Recursos Humanos.

Vi a Clay congelarse.

—¿Qué pasa con ella?

—Presentó su carta de renuncia formal. Dijo que había encontrado un trabajo en otro lugar.

¿Sabes algo al respecto? —Lo miré fijamente.

Clay terminó de separar la comida y repartir las bebidas antes de inclinarse en su silla.

—Juro que su renuncia no tuvo nada que ver con lo que pasó entre nosotros —dijo por fin.

—Te sentaste aquí en mi oficina y me dijiste que no tenías líos en el trabajo por una razón.

—Fue solo una noche. La sorprendí saliendo del trabajo el lunes por la tarde y estaba llorando.

Quiero decir, lloraba a mares.

—Y la llevaste a tomar una bebida reconfortante.

—No. La verdad es que iba a poner su culo en un taxi y llevarla a casa porque no estaba en condiciones para conducir, pero dijo que no quería ir a su apartamento porque su novio de hace tiempo estaba embalando sus cosas.

—Espera, ¿ella y Merv han terminado? —Me pareció extraño.

—Según me dijo, él la engañaba. Le envió un mensaje de texto diciendo que se iba con la otra chica y que estaba haciendo las maletas.

—¿Michaela está bien?

—No lo sé, de verdad. Quiero decir, creo que sí. Le pregunté si había algún lugar donde pudiera llevarla, ya que no quería que condujera con lo mucho que estaba llorando, y dijo que tenía hambre. Salimos a cenar y bebimos unas copas. Al final, terminamos en mi casa. Dijo que Merv la iba a llamar cuando tuviera fuera toda su mierda.

—¿Qué pasó en tu casa?

—No es lo que piensas. Ella se me insinuó, Wes. Completamente.

—Supongo que tú aceptaste.

—Mira, no soy un hombre que rechaza a una mujer con necesidades. ¿De acuerdo? Pero yo no

empecé. La vi llorando, no quería que condujera, tenía el corazón roto y quería comer. Te lo juro, nada fue iniciado por mí.

—¿Ni siquiera llevarla a tu casa? —inquirí, sonriendo.

—Bueno, tal vez eso, nada más. ¿Pero a dónde iba a llevarla? ¿A tu casa?

—Sí. No. Vee la habría estrangulado.

—Exactamente. Y no podía volver a su casa. No iba a dejarla en una cafetería toda la noche para que se fuera a la mierda. Así que era mi casa.

—Mírame a los ojos y júrame que no he perdido mi nueva contratación porque te la follaste y la dejaste.

Clay me miró fijamente y respiró hondo.

—Michaela no se va porque me la haya tirado.

—Bien. Porque no estoy de humor para despedirte.

—¿Despedirme?

—Sí. Ya tienes dos penalizaciones en tu contra.

—¿Qué demonios he hecho?

—Lucinda y Raquel.

—Oh —asintió con la cabeza.

—Sí. Oh —repetí.

—Bueno, te juro que no se fue por mi culpa. Hizo un comentario sobre no poder quedarse más en esta zona. Aparentemente, Merv trabaja en la calle o algo así. No lo sé. No estaba escuchando realmente. No puedo tener conversaciones después del sexo.

Levanté mi mano.

—Es suficiente para un almuerzo.

—Como quieras.

—Entonces, ¿podemos hablar de la última vez que nos vimos?

—Agua pasada, amigo mío.

—En realidad, no lo es —dije.

Clay levantó la vista de su sándwich.

—¿Por qué no?

—Vee y yo tuvimos una muy buena cita de terapia el pasado lunes y ella mencionó algo que yo nunca supe. Lo que explicaría por qué no es tu mayor *fan*.

—¿El qué?

—¿Recuerdas esos mensajes que me enviaste el día de mi boda? Ya sabes, sobre que no era demasiado tarde para cambiar de opinión y que no querías verme «asentado».

—¿Si?

—Ella los encontró.

El sándwich de Clay se cayó de sus manos.

—¿Cómo coño los vio?

—Aparentemente, ella vino a buscarme ese día, antes de que nos preparáramos, porque me echaba de menos y quería estar conmigo un rato antes de la ceremonia. No nos encontró, pero vio mi teléfono, que me obligaste a dejar atrás cuando salimos a comer.

—Oh, mierda.

—Sí. No ha confiado en ti desde entonces. Ahí es donde empezaron algunos de nuestros

problemas. Los leyó y no me lo dijo.

—Joder, tío. Lo siento mucho. Sabes que solo estaba bromeando.

—Conozco tu sentido del humor. Entiendo el tono de voz en el que querías decir eso, incluso a través de un texto. Pero ella no.

—¿Por qué no te dijo nada sobre esa mierda? Podría haber hablado con ella y aclarárselo.

—Confía en mí, hemos solucionado ese tema, pero eso no quita que todavía no confíe en ti.

—Bueno, eso es comprensible —reconoció.

—Mira, eres mi mejor amigo. Eres una parte importante de mi vida. Fuiste mi padrino de boda y siempre estás ahí, pero las veces que salimos y dónde salimos a pasar el rato... No es apropiado para un hombre casado. No puedo ir a los clubes a las nueve de la noche y emborracharme en bares con mujeres que apenas tienen ropa.

Clay sonrió.

—¿Por esto hemos estado teniendo más almuerzos en tu oficina últimamente?

—Un poco, sí. Además, antes solíamos hacer otras cosas. ¿Recuerdas todos esos programas de autos?

—Te recuerdo que se bebe en las ferias de coches.

—Pero no hay mujeres descaradas en las ferias de coches.

—Depende del programa de autos —sugirió con cautela.

—Clay —lo llamé a modo de advertencia.

—Está bien, está bien. Lo entiendo. Lo entiendo. No más clubes y bares y emborracharse con mujeres y travesuras nocturnas o lo que sea. Tío. Qué aguafiestas.

Sonreí a mi amigo y él me correspondió con otra.

—¿Cuándo demonios nos hicimos tan viejos? —preguntó.

—No lo sé, pero lo siento más y más cada maldita mañana.

—He notado que no te has quedado en la oficina hasta tan tarde.

—Sí. He intentado llegar a casa un poco antes.

—Incluso te tomaste un día libre. Eso fue algo nuevo para ti.

—¿Cómo sabes eso?

—Vine con el almuerzo y tu secretaria me dijo que te habías tomado el día libre.

—Mierda. Lo siento.

—No hay problema, hombre. No tienes nada que lamentar. Antes de que nos metamos en cualquier otra cosa sensiblera y efusiva, quiero decirte que se te ve feliz. Y quiero que mi mejor amigo sea feliz.

—Me siento feliz —corroboré.

—Entonces, ¿todo bien? —Asentí con la cabeza, dándole un mordisco a mi sándwich y él agregó —: Bien, me muero de hambre. Dejemos las confesiones emocionales para después de la comida la próxima vez.

Antes de que se fuera, acordamos que el almuerzo del miércoles sería algo para nosotros. Hasta que Vee y yo pudiéramos arreglar las cosas con su noche de chicas, y hasta que aceptara a mi amigo sin sentirse incómoda, los almuerzos eran todo lo que teníamos.

Sabía que Vee me dejaría salir con Clay si se lo pedía, pero quería tomarme las cosas con calma. Aunque ahora nos estábamos abriendo a nuestros sentimientos, ella había sentado el precedente de no abrirse a una cosa en particular que la había estado molestando durante casi cinco años. Sabía que

Los almuerzos eran seguros con Clay, así que nos ceñiríamos a ellos.

—¿Nos vemos el próximo miércoles? —preguntó, sonriendo.

—A la misma hora. Mismo lugar.

—Oh, ¿Wes?

—Dime.

—¿Le harás saber a Vee cuánto lo siento?

Lo miré y asentí con la cabeza.

—Lo haré.

—Gracias. Y si quiere llamar y masticarme la oreja o algo así, solo pásale el teléfono.

—Te arrepentirás de haberme dicho eso, ya sabes.

—No, no lo haré. Es tu mujer, la madre de tus hijos y tú eres importante para mí.

—Te lo agradezco mucho, Clay.

—Nos vemos la semana que viene —se despidió.

Epílogo

Vanessa

Doce meses después

—Queridos hermanos, hoy estamos aquí reunidos, bajo la sombra de las nubes para ver a Vanesa y Wesley renovar sus votos matrimoniales. La vida puede ser grandiosa, llena de felicidad y buenos recuerdos; pero, a veces, puede ser dura. Llegan los niños y las responsabilidades toman la delantera. En ocasiones, es fácil dejar de lado las cosas que sabemos que están garantizadas, como el amor. O las citas. O un cónyuge. Hoy estamos aquí para ver a Vanesa y Wesley volver a dedicar su futuro el uno al otro. Prometieron su amor interminable después de un largo y arduo viaje para volver a los brazos del otro. La pareja ha escrito sus votos y os dejo con ellos.

El escenario era hermoso. Wes llevaba el mismo traje con el que se casó hace años y yo un vestido de novia hecho a la medida de mi cuerpo, después de dos hijos y muchos años de estrés. Nos quedamos allí, descalzos en la arena, mientras el cielo nublado se movía sobre nosotros. La brisa del océano era fresca y los débiles rayos del sol iluminaban el agua sin hacernos sudar a todos bajo la ropa.

Había sido un año extraordinario con mi marido.

—Hicimos una promesa de mantener nuestros votos cortos, así que lo haré. Wesley Harding, este último año ha sido una montaña rusa. Nos hemos reído y hemos llorado. Ha habido momentos en los que he querido empujarte por ser tan idiota y abrazarte por ser tan fuerte para mí. Por nosotros. Así que, esta es mi promesa para ti. Prometo amarte y quererte siempre. Prometo tomarte de la mano, aunque no quiera mirarte en ese momento. Prometo que, pase lo que pase, siempre estaré a tu lado. Para bien o para mal. En la salud o en la enfermedad. Enfado o felicidad. Siempre estaré aquí contigo.

Terminamos nuestra última sesión de terapia hace un par de semanas y rápidamente nos pusimos a trabajar en nuestra ceremonia de renovación de votos.

Lydia estaba allí con Luke. Mi padre también y discutía con los niños. Clay había acudido con su novia de la semana. Bueno, más bien la del mes, porque era la relación más larga que había tenido Clay en su vida y Wes tenía muchas esperanzas de que durara un tiempo.

A cada uno lo suyo.

—Vanessa, te prometí hace casi seis años que te amaría siempre. Para bien o para mal. En la enfermedad y en la salud. Pero había algo que nuestros votos dejaron fuera. Una promesa que creo que es muy importante hacer a alguien a quien prometes amar y querer por el resto de tu vida. No prometí amarte a través de la oscuridad. Lo prometí a través de la enfermedad y de la pobreza, pero a través de la oscuridad. Esta es mi nueva promesa para ti. Te prometo, Vanessa Harding, que te amaré a través de cualquier cosa. Que trabajaremos juntos en todo. Incluyendo nuestra oscuridad —manifestó con tono emocionado.

Nos besamos en la playa mientras las olas se estrellaban a lo largo de la costa y todos estallaban en aplausos. El viento aumentó, lo que significaba que se aproximaba una tormenta. Eso era perfecto, porque a los dos nos encantaban las tormentas.

Mi padre había planeado llevarse a los niños el fin de semana y lo llamó «miniluna de miel». Wes alquiló un apartamento frente a la playa para un fin de semana largo y nos tomamos el viernes y el lunes libres de trabajo.

Me tomó en sus brazos y me llevó por la arena hasta el apartamento que nos alojaría durante los próximos cuatro días.

No podía esperar a ponerle las manos encima.

—Es nuestra noche de bodas, señora Harding.

Me reí de sus palabras mientras me bajaba lentamente la cremallera del vestido.

—Supongo que sí, señor Harding.

Me estremecí por la forma en que me quitó el vestido, pero el gruñido que soltó, cuando vio lo que llevaba debajo, me estremeció hasta la médula. Era un corsé blanco que alzaba mis pechos y unas bragas blancas casi transparentes. Para terminar, una liga rodeaba mi muslo y Wes me acarició. Rozó mis nalgas y me recorrió una descarga eléctrica hasta los dedos de los pies.

—No sé cómo lo haces, pero estás más preciosa que la noche de nuestra primera boda, Vee.

Suspiré, me di la vuelta y, sin decir una palabra, lo desnudé de pies a cabeza. Su chaqueta cayó al suelo y la camisa resbaló por sus hombros; después, se quitó los zapatos mientras yo le bajaba los pantalones por las piernas. Besé todo su cuerpo y deslicé los dedos por sus fuertes músculos mientras su polla saltaba a la vida. Me tomó en brazos y me llevó a la cama.

Luego me besó con una pasión que me dejó sin aliento.

Nuestros cuerpos no se desconectaron durante horas. Me apartó las bragas a un lado y se deslizó dentro de mi cuerpo, como si fuera incapaz de contenerse por más tiempo. Se balanceó contra mí y se apoyó en los antebrazos mientras mi coño se tragaba su polla. Me acarició lentamente hasta que me sentí lista para explotar, luego se retiró y me dejó tambaleándose por la negación de lo que yo quería. Sus besos eran lentos, tiernos, y me sostuvo en sus brazos para desabrochar el corsé, permitiendo que mis senos cayeran sobre su pecho. Cuando lamió mis pezones, se fruncieron como puntas y los masajé lentamente.

Me aplastó contra la pared y me llenó con su miembro excitado, al tiempo que golpeaba mis caderas con las suyas. Mi clítoris estaba punto de explotar, me aferré a él, lo rodeé con las piernas y clavé las uñas en su espalda. Besé su hombro y mordisqueé su cuello, dejando marcas rojas mientras lo devoraba. Succionó mi labio inferior sin dejar de follarme contra la pared y finalmente sentí que volvía a crecer.

Me temblaban las piernas y lo apreté contra mí, sabía que el final estaba cerca y, justo antes de correrme, Wes retrocedió de nuevo.

—No, no, no —susurré.

—Oh sí, sí, sí —dijo con un gruñido.

Me arrancó las bragas y me besó el cuello. Trastabillamos hasta llegar al borde de la cama y estabilizó mi cuerpo tembloroso. Recorrió mis nalgas con la punta de su pene, se inclinó y me besó la espalda hasta que, lentamente, me penetró. Profundizó en mi interior e intenté meterme entre sus piernas para jugar con mi clítoris. Necesitaba lo que fuera que me diera la liberación que deseaba, pero Wes captó mi movimiento y me agarró la muñeca, sujetándola sobre mi cabeza mientras mis tetas rebotaban contra la cama.

—No te correrás hasta que yo diga que puedes —gruñó con voz ronca.

—Wes. Por favor. No puedo soportarlo más. Déjame darte un masaje.

—Juntos.

Me dio un beso en la nuca antes de retroceder muy despacio.

—Nos unimos, o no nos unimos en absoluto —susurró.

Hicimos el amor sin soltarnos, hasta que las lágrimas de frustración corrieron por mi cara. Me tumbó de espaldas en la cama, estaba sudorosa y mi melena se esparcía por la almohada. Entró en mí y me besó repetidas veces, muy suave y tiernamente, en las mejillas y en la punta de la nariz, cubriéndome con su amor.

—¿Estás lista?

Asentí en silencio, incapaz de encontrar la fuerza para responderle.

Sus caderas rodaron y sentí una descarga eléctrica que me devolvió a la vida. Mis brazos volaron alrededor de su cuello y cerré los ojos, mientras su palpitante circunferencia se deslizaba contra cada parte de mí. Mi clítoris pulsaba y mi coño lo engulló. Recorrí con los dedos la parte trasera de sus piernas y él agarró las sábanas junto a mi cabeza para hacer palanca. En cada empuje, gemía mi nombre. Atrapé su mirada y no dejé de mirar aquellos ojos color esmeralda que siempre había amado. Me aferré a mi marido. A su fuerza. A su cuerpo inquebrantable. El sudor cubría su cuerpo que no dejaba de mecerse contra el mío, golpeando contra la pared del apartamento alquilado.

—Di que eres mía —susurró Wes. Sus labios capturaron los míos mientras mi coño exprimía su polla—. Dilo —gimió en mis labios.

—Soy tuya, Wes.

—Dilo otra vez.

—Tuya. Oh, Wes. Soy tuya.

—Una vez más. Dilo por mí, Vee. Di que eres mía.

—Soy tuya, Wes. Tuya y solo tuya. Siempre. Para siempre. Hasta el final del tiempo... Wes.

Arqueé la espalda y por fin alcancé el orgasmo. Arañé su espalda y dejó caer la cabeza sobre mi pecho. Me salpicó con besos y gruñó en mi cuerpo. Mis paredes ordeñaron su polla en mi interior. Me temblaban las piernas y me aferré a él. Mordisqueó mis senos y supe que al día siguiente tendría un hermoso moretón. Me sentí suspendida en el aire. Las estrellas estallaban detrás de mis párpados y mil colores chisporrotearon en la oscuridad. La euforia me dejó mareada, pero fue el calor del cuerpo de Wes lo que me emborrachó.

Borracha de él.

Borracha de nuestro amor.

Borracha de nuestro futuro juntos.

Nos desplomamos en la cama, su cuerpo sobre el mío. De repente, me sentí triste y me estremecí, mientras las réplicas de mi orgasmo me arrancaban gemidos.

Me besó de nuevo, sin dejar de acariciarme y aplastándome contra el colchón.

—Y yo soy tuyo —me susurró al oído.

—Gracias por no dejarme —gimoteé. Levantó la cabeza lo suficiente como para mirarme a los ojos—. Gracias por resolver esto conmigo.

—Nunca se me pasó por la cabeza hacer otra cosa, Vee.

—Estoy tan contenta de que lo hayamos arreglado y de haberte conocido. Me alegro de que me hayas elegido y tengamos nuestra vida juntos.

Presionó sus labios contra los míos, silenciando todas las frases que salían precipitadas.

—Te amo, Vee —murmuró.

—Yo también te quiero, Wes.

—Y no quiero hacer nada si no es contigo. Prométeme que tú tampoco.

Finalmente encontré la energía para levantar mis manos y enmarcar su cara.

—Lo prometo —dije.

—Ahora, creo que los dos necesitamos una ducha.

—No sé si podré estar de pie lo suficiente para una ducha.

—¿Un baño entonces? —preguntó.

—Sabes muy bien que no vamos a pasar por ese baño.

Vi una sonrisa lobuna deslizarse por su cara.

—Eres mía durante cuatro días, señora Harding.

—Y si sigues así, no podré salir de aquí en cuatro días —me reí.

—Créeme, quiero sacarte de este edificio por una razón completamente diferente a la que tenía cuando te traje.

Sus palabras detuvieron mi corazón y me llenaron de necesidad por él.

—Bueno, en ese caso, creo que un baño nos vendrá bien —sugerí.

—O más de uno.

Levanté la cabeza y capturé sus labios.

—Si me vas a hacer sudar tanto, entonces sí.

Me tomó en sus brazos mientras me reía y me llevó al baño. Me dejó en la encimera y apoyé la espalda contra el espejo. Acarició mis muslos desnudos y devoró con los ojos mi cuerpo.

—Te quiero mucho, Vanessa.

Acaricé sus brazos y sentí que temblaba al tocarme.

—Yo también te quiero, Wes.

—Solo tengo una pregunta más para ti, preciosa.

—Oh, ¿en serio? ¿Qué pregunta?

Se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra los míos, sus manos se deslizaron a lo largo del mostrador. Yo abrí las piernas mientras él se inclinaba hacia adelante, sintiendo su miembro que presionaba contra mi coño hinchado. Ladeé la cabeza y él rompió el beso para mirarme a los ojos.

—¿Lavanda o miel con vainilla? —preguntó.

Sostenía dos botellas de jabón de baño y comencé a reírme.

—El que tú quieras.

Dejó el de miel y vainilla a un lado.

—Será lavanda —decidió.

Si te ha gustado esta novela también te gustará



*Matrimonio
de conveniencia*

SERIE LOS HERMANOS RAVEN

KATY KAYLEE

Matrimonio de conveniencia

Ambos sonreímos y bebimos de nuestras copas. El mundo era perfecto ahora que estábamos juntos.

Ella va a ser mi todo. Mi esposa y la madre de mi hijo.

Pero sobre todo la razón por la que recibo mi parte de la herencia de un billón de dólares.

¿El problema?

Es todo FALSO.

Sara me tomó por sorpresa y he acabado cautivado por ella.

Contratarla para el trabajo fue una mala idea.

Porque lo falso se ha convertido en real.

¡Y lo real es una locura!

Mi inocente mujercita tiene un gran y oscuro secreto.

¿Será demasiado tarde para deshacer el desastre que hemos creado?



a Cita
CIEGAS,
¡con el enemigo!

BRENDA FORD

a Cita CIEGAS, ¡con el enemigo!

La escritora de la exitosa serie Los Hermanos Smith nos sorprende con esta historia entre rivales y amantes.

He trabajado duro para llegar a la cima. A cambio tengo todo lo que podría querer en la vida, todo el dinero del mundo, todo lo que siempre he deseado, y mujeres que se lanzan a mis brazos.

Sólo hay una cosa que parece que no puedo hacer que funcione y es el amor verdadero. No puedo hacer que nada dure, por lo que una cita a ciegas de caridad no parece la peor idea del mundo...

Hasta que vi quién era mi cita. Mi rival y enemiga de los negocios. Ella es tan caliente como despiadada, así que no hay forma de que esto termine bien...



AUTORA DE BEST SELLER EN USA

STEPHIE WALLS

UN ARDUO CAMINO

ROMANCE EN UN PEQUEÑO PUEBLO DE TEXAS



UN ARDUO CAMINO

ROMANCE EN UN PEQUEÑO
PUEBLO DE TEXAS

Por fin llega la conmovedora historia de Miranda y Austin.

Me enamoré de Austin incluso antes de saber lo que significaba la palabra amor.

Miranda fue la única chica que tuvo la oportunidad de ser la dueña de mi corazón.

Ambos crecimos juntos en Mason Belle, Texas, sabiendo que siempre permaneceríamos unidos.

Y luego todo acabo.

El destino nos separó por seis largos años, pero ahora ella ha regresado.

Miranda quiere volver a escapar de mí. Pero esta vez, me niego a dejarla marchar.

*Esta novela cuenta la historia de Miranda y Austin que aparecen en Un camino por recorrer. Se puede leer de forma independiente, aunque se recomienda su lectura tras el anterior libro.



FUEGO AMIGO

ECHO PLATOON, 3

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

MARLISS MELTON

FUEGO AMIGO

— ECHO PLATOON, 3 —

De vacaciones en un crucero con destino a México, el Navy SEAL Jeremiah "Bullfrog" Winters se encuentra con Emma Albright, la única mujer que alguna vez amó... y perdió.

A pesar de enseñar Literatura romántica en la Universidad George Mason, la vida le demostró a Emma que no existe el amor eterno. Decidida a disfrutar de sus merecidas vacaciones, Emma hará todo lo posible por ignorar al único hombre que la cautivó en el pasado.

Pero volver a despertar las pasiones de Emma se convierte en la misión de Jeremiah, hasta que en una excursión por las ruinas mayas de Tulum los pone en peligro. Ahora, el amor puede ser la única arma lo suficientemente poderosa como para salvarlos a ambos, si Emma es capaz de volver a creer en él.



Grupo Romance Editorial te ofrece la oportunidad de leer GRATIS sus libros

A cambio solo tendrás que dejar una reseña en Amazon.

Solo mándanos un correo para apuntarte. La editorial solo ofrece 25 ejemplares digitales de cada libro.

grpromocion@gmail.com

¡Te animas!